peter blos

PSICOANALISIS de la ADOLESCENCIA

PETER BLOS

Psicoanálisis de la adolescencia

Primera edición en español, septiembre de 1971
Segunda edición, noviembre de 1975
Tercera edición, junio de 1980
D.R. (c) 1971, Editorial Joaquín Mortiz, S.A.
Tabasco 106, México 7, D.F.
ISBN 968-27-0125-2

Título original: *On Adolescence*
A Psychoanalytic Interpretation
(c) 1962 The Free Press of Glencoe, Inc.

Reservados todos los derechos. Este libro no puede ser reproducido, en todo o en parte, en forma alguna, sin permiso del editor.
Traducción directa de RAMÓN PARRES Y ROSA WITEMBERG

¿Yo? ¿Yo?, ¿quién soy yo? "Yo estoy a solas con el latir de mi corazón." ¡Yo, oye, yo! ¿Qué es yo? "Yo, es el solitario y el perdido, siempre en busca de... ¿qué?" ¿De otro yo? ¿Es ésta una respuesta? ¿No? ¿Pero qué entonces? Hay algo más; el yo es el camino desde lo interior hacia el todo, desde lo más pequeño del ser hasta lo más grande en cada persona.

Ahora busco en mí mismo y veo el yo de mí, la cosa débil sin rumbo que me hace a mí. El yo no es fuerte y necesita dirección, pero no tiene ninguna. Mi yo no es seguro, tiene muchas verdades equivocadas y confusas que conocer. El yo cambia y no lo sabe. El yo conoce muy poca realidad y sí muchos sueños. Lo que ahora soy, es lo que se empleará para construir el ser. Lo que soy no es lo que quiero ser, aunque no estoy seguro qué es esto que yo no quiero.

¿Pero entonces qué es Yo? Mi yo es mi respuesta al todo de cada persona. Es esto que yo tengo que dar al mundo que espera y de aquí emana todo lo que es diferente.

Yo, es crear.

De un poema dramático de Juan D. (17 años)

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Fue a principios de 1966 cuando el Dr. Manuel Velasco Suárez me invitó a dar una conferencia y un seminario sobre Adolescencia en el Instituto Nacional de Neurología. Esta visita me puso en contacto con los psiquiatrias del Instituto que trataban adolescentes y también me dio la oportunidad de discutir con ellos los problemas de la psicopatología y del desarrollo adolescente. A través de su generosa hospitalidad e intercambio profesional de experiencias clínicas y de conceptos teóricos, tuve la fortuna de conocer al Dr. Ramón Parres, Director de la Clínica Psicoanalítica de la Asociación Psicoanalítica Mexicana. Me encontré entre colegas con quienes la discusión sobre adolescencia progresó hacia un beneficio mutuo. En ese momento tuve el deseo de que mi investigación sobre adolescencia fuera accesible en lengua española para poder establecer sobre bases firmes un clima en el cual los estudios cooperativos y comparativos sobre adolescencia en ambos países pudieran desarrollarse. La traducción del Dr. Parres de mi libro *Psicoanálisis de la adolescencia* ha hecho que este deseo mío se transforme en una realidad. Esto conducirá —así lo espero— a una ampliación de nuestro conocimiento, el cual está destinado a crecer siempre que se facilite y estimule la comunicación dentro de nuestro mundo científico.

Peter Blos

Nueva York, N. Y. Febrero de 1969.

PREFACIO

Llega un momento durante el estudio de un problema en particular en que la cantidad de observaciones y especulaciones que se han acumulado ante la mente inquisitiva hacen urgente organizar los principios y establecer un orden en las ideas. Solamente sistematizando los hallazgos podremos emplear correctamente nuestras observaciones y experiencias, y abrir así las puertas al examen crítico. Estas palabras expresan el clima mental en que fue creado este libro, después de varias décadas de estudiar a los adolescentes. Durante todos estos años he tenido muy en mente las palabras con que Freud llevó las "Transformaciones en la pubertad" a un final: "El punto de partida y la meta del proceso ... son claramente visibles. Las etapas intermedias permanecen aún bastante oscuras. Tendremos que dejar más de una de ellas como un enigma sin resolver." Me he concentrado particularmente en las "etapas intermedias"; y las describo aquí como las fases de la adolescencia.

Al poner mi atención en las "etapas intermedias" he llegado a la formulación de las cinco fases del proceso de la adolescencia. En líneas generales estoy de acuerdo con la teoría psicoanalítica cuando atribuyo gran significación a las fases pregenital y preedípica de los impulsos y del desarrollo del yo. En los últimos años se ha vuelto casi una costumbre hacer comentarios sobre la insuficiencia de una teoría del desarrollo de la personalidad que se base solamente en la progresión libidinal. Una concepción mucho más amplia, que toma en consideración la totalidad del desarrollo psicológico ocupa un lugar muy importante en el pensamiento psicoanalítico. La reciente expansión de la psicología del yo nos ha hecho ver al periodo de latencia con nuevos ojos; hemos reconocido que es una transformación preparatoria esencial sin la cual la adolescencia como fase

del desarrollo no puede establecerse por sí misma. De ahí, pues, que este periodo antecedente reciba atención explícita.

Desde el principio debo decir que este libro se ocupa de la teoría psicoanalítica de la adolescencia, en su forma típica o, digamos, normal. No se consideran aquí la psicopatología o el tratamiento de los adolescentes, pues la presentación de estos temas depende de la formulación previa de una teoría unificada de la adolescencia, que es precisamente la tarea de este estudio. Lo que pueda construirse sobre la teoría como está presentada aquí, debe dejarse para un trabajo futuro.

También debo aclarar que me he restringido en este libro a la clase de adolescente y de investigación sobre los que poseo conocimiento de primera mano; es decir, mis observaciones, descripciones y conclusiones están basadas en trabajos con adolescentes del mundo occidental con quienes los psicoanalistas están familiarizados. Desde luego que he tomado mis datos con libertad y amplitud del cúmulo de conocimientos sobre la adolescencia que han sido el producto de las contribuciones psicoanalíticas; y al integrar estas contribuciones con mi propio trabajo doy el tributo adecuado a los autores respectivos. Por otro lado, he evitado profundizar en los datos antropológicos y sociológicos porque no intenté establecer conexiones pertinentes al psicoanálisis y otras disciplinas. Sin embargo, el medio y la cultura como factores intrínsecos en la formación de la personalidad reciben atención especial en un capítulo dedicado exclusivamente a este tema.

Al escribir este libro y emplear mi experiencia con adolescentes, he intentado evitar conscientemente dos tipos de dificultades que confunden a muchos escritores en este campo. Por un lado he atendido a la observación de William James sobre la "falacia del psicólogo"; es decir, "la confusión de su propio punto de vista con el hecho mental sobre el cual hace un informe". La otra precaución puede expresarse dándole humor al pro-

blema; para ello cito un diálogo de Shakespeare en *Antonio y Cleopatra*:

LÉPIDO: ¿Qué especie de ser es vuestro cocodrilo?
ANTONIO: Tiene exactamente la forma que tiene, señor; es tan ancho como su anchura; tan alto como su altura lo permite, y se mueve por sus propios órganos. Vive de lo que se nutre, y cuando los elementos que le componen se disuelven, transmigra.
LÉPIDO: ¿De qué color es?
ANTONIO: De su propio color.
LÉPIDO: ¡Es una serpiente extraña!

Deseo expresar mi gratitud a los doctores Mary O'Neil Hawkins y Marjorie Harley por la revisión crítica del manuscrito. De manera muy especial agradezco a la doctora Andrée Royon, que me brindó su entusiasmo cuando mis ideas adquirieron forma y contribuyó con la agudeza de su mente y la riqueza de sus conocimientos psicoanalíticos; ofreció además la crítica generosa de una verdadera amiga y colega desde los pasos iniciales hasta que concluí este libro. Vaya también mi agradecimiento permanente a los muchos adolescentes que en el curso de los años me han asistido en mis esfuerzos para entenderlos.

PETER BLOS

Holderness, N. H. Verano de 1961.

PSICOANÁLISIS DE LA ADOLESCENCIA

I. INTRODUCCIÓN: PUBERTAD Y ADOLESCENCIA

Nunca han dejado de reconocer los observadores del desarrollo humano la enorme significación de las dimensiones físicas y psicológicas de la pubertad. En la maduración sexual se ha dado siempre gran importancia a esta etapa de crecimiento, a la cual están relacionadas directa y causalmente las transformaciones de la personalidad en la pubertad. Sin embargo, no ha sido posible entender a la pubertad en sus aspectos psicológicos hasta que el psicoanálisis exploró y sistematizó la psicología de la niñez temprana: al hablar de *adolescencia* nos referimos a estos aspectos. Las aclaraciones sobre la niñez temprana unían genéticamente a la adolescencia con los periodos más tempranos de la vida; así, la pubertad estaba establecida como una continuidad del desarrollo psicológico. Reconocimos a la adolescencia como la etapa terminal de la cuarta fase del desarrollo psicosexual, la fase genital, que había sido interrumpida por el periodo de latencia.

El conocimiento psicoanalítico de la niñez se obtuvo en un principio por la reconstrucción de análisis de adultos y posteriormente confirmado y elaborado por el análisis de niños y por observaciones directas. Lo que hemos aprendido sobre la adolescencia se deriva casi completamente de los estudios clínicos en adolescentes. Esta fuente de información será indudablemente enriquecida y elaborada por medio del recuerdo y la reconstrucción de la adolescencia en el análisis de adultos. Parece ser que ciertas esferas y procesos psíquicos inaccesibles al análisis durante la adolescencia pueden ser investigados más fácilmente en forma retrospectiva al analizar los derivados del periodo adolescente en edades posteriores. La reconstrucción de la adolescencia en el análisis de adultos ha recibido atención explícita y se

le considera cada vez más como un componente requerido en la reconstrucción genética total.

El suceso biológico de la pubertad produce un nuevo impulso y una nueva organización en el yo. En este proceso podemos reconocer el modelo del desarrollo de la niñez temprana, en donde las organizaciones mentales se forman en asociaciones con las funciones fisiológicas, estableciendo así las zonas erógenas del cuerpo. El término pubertad se emplea aquí para calificar las manifestaciones físicas de la maduración sexual; por ejemplo: la prepubertad se refiere al periodo que antecede al desarrollo de los caracteres sexuales primarios y secundarios. El término adolescencia se emplea para calificar los procesos psicológicos de adaptación a las condiciones de la pubertad. De ahí que la fase de la preadolescencia, la cual aparece en un determinado estado de maduración física, permanezca independiente en su curso; por ejemplo: la fase de preadolescencia puede prolongarse por mucho tiempo, sin ser afectada por la progresión de la maduración física.

El hecho es que el cambio puberal o el estado de maduración sexual influyen en la aparición y en la declinación de ciertos intereses y actitudes; esto ha sido visto en los estudios estadísticos (Stone y colaboradores, 1939), que han mostrado que "es mayor la proporción de niñas que una vez sucedida la menarca, en comparación con niñas premenárquicas, dan respuestas que indican intereses heterosexuales así como intereses en el adorno y en su persona; por otro lado revelan poco interés en la participación en juegos y actividades que requieren esfuerzos físicos intensos; participan o se interesan más bien en actividades imaginativas o en soñar despiertas". Desde luego que estos hallazgos no revelan las características intrínsecas de la condición puberal; sin embargo, sí demuestran la forma en que la maduración sexual inicia y produce cambios en la vida mental del púber. La cualidad y el contenido de estos cambios es extraordinariamente flexible; queda al sociólogo informarse

y estudiar sus manifestaciones. La tarea de este estudio es obtener a partir del contenido mental manifiesto aquellos procesos psicológicos que pueden ser considerados como específicos de las diferentes fases de la adolescencia.

En los días de la psicología prepsicoanalítica, se consideraba la pubertad como la época de la aparición física y emocional del desarrollo sexual. Los estudios psicoanalíticos sobre la niñez temprana han corregido este punto de vista y la aparición de la sexualidad en la niñez temprana es aceptada como un hecho establecido. Freud (1905, b) describió en una forma esquemática las fases del desarrollo sexual en sus *Tres ensayos sobre la teoría sexual,* ofreciendo el primer concepto psicoanalítico de la pubertad al aplicar el principio genético al periodo de la pubertad. Ya en 1898 Freud había establecido que es erróneo suponer que la vida sexual del niño empieza con la aparición de la pubertad.

El psicoanálisis se ha referido siempre a dos periodos prominentes en el desarrollo de la sexualidad; esto es: la niñez temprana y la pubertad. Ambas fases hacen su aparición bajo el tutelaje de las funciones fisiológicas, tales como la lactancia en la infancia y la maduración genital en la pubertad. Desde el comienzo de la vida, los impulsos instintivos alistan el aparato perceptivo motor para la reducción de tensión. A consecuencia de esto, el niño muy pronto se entreteje con su ambiente del cual depende la gratificación de sus necesidades. La larga duración de la dependencia del niño es lo que hace al hombre humano. En este proceso el desarrollo de la memoria, la causalidad, la conciencia y la fantasía hacen posible el pensamiento y el conflicto. También aparecen muchas soluciones alternas a las presiones de los impulsos instintivos. La variabilidad del objeto de los impulsos instintivos ha sido descrita siempre por el psicoanálisis como infinita, mientras que la meta tiene una mayor constancia. No es una sorpresa que la representación psicológica del ambiente, inclu-

yendo la angustia conflictiva, se enfile hacia una simple solución, la satisfacción del impulso; en otras palabras, la personalidad total se ve envuelta gradualmente en el mantenimiento de una homeostasis psicosomática.

Durante el periodo de crecimiento —comprendiendo las dos primeras décadas de la vida— hay una diferenciación e integración progresiva de la personalidad. Los procesos de diferenciación son llevados a cabo por los estímulos de maduración que actúan simultáneamente de adentro y de afuera en forma suplementaria y complementaria, y se integran de acuerdo con el tiempo de maduración del cuerpo y del aparato psíquico. La capacidad para valorar, reconciliar y acomodar los estímulos internos y externos, tanto benignos como peligrosos, permite al yo mantenerse en una armonía relativa con los impulsos, el superyo y el ambiente.

Regresemos ahora al panorama de los puntos clave del desarrollo. Algunos de ellos merecen atención especial, pues más tarde nos servirán como guías en un terreno mucho más complicado. Debemos tener en mente que los complejos fenómenos de la adolescencia están construidos sobre antecedentes específicos que residen en la niñez temprana. Si podemos reconocer la sobrevivencia de estas organizaciones básicas en sus formas derivativas, podremos discernir los orígenes psíquicos y estudiar la formación de las estructuras psíquicas.

La infancia está gobernada por el principio del placer-dolor, que pierde su supremacía a medida que la confianza del niño en la madre, como confortadora de su malestar físico y emocional aumenta. Esta situación vital básica tiene una influencia muy duradera y puede revivirse en situaciones críticas en años posteriores. La función de regular la angustia la desempeñan los padres —principalmente la madre— durante los primeros años de la vida, y pasa al dominio del niño a medida que desarrolla la fantasía y las actividades calmantes —mamar, masturbarse, el juego y los movimientos corporales— pasan progresivamente a formar parte de la

voluntad del niño. De ahí que el niño busque implacablemente nuevas formas para manejar su angustia, formas en que las actividades lúdicas con contenido de fantasía y significación psicológica adquieren gran importancia. La distinción entre realidad interna y externa, del mí y no mí, indican la creciente separación de su madre y la disminución de la dependencia del niño. Esta diferenciación toma un paso más decisivo a los dos años de edad aproximadamente, iniciando el proceso de individuación, que alcanza un grado de estabilidad alrededor de los tres años de edad. La movilidad, el lenguaje y las experiencias sociales amplían el espacio vital del niño y le hacen darse cuenta de su deseo de ser como otros, principalmente como sus padres o como sus hermanos. Este paso hacia adelante en la vida, hace que el niño de cuatro o cinco años desee ocupar el papel de su padre o de su madre, o el de uno u otra alternativamente, de hecho, simultáneamente. Una consecuencia lógica de la dependencia del niño en el adulto es creer que el apoderarse del papel del padre del mismo sexo le permitirá obtener los atributos deseados del padre desplazado, atributos que admira y envidia en gran medida el niño pequeño. Sin embargo, la realidad le hace ver que obtener estos deseos es fútil, y el niño acepta un poco de mala gana, la promesa de que el futuro le traerá la satisfacción que por el momento debe de abandonar. El niño preserva en forma permanente sus aspiraciones y sus derrotas al hacer al padre parte de sí mismo; de ahí que el superyo haya sido definido como "el heredero del complejo de Edipo" (Freud, 1923, a).

Al periodo que está colocado entre el temprano florecimiento de la sexualidad infantil y la sexualidad puberal genital se le conoce como periodo de latencia. "Termina la dependencia completa en los padres y la identificación empieza a tomar el lugar del objeto amoroso" (A. Freud, 1936). En consecuencia, el aprendizaje formal y la vida de grupo atraen más la atención del

niño; la conciencia social lleva al niño más allá de los límites de la familia, mientras que el núcleo familiar continúa ejerciendo su influencia. No surgen nuevas metas sexuales entre los 5 y los 10 años, es decir, entre el final de la niñez temprana y el principio de la pubertad. Estos años constituyen el periodo de latencia en el cual es característica la falta de nuevas metas sexuales más bien que la falta completa de actividad sexual. Existe abundante evidencia de que a través de toda la niñez la actividad sexual o la fantasía continúan existiendo en una forma u otra. El niño en periodo de latencia adquiere fuerza y competencia para manejar la realidad y los instintos (sublimación) con el apoyo de las influencias educativas. Estos logros son el fruto del periodo de latencia; sin ellos —o, dicho en otra forma, sin haber pasado por el periodo de latencia— el niño sería derrotado por la pubertad. El requisito para que surja el proceso adolescente es el paso con éxito a través del periodo de latencia.

El desarrollo bifásico de la sexualidad prolonga la niñez y representa una condición únicamente humana, que es en gran medida responsable de los logros culturales del hombre. En la actualidad existe una tendencia a prolongar la adolescencia, debido a las complejidades de la vida moderna. Esto desde luego no carece de efecto en los individuos jóvenes y a menudo pone una carga excesiva en el potencial adaptativo.

La adolescencia está principalmente caracterizada por cambios físicos que se reflejan en todas las facetas de la conducta. Además de que los adolescentes de ambos sexos se ven profundamente afectados por los cambios físicos que ocurren en sus propios cuerpos, también, en una forma más sutil y en un nivel inconsciente, el proceso de la pubertad afecta el desarrollo de sus intereses, su conducta social y la cualidad de su vida afectiva. Estas pautas no deben desde luego ser consideradas como resultado directo de los factores psicológicos, porque no puede establecerse un paralelo directo entre los

cambios que ocurren en forma simultánea en la adolescencia en los terrenos anatómicos, fisiológicos, mentales y emocionales. Las disposiciones existentes antes de la pubertad siempre afectarán el resultado final.

Sin embargo, existen ciertos aspectos intrínsecos en el proceso de crecimiento puberal que son importantes para la comprensión de la conducta adolescente y que requieren nuestra atención. Los observadores de la adolescencia siempre se ha impresionado con la gran irregularidad en la aparición, la duración y la terminación de la pubertad. En los adolescentes existe un ritmo de cambios fisiológicos variable que es parte de la pauta de crecimiento individual. La edad cronológica no nos proporciona un criterio válido para la madurez física. Entre cien muchachos estudiados por Stolz (1951) había "diez que estaban dos o más años retrasados y un número igual que estaban dos o más años adelantados en el desarrollo masculino de las características estructurales y funcionales descritas en términos de normas cronológicas de edad". Entre las niñas, un periodo de cinco años que va de los once a los dieciséis constituye la amplitud de edad en la cual se presenta la menarca —el promedio, en los EE.UU., es de 13.5 años. (Gallagher, 1960). Los estudios estadísticos han mostrado que la edad de la menarca ha disminuido levemente durante la última generación (Shuttleworth, 1938), y que el promedio de estatura de la actual generación de muchachos adolescentes que han obtenido una estatura definitiva es mayor que en sus padres. No es solamente sorprendente la variabilidad individual en el crecimiento, sino que también hay que considerar los cambios que han ocurrido entre generaciones, ya que los adolescentes siempre representan dos generaciones significativas y crucialmente entretejidas.

Desde luego que predomina cierta etapa del desarrollo en cada uno de los diferentes grupos cronológicos; y esta mayoría, apoyada por influencias externas, tiende a establecer las normas de lo que es apropiado físicamente

para el grupo. En relación a la precocidad o al retardo, Stolz (1951) ha notado que solamente en uno o dos casos de los cien muchachos que estudió había "pruebas de que la precocidad contribuía a la mala adaptación, pero que en ocho de los diez niños retardados aparecía la inseguridad emocional". Generalizando, podemos decir que los adolescentes que entran en la pubertad tempranamente la pasan con rapidez mientras que los que son tardíos para madurar progresan a un paso más lento.

Es bien sabido, que las niñas empiezan el desarrollo de su pubertad y alcanzan el crecimiento completo más pronto que los muchachos. "Las muchachas ganan altura en forma acelerada entre los nueve y los doce años, mientras que los muchachos lo hacen de los once a los catorce. Esto da origen a que las muchachas sean más altas que los muchachos entre los once y los trece años" (Stuart, 1946). Esta diferencia en el desarrollo físico entre los sexos tiene una significación obvia al agrupar a los niños. Habitualmente se agrupa a los niños de acuerdo con su edad cronológica; por consecuencia, a los niños de una misma edad que están en diferentes etapas de desarrollo físico se les coloca juntos en situaciones que exigen una cooperación social y mental al mismo tiempo que una situación de competencia. El adolescente individual siempre vive dentro de un grupo de amigos que están cronológicamente al mismo nivel, pero que varían mucho en desarrollo físico e intereses. Esta condición es la responsable de las muchas formas imitativas y de conducta "como si", a la cual recurre el adolescente para poder mantenerse dentro de las pautas de conducta esperadas y proteger la compatibilidad social con el grupo de compañeros al que pertenece.

Además de las discrepancias sobre el comienzo y la duración de la pubertad en un grupo de adolescentes, el propio patrón de crecimiento del individuo no es uniforme en todo su cuerpo. Cada sistema de órganos es afectado por el crecimiento en una forma característica; en términos del lapso total de vida del individuo,

cada sistema ejecuta con consistencia sus funciones óptimamente. Pero durante la pubertad, aceleraciones y retardos extremos en el crecimiento de sistemas de órganos particulares producen una distribución desigual de crecimiento dentro de todo el organismo. Un incremento en el tamaño del cuerpo puede no ser paralelo a un incremento proporcionado en el grosor o en la estatura; ni tampoco se desarrollan las características sexuales primarias y secundarias por igual. Esta falta de uniformidad en el desarrollo físico, llamado *crecimiento asimétrico,* con frecuencia hace exigencias extremas a la adaptabilidad física y mental del sujeto. En relación a esto debe considerarse que el crecimiento frecuentemente ocurre como una secuencia de cambios súbitos más bien que como una progresión gradual y suave. "El momento adolescente de crecimiento en altura ocurre durante el décimo año en las niñas y durante el decimotercer año en los niños. El cambio de una proporción acelerada a una retardada ocurre en el decimotercer año en las niñas y en el decimoquinto en los niños" (Stuart 1946). Los brotes de crecimiento en relación con la altura, el peso, la musculatura y el desarrollo de características sexuales primarias y secundarias puede estar acompañado por importantes estados emocionales. Un cambio en la autoimagen corporal y una reevaluación del ser a la luz de nuevos poderes y sensaciones físicas son dos de las consecuencias psicológicas del cambio en el estado físico. (Estas consecuencias son descritas posteriormente, en relación con las fases de la adolescencia.) Y como los cambios físicos que ocurren durante la pubertad son tan marcados y visibles, el adolescente inevitablemente tiende a comparar su propio desarrollo corporal con el de sus contemporáneos.

La mayoría de los adolescentes están interesados en un momento o en otro por la normalidad de sus estados físicos; la ausencia de normas de edad definidas respecto a la fisiología adolescente, contribuye sólo a la incertidumbre. Las diferencias físicas entre individuos

de un nivel de madurez comparable— y estas diferencias son aún más grandes en un grupo del mismo nivel de edad— se manifiestan entre las niñas en variaciones del ciclo menstrual y en el desarrollo de los senos, entre los niños en variaciones de desarrollo genital, cambio de voz, y vello facial. Tales indicaciones notables de maduración sexual dan al crecimiento físico un significado muy personal.

Además el desarrollo físico no progresa siempre apropiadamente: algunas veces toma rasgos característicos del sexo opuesto. Esto parece ser menos perturbador para las niñas que para los niños, quizá por la tendencia entre algunos grupos de niñas de preferir una constitución corporal hombruna, una constitución también apreciada por los niños. Los niños se preocupan mucho más (y también sus padres) cuando manifiestan características inapropiadas a su sexo. El desarrollo de los senos en los niños (Grenlich *et al.*, 1942; Gallagher, 1960) tiende a estimular y a acentuar fantasías e impulsos bisexuales. El desarrollo del pecho es descrito por Stuart (1946) como "una elevación de los pezones en una areola ligeramente llena. Ocasionalmente, una masa de tejido firme y agudamente demarcado, de varios centímetros de diámetro, está debajo de esta areola y da la apariencia de verdadero desarrollo de pecho. Esto ocurre por la época en que el pelo púbico denso y oscuro está presente en la base del pene y cuando el pelo de las axilas empieza a aparecer. Este tejido desaparece después de algunos meses, dependiendo de su grado y desarrollo." En conexión a esto también debe mencionarse que el niño preadolescente tiende a engordar de la parte inferior del torso, lo que acentúa contornos de cuerpo femenino. Esta condición normalmente desaparece con el crecimiento acelerado en altura.

La menarca habitualmente es el signo de que la niña ha alcanzado la madurez sexual. De hecho este evento realmente señala que la maduración de los órganos reproductores está en camino pero de ninguna manera es

completa. "En la actualidad se acepta que la menstruación principia en la mayoría de las niñas antes de que sus ovarios sean capaces de producir óvulos maduros, y la ovulación puede ocurrir antes de que el útero esté suficientemente maduro para soportar una gestación normal. Esto trae como consecuencia un periodo de esterilidad adolescente" (Benedek, 1959, a). Este periodo de esterilidad de la postmenarca puede durar un año o más (Josselyn, 1954).

La pubertad que frecuentemente se acompaña de síntomas físicos hacen al afligido adolescente muy consciente de su cuerpo combatiente. El acné, una condición de piel desfigurante, y varias formas de dismenorrea probablemente interfieran con el deseo del adolescente de crecer. La obesidad de diferentes grados y tipos, especialmente prevalente entre niñas, lleva a la experimentación con dietas.

Frecuentemente, el adolescente reacciona al examen médico con rechazo y pena motivadas por el miedo a que el médico pueda descubrir características de desarrollo inapropiadas o anormales. También, la expectativa de ser examinado puede intensificar sus conflictos de masturbación, fantasías sexuales, y los acompañantes sentimientos de culpa.

Una dificultad que surge en cualquier discusión sobre la adolescencia tiene su origen en que hay muchas formas de completar el proceso adolescente exitosamente, alcanzando así un yo estable y la organización de los impulsos. Es más, el lapso de tiempo de este desarrollo es tan relativo como complejos son los procesos adaptativos envueltos en el logro de la madurez. Cuando la ritualización y la formalización releva a un individuo de alcanzar su propia resolución de las exigencias del crecimiento, ningún ajuste idiosincrásico y personal tiene que ser buscado; hay poco de donde escoger y el conflicto es mínimo. Sin embargo, en las culturas donde la tradición y la costumbre ejercen una influencia desafiante sobre el individuo, el adolescente tiene

que realizar por ingenio personal la adaptación que la institucionalización no le ofrece. Por otro lado, esta carencia de pautas institucionalizadas da oportunidad para el desarrollo individual, para la creación de una variante en la tradición, altamente original y personal. El incremento en la diferenciación psicológica durante la adolescencia es necesariamente acompañado por un incremento en la labilidad psíquica; esto se refleja por los disturbios emocionales del adolescente de variada gravedad y efectos invalidantes, transitorios o permanentes.

Ha sido posible —con la debida concesión para cierta variabilidad— establecer normas de edad de desarrollo infantil en la temprana infancia. (De hecho, cuanto más pequeño es el niño, más limitada es la variabilidad.) Un avalúo normativo de los adolescentes debe ser, sin embargo, vago e incongruente. El alto grado de plasticidad tan característico de la adolescencia impide esta aproximación. Es verdad de que hay pautas en la secuencia de maduración en la adolescencia, pero su relación a la edad es débil. La conducta a esta edad es un fenómeno complejo que depende altamente de la historia de la vida individual y del medio ambiente en que el adolescente crece. Sin embargo, si consideramos a la adolescencia como un periodo de maduración en el cual cada individuo tiene que elaborar las exigencias de las experiencias de su vida total para llegar a un yo estable y a una organización del impulso, entonces cualquier estudio de la adolescencia debe intentar aclarar esos procesos que llevan a nuevas formaciones psíquicas o a una reestructuración psíquica.

En muchas sociedades estas nuevas formaciones son convencionalizadas por sanciones tradicionales y por tabús. Los ritos de iniciación que los antropólogos han registrado abundantemente dan fe del hecho de que en la pubertad ocurre una profunda reorganización del yo y de las posiciones de la libido; y algunas sociedades proveen modelos en los que el adolescente puede normar su resolución personal. Al hacer esto, la sociedad

absorbe el impulso de maduración de la pubertad dentro de su organización y lo pone en uso para sus propios propósitos. La designación de un nuevo rol y un nuevo status ofrece al adolescente una autoimagen que es definitiva, recíproca, y comunitaria; al mismo tiempo se promueve la asimilación societaria del niño en maduración. Sin este tipo de complementación o refuerzo del medio ambiente la autoimagen del adolescente pierde claridad y cohesión; en consecuencia requiere de constantes operaciones restitutivas y defensivas para mantenerla.

Las formas institucionalizadas de status han cambiado con los años y en diferentes sociedades; no nos van a interesar en este estudio. De hecho, restringiremos nuestra investigación a la cultura occidental, porque sólo en esta sociedad han sido estudiados los adolestes con métodos psicoanalíticos. En contraste con otras muchas culturas, la sociedad occidental moderna ha eliminado progresivamente la asimilación ritualiada o institucionalizada del adolescente. Todavía existen remanentes religiosos de tales prácticas, pero ahora se han reducido a reliquias históricas aisladas, que no siguen el programa de los cambios de status en todas las otras áreas de la vida moderna.

Aún no hay un acuerdo societario en la cultura occidental acerca de la edad en que un individuo deja de ser un niño, o deja de ser un adolescente y se vuelve un adulto. La definición de la edad de la madurez ha variado en diferentes tiempos, y hoy en día varía en diferentes localidades. Las leyes estatales difieren considerablemente en definir la edad de competencia económica, así como la edad apropiada para obtener una licencia de manejo, casarse y sustentar responsabilidades criminales. No es sorprendente que bajo estas condiciones sociales contradictorias y flexibles la juventud haya creado sus propias formas sociales y patrones experienciales. La "juventud" actual o "culturas de compañeros" son expresiones idiomáticas de necesidades adoles-

centes. El adolescente ha sido forzado, por así decirlo, a una forma de vida autoseleccionada y hecha por sí mismo. Todos estos esfuerzos de la juventud son intentos de transformar un evento biológico en una experiencia psicosocial.

Se ha prestado muy poca atención al hecho de que la adolescencia, no sólo a pesar de, sino a causa de su tumulto emocional, logra con frecuencia una recuperación espontánea de influencias infantiles debilitantes, y ofrece al individuo una oportunidad para modificar o rectificar exigencias infantiles que amenazaban con impedir su desarrollo progresivo. Los procesos regresivos de la adolescencia permiten la reconstrucción de desarrollos tempranos defectuosos o incompletos; nuevas identificaciones y contraidentificaciones juegan un papel importante en esto. El profundo trastorno asociado con la reorganización emocional de la adolescencia alberga un potencial benéfico. "Las potencialidades para la formación de la personalidad durante la latencia y la adolescencia han sido menospreciadas en los escritos psicoanalíticos" (Hartmann *et al.,* 1946). Fenichel (1945) indicó en un concepto similar: "La experiencia en la pubertad puede resolver conflictos, o cambiar conflictos a una dirección final; además, pueden dar a constelaciones más antiguas y oscilantes una forma final y definitiva." Erikson (1956) sugirió que viésemos a la adolescencia no como una aflicción, sino como una "*crisis normativa,* es decir, una fase normal de conflicto acentuado, caracterizado por una aparente fluctuación en la fortaleza yoica, y también por un alto potencial de crecimiento... Lo que bajo un escrutinio prejuiciado puede aparecer como el comienzo de una neurosis, con frecuencia no es sino una crisis agravada que puede acabar por sí misma y, de hecho, contribuir a los procesos de formación de identidad." Se podría añadir que el establecimiento definitivo de conflictos al fin de la adolescencia significa: o que pierden su calidad perturbadora porque han sido estabilizados caracterológicamente, o se

solidifican en síntomas debilitantes permanentes o desórdenes de carácter. Volveremos a este complejo proceso al discutir la etapa final de la adolescencia.

Veremos la adolescencia como la suma total de todos los intentos para ajustarse a la etapa de la pubertad, al nuevo grupo de condiciones internas y externas —endógenas y exógenas— que confronta el individuo. La necesidad urgente de enfrentarse a la nueva condición de la pubertad evoca todos los modos de excitación, tensión, gratificación y defensa que jugaron un papel en los años previos —es decir, durante el desarrollo psicosexual de la infancia y la temprana niñez. Esta mezcla infantil es responsable del carácter grotesco y regresivo de la conducta adolescente; es la expresión típica de la lucha adolescente de recuperar o de retener un equilibrio psíquico que ha sido sacudido por la crisis de la pubertad. Las necesidades emocionales significativas y los conflictos de la temprana niñez deben ser recapitulados antes de que puedan encontrarse nuevas soluciones con metas instintivas cualitativamente diferentes e intereses yoicos. A esto se debe que la adolescencia haya sido llamada la segunda edición de la infancia; ambos periodos tienen en común el hecho de que "un ello relativamente fuerte confronta a un yo relativamente débil" (A. Freud, 1936). Debe tenerse en mente que las fases pregenitales de organización sexual todavía trabajan tratando de afirmarse; interfieren intermitentemente con el progreso hacia la madurez. El avance gradual durante la adolescencia hacia la posición genital y la orientación heterosexual es sólo la continuación de un desarrollo que se estancó temporalmente al declinar de la fase edípica, estancamiento que acentúa el desarrollo sexual bifásico en el hombre.

En la adolescencia presenciamos un segundo paso en la individuación; el primero ocurre hacia el fin del segundo año cuando el niño experimenta la fatal distin-

ción entre "ser" y "no ser". Una experiencia de individuación similar, aunque mucho más compleja, ocurre durante la adolescencia, que lleva en su etapa final a un sentido de identidad. Antes de que el adolescente pueda consolidar esta formación, debe pasar por etapas de autoconciencia y de existencia fragmentada. Los esfuerzos resistentes, opuestos y rebeldes, las etapas de experimentación, el probar al ser cayendo en excesos —todo tiene una utilidad positiva en el proceso de autodefinición. "Éste no soy yo" representa un caso importante en el logro de la individuación y en el establecimiento de la autonomía; en etapas anteriores, esta expresión está condensada en una sola palabra: "¡No!"

La individuación adolescente se acompaña de sentimientos de aislamiento, soledad y confusión. La individuación lleva a algunos de los más preciados sueños megalomaniacos de la infancia a un fin irrevocable. Deben ser ahora relegados enteramente a la fantasía: el que se realicen no puede ser considerado ya seriamente. La realización de la finalidad del término de la infancia, de la naturaleza envolvente de los compromisos, de la limitación concreta de la existencia individual crea un sentido de urgencia, miedo y pánico. En consecuencia más de un adolescente tratá de permanecer indefinidamente en una fase transitoria del desarrollo; esta condición se llama *adolescencia prolongada.*

La lenta separación de las ligas emocionales del adolescente con su familia, su entrada temerosa o alborozada a una nueva vida que le llama, son de las más profundas experiencias en la existencia humana. Sólo los poetas han podido expresar adecuadamente la calidad de estos sentimientos, su profundidad y alcance. Sherwood Anderson nos ha brindado una conmovedora impresión del estado de ánimo de un adolescente que está a punto de abandonar su pueblo natal, Winesburg, Ohio. Su madre acaba de fallecer; está en camino a la gran ciudad donde deberá ganarse la vida por sí mismo. La noche antes de su partida camina por las calles fami-

liares de su pueblo. Extraños pensamientos y sentimientos le llenan, produciéndole un deseo de claridad, de conciencia, de un eslabón entre el pasado y el futuro —en suma, siente y experimenta esa autoconciencia de la existencia que marca la entrada en la edad adulta.

George Willard, este joven de un pueblo de Ohio, crecía aprisa hacia la adultez y nuevos pensamientos invadían su mente. Todo aquel adía se había sentido solo, en medio de aquel torrente de gente en la Feria. Estaba a punto de abandonar Winesburg, para ir a alguna ciudad donde esperaba encontrar trabajo en algún periódico, y se sentía maduro. El estado de ánimo que lo había posesionado era conocido a los hombres y desconocido a los jóvenes. Se sentía viejo y un poco cansado. Los recuerdos se despertaron. A sus ojos este nuevo sentimiento de madurez lo separaba de los demás, hacía de él una figura semitrágica. Quería que alguien entendiera el sentimiento que lo había posesionado después de la muerte de su madre.

Hay una época en la vida de cada muchacho cuando por primera vez lanza una mirada retrospectiva a su vida. Quizá es éste el momento en que cruza la línea hacia la edad adulta. El joven camina a través de la calle de su pueblo. Piensa en el futuro y en el papel que jugará en el mundo. Las ambiciones y los arrepentimientos se despiertan en él. Repentinamente algo sucede; se detiene bajo un árbol y espera como si una voz llamara su nombre. Fantasmas de cosas antiguas penetran en su conciencia. Las voces en el exterior susurran un mensaje que concierne a las limitaciones de la vida. Después de haber estado seguro de sí mismo y de su futuro, se torna inseguro. Si es un joven imaginativo se abre abruptamente una puerta para él, para que por primera vez mire hacia el mundo, viendo como si caminasen en procesión ante él las incontables figuras de hombres que, antes de su tiempo, han surgido de la nada al mundo, han vivido sus vidas y han desaparecido nuevamente en la nada. La tristeza de la sofisticación ha llegado para ese joven. Con un pequeño estremecimiento se ve a sí mismo como una hoja que arrastra el viento a través de las calles de su pueblo. Sabe que a pesar de las estimulantes palabras de sus compañeros, debe vivir y morir en la incer-

tidumbre como cosa arrastrada por los vientos, una cosa destinada a marchitarse como el maíz en el sol. Se estremece y mira ansiosamente a su alrededor. Los 18 años que ha vivido parecen sólo un momento, un átomo de tiempo en la larga marcha de la humanidad. Ya oye a la muerte llamar. Con todo su corazón desea acercarse a otro ser humano, tocar a alguien con sus manos, ser tocado por la mano de otro. Y si prefiere que éste alguien sea una mujer es porque cree que una mujer será más delicada, que entenderá. Lo que más desea es que le comprendan.*

Anderson describe el fin del proceso adolescente: la infancia retrocede hacia la historia, a la memoria; una nueva perspectiva de tiempo con un pasado circunscrito y un futuro limitado establece a la vida entre el nacimiento y la muerte. Por vez primera se hace concebible que uno envejecerá, como lo hicieron los padres y los abuelos antes. La conciencia de la propia edad se torna repentinamente diferente de la de la infancia. El luto de George es como un símbolo de las profundas pérdidas que implica la adolescencia. Solo y rodeado del miedo eterno del hombre al abandono y al pánico, se despierta en él la familiar y eterna necesidad de la unión humana; el amor y la comprensión deberán renovar su fe en la vida, alejar los temores de la soledad y la muerte. El futuro ilimitado de la infancia se reduce a sus proporciones reales, de oportunidades y metas limitadas; pero igualmente, el dominio del tiempo y el espacio y la conquista del desamparo le permiten una promesa de autorrealización antes desconocida. Ésta es la condición humana que el poeta ha descubierto para nosotros.

* Tomado del libro de Sherwood Anderson: *Winesburg, Ohio.*

II. CONSIDERACIONES GENÉTICAS

En la teoría psicoanalítica siempre ha estado implícito el hecho de que la adolescencia constituye una fase en el continuum del desarrollo psicosexual. El concepto evolutivo del psicoanálisis ha abierto el camino para una comprensión de aquellos procesos complejos que durante el periodo de la adolescencia hacen que las vicisitudes instintivas de la niñez temprana entren en armonía con las metas biológicas y sociales que son impuestas al individuo durante la segunda década de su vida. Los años, entre la niñez temprana y la adolescencia, el periodo de latencia, son de gran importancia preparatoria para la adolescencia, ya que este periodo establece nuevas avenidas para la gratificación y el control del ambiente mediante el desarrollo de la competencia social y de capacidades físicas y mentales nuevas. Además, el desarrollo en la latencia aumenta la tolerancia a la tensión y hace posible una búsqueda organizada del aprendizaje; también amplía el área libre del conflicto del yo, hace que las relaciones de objeto sean más estables y menos ambivalentes, a la vez que surgen métodos más confiables para el mantenimiento de la autoestimación. Las características más relevantes de estos métodos se encuentran en las áreas de prueba de la realidad, en las operaciones defensivas y en las identificaciones. Se considera como indicación de fortaleza del yo una mayor independencia entre ambiente y las funciones psíquicas reguladoras típicas de este periodo.

En muchos terrenos, el niño que entra a la pubertad no es el mismo que entra al periodo de latencia. Las urgencias instintivas de la niñez temprana, que declinan durante los años de latencia, se hacen sentir nuevamente en la pubertad. Pero el niño cuyo desarrollo del yo ha progresado sin tropiezos durante los años de la niñez media adquiere los recursos suficientes para navegar con éxito entre la Escila de la represión instintiva

y la Caribdos de la gratificación instintiva —o, para decirlo en palabras más simples, entre el desarrollo progresivo y regresivo (Bornstein, 1951; Buxbaum, 1961). El pasaje a través de estas capas o niveles es la historia de la adolescencia.

La maduración sexual es el suceso biológico que se produce en la pubertad: los impulsos instintivos se intensifican; en forma gradual y lenta emergen nuevas metas instintivas, mientras que las metas infantiles y los objetos de gratificación instintiva son colocados temporalmente en primer plano. Este proceso llega a su fin cuando se establece una identidad sexual apropiada y egosintónica. El proceso adolescente que modela la personalidad en forma decisiva y concluyente solamente puede entenderse en términos de su historia, del impulso de maduración innato y de la conducta dirigida, debido a que estos factores, en interacción mutua, originan la formación final de la personalidad. Sin embargo, lo característico y específico del desarrollo adolescente está determinado por organizaciones psicológicas anteriores y por experiencias individuales durante los años que preceden al periodo de latencia.

El punto de vista genético con el cual enfocamos aquí la adolescencia nos obliga a dirigir la atención antes que nada a la niñez temprana. Esto no quiere decir hacer un recuento de la historia total del desarrollo psicológico del niño; comprende una selección de algunos aspectos del desarrollo de los impulsos y del yo, especialmente en cuanto estos influyen en la formación de la masculinidad y feminidad. La estabilidad de estas formaciones, su irreversibilidad, su sintonía yoica · fija, constituyen el terreno en donde se ancla el sentido de identidad. El examen que haremos sobre la niñez temprana se lleva a cabo con la idea de que algunos aspectos específicos de este periodo tienen influencias genéticas muy particulares en el proceso adolescente. Este enfoque hace que el fenómeno de la conducta adolescente nos diga algo sobre su naturaleza al revelarnos al-

go de su propia historia. Cualquier punto de vista orgánico de la conducta tiende a establecer una relevancia causal en tres dimensiones: la primera se relaciona con el pasado histórico del organismo, como una forma de trazar las pautas secuenciales de diferenciación e integración; la segunda tiene relación con el proceso de adaptación en la situación vital actual del individuo; la tercera se refiere al futuro; con sus direcciones, metas y esperanzas, que llenan el presente. "Le présent est chargé du passé, et gros de l'avenir" (Leibnitz).

Sabemos claramente que los eventos biológicos de la pubertad colocan el problema de la masculinidad y feminidad en una posición definitiva o en una formación final de compromiso. En verdad, el desarrollo del yo durante estos años toma sus indicaciones de la organización de los impulsos que ganan en ascendencia o dominio durante las fases sucesivas de la adolescencia. Por lo tanto, para comprender los cambios de la libido y de la agresión, así como los movimientos del yo durante la adolescencia, es necesario trazar el desarrollo de la masculinidad y feminidad a través de las diferentes etapas del desarrollo psicosexual e investigar la influencia de este desarrollo en el yo. Haremos esto acentuando particularmente los diferentes caminos que el muchacho y la muchacha siguen en la formación de su respectiva identidad masculina o femenina. Trataremos de evitar generalizaciones erróneas, recordando las palabras de Freud (1931): "Ante todo, hemos abandonado la esperanza de un paralelismo claro entre el desarrollo sexual del hombre y de la mujer".

Los aspectos especiales del desarrollo temprano que se discutirán fueron seleccionados porque representan antecedentes genéticos esenciales que definen las diferentes fases de la adolescencia y establecen en ellos un continuum en el desarrollo psicológico. Los aspectos selectivos del desarrollo temprano se ven en consecuencia en términos de sus correlaciones genéticas y dinámicas con el proceso adolescente. Se emplea la historia indi-

vidual de un adolescente —el caso de Judy— para demostrar las distintas interrelaciones que existen entre la niñez temprana y el desarrollo del adolescente.

1. *Niñez temprana y adolescencia*

El recién nacido es un organismo totalmente dependiente que necesita el cuidado y el alimento de su madre para su sobrevivencia. Una reciprocidad en la gratificación de las necesidades que opera como respuesta circular entre madre e hijo crea una interdependencia, que es la base para el crecimiento físico y emocional del niño sano. Debido a que el primer contacto entre madre y niño se centra en la alimentación, esta experiencia viene a ser el prototipo de la actividad incorporativa posterior, física o mental; ligadas a estos procesos existen cualidades emocionales que tienen gran impacto en la vida consciente e inconsciente del ser humano.

El centro de las actividades del niño son sus necesidades físicas que se organizan en términos del principio del placer y el dolor. La madre que alimenta, el pecho,* constituye parte del niño; sólo en forma lenta y gradual la vive como un objeto, o más bien como un objeto parcial. En esta etapa la madre —la expresión del duro ambiente— es percibida como un objeto bueno o malo y por lo tanto, no como el objeto idéntico durante todo el tiempo; de ahí que hablemos de un estado preambivalente de relaciones de objeto. Esta formulación se justifica por el hecho de que las emociones positivas y negativas del niño, que se expresan por la sonrisa o el llanto, se dirigen a la misma persona, quien, sin embargo, en esta temprana etapa no está representada

* Siguiendo a Winnicott (1953), el término pecho ("un fenómeno subjetivo se desarrolla en el niño al cual llamaremos pecho de la madre") se emplea aquí como expresión para sintetizar "el cuidado materno".

en la mente del niño como una imagen coherente y diferenciada. Esta situación es consistente con la autoexperiencia exclusiva del niño, es decir, su disposición a considerar aquellos estados físicos y emocionales que son buenos (satisfacción, sensación de placer y caricias) como representando al ser, mientras que aquellos que son malos (dolor, situaciones tensionales) como pertenecientes al no ser, al mundo externo. Se erigen barreras protectoras contra los estímulos desorganizadores; y estos procesos adaptativos son los antecedentes de ciertos mecanismos de defensa. Estas pálidas reflexiones de una estructura psíquica están en los confines del narcisismo primario y se modelan en el esquema oral, de acuerdo al cual se toma lo que es bueno (lo que reduce la tensión, lo que da placer y satisfacción), mientras que se desecha aquello que es malo (que aumenta tensión, que causa dolor y frustración). Las defensas arcaicas que toman su modelo de esta dicotomía oral simple son la *introyección* y la *proyección*. Estos mecanismos siempre se invocan cuando se emplea la modalidad oral en el manejo del ambiente o de los conflictos.

A medida que el niño se da más cuenta del mundo externo, elabora una imagen mental de la madre que lo conforta. Esta facultad le permite alejar la tensión (por periodos cortos de tiempo) creando una alucinación sobre el retorno de la madre, o, en sentido general, el objeto gratificador de sus necesidades. En esta forma se diferencia una parte del impulso instintivo que eventualmente llega a ser el mediador entre el impulso y el ambiente, entre el mundo externo y el interno. Los límites entre estos mundos se establecen primero en términos de sensaciones, de experiencias afectivo motoras; de ahí que el yo temprano sea un yo corporal. El yo corporal recibe refuerzos de otra fuente: la pérdida gradual del "pezón", al mismo tiempo que la disminución de la gratificación de la madre en la lactancia, llevan al niño a descubrir que puede obtener gratificación de su propio cuerpo, independientemente del ambiente —chupán-

dose el dedo, meciéndose, acariciándose, etc. El autoerotismo, que es una gratificación sustitutiva, introduce así un elemento autorregulador para aliviar la tensión. No obstante, el influjo de la gratificación derivada de la relación de objeto sigue siendo necesario para el desarrollo emocional normal. Parece existir un equilibrio crítico entre la gratificación autoerótica y la derivada de la relación de objeto; un extremo lleva hacia el enviciamiento y el otro hacia la independencia infantil. Alicia Balint (1939) se refiere en forma muy lúcida al problema de autoerotismo infantil, que en la pubertad llega a un callejón sin salida, diciendo: "El empleo excesivo de la función autoerótica puede llevar pronto a la aparición del fenómeno patológico: la actividad autoerótica degenera en enviciamiento. A la inversa, podemos ver que a una supresión pedagógica exitosa del autoerotismo le sigue una dependencia excesiva en las relaciones de objeto que se manifiesta en una situación de dependencia anormal en la madre o en una adhesión patológica a ella (o a quienes la representan). Por otro lado, una inhibición no muy exagerada del autoerotismo refuerza la liga con el objeto hasta el grado deseable para la educabilidad del niño".

El entrenamiento de los esfínteres marca un paso decisivo en el desarrollo del yo. El logro del control de los esfínteres produce una sensación de control y de delineación de los límites corporales —marcados por los orificios excretores— que establece una separación definitiva del individuo y del mundo externo. Esta separación se ayuda por el desarrollo de la motilidad que ha avanzado hacia movimientos coordinados y dirigidos; además, la locomoción le permite al niño la experiencia del espacio y el alcance de objetos distantes. Los receptores a distancia (ojos, oídos, nariz) encuentran una nueva dimensión mediante el receptor de proximidad (tacto); el mundo de los objetos se hace palpable para el niño. Aunque todavía tiende a llevarse todos los objetos a la boca, gradualmente los emplea para jugar,

adquiriendo en este proceso cualidades táctiles. Estos logros hacen al niño más independiente de la atención materna; pero al mismo tiempo traen consigo aspectos nuevos en la dependencia. A la madre ya no se le necesita solamente para gratificar los instintos (alimentación, confort corporal); sino que su presencia se requiere con mayor frecuencia para el nuevo propósito de control instintivo. El miedo a perder el amor es el vehículo para la educabilidad del niño.

La sumisión anal (entrenamiento esfinteriano) requiere que la gratificación primitiva instintiva ceda ante las normas externas en relación a lugar, tiempo y manera. Aparecen nuevas defensas, tales como la formación reactiva y la represión; éstas, sin embargo, sólo pueden tener éxito cuando reciben apoyo y refuerzo del ambiente. El elogio y el miedo al castigo juegan un importante papel al domesticar los esfínteres excretorios. La oposición innnata entre la descarga y el control —y, de hecho, la fuerza singular de la autonomía anal—, se refleja en las innumerables dificultades, retardos, recaídas y fracasos en el curso del entrenamiento para controlar los esfínteres. La lucha interna del niño se puede ver fácilmente en la relación con los padres, que en esta etapa es muy ambivalente. Las manifestaciones agresivas surgen con gran vigor y habitualmente se enfrentan a un ambiente igualmente determinado a controlarlas. La conducta agresiva e impulsiva del niño (morder, pegar, empujar) es objeto de represión o modificación con desplazamiento y formación reactiva. La desviación de la energía de los impulsos se facilita por la diversificación de los intereses del niño y su independencia motora. A pesar de todo, el niño se da cuenta entonces de que el amor de los padres y su aproximación sólo los puede obtener renunciando a su agresividad y destructividad y sometiendo sus esfínteres a la voluntad de los padres. El proceso de entrenamiento de los esfínteres tiene una bipolaridad específica; y es durante la fase anal cuando los instintos

componentes del sadismo y masoquismo hacen su primera y clara aparición. En las rabietas o berrinches ambos componentes hacen cortocircuito; muy pronto, sin embargo, encuentran innumerables desplazamientos de objeto y de meta. No solamente se hace fatal el equilibrio sadomasoquista para toda la vida del individuo, sino que, en forma más específica, afecta también el desarrollo de la masculinidad y feminidad.

Durante los primeros años la polaridad hombre-mujer no tiene un papel psicológico en la vida mental del niño. La madre, el padre y los otros adultos se sienten principalmente en términos de sus diferencias individuales, en términos del confort o desagrado que proporcionan en sus respectivas relaciones con el niño. Tiene grandes consecuencias el que los niños de ambos sexos vivan a la madre durante su niñez temprana no como una mujer, sino como proporcionadora activa de confort o frustración. "El papel de la madre antes de la diferenciación sexual no es femenino sino activo" (Mack Brunswick, 1940). En relación a la madre el pequeño es esencialmente pasivo: solamente recibe y todo el cuidado se le administra a él. La alegría que manifiesta la madre en tener a su hijo contribuye a la sensación de bienestar en el niño y constituye una fuente de placer que busca y aprende a controlar en su vida temprana. El propio niño no tiene motivaciones altruistas al devolver la recompensa, sino que trata de provocar, para su propio beneficio, una reacción de placer en el adulto, principalmente en la madre. Hay un camino muy largo de la dependencia del objeto al amor del objeto. La dependencia tiene que ver con la sobrevivencia y está gobernada por el principio de placer y de dolor, y el niño siente que los intereses maternos son idénticos a los suyos (A. Balint, 1939); en el amor del objeto son reconocidos los intereses de los padres.

Al principio de la vida el niño es esencialmente pasivo en sus deseos libidinales; pero no podemos pasar por alto que estimula respuestas del ambiente en forma

activa, aunque la meta de este impulso es pasiva. De hecho, existe una línea de demarcación esencial entre la temprana pasividad del niño en relación a la madre esencialmente activa (ambiente), y el periodo siguiente en que empieza a imitarla y se identifica con ella realmente. El niño entra en una fase de deseos libidinales activos hacia la madre, es la época del "déjame hacerlo" y "déjame hacértelo a ti". Además, al identificarse con la madre el niño se hace más independiente de ella; de hecho, su ayuda y atenciones son sentidas como interferencias. El niño tiende ahora a hacer activamente lo que en el pasado experimentó en forma pasiva. A este paso fatal de la pasividad a la actividad es al que se refiere Mack Brunswick (1940) cuando dice: "Puede afirmarse que la inhabilidad del niño pequeño para producir una actividad adecuada es una de las primeras anormalidades". La importancia clínica de esta afirmación está firmemente establecida en la actualidad. La bipolaridad entre la actividad y la pasividad es prefálica (Mack Brunswick, 1940). El intento por superar la posición pasiva básica ocupa al niño por muchos años; y la reconciliación de ambos deseos determina en forma significativa el desarrollo de la masculinidad y de la feminidad. La ambigüedad y las fluctuaciones entre la pasividad y la actividad no alcanzan un estado definitivo de reconciliación sino hasta la fase terminal de la adolescencia, la fase de consolidación.

La mayoría de las personas, tanto los niños como los adultos, reacciona en forma diferente con los niños chicos de sexo femenino o masculino. Por el aplauso selectivo —manifiesto y encubierto— que la conducta temprana del niño evoca del ambiente, especialmente de la madre, ciertos aspectos de la conducta se diferencian cualitativa y preferentemente. El papel que juega el llamado factor M.L.I. (mecanismo de liberación interna) con referencia a las respuestas diferenciadas entre los bebés, niños y niñas, es aún poco claro para poder emplearse como un concepto explicativo. De todos mo-

dos podemos observar que una modulación gradual de énfasis relativo a la conducta masculina o femenina y a la actividad mental ocurre en edad temprana. Esta modulación es inducida por las respuestas selectivas del ambiente que favorecen actividades en todos los niveles de la vida física y mental. La diferenciación no tiene ninguna connotación psicosexual nueva hasta que el niño se da cuenta de las diferencias anatómicas del hombre y la mujer. Este descubrimiento, y su integración psicológica, ocurre en la fase fálica, la que está dominada por la relación triangular conflictiva del niño con sus padres, la constelación edípica.

Con la llegada de la fase fálica las pautas del desarrollo psicosexual que siguen la niña y el niño se hacen tan rápida y esencialmente divergentes que conviene trazar su desarrollo en forma separada. Este enfoque enfatiza las diferencias entre el desarrollo del hombre y de la mujer que aparecen pronto en la vida; buscar sus orígenes nos mostrará las diferencias posteriores en el desarrollo de la personalidad adolescente en el muchacho y la muchacha.

Todos los niños tienen un mismo primer objeto amoroso, principalmente la madre. Cualquier persona o cosa que interfiera con el acceso a la madre en el momento de necesidad la considera el niño como una intrusión, y gradualmente se convierte en el blanco de la agresividad del niño y de sus impulsos hostiles; los rudimentos de la posesividad y de los celos es notoria desde muy temprano. Para el muchacho la madre continúa siendo a través de la niñez el objeto de su afecto; en los años tempranos, es solamente el *objeto* de su impulso el que cambia a medida que el componente activo de sus deseos, ahora masculinos (fálicos), se hacen más evidentes. Estos deseos se expresan en conductas bien conocidas, en actitudes, intereses, deseos y fantasías. En la fase genital la relación entre los sexos, los padres edípicos, son objeto de curiosidad para todos los niños y el saber de dónde vienen los niños se vuelve

material de gran especulación. Esta curiosidad llega siempre a un final incompleto e insatisfactorio por recurrir a conceptos y a experiencias pregenitales. Veremos, en nuestro estudio sobre la preadolescencia, que la ilustración sexual solamente oscurece la persistencia de las teorías sexuales infantiles.

Cuando el niño —niño o niña— conoce su genital, al principio no se da cuenta de ninguna diferencia sexual. La actitud egomórfica del niño le hace pensar que todos son iguales a él —tienen boca, ojos, manos, ano, como los suyos y por consiguiente deben poseer el mismo genital. Este fenómeno es una manifestación del narcisismo primario. El reconocimiento de la diferencia sexual es acentuado durante el entrenamiento de los esfínteres, en cuanto se observan las diferentes posiciones para orinar del niño y la niña. Sin embargo esta observación no llega a ninguna conclusión definitiva hasta el periodo edípico; entonces se mezcla con fantasías, adquiere significado y conduce a la angustia del daño corporal; todas éstas son indicaciones de que el niño se ha dado cuenta de la diferencia genital entre hombre y mujer, y que su organización psicosexual ha progresado a la fase fálica. Esta fase está dominada por una antítesis que ya no es activa-pasiva sino fálica-castrada (Mack Brunswick, 1940; Freud 1923, b).

El órgano que sirve para descartar la tensión erotogenética (sexual) para el niño en la fase fálica es el pene. Pero sobre todo, este órgano también sirve como un regulador de la tensión en la angustia. De ahí que lleve consigo la función autoerótica y de agrado de las zonas erógenas precedentes, principalmente, la función de descarga del exceso de excitación. Pero este mecanismo regulador de la tensión de la actividad genital autoerótica tiene una cualidad nueva; con el advenimiento de la constelación edípica, se experimenta en fantasía una meta genital (fálica) que produce angustia conflictiva e inhibitoria. Debe recordarse que cuando la masturbación genital en el niño en la fase fálica adquiere un

grado de compulsividad y resiste todos los esfuerzos para controlarlo ("trastorno de hábito"), a menudo toma este curso como la única medida existente en contra de la regresión a la pasividad infantil. En la pubertad la masturbación se reactiva y adquiere nuevamente su función primitiva de reguladora de la tensión, así como también una función defensiva en contra de la regresión; su función progresiva en la adolescencia será discutida posteriormente.

La masturbación genital del niño encuentra mucho menos tolerancia en el ambiente que las prácticas tempranas orales autoeróticas o los contactos indiferenciados corporales como hábitos táctiles transitorios. La intolerancia puede deberse a los conflictos masturbatorios no resueltos en el adulto; el hecho es que, para los adultos, la conducta fálica del muchacho está más cercana a la sexualidad que las actividades autoeróticas de los años tempranos. Ya sea que los padres sean intolerantes o que permitan la masturbación genital, el muchacho renunciará a ella en su tiempo. Esta renuncia surge por los sentimientos de culpa engendrados por fantasías incestuosas, por su miedo de represalias o de daño físico y, por último, pero no menos importante, por el desencanto narcisista derivado del reconocimiento de su inmadurez física.[1] Este último hecho por sí solo reduce todos sus deseos a nada.

Ningún niño adquiere un concepto exacto de las relaciones sexuales adultas; principalmente de aquellas entre sus padres, quienes le sirven como modelos de identificación en sus respectivos papeles. Todas las fases de organización psicosexual aportan sus experiencias para la formación de las teorías sexuales infantiles de este periodo. El niño se basa en sus propias experiencias físicas, de ahí que, el concepto de las relaciones sexuales de los padres esté determinado por el predominio de ciertas fases en su propia vida libidinal; llamamos a la persistencia de la dominación de los impulsos, *puntos de fijación*. Por lo tanto, cada niño for-

ma una teoría idiomática de la relación sexual en la que todos los elementos pregenitales encuentran un lugar prominente: mamar, morder, comer, orinar, defecar, golpear, espiar, tocar, acariciar, etc. El mirar y el tocar los genitales parece ser específico de la fase fálica; la penetración como concepto focal parece ser pospuesto hasta la pubertad (Mack Brunswick, 1940). Debemos tener en mente que hay una sobreposición de todas las fases en el desarrollo psicosexual si queremos evitar la idea de un itinerario rígido y artificial en lugar de reconocer la complejidad —dentro de ciertos límites— y la facilidad reversible del desarrollo del niño pequeño.

Veamos ahora la situación triangular del muchacho, el complejo de Edipo, que se desarrolla entre él y sus padres y que tendrá profunda significación en su vida. Los deseos activos y tempranos del muchacho para identificarse con su madre gradualmente se cambian en una liga emocional que en una edad muy temprana adquiere connotaciones muy edípicas. El padre es considerado como un intruso; el muchacho lo resiente, ya que su dependencia en la madre hace de su posible pérdida una calamidad amenazante. Los signos de celos posesivos aparecen mucho más temprano que otros signos análogos en la niña. La causa de esta divergencia y el diferente desarrollo emocional —y por consecuencia el desarrollo del yo y del superyo— del muchacho y la muchacha radica en el hecho de que el objeto amoroso (madre) es el mismo para el niño durante todas las fases del desarrollo psicosexual, mientras que la niña tiene que abandonar su primer objeto amoroso si es que su feminidad se va a desarrollar normalmente.

Desde un principio el padre juega un papel distinto al de la madre. En primer lugar, su propia dedicación al niño nunca es tan completa como la de la madre. Nunca existe como objeto parcial en una forma tan clara como la madre durante la temprana relación madre-hijo. "El niño se comporta hacia su padre más de acuerdo con la realidad, porque los fundamentos arcai-

cos de una identidad natural nunca han existido en la relación con el padre... de ahí que: el amor por la madre es originalmente un amor sin sentido de realidad, mientras que el amor y el odio por el padre —incluyendo la situación edípica— está bajo el dominio de la realidad". (A. Balint, 1939). Las relaciones entre madre e hijo y entre hijo y padre no dependen simplemente de la conducta del padre o de la madre, que cualquiera de ellos puede alterar a discreción; las relaciones son cualitativamente diferentes porque sus fundamentos no son los mismos. El niño pequeño desarrolla un amor posesivo por la madre; admiración y orgullo por su padre. Esta admiración la refuerza simplemente con su propio narcisismo; en verdad, la liga del muchacho hacia su padre se basa en una elección narcisista de objeto: "mi padre y yo somos iguales". Obviamente esta liga es fuente de ambivalencia, competencia, comparación y hostilidad; estas emociones son particularmente intensas en la rivalidad por la madre. La identificación con el padre —un paso esencial en el desarrollo de la masculinidad— está siempre acompañada por el amor y la rivalidad con él. Ésta es la situación triangular conflictiva que se resume con el término *complejo de Edipo*.

Debemos recordar aquí la naturaleza compleja de la situación edípica y darnos cuenta de lo equivocado de la idea de un complejo de Edipo puro. El esquema teórico es una abstracción: en la vida siempre están mezcladas las posiciones activas y pasivas, positivas y negativas. La diferencia significativa es que una tendencia puede ser dominante o silenciada, manifiesta o latente, consciente o reprimida, sintónica o no al yo. Las diferentes posiciones edípicas y las resoluciones que el niño les da son de una significación muy especial, ya que estos mismos fenómenos aparecen nuevamente en la adolescencia.

La identificación temprana del niño con la madre activa nunca es totalmente abandonada hasta que se da

cuenta de que la mujer carece de pene, de que la mujer es castrada. Con este descubrimiento —tenue, gradual y unas veces sólo parcialmente aceptado— la madre pierde valor; la sombra de la decepción cae sobre su imagen; el deseo del niño se mezcla con miedo ante el pensamiento misterioso de la diferencia física —que para él, desde luego, es el genital masculino. Esta degradación defensiva de la madre, concebida durante la fase fálica, reaparece en la preadolescencia y algunas veces permanece como una actitud de desprecio hacia el sexo femenino.

Cuando el niño dirige sus deseos sexuales hacia su madre en la etapa inicial de la fase edípica, su meta libidinal es pasiva, siguiendo el modelo arcaico de receptividad. La identificación con la madre favorece el cambio de dirección de su libido hacia el padre, nuevamente en una forma pasiva; a esto se le llama la *posición edípica pasiva* (negativa) del niño. Fantasías de naturaleza pasiva —tales como el deseo de tener un hijo del padre— juegan un papel importante en la vida mental del niño durante la iniciación del periodo edípico. La identificación con la madre, tal como ha sido mencionada, es destruida cuando el niño se da cuenta de que ser mujer es idéntico a perder el pene. La catexis narcisista que posee este órgano fuerza al niño a abandonar esta identificación con su madre y a su vez a identificarse con el padre. Este paso allana el camino de su actitud libidinal agresiva (masculina) hacia la madre —la cual lo conduce a la formación de su *posición edípica activa* (positiva). Este paso tiene una significación básica para el desarrollo de la masculinidad del niño. A medida que dirige sus deseos libidinales activos hacia la madre con mayor intensidad, es de esperarse que los deseos y fantasías destructivos y hostiles se dirijan al padre. Los celos y la competencia, el amor y el odio son vividos por el niño en la búsqueda pasional de sus deseos.

La identificación con el padre indica que un paso ha

sido dado en el desarrollo psicosexual del niño que lo enfrenta con la necesidad de resolver su dilema emocional. Tres factores llevan al niño a dejar su posición edípica: el miedo a ser castrado por el padre; su amor por el padre; y el darse cuenta de su propia inmadurez física. Durante esta lucha las reacciones del muchacho hacia su madre y su padre son muy ambivalentes, lo que refleja la fuerza relativa de sus deseos activos y pasivos. El muchacho tiene dos formas de resolver el complejo de Edipo: 1) Identificarse con el padre, ser como él en el futuro en lugar de reemplazarlo o ser como *él* en el presente; o 2) Abandonar sus deseos activos, su competencia y su rivalidad y regresar —por lo menos parcialmente— a someterse a la madre activa (fálica). El primer modelo refuerza el principio de la realidad, el segundo restablece el reinado del principio del placer. La sumisión a la madre fálica constituye una regresión que se transforma en un desafío crítico en la pubertad, cuando el niño alcanza su maduración física.

Debemos enfatizar que los procesos que hemos descrito en forma separada en realidad no son tan distintos. Un complejo de Edipo activo y pasivo no se separan como el aceite y el agua, sino que se mezclan en diferentes grados. Además, la represión permite a un componente sobrevivir en el inconsciente cuando no puede renunciar a la meta y el objeto; a la mitad de la niñez y especialmente en la adolescencia este componente puede reconocerse en sus manifestaciones derivadas.

La resolución normal del complejo de Edipo en el niño lo lleva a la identificación masculina (a la formación del superyo y el yo ideal) y al efectuarse una represión masiva de los deseos edípicos se acalla temporealmente el impulso fálico. La consolidación del periodo de latencia puede ahora ocurrir: porque existe una energía inhibida que puede formarse y porque hay una gran cantidad de tareas organizadas que permiten un progreso vigoroso en el desarrollo del yo, así como una liga firme con la realidad. En el Capítulo III discutire-

mos aquellos aspectos de la latencia que son esenciales para el desenvolvimiento del proceso adolescente.

La situación edípica de la niña muestra claramente que el desarrollo femenino, debido a su historia temprana tiende a comprender tareas y resoluciones que son diferentes de las del niño. A pesar de esto, no debemos pasar por alto el hecho de que todos los niños tienen experiencias vitales fundamentalmente idénticas. De ahí que los problemas inherentes a la polaridad y la envidia mutua que existe entre los sexos den lugar a una sensación de relativa incompletitud. En esta condición humana podemos reconocer las fuerzas que atraen a los sexos pasionalmente entre sí y que en otros momentos los llevan a separarse. Consideramos ahora las vicisitudes pertinentes al desarrollo emocional de la niña.

Tal como lo indicamos con anterioridad, la divergencia entre el desarrollo psicosexual del niño y la niña aparece muy temprano en la fase fálica. Antes de esto la niña más o menos ha compartido con el niño la posición pasiva en relación con la madre o sus representantes; con el desarrollo de la motilidad y la locomoción, ambos entran en una fase progresivamente activa donde el énfasis está en la autonomía y en el control del mundo externo. La tendencia activa es más marcada en el niño que en la niña; pero en relación a esto la posición de los hermanos y los estímulos ambientales parecen ejercer una influencia modificadora importante. La suma total de estas influencias no carece de consecuencias para las metas futuras de la niña, principalmente su necesidad a renunciar tanto a la posición activa como posteriormente a la fálica, situación que solamente se completa en la adolescencia.

El hecho de que el primer amor de la niña sea la madre, predestina a la madre a que sea considerada siempre como un refugio en momentos de dificultad. Esto es particularmente evidente cuando el amor de la madre se experimenta como ausente, peligroso o antagonista y se le busca en forma frenética a lo largo de

la vida de la niña. Recordemos por un momento que la búsqueda de la madre preedípica es una constelación típica en la etiología de la delincuencia femenina (véase Capítulo VII, pág. 339. El amor temprano de la niña por la madre es altamente ambivalente, una cualidad muy característica que nunca se pierde; de hecho, siempre que esta regresión se reaviva nos damos cuenta de que tiene como característica una ambivalencia muy primitiva. La temprana identificación con la madre activa conduce a la niña a *posición edípica activa* (negativa), típica del desarrollo femenino. Cuando la niña dirija sus necesidades amorosas al padre siempre existe el peligro de que sus deseos pasivos hacia él despierten la temprana modalidad oral y que un regreso a la pasividad primaria le impida la progresión hacia la feminidad. A menudo este callejón sin salida se ve dramáticamente expuesto en los años adolescentes. Cuando hay una liga muy intensa con el padre que marca la situación edípica de la niña, nos encontramos que la precursora de esta emoción es siempre una profunda y persistente liga con la madre en los años preedípicos. Es decir, una liga intensa con el padre sigue a una liga intensa con la madre: "la gran dependencia de las mujeres en el padre simplemente recoge la herencia de una gran dependencia en la madre" (Freud, 1931).

El desarrollo bifásico, activo-pasivo, que marca el desarrollo edípico de la niña no solamente implica un cambio en las metas instintivas sino un cambio de objeto amoroso: de la madre al padre. No hay nada parecido en el desarrollo del niño. ¿Podría este aspecto esencialmente femenino del desarrollo, ser responsable de que la mujer —aun las niñas adolescentes— posea una capacidad intuitiva de la emocionalidad masculina mucho más profunda de la que los hombres muestran por la emocionalidad de la mujer? De cualquier modo, debe notarse que la niña no renuncia a su posición activa (fálica) por mucho tiempo. La envidia del pene en la niña, concebida más ampliamente como el "complejo

masculino" de las mujeres, tiene que considerarse como una formación secundaria (Deutsch, 1944). Este complejo opera como una defensa o resistencia en contra de la pasividad primaria; no puede abandonarse sino hasta que se abra una avenida hacia la pasividad femenina mediante la identificación con la madre edípica.

El cambio de la muchacha con una meta pasiva hacia el objeto edípico amoroso, el padre —la *posición edípica pasiva* o *positiva*—, es más tardío si se compara con la posición activa en el niño o sea la posición edípica positiva. La tendencia activa en el desarrollo femenino nunca está tan profundamente reprimida como la tendencia hacia la pasividad en el niño. La represión en el niño se establece con gran fuerza durante su posición edípica activa. Debe de tenerse en cuenta que los canales legítimos —biológicos y sociales— para expresar los deseos activos femeninos son numerosos y esenciales para la vida como mujer y como madre, mientras que la pasividad en el niño es un anatema y representa la negación de su identidad masculina. En el niño, "el deseo de tener un hijo" está más profundamente reprimido que "el deseo de tener un pene" en la niña, hecho reconocido en el trabajo psicoanalítico con los niños, los adolescentes y los adultos. Como corolario del desarrollo de la personalidad tenemos el hecho de que la mujer posee tanto un órgano sexual activo (clítoris) como pasivo-receptivo (vagina) mientras que el hombre carece de estructura bipolar anatómica y erógena equivalente.

Durante el periodo de organización genital de la libido, la fase fálica, la niña no se da cuenta cabal de la diferencia sexual entre hombre y mujer. Se comporta como si poseyera un pene; su imitación de la conducta masculina, caracteriza el componente fálico de esta época de su vida. En este periodo radican los orígenes de una actitud de marimacho que más tarde será la defensora de la posición fálica, a menudo la única forma aceptable de vida para la joven adolescente. Normal-

mente, el sentido de realidad en la niña la lleva a aceptar el hecho de que no tiene pene; pero por algún tiempo se comporta como si esto no fuera cierto. Lo que el niño (quizás un hermano) hace por exuberancia y orgullo, la niña lo imita por terquedad y desafío —solamente para sentirse ridícula y avergonzada. Lo contrario es igualmente cierto, pero con la diferencia de que la imitación en el niño de la niña está desalentada tempranamente en la vida por tabús sociales muy severos. Una niña marimacha es respetable por mucho tiempo; un muchacho afeminado nunca deja de ser despreciable.

Las posiciones antitéticas fálica-castrada se establecen gradualmente en la mente de la niña y producen diferentes reacciones. El primer blanco para la expresión de su decepción es la madre, que no le ha dado a la hija lo que le ha dado al hijo. El trauma del destete, la pérdida del pezón, y la sensación de pérdida de una parte del cuerpo asociada al control de los esfínteres reaparecen; éstos son antecedentes de la subsiguiente angustia de castración. Las investigaciones sobre las diferencias corporales, la curiosidad sexual hacia los padres, la llegada de los hermanos, la observación de la menstruación y del embarazo, etc., finalmente convencen a la niña de que la madre comparte con ella esta deficiencia. Esta comprensión permite a la niña compararse con la madre, y como consecuencia la devalúa y se dirige hacia el padre. Aquí nuevamente, la libido narcisista contribuye a la elección de objeto amoroso. De ahí que la posesión del falo es eventualmente concedida al objeto amoroso: esta renunciación da lugar a los deseos pasivos y al deseo de ser poseída. Así, el reconocimiento de la castración, que en el niño trae la destrucción del complejo de Edipo, en la niña produce la aparición del complejo de Edipo (Freud 1924, b; Mack Brunswick, 1940). No hay ninguna fuerza o circunstancia parecida a la que hace al niño renunciar a sus deseos edípicos en la situación de la niña: sólo las

limitaciones de su inmadurez física, los sentimientos de culpa incestuosa y la persistente herida narcisista experimentada en la actividad masturbatoria se combinan para producir una declinación en sus fantasías edípicas y permitir a la niña la entrada en el periodo de latencia. La resolución del complejo edípico en la niña no ocurre sino hasta la adolescencia (Mack Brunswick, 1940), o quizás más tarde, con el nacimiento de un niño; o quizás nunca, es una forma completa.

Como nos podemos dar cuenta, el tiempo en que se dan estos conflictos cruciales y su resolución difiere a tal grado para ambos sexos que las generalizaciones que se refieren a ambos no hacen sino distorsionar los hechos intrínsecos. Por lo tanto, debemos enfatizar nuevamente que una descripción esquemática no puede aplicarse a la vida literal y rígidamente. Por ejemplo, la situación edípica pasiva (positiva) en la niña no invalida el hecho de que continúe considerando a la madre como una figura que le da alientos y protección en su vida: la madre continúa siendo —en palabras de Greenacre (1948) — "la que da comida y calor". El complejo edípico activo y pasivo de la niña se mezcla y persiste con énfasis cambiante.

La renunciación a los deseos edípicos junto con la declinación o la represión de la masturbación —que se producen normalmente entre los 5 y los 7 años—, llevan a la niña a una mayor dependencia en la madre y a una identificación con ella. Esta identificación es distinta de la que se llevó a cabo anteriormente con la madre activa: incluye los papeles de la madre como madre y como mujer y sus relaciones y actitudes hacia el marido-padre. También se percata del papel social de la madre en la casa y en la comunidad. El curso normal es ahora renunciar al padre edípico mientras que se identifica con la madre edípica; pero la niña puede alcanzar un resultado desviado en esta fase por una disociación en su yo. En este caso, recurre a una solución regresiva: empleando una modalidad oral incorpora al padre

(Sachs, 1949) y lo hace parte de ella misma, a la vez que continúa viviendo una dependencia terca y angustiosa de la madre preedípica. Al incorporar al padre abandona al objeto amoroso en el mundo externo, pero preserva su existencia en forma permanente, uniéndose a él y estableciendo una identidad que opaca la dicotomía de su sujeto y objeto edípico. Posteriormente investigaremos las consecuencias de esta solución regresiva del complejo edípico en la imagen corporal y en el sentido de la realidad de la niña púber. De cualquier modo, esta constelación llega a un callejón sin salida durante la adolescencia temprana, cuando la niña tiene que enfrentarse a su bisexualidad. Gran parte de lo que parece ser un problema conflictivo adolescente, en una observación más cuidadosa no es sino el resultado de malformaciones y defectos estructurales en el yo.

La progresión por medio de la cual la niña asciende de su dependencia oral pasiva primitiva a la receptividad pasiva genital, requiere una represión masiva de la sexualidad pregenital infantil que, históricamente, está ligada con la relación primaria madre-hija. El hecho de que el niño continúe elaborando su progresión psicosexual en relación a la misma persona, la madre, lo libera de esta represión masiva de su pregenitalidad. "Una de las principales diferencias entre los sexos se encuentra en el grado de represión de la sexualidad infantil de la niña. Salvo cuando hay estados neuróticos muy profundos, ningún hombre recurre a una represión parecida de su sexualidad infantil" (Mack Brunswick, 1940). Esta diferencia cuantitativa en la represión nos aclara las variaciones sorprendentes de la conducta de la niña y el niño preadolescentes.

Como el complejo de Edipo en la niña es una "formación secundaria" (Freud 1924, b), ella debe de producir medios psíquicos para eliminar el primer objeto amoroso (arcaico) y defenderse del impulso regresivo; estos medios son enteramente distintos de los que emplea el niño para enfrentarse al mismo problema. La tarea

principal del niño es renunciar a su pasividad temprana; la de la niña es abandonar su primer objeto amoroso. Una lucha paralela que ambos deben enfrentar es lograr una constancia de objeto, sobreponerse a la ambivalencia y llegar a establecer relaciones estables (post-ambivalentes). Estos cambios exigen enfoques cruciales en la integración y diferenciación psíquica, enfoques que pueden engendrar fallas potenciales en el desarrollo causadas por experiencias traumáticas o por los naturales, excesos de gratificación en la niñez temprana. Ambos extremos crean puntos de fijación que aparecen con toda su fuerza durante la adolescencia; de hecho, estos puntos de fijación son responsables en la estructuración de la crisis adolescente. Los puntos de fijación y su relación específica con las distintas fases de la adolescencia serán discutidos posteriormente, en el contexto del proceso adolescente y en relación al significado idiosincrásico y profundamente personal tras la fachada de igualdad o semejanza que muestran los adolescentes.

Además de explorar el desarrollo instintivo del niño pequeño, debemos también trazar los orígenes de la facultad que mantiene el balance homeostático del aparato psíquico. Esta facultad, localizada en el yo, toma sus indicaciones de la maduración progresiva del cuerpo, su función y estructura. En este sentido puede ser comprendido como un sistema regulador que adquiere una influencia de control sobre los impulsos instintivos cada vez más complejos, sobre la conciencia, la percepción, el conocimiento y la acción. Así, el yo protege la integridad de la personalidad en el nivel respectivo que ha alcanzado. El yo funciona como mediador entre el impulso y el mundo externo, proporcionando en forma ideal el máximo de gratificación con un mínimo de angustia. Las influencias inhibidoras y críticas en el yo, que con frecuencia se consolidan en una institución separada, el superyo, aparecen tempranamente en la vida del niño.

En este momento es pertinente que hagamos algunas

consideraciones del yo en la niñez temprana; debemos enfatizar aquellos aspectos aplicables a la adolescencia: el yo emerge del ello, y se separa de éste cuando el niño se da cuenta de que su situación oral depende de la presencia de un objeto separado, el "pecho". El primer límite del yo es, por lo tanto, corporal; este límite se ve reforzado por la percepción y la memoria, las que dan lugar a representación psíquica del ambiente y a la interacción con éste (experiencia). "Los rudimentos del yo adquieren sus pautas de las condiciones ambientales que han dejado su secuela en la mente infantil por medio de las experiencias tempranas de placer y dolor, condiciones que son internalizadas en la estructura del yo" (A. Freud, 1934). Ya hemos mencionado que el mecanismo más temprano para manejar el mundo externo es en términos de placer y dolor y que sigue la modalidad oral; consiste ya sea en "ingerir" (introyección) o "escupir" (proyección). El primero es un antecedente de la identificación (secundaria), mientras que el último nos apunta la represión. Tanto la identificación como la represión son puestas en juego solamente después de que se ha establecido el principio de la realidad, y la ambivalencia por lo menos ha sido parcialmente resuelta. La cronología de esta operación depende de la maduración de la percepción, de la locomoción y del desarrollo del lenguaje particularmente. Una falla en el proceso de identificación temprana así como una dependencia intensa y muy prolongada en la madre —en forma general, en el ambiente— para mantener la identidad y el sentido de la realidad, hacen al niño muy vulnerable para establecer la autonomía del yo. Un niño como éste tiene que ser siempre "alimentado" y reasegurado para que su angustia se mantenga dentro de límites tolerables.

Con el advenimiento del entrenamiento de los esfínteres el miedo a perder el objeto amoroso se acentúa y la angustia es controlada por el pensamiento mágico; de esta modalidad de control se deriva el mecanismo de

deshacer, íntimamente relacionado a la conducta compulsiva. El esfuerzo más radical para manejar el impulso coprofílico y los componentes instintivos relacionados, se manifiesta en la "transformación en lo contrario" o en el mecanismo de formación reactiva. Este esfuerzo hace aparecer afectos de compasión y de disgusto y establece una base firme en la realidad y en las normas sociales. Además, sirve para asegurar el amor de los padres por la identificación con sus deseos. Se descubre una fuente de la sensación de bienestar, semejante a la de sentirse amado: el dar gusto a los padres internalizados haciendo lo que piden. Durante estos años aumenta un interés muy definido por el mundo de los objetos externos; la curiosidad intelectual alcanza la cima infantil y los poderes de observación afilan el sentido de humor en el niño. El juego florece con gran riqueza imaginativa. Mediante él, el niño controla la angustia por medio de la repetición, asimilando gradualmente el impacto de las experiencias traumáticas y conflictivas que llenan los días y las noches de su vida.

Cuando el niño posee completamente el control de los esfínteres, coordina su motilidad, lenguaje, percepción, y es capaz de efectuar funciones cognoscitivas, surge un sentido de orgullo y una exuberancia que marca su temperamento. Este estado de ánimo, sin embargo, está destinado a opacarse por sus deseos edípicos cuando el niño se percata de su inmadurez. El niño que está bajo el ímpetu del principio de la realidad únicamente encuentra un consuelo temporal en la liga edípica; al reconocer las alternativas con que se enfrenta, rescata su integridad por medio de la identificación y también por la consolidación firme de una institución psíquica, el superyo, que a su vez agrega una tercera fuente de angustia —los otros son el ello y el mundo externo— con la cual tiene que enfrentarse.

El superyo del niño y de la niña se desarrollan en forma diferente; el hecho de que el complejo de Edipo

en la niña no se resuelva sino hasta la adolescensia diferencia en forma significativa su desarrollo del del niño, cuyos deseos edípicos son el sujeto de una represión masiva al principio del periodo de latencia. El superyo, "el heredero del complejo de Edipo" es por consecuencia mucho más rígido y severo en el niño que en la niña. Debido a la represión masiva de la libido edípica el muchacho posee una mejor orientación a la realidad y una imagen corporal más clara e independiente; por el contrario, la niña nunca alcanza esta simplicidad y rectitud en la represión. La imagen corporal clara en el niño es también un reflejo del hecho físico de que su genital está expuesto y abierto para una accesibilidad sensorial tanto visual como táctil; como el genital femenino está invaginado, a la niña no le es permitida esta observación concreta (Freud, 1925, Greenacre, 1948). Las sensaciones del clítoris y su conjunción con el tacto sirven como indicadores para que la niña forme una imagen mental de su genital. Estas condiciones y sus consecuencias psicológicas en términos del desarrollo de interés, talento, habilidad corporal y facilidad para el aprendizaje serán discutidas en términos del fenómeno adolescente.

Una vez más quiero enfatizar la diferencia básica en el desarrollo emocional temprano del niño y de la niña. El niño reprime en forma más radical sus deseos edípicos y adquiere, en consecuencia, un superyo más severo. Por el contrario, la niña reprime más fuertemente sus deseos pregenitales, lo que da por resultado el que su genitalidad se afirme en forma más rápida e inequívoca, tan pronto como sus tensiones instintivas empiezan a tomar forma al principio de la pubertad. Una razón para la represión masiva en el niño al entrar en la latencia es sin lugar a duda la renunciación radical a la pasividad; no hay nada de igual urgencia en la renunciación de la niña a su posición activa.

El desarrollo psicosexual que se desvió, hasta cierto punto, en la situación edípica vuelve a surgir y se con-

tinúa en la pubertad. "En las fases tempranas —tal como lo afirma Freud (1938, b)— los diferentes componentes instintivos buscan su placer en forma independiente uno del otro; en la fase fálica encontramos las primeras señales de una organización que subordina las otras tendencias a la primacía de los genitales y significa la iniciación de la coordinación de una búsqueda general de placer en la función sexual. La organización completa no se obtiene sino hasta la pubertad, en la cuarta fase o fase genital."

A continuación nos referiremos a la forma en que estos eventos representativos de todos los aspectos del desenvolvimiento de la vida instintiva y del desarrollo del yo durante la niñez temprana ejercen diferentes influencias en el proceso de la adolescencia.

2. *Adolescencia y niñez temprana: Judy*

Es relativamente fácil describir las fases significativas del desarrollo de la niñez temprana que tienen que ver en el proceso adolescente. Sin embargo es una tarea difícil y compleja el tratar de sistematizar aquellas conexiones típicas y generalizadas que existen entre la adolescencia y la niñez temprana. Más tarde haremos un intento por delinear las fases del desarrollo del periodo adolescente —es decir, el esquema de una teoría de la adolescencia. Usaré ahora un enfoque inductivo para el problema y demostraré, en la historia de un individuo, cómo las transformaciones de la pubertad están determinadas significativamente por las experiencias de la niñez temprana y la forma idiosincrásica en que proceden, dentro de la fenomenología típica de un clima de adolescencia.

Las interrelaciones entre adolescencia y niñez temprana serán ilustradas con la historia de una adolescente, una muchacha llamada Judy. Su paso por la adolescencia se verá aquí en el continuum de su desarrollo

psicológico; es decir, la crisis particular de la adolescencia propiamente tal, como se estructuró en la vida de Judy, se relacionará con las experiencias cruciales que dieron forma al desarrollo temprano de su personalidad. En forma más específica, haré un intento para trazar sus conflictos adolescentes, sus logros adaptativos y sus fallas en la niñez temprana.

Al entrar en la pubertad Judy tuvo un cambio. Sus familiares y maestros se dieron cuenta de que algo le molestaba y de que estaba preocupada. Como esta situación no mejoró después de varios años, finalmente fue enviada a una clínica infantil a los catorce años.

Debo de advertir desde un principio que el curso del tratamiento no será tema como tal en la presentación de este caso. Sin embargo, los productos del tratamiento —el descubrimiento de los aspectos dinámicos y genéticos en la formación de la personalidad de Judy— representan datos muy valiosos que pueden ser empleados para la reconstrucción de su desarrollo total. No hay duda de que la historia de esta chica contiene aspectos poco comunes, pero esto es cierto para cualquier historia en el campo de las experiencias personales. En el caso de Judy las circunstancias de su constelación fraternal ofrecían datos situacionales concretos, que permitieron obtener idea clara de las pautas emocionales emergentes, cuyo estudio es nuestro principal objetivo. En este sentido su caso ofrece muchas ventajas debido a la claridad que permite la reconstrucción; por eso fue escogido a pesar de ser un caso poco común. Los aspectos esenciales del desarrollo adolescente de Judy serán presentados tal como surgieron durante los 3 años que estuvo en la clínica. Después de esta información discutiré la constelación específica de la vida en la niñez temprana de Judy trazando y aislando los traumas específicos que apuntaban las crisis específicas en la adolescencia de Judy.

A. ADOLESCENCIA DE JUDY

Judy se presentó a sí misma como una chica infeliz y enojada. Una enfermedad de la piel (acné) desfiguraba su cara, y Judy empeoraba las cosas rascándosela y picándosela. Se sentía fea y se quedaba leyendo en su casa muchas horas del día y de la noche. Se peleaba con su madre a la más mínima provocación, acusándola de que no entendía nada y que tampoco trataba de entenderla a ella.

Judy era triate; los otros dos eran niños a los que, según Judy, su madre prestaba en forma generosa interés y afecto. Judy siempre se sintió muy cercana a un hermano seis años mayor que ella; él nunca se dio cuenta de las necesidades de su hermana, pero continuó siendo la figura familiar más importante en términos del desarrollo emocional de Judy. A Judy no le gustaba ser triate, le tocó tener que compartir desde el principio de su vida. Al empezar la pubertad la poseían sentimientos de rabia y desesperación que se alternaban con remordimiento y depresión. Sus dolores de cabeza le hacían temer una enfermedad en el cerebro. Su vida de fantasía estaba llena de pensamientos sobre la muerte y el suicidio; imaginaba escenas muy elocuentes con gran aflicción y pena de los deudos, principalmente sus padres.

Judy sufría con la idea de que no amaba a sus padres; muchas veces incluso le desagradaban, y sabía que esto no era correcto. Tales sentimientos, pensaba Judy, se oponían a los diez mandamientos y era pecado tenerlos. Sus primeras palabras en su primer contacto terapéutico fueron: "¿Sabe usted cuál es mi problema? Yo no quiero a mi madre." Estos sentimientos la perseguían desde el principio de la pubertad a los 10 años; alcanzaron un nivel que la hizo temer ser superada por la ira y su desesperación interna. Cualquier acto amistoso de sus compañeros o cualquier actitud amable mostrada por algún adulto se transformaba pronto en una

decepción, debido a la magnitud de sus necesidades emocionales. Al principio Judy demostraba a la gente el lado más feo de sí misma; sólo en ocasiones y por breves momentos mostraba lo amigable, dulce y generosa que podía (y realmente quería) ser.

Esta tormenta interna nunca impidió a Judy trabajar en forma muy consciente en la escuela; siempre fue muy buena estudiante. Solamente en sus años adolescentes tempranos sus estudios se le hicieron tan importantes que le causaron preocupaciones intensas. No podía dormir bien antes de un examen pues temía fracasar en la lucha académica. Nunca —o casi nunca— dejó de pasar los exámenes con calificaciones altas. Judy actuaba como si su vida entera dependiera del éxito del trabajo escolar y estaba firmemente decidida a ir a la universidad a pesar de la falta de interés y de estímulo que encontraba en su familia. Con gran indignación Judy rebatía el argumento de que las hermanas debían renunciar el ir a la universidad en favor de sus hermanos. Calificó a sus padres de egoístas cuando decían que una buena hija empieza a ganar dinero tan pronto como puede y que continúa trabajando hasta que se casa. Judy sabía que la posición económica de su familia era marginal y que en momento de crisis la ayuda asistencial social era una alternativa degradante de la pobreza. En verdad la familia estaba en mala situación económica; pero, aparte de ello, era el miedo de la madre de perder a su hija lo que la hacía oponerse a la idea de que Judy fuera a la universidad. Le dijo a su hija en una forma franca que como graduada universitaria seguramente se casaría fuera de su clase social y que entonces miraría a sus padres con desprecio y hasta los ignoraría. En otras ocasiones la madre discutía a gritos (una costumbre en la familia) en forma irracional diciendo: "Deja que tu hermano Charlie vaya a la universidad, por favor; él nunca fue bueno para nada y quizá esto lo componga." No es de sorprenderse que Judy sintiera que su madre se resentía y se enojara con

ella porque le iba bien en la escuela, mucho mejor que a sus hermanos. Judy estaba convencida de que su madre ahogaba sus ambiciones y despreciaba sus logros para dar a sus hijos menos aplicados algo de la gloria del reconocimiento público.

Judy consideraba a la educación universitaria como su deber; era la más lista en la familia y a menudo era llamada "genio" o "bien dotada" por sus maestros —por encima del desprecio de su madre, que se burlaba de tales halagos. Judy se sentía orgullosa de su inteligencia y la hacía notar más ante sus hermanos cuando la madre estaba presente. En la familia la llamaban "la sábelotodo", o "la sabihonda", pero nadie podía negar su éxito académico. Pero aunque este éxito era útil para su posición en el mundo, no servía como fuente de gusto o de satisfacción; por el contrario, era una fuente constante de angustia. Lo más notable era la idea decisiva en Judy de ser una enfermera y, de ser posible, una maestra de enfermeras. Nunca se desvió de esta elección ocupacional ni dudó un momento de lo correcto de esta decisión.

La tristeza de Judy por la falta de amigas íntimas era muy intensa. Su mayor deseo era tener una amiga íntima. Cualquier muestra de amistad de alguna de sus compañeras la hacía sentirse tan emocionada que se volvía muy posesiva y exigente. La relación se volvía tan conflictiva que su posible amiga se retiraba; entonces Judy se sentía abandonada, sola, llena de celos y de envidia. Se dio cuenta de que se le consideraba como a una "extraña". Las muchachas siempre caminaban en parejas y ella caminaba sola detrás de ellas. Judy expresaba esta sensación de exclusión diciendo: "Me gusta caminar en medio." Lo mismo le ocurrió en un campamento donde once muchachas compartían una habitación. Ella pensaba que era la "undécima", "la sola", la "extra" del grupo. Siempre que veía gente agrupada, la idea de ser "extraña" se le repetía con la misma monotonía. Unas veces lo que le parecía mejor era evadir

a la gente; así no podía ser envidiosa ni mala. Se encerraba en la lectura para protegerse de la ira intensa que le provocaban las situaciones sociales; su carácter la asustaba y buscaba refugio aislándose socialmente.

Durante estos periodos de aislamiento Judy se deprimía mucho. La invadía un sentimiento muy doloroso de aislamiento en su casa, y deseaba desesperadamente que su madre fuera su amiga. Llorando le dijo al terapeuta que su madre no había logrado comprenderla cuando quiso confiar en ella. Le dijo a su madre que una muchacha que conocía tenía una mamá a la que le podía contar todo como si fuera su hermana. Judy también quería tener a alguien así. Su madre le dijo: "Tú me puedes contar todo", a lo que Judy contestó: "Yo no puedo confiar en ti"; la madre, entonces, le dio una cachetada. "¡Eso sí era comprensión!", comentó Judy, dolida. Tales incidentes, sin embargo, no debilitaron los fuertes lazos que las unían. Judy acudía por ayuda a su madre con frecuencia; al pedirle cariño y comprensión lo hacía confusamente; otras veces se volvía en contra de ella y la culpaba de todas sus desgracias. Pedir al terapeuta que tratara también a su madre, no es común en una adolescente; pero Judy sentía que cualquier situación que pudiera intensificar su unión era deseable. Sería inútil decir que las esperanzas puestas en estas situaciones estaban destinadas siempre a fracasar.

Los deseos contradictorios de Judy hacia su madre se transformaban en interminables batallas entre ellas. Judy se quejaba de que su madre la trataba como una niñita; sin embargo, la obedecía. Cierta vez, Judy acusó a su madre por indicarle cómo debía gastar su dinero ("Ella me dice cómo debo pensar y qué debo ser"); sólo para acusarla simultáneamente de no estar interesada en nada de lo que hiciera, sintiera o quisiera. Se quejaba de que no le daban nada; todo lo que sabía lo había aprendido de los libros.

En este aspecto, la preparación de Judy para la menstruación es particularmente significativa. Su madre le

habló de la menstruación cuando tenía unos diez años. Según los recuerdos de Judy su madre le dijo "que muy pronto algo le iba a pasar todos los meses". Judy le preguntó angustiada qué era lo que le iba a ocurrir, pero sólo pudo obtener una idea vaga: "Ya verás, algo te va a pasar, algo físico." Esta imprecisión la asustó y se paraba ante el espejo, revisándose y pensando qué era lo que le iba a pasar. Creía que sería algo terrible. "¿Me saldrían pecas en la nariz o una joroba en la espalda cada mes?" A los once años se despertó una mañana y encontró las sábanas de su cama manchadas con sangre. Se asustó, pero intentó ignorarlo, sólo para volver de la escuela con las piernas, el fondo y la falda manchadas de sangre. Fue a su madre gritando: "Mami, me muero, me muero, estoy sangrando." La respuesta de su madre fue sólo: "Ya eres una mujer." Judy le pidió que le explicara, pero su madre le dijo que un día, cuando fuera mayor, comprendería. Un año más tarde Judy le preguntó a una prima y finalmente le explicaron todo. Sin embargo se sentía confusa cuando pensaba en el matrimonio, la masturbación o la homosexualidad. "Lo único que me ayuda a salir de mi confusión son los libros." Ya en la pubertad temprana a Judy le asustaba el sexo; relató un incidente que ocurrió en la casa de un tío suyo cuando cuidaba a una prima y el tío le pidió que se desvistiera enfrente de él. "Desde luego que no lo hice", añadió, y siguió describiendo cómo su tío la tocó "por todos lados". No podía imaginarse cuáles eran las intenciones de su tío; sólo sabía que no podía tolerar que la estuvieran manoseando. "Casi me volví loca", añadió y terminó el relato con un comentario muy enigmático: "Mi padre nunca me toca."

La sensibilidad emocional de Judy tenía un corolario físico: una reacción intensa al contacto corporal. La repelían las demostraciones de afecto de su madre y evitaba el contacto físico con cualquier otra persona. Por otro lado, Judy tenía miedo de estar sola y, aún com-

partía la cama con su madre; extrañamente, nunca intentó tener una cama para ella sola. Los arreglos para dormir con su madre estaban basados solamente en una necesidad vaga, ya que los fines de semana, cuando el padre, que trabajaba por las noches, estaba presente, Judy tenía que dormir en la sala. Sólo con dificultades aceptaba dejar su lugar en la cama de la madre. Cuando la familia se cambió a un departamento más grande y Judy tuvo un cuarto para ella sola, continuó este hábito para dormir y no fue mencionado al terapeuta por ella ni por su madre hasta mucho más tarde. Cuando Judy finalmente admitió el "secreto" se sintió avergonzada y enrojeció profusamente. Judy se quejó en ocasiones de que este arreglo para dormir no era satisfactorio; pero no hizo nada para cambiarlo. Cuando tenía sueños agitados Judy a menudo le pegaba a su madre o le pasaba las manos por la cara, murmurando palabras iracundas que eran incomprensibles para la madre. Judy nunca recordaba estas escenas nocturnas, aunque su madre le habló de ellas.

Finalmente, cuando le compraron a Judy su propia cama, se separó físicamente de su madre; este paso también marcó la aceptación de sus conflictos como propios e irresolubles mediante la protección y la gratificación materna. Sólo entonces pudo resistir los mutuos deseos de cercanía que llegaban a una perfecta cristalización cuando tenían una plática íntima después de haberse acostado. Cuando empezó a dormir sola, su sueño continuó siendo muy inquieto; relataba pesadillas que la asustaban mucho, sueños sobre la muerte, siempre la muerte debida a un asesinato. Judy tenía mucho miedo de estar sola; de estar sola ahora y siempre. Los pensamientos que la asustaban se pueden resumir en la siguiente frase: "Quizás nadie me amará y tal vez yo no ame a nadie." Llena de estas dudas se sentía mala y egoísta; ¿no sería mejor que una persona como ella no estuviera viva? Nunca podía desprenderse de la idea de que su infelicidad era provocada por ella misma; esta-

ba llena de un profundo sentimiento de culpa. En sus ensueños de suicidio se veía flotando en el río; durante un tiempo la gente escribiría cartas y finalmente se olvidaría de que ella había existido.

Estos estados de ánimo de tristeza contrastaban con sus momentos de alegría, que experimentaba especialmente cuando estaba con amigas. En tales ocasiones —en verdad raras— podía ser juguetona, libre y graciosa. Una vez pasó una noche muy divertida en la casa de una amiga. Ambas chicas tenían entonces trece años, se reían constantemente y se abandonaban a sus propias fantasías. Imaginaban que vivían en el palacio de Buckingham; vestidas con ropas preciosas se ocupaban de arreglar y amueblar el palacio y se paseaban por el cuarto dando órdenes a sus sirvientes, riéndose de sus propias tonterías. En sus ensueños favoritos Judy recreaba la vida de su familia en una mezcla de presente y futuro en la que aparecían su madre y sus hermanos triates, pero nunca incluía a su padre; este hecho le pareció extraño. Sus momentos de alegría eran breves ya que se entristecía con facilidad. Si sabía de alguna persona enferma o de alguien que hubiera muerto, o si veía algún perro muerto en la calle, sus ojos se le llenaban de lágrimas y lloraba calladamente para sí misma.

Esforzándose por ser una persona mejor Judy huyó de la superficialidad de la vida en busca de significados profundos en la existencia humana. No sabía si estos significados podían encontrarse en la religión o en la lealtad a las convicciones e ideas propias; intentó ambos caminos sin que le dieran satisfacción. Cuando Judy se cambió de escuela secundaria su madre se quejó del mal estado del edificio, pero Judy alabó la escuela con entusiasmo diciendo que los corredores limpios y las paredes blancas no tenían importancia. Qué tontería, decía, que su madre se fijase sólo en la apariencia de las cosas, e ignorase lo importante, la substancia, el pensamiento, la atmósfera, la gente. Este grado de sofistica-

ción llevó a Judy a muchas discusiones y le dio la reputación de ser una snob.

Judy nunca se sentía a gusto con los muchachos fuera de la familia. Tenía la sensación de que no la querían y de que no la podrían querer. Estaba convencida de que a nadie le gustaría porque era fea. Sus amigas eran más bonitas y sus conquistas la llenaban de envidia. Judy siempre era la espectadora, la extraña. El juego del amor que las chicas adolescentes parecían jugar con tanta intensidad era un rompecabezas para Judy. Durante un tiempo Judy trató en la misma forma a los muchachos y a las muchachas, e hizo a un lado las diferencias que le producían angustia. Muchos sucesos indicaban claramente que Judy se atemorizaba por sus propios deseos y por la fuerza de sus emociones. En el campamento de verano se desmayó después de un baile en donde se sintió feliz y muy contenta. Al siguiente año, otra vez en el campamento, se sintió invadida por una sensación extraña cuando caminaba con un muchacho cerca del lago; repentinamente tuvo miedo de que la echara al agua. Las fantasías de violación y de violencia física alternaban con sus deseos de amor y ternura. Al relatar al terapeuta el incidente del paseo por el lago, Judy admitió que hubiera deseado que el muchacho la besara, ya que nunca la habían besado. Pero, agregó, la otra "parte del sexo" la asustaba aún. Exasperada preguntaba: "¿Cómo puede una saber si está enamorada?" Para ella el peligro radicaba en dejarse llevar por los deseos sexuales sin estar enamorada. Judy pensaba que si su madre la hubiera introducido hacia el sexo en forma amable y menos cruel, todo hubiera sido diferente para ella.

Su vida social siempre le recordaba que no era tan buena como las demás; por eso, pensaba, no podía atraer a ningún muchacho. Iba a las fiestas de la escuela, a las reuniones del club, a las reuniones políticas, solamente para salir sin que se satisficieran sus deseos de amistad y cariño. Sus imperfecciones, sus rasgos de

maldad y sus sentimientos poco amables, pensaba Judy, eran responsables de sus fracasos sociales. En esas ocasiones, Judy tenía la idea recurrente de que algo fallaba en su cuerpo, quizá un tumor cerebral que una operación podría curar. Nunca se convenció de la validez de este miedo; pero durante varios años de su adolescencia tuvo una sensación vaga de incertidumbre sobre su integridad corporal.

Judy pasaba mucho tiempo en su casa en pleitos interminables con su familia. Mostraba su aburrimiento a todo el mundo y se acusaba a ella misma o a su madre de estar condenada a permanecer encerrada en su cuarto. En esa época Judy no habló casi nunca de su padre; sentía que apenas lo conocía y casi no lo recordaba. Una vez, al pensar en él en una entrevista, Judy se calló durante unos minutos. Su labio inferior empezó a temblar; unas lágrimas se desprendieron de sus ojos y dijo: "Debí tener un padre cuando era pequeña porque lo tengo ahora. El debía estar allí, pero yo no puedo recordarlo. ¿En dónde estaba?, ¿por qué no estaba allí?, ¿no le importaba nada?" Sarcásticamente dijo que su padre sólo amaba su propio estómago. Llorando mostró su miedo más profundo: no podía ser amada.

Los estados de ánimo depresivos que Judy experimentó repetidamente durante su adolescencia desaparecieron espontáneamente, surgiendo un periodo más brillante y alegre. Esto ocurrió cuando Judy se enamoró: conoció a Billy casualmente y en forma secreta continuó una relación con él a distancia. Desde su ventana lo veía cuando iba y volvía del trabajo, cuando montaba en su bicicleta o iba a la tienda. Judy se sentía una fisgona cuando hacía esto y se puso a sí misma "la espía". Finalmente lo volvió a ver y salieron juntos; todo terminó cuando el muchacho se fue de la ciudad poco tiempo después. Judy nunca tuvo ninguna dificultad en decirle al terapeuta que en la noche soñaba y en el día pensaba en él. Una moda entre las escolares de esa época encajó bien en las necesidades de soñar despierta de

Judy, y al mismo tiempo le permitió formar parte del grupo de amigas que tenían el mismo pasatiempo. La moda consistía en hacer historias sobre un "novio de papel"; es decir, un novio que no existía pero que era creado por la muchacha para contarle a otras gentes acerca de él. Esto permitía a las chicas hablar de sus novios sin tenerlos y al mismo tiempo sin decir mentiras, ya que las otras muchachas sabían que era una fantasía. A veces los hechos y la ficción se juntaban; como sucedió cuando todo el grupo, incluso Judy, se puso en un estado de excitación y de atolondramiento por el compromiso de una de las chicas, antes de que volvieran a la realidad al darse cuenta de que, después de todo, era un compromiso con un "novio de papel". Para entonces Judy tenía dieciséis años; pensaba que era muy aniñada, sin embargo disfrutaba de este juego absurdo. Poco después de este episodio de ensueños compartidos, Judy se ligó mucho a un maestro cuyas críticas o halagos oscurecían o iluminaban su vida. Hablaba de él con verdadero afecto y confianza, y resumió esta nueva experiencia diciendo: "Todo lo que sé es que me gusta." Añadió: "Mi padre nunca sonríe como él; nunca puedo dirigirme a mi padre para algo, pero sí puedo hacerlo con el Sr. X, él sí está interesado —él me presta atención."

Cuando Judy tenía quince años, su hermano mayor, de veintiuno, se casó, y Judy fue madrina de boda. Fue una verdadera participante de la boda, tan absorta en el evento como si ella fuera la novia. Se sentía muy feliz, adoraba su vestido y se dedicó a fantasear sobre el amor y la felicidad. Su estado emocional fue del éxtasis a la excitación erótica; no podía sino reír y sonrojarse al pensar en ropas de novia. En esta época le disgustaba mucho estar sola. Al hablar de esto dijo experimentar cierta angustia claustrofóbica, aunque transitoria; necesitaba desesperadamente la compañía de otras personas para protegerse de la tentación de masturbarse. Cuando estaba excitada sexualmente, tenía miedo de que sus im-

pulsos rompieran su rígida barrera de control. Judy amaba a su hermano mayor como si fuera una mezcla de padre y hermano. No es de sorprender que su matrimonio estimulara sus deseos incestuosos que fueron santificados por su rendición altruista; es decir, por su devoción amorosa hacia su cuñada. Su deseo de tener un hijo estaba apenas disfrazado, y se percató de ello en cuanto su cuñada anunció su embarazo durante el primer año de matrimonio. En cuanto nació el niño, Judy declaró que la única persona con que se llevaba bien era con el hijo de su hermano. Lo quería mucho, y decía que algún día le gustaría tener uno como él. Entonces Judy tenía dieciséis años.

Sólo en forma gradual pudo Judy dirigir sus sentimientos heterosexuales a personas fuera de su círculo familiar. Por algún tiempo salió de paseo con su hermano triate Charlie, que por esa época no tenía novia. Siempre que Judy mostraba interés en alguien y un romance estaba a punto de florecer, la madre hacía todo tipo de objeciones para devaluar la elección de su hija. Judy pudo darse cuenta de los celos y de la posesividad de su madre, pero para liberarse de ellos tuvo que renunciar a sus necesidades de dependencia y aceptar sus deseos sexuales. Por algún tiempo la ternura y el sexo se mantuvieron aparte. Cuando se sentía atraída sexualmente por algún muchacho, lo evitaba pero lo espiaba a distancia. Entonces se vio a sí misma como si fuera una prostituta, "recargada en un poste de teléfonos, con una boina caída sobre un ojo en la penumbra del atardecer". Con cinismo fingido agregó: "Después de todo, esta generación ha crecido en la era de Pat X." (Una muchacha que figuró en un proceso escandaloso sobre prostitución en la sociedad neoyorkina.) Estas poses de prostitución sofisticada, que comprendían todas las fantasías sexuales prohibidas de Judy, dieron lugar sin transición al amor romántico en la escuela, en la playa o en los bailes. Los deseos vehementes y el afecto por varios muchachos alcanzaban súbitamente un clímax y desapa-

recían también repentinamente; la angustia siempre intervenía.

A pesar de sus fracasos y decepciones, el deseo de ser amada la empujó a renovadas aventuras con muchachos. Las diferentes etapas de este desarrollo las pasó lentamente, los impulsos hacia adelante alternaban con retenciones y regresiones. Sólo a los diecisiete años alcanzó Judy el punto en su desarrollo emocional en que aceptó los rudimentos de una orientación heterosexual extrafamiliar. Gradualmente admitió sus impulsos sexuales en forma más directa, conforme adquiría una mayor confianza en su capacidad de controlar sus impulsos instintivos. Dos temores básicos que Judy reconoció claramente en su temprana adolescencia —el miedo a perder el control y a no ser capaz de querer—, eran en realidad las dos caras de la misma moneda.

B. LA RECONSTRUCCIÓN DE UN CONTINUUM DEL DESARROLLO

Volvamos ahora a considerar la vida temprana de Judy, para ver si una evaluación genética nos puede ayudar a apreciar algunos de los factores que determinaron en gran medida su desarrollo adolescente. Al establecer un continuum en su desarrollo buscaremos las modificaciones de las pautas emocionales significativas en su niñez temprana: algunas modificaciones influidas por factores externos, tales como la configuración familiar y los prototipos transaccionales entre los miembros de la familia. Simultáneamente habremos de considerar los efectos formativos de los factores intrínsecos, tales como la dotación constitucional y el proceso de maduración. El interjuego de estos componentes produce en la vida temprana un enfoque regulador básico para mantener un bienestar óptimo. Este enfoque regulador sufre posteriormente algunas modificaciones producidas por los adelantos del yo y también por la forma en que las eta-

pas pregenitales del desarrollo psicosexual fueron superadas. Centraremos nuestra atención no sólo en los antecedentes del conflicto adolescente sino también en los procesos adaptativos y sus antecedentes germinales en la vida temprana.

Ya mencionamos que Judy era la única mujer en un nacimiento de triates y que tenía un hermano seis años mayor que ella. Los padres no habían planeado ese segundo embarazo; en verdad no deseaban tener más hijos, ya que apenas podían mantener al primero pues el padre nunca había logrado una posición estable. El nuevo embarazo fue tolerado con resignación por la madre; el padre, por lo contrario, y a pesar de los aspectos prácticos, se sentía feliz de que creciera su familia. En el séptimo mes del embarazo le dijeron a la madre que tendrían triates; se sintió profundamente enojada, pero el padre estaba orgulloso y feliz. Estas diferencias en las actitudes de los padres persistieron: la madre se sintió atrapada por sus hijos, derrotada y como si la hubieran vaciado; el padre mantuvo una actitud cálida y positiva hacia ellos y se sintió interesado y optimista sobre su desarrollo —sin ponerse a la altura, sin embargo, del esfuerzo y las responsabilidades que implica una familia más grande. Le gustaba tener una familia; pero mantuvo esta posesión siempre conservando las distancias para poder vivir su propia vida, aferrándose con testarudez contra las exigencias emocionales y materiales de su mujer y sus hijos.

El parto fue normal; a término, y Judy la primera en nacer. Desde un principio Judy mostró más vitalidad que los otros y fue la que hizo menos demandas a la madre. Este hecho tiene particular importancia ya que los dos muchachos fueron una causa constante de preocupación para la madre. Judy y su hermano Ben pesaron al nacer dos kilos y medio cada uno, pero ambos muchachos se quedaron atrás cuando Judy empezó a ganar peso. Sus hábitos alimenticios y de sueño nunca adquirieron la independencia de los de su hermana que

pronto fue más competente, más independiente y, en términos generales, más madura que sus hermanos. La madre describía a Judy como "vivaracha, rápida y de buena disposición", pero para describir a sus hijos hombres sólo podía usar palabras de tristeza y compasión.

Judy empezó a caminar a los 9 meses, Ben a los 15 meses y Charlie a los 24 meses. Judy empezó a hablar al año de edad; sus hermanos después, y Charlie siempre a la zaga. El entrenamiento esfinteriano en Judy pudo establecerse tempranamente y con tal facilidad que su madre no recordaba fechas y detalles de su conducta. Sin embargo, siempre tenía datos muy exactos cuando hablaba de los niños. Se puede decir que lo mismo sucedía con la salud de los triates: así como los niños necesitaban atención constante, Judy nunca presentó problemas de salud en su niñez temprana. No fue sino hasta la prepubertad cuando la salud de Judy causó cierta preocupación, primero en relación con la enfermedad de su piel, el acné, y pronto después por sus dolores de cabeza.

Durante todos los años de la niñez temprana Judy fue siempre —por lo menos a los ojos de la madre— la norma de la "medida" con que se apreciaba el progreso de los niños. No hay duda de que el desarrollo más satisfactorio de los tres fue el de Judy, sin embargo para la madre fue un acto de injusticia el que los muchachos fueran enfermos y débiles mientras que la niña era saludable y fuerte.

Judy fue la que nació primero, y aprendió siempre antes que sus hermanos. Esta característica se hizo más evidente cuando pasó la etapa infantil. Debido a que Judy progresaba bien recibió menos atención de la madre, lo que la privó de la atención materna más cuidadosa en la vida temprana. Parecía estar contenta con la atención que recibía, mientras que los niños siempre exigían más. En tanto que los niños podían estar satisfechos con el biberón y el cuidado físico, todos fueron tratados de la misma manera, sin embargo los niños

siempre requirieron cuidado más especializado que Judy. La madre recuerda que nunca vio a los niños como individuos, sino siempre a tres bebitos necesitando la botella. Las dificultades surgieron cuando los niños no se satisfacían solamente con la alimentación, sino que exigían un manejo diferente de acuerdo a sus necesidades individuales.

Al tratar de asegurar el amor de su madre Judy se dio cuenta del tipo de respuesta que obtenía debido a su desarrollo avanzado. Desde entonces comenzó a basarse en sus logros para mantener sus necesidades de dependencia. Judy empezó a congraciarse con su madre y a mostrar una independencia aparente. De modo que para asegurar el amor de la madre Judy tenía que privarse prematuramente de las gratificaciones que sus hermanos gozaban por más tiempo. Las circunstancias, su pauta de maduración y su dotación especial contribuyeron, cada una en su nivel, a la temprana organización de su personalidad en donde una marcada tolerancia a la frustración y la tendencia a someterse como esfuerzo para controlar la angustia fueron muy notables. El desarrollo satisfactorio de Judy como infante impuso desde un principio el ejemplo y aparentemente encajó con facilidad en esta imagen que el ambiente había construido. Ella llegó a ser lo que otros querían que fuera; por esto recibía aceptación y halago, pero sentía que carecía de la sensación de valer por sí misma, algo que fue muy aparente durante su adolescencia.

Judy llegó a ser la niña modelo. Tenía que mantener su progreso para poder complacer a sus padres, especialmente a su madre. Vale decir que su impulso para lograr cosas recibió un reforzamiento muy poderoso de sus impulsos agresivos y vengativos. Judy podía sobresalir más que sus hermanos, por lo que muy pronto pudo llegar a ser la pequeña ayudante de su mamá. El desarrollo avanzado de Judy la colocó en la posición de la hermana mayor que tenía que cuidar a sus

hermanos. Por muchos años fue la líder, la protectora, y en verdad la pequeña nana de sus hermanos. "Ayudé a todos (refiriéndose a sus hermanos), nadie me ayudó a mí"; éstas eran las palabras llenas de resentimiento y coraje cuando Judy pensaba en los años de su niñez. El deseo insaciable de que la amaran, su gran soledad, sus celos ilimitados y su voracidad emocional tuvieron sus raíces en estos años tempranos.

Durante el periodo preedípico Judy se identificó con la madre activa; la ayudó a criar a los niños. Por esta identificación Judy se escapó de la dependencia oral, pero tempranamente adquirió un profundo sentido de culpa: su actitud maternal apenas escondía sus impulsos hostiles hacia sus hermanos y sus necesidades orales insaciables para con la madre. Para lograr la separación de su madre y al mismo tiempo estar cerca de ella, se hizo como la madre; incorporando las demandas y las exigencias de la madre, las cuales llenaba con venganza. Alrededor de esta identificación hostil la vida emocional de Judy emergió en una pauta más integrada y duradera: las grandes esperanzas iban de la mano con su autodesprecio. La niña siempre deseaba ser buena pero nunca alcanzaba su ideal; en esto era igual a la madre que poseía todas las cosas buenas, pero nunca llegó a ser la madre cariñosa y dadivosa que Judy siempre deseó. La manera de autoacusarse de Judy es un eco de la acusación hacia su madre, que la abandonó por sus hermanos y por su propio egoísmo.

La madre describió a Judy como "una niña maravillosa y alegre" hasta la edad de cinco años. En esta época se decepcionó de su padre que se relacionaba con sus hijos en su forma amistosa siempre y cuando necesitaba compañía, pero que casi nunca se daba cuenta del deseo de los hijos de que los quisieran. Judy cambió el afecto por su padre a su hermano mayor que fue el padre sustituto para la pequeña niña. Este cambio en los deseos edípicos del padre al hermano mayor fue estimulado también por la íntima relación que

existía entre la madre y el hermano mayor, relación que hacía de este muchacho en forma inequívoca el hombre preferido en la familia. De hecho el hermano mayor asumió en muchas formas el papel del padre en la relación con Judy. El entonces muchacho preadolescente no mostró en forma abierta afecto a su pequeña hermana, pero sí expresaba su interés en ella diciéndole cómo portarse y regañándola siempre que cometía errores. El grado en que llegó a ser el representante del padre edípico fue dramáticamente manifestado en la conducta de Judy a los 15 años, cuando se casó su hermano. La magnitud de la decepción de Judy en el padre edípico pudo medirse por su queja emocional adolescente cuando recordó que su padre la había abandonado en su niñez cuando ella más lo necesitaba.

Al terminar la fase edípica, a los 5 años, nuevamente repitió la temprana pauta de compensar por su decepción haciéndose autosuficiente y competente. Sin embargo se volvió snob y solemne. Rasgos que se hicieron más evidentes cuando se estableció firmemente el periodo de latencia. Judy se sentía muy superior al resto de la familia y pensaba que merecía una vida muy especial. El argumento del romance familiar puede verse en la actitud presumida de Judy que nuevamente apareció en la adolescencia cuando jugó con su amiga, imaginando vivir en el palacio de Buckingham. Aquí debemos mencionar una fantasía temprana porque persistió hasta la adolescencia, que era: "éramos cuádruples, dos niños y dos niñas, una niña murió al nacer y yo me quedé sola". La búsqueda de ser completa, íntegra, permaneció como una búsqueda por la hermana perdida; en esta fantasía está enterrada la pérdida temprana de la madre, así como la restitución de su genitalidad incompleta, que había experimentado junto con sus hermanos. Judy siempre necesitó una amiga a quien pudiera admirar y poseer; pero esta ne-

cesidad produjo la pérdida de la amiga que tan desesperadamente deseaba.

Las consecuencias de la decepción edípica en el caso de Judy son fácilmente discernibles. Se dedicó a aprender, en lo que tuvo mucho éxito. Sus hermanos se quedaron atrás mientras que ella seguía adelante, fuerte, competitiva y ambiciosa. Además, los sentimientos sexuales de Judy fueron reprimidos masivamente y crearon un empobrecimiento emocional, que no alcanzó un estado crítico sino hasta la pubertad. La escena de seducción con el tío parece haber sido un trauma prepuberal, de acuerdo con el modelo descrito por Greenacre (1950). "Estos traumas fueron provocados por las víctimas y fueron repeticiones compulsivas de los conflictos preedípicos, que influyeron intensamente en la fase edípica, creando subsecuentemente una deformación severa en el superyo." Del artículo de Greenacre surge otra conclusión en el caso de Judy, precisamente, "la utilización del trauma como justificación masoquista, como una defensa en contra de la sexualidad". La sensibilidad de la piel, que juega un papel tan importante en las experiencias de seducción de Judy, apunta hacia un trastorno temprano de contacto corporal en la infancia. La petición de su tío para que se desvistiera refleja tanto su deseo de estimulación sexual por caricias como simultáneamente una afirmación del peligro sexual que representa el hombre. Este incidente fue seguido por una actitud de evitar cualquier situación que pudiera despertar deseos sexuales. Cuando Judy eventualmente se encontró a solas con un muchacho tuvo miedo de que la atacara sexualmente, obviamente por el temor a perder el control; ante una situación como esta reaccionaba con náusea y vómito. Podemos reconocer en estos síntomas transitorios una labilidad en la ingestión que parece remontarse al periodo de ambivalencia oral. Cuando Judy se fue al campamento durante su adolescencia temprana tenía sensaciones de hambre que le daban

dolor de estómago. Llamaba a su casa y pedía comida, pero inmediatamente rehusaba la angustiosa sugestión de la madre de que regresara a casa.

La personalidad de Judy se organizó en una triada de constelaciones: 1) una insaciabilidad oral que la predispone a estados de ánimo depresivos; 2) una dependencia y ambivalencia en las relaciones de objeto que le producen una identificación hostil, la cual le permite mantener un contacto con el objeto amado y odiado, y 3) unos impulsos agresivos y de rivalidad que están inhibidos y vueltos hacia sí misma, lo que le produce un constante sentimiento de culpa. La pauta característica para manejar a los impulsos, al superyo y al ambiente se completa más o menos en la época en que entra el periodo de latencia, que permaneció intacto hasta que la pubertad trastornó el equilibrio que existía y también vino a alterar la calma precaria de los años anteriores. Sin embargo, no debe olvidarse el esfuerzo que lleva a Judy a través de los años de latencia, en que resistió con terquedad el regreso a una dependencia materna y dejó para sus hermanos el mundo de los placeres infantiles, mientras que ella se dedicó a buscar otras avenidas de gratificación (éxito escolar), que encontró fuera de la vida familiar. Judy puso toda su energía en el aprendizaje y podemos reconocer en su yo ideal el resultado de sus tendencias conflictivas. Deseaba ser enfermera y una maestra de enfermería. Esta aspiración vocacional, que mantuvo con tenacidad, representa la sublimación de su propia necesidad de ser atendida por la madre, así como la temprana identificación con la madre activa; además nos damos cuenta de la forma de Judy para controlar la frustración y contrarrestar la tendencia regresiva volviendo lo que deseaba pasivamente en algo que ella llevaba a cabo en forma activa. Su elección vocacional estaba basada, por lo tanto, en un trauma infantil que le ofreció el clímax de la conformidad con prestigio social, en donde con una actividad organizada podía con-

trolar el trauma y expresarse como una meta en la vida.

Su empleo excesivo del mecanismo de defensa de transformación en lo contrario, interfiere con el desarrollo de la feminidad en Judy; la posición pasiva permaneció ligada a la dependencia infantil en la madre y solamente en forma provisional fue abandonada en la fase edípica. Cuando sus impulsos instintivos se intensificaron durante la pubertad, la muchacha literalmente regresó con la madre y compartió la cama con ella. El secreto alrededor de este arreglo y los detalles sobre los hábitos para dormir descritos anteriormente no nos dejan lugar a duda de que este apego a la madre no fue sino una continuación de los deseos preedípicos que nunca fueron abandonados.

Es interesante anotar que la capacidad de Judy para separarse (al principio sólo físicamente) de la madre fue llevada a cabo por la relación positiva con la terapeuta, una mujer joven, atractiva, inteligente y comprensiva. Judy encontró en ella el ideal del yo, una hermana en lugar de una madre. La terapeuta, siendo una mujer menos exigente y más tolerante que el superyo de Judy, permitió a la muchacha sentirla como una mujer que no era egoísta y que no la iba a explotar. En ocasiones Judy usaba el suéter del mismo color que la terapeuta; en verdad había encontrado a su hermana gemela. En su manera de vestir fue muy influenciada por la relación con la terapeuta. Empezó a apreciar los vestidos femeninos, lo cual fue un cambio muy obvio ya que en su casa la falta de cuidado y de arreglo personal era la costumbre. Esta transferencia la ayudó a moverse de una dependencia destructiva a una donde podía compartir. De ahí pues que asimiló un yo idealizado en una relación que la llevó de la fantasía a la realidad. Por el proceso terapéutico emergió en Judy una sensación de plenitud y de valía; simultáneamente subsistió su agresividad competitiva y desapareció su identificación hostil. Las fantasías sexua-

les pasaron a primer plano y empezó a enamorarse de sus maestros, a quienes idealizaba.

El desprendimiento progresivo de la madre preedípica la llevó a revivir los deseos edípicos abandonados. El encontrar un objeto heterosexual pudo ser aceptado y dejar de ser algo antagónico con su éxito académico. Las fantasías y sensaciones sexuales se volvieron sintónicas al yo sin provocar una barrera defensiva. El miedo al poder de sus emociones todavía era evidente en la conducta de Judy; pero sus intereses, actividades y experiencias indicaban claramente un cambio decisivo hacia la feminidad con la cual Judy entró a la adolescencia tardía.

III. FASES DE LA ADOLESCENCIA

El pasaje a través del periodo adolescente es un tanto desordenado y nunca en una línea recta. En verdad, la obtención de las metas en la vida mental que caracterizan las diferentes fases del periodo de la adolescencia son a menudo contradictorias en su dirección y además cualitativamente heterogéneas; es decir, esta progresión, digresión y regresión se alternan en evidencia, ya que en forma transitoria comprenden metas antagónicas. Se encuentran mecanismos adaptativos y defensivos entretejidos, y la duración de cada una de las fases no puede fijarse por un tiempo determinado o por una referencia a la edad cronológica. Esta extraordinaria elasticidad del movimiento psicológico, que subraya la diversidad tan espectacular del periodo adolescente no puede dejar de enfatizarse; sin embargo, permanece el hecho de que existe una secuencia ordenada en el desarrollo psicológico y que puede describirse en términos de fases más o menos distintas.

El adolescente puede atravesar con gran rapidez las diferentes fases o puede elaborar una de ellas en variaciones interminables; pero de ninguna manera puede desviarse de las transformaciones psíquicas esenciales de las diferentes fases. Su elaboración por el proceso de diferenciación del desarrollo a lo largo de un determinado periodo de tiempo, resulta en una estructura compleja de la personalidad; un pasaje un tanto tormentoso a través de la adolescencia habitualmente produce una huella en el adulto que se describe como primitivización. Ninguno de estos dos desarrollos debe de confundirse con niveles de maduración; más bien son evidencias de grados de complejidad y diferenciación. Tanto el empuje innato hacia adelante como el potencial de crecimiento de la personalidad adolescente, buscan integrarse al nivel de maduración de la pubertad y a las antiguas modalidades para mantener el

equilibrio. Por medio de este proceso de integración se preserva la continuidad en la experiencia del yo que facilita la emergencia de una sensación de estabilidad en el ser —o sentido de identidad.

1. *El periodo de latencia, introducción*

Con anterioridad hemos mencionado la importancia del periodo de latencia para tener éxito en la iniciación y durante el desarrollo de la adolescencia. El periodo de latencia proporciona al niño los instrumentos, en términos de desarrollo del yo, que le preparan para enfrentarse al incremento de los impulsos en la pubertad. El niño, en otras palabras, está listo para la prueba de distribuir el influjo de energía en todos los niveles del funcionamiento de la personalidad, los cuales se elaboraron durante el periodo de latencia. De allí que sea capaz de desviar la energía instintiva a las estructuras físicas diferenciadas y a diferentes actividades psicológicas, en lugar de experimentar esto solamente como un aumento de la tensión sexual y agresiva. Freud (1905, b) se refiere a la latencia abortiva como "precocidad sexual espontánea" que se debe al hecho de que el periodo de latencia no se pudo establecer con éxito; por lo tanto pensó que "las inhibiciones sexuales" que constituyen el componente esencial del periodo de latencia, no fueron adquiridas adecuadamente, "ocasionando manifestaciones sexuales que, debido a que las inhibiciones sexuales fueron incompletas y que por otro lado el sistema genital no está desarrollado, pueden orientarse hacia las perversiones".

La interpretación literal del término *periodo de latencia* que significa que estos años están desprovistos de impulsos sexuales —es decir, que la sexualidad es latente— ha sido corregido por la evidencia clínica de los sentimientos sexuales expresados en la masturbación, en actividades voyeuristas, en el exhibicionismo,

y en actividades sadomasoquistas que no dejan de existir durante el periodo de latencia (Alpert, 1941, Bornstein, 1951). Sin embargo, en esta etapa no aparecen nuevas metas instintivas. Lo que en verdad cambia durante el periodo de latencia es el incremento del control del yo y del superyo sobre la vida instintiva. Fenichel (1945, b) se refiere a esto: "Durante el periodo de latencia las demandas instintivas no han cambiado mucho; pero el yo sí." La actividad sexual durante el periodo de latencia está relegada al papel de un regulador transitorio de tensión; esta función está superada por la emergencia de una variedad de actividades del yo, sublimatorias, adaptativas y defensivas por naturaleza. Este cambio está promovido sustancialmente por el hecho de que "las relaciones de objeto se abandonan y son sustituidas por identificaciones" (Freud, 1924, b). El cambio en la catexis de un objeto externo a uno interno puede muy bien ser considerado como un criterio esencial del periodo de latencia. Freud (1905, b) hizo referencia especial a este hecho, el cual sin embargo ha sido opacado por el concepto más general de "inhibición sexual" que es un marco claro e indicativo del periodo de latencia. Freud afirmó: "De vez en cuando (durante el periodo de latencia) puede aparecer una manifestación fragmentaria de la sexualidad que ha evadido la sublimación; o alguna actividad sexual puede persistir a lo largo de todo el periodo de latencia hasta que el instinto sexual emerja con gran intensidad en la pubertad. Debido al desarrollo de la latencia, la expresión directa de las necesidades de dependencia y sexuales, disminuyen ya que éstas se amalgaman con otras metas más complejas y aloplásticas, o están mantenidas en suspenso por defensas, entre las cuales son típicas de este periodo las obsesivo-compulsivas."

La dependencia en el apoyo paterno para los sentimientos de valía y significación son remplazados progresivamente durante el periodo de latencia por un

sentido de autovaloración derivado de los logros y del control que ganan la aprobación social y objetiva. Los recursos internos del niño se unen a los padres como reguladores de la estimación propia. Teniendo al superyo sobre de él, el niño es más capaz de mantener el balance narcisista en forma más o menos independiente. La ampliación del horizonte de su efectividad social, intelectual y motora, lo capacitan para el empleo de sus recursos, permitiéndole mantener el equilibrio narcisista dentro de ciertos límites que le fueron posibles en la niñez temprana, y es evidente una mayor estabilidad en el afecto y en el estado de ánimo.

Concomitante a estos desarrollos, las funciones del yo adquieren una mayor resistencia a la regresión; actividades significativas del yo, como son la percepción, el aprendizaje, la memoria y el pensamiento, se consolidan más firmemente en la esfera libre de conflicto del yo. De allí pues que las variaciones en la tensión instintiva no amenacen la integridad de las funciones del yo como ocurría en los años anteriores a la latencia. El establecimiento de identificaciones estables, hace que el niño sea más independiente de las relaciones de objeto y de su ondulante intensidad y cualidad; la ambivalencia declina en forma clara, especialmente durante la última parte del periodo de latencia (Bornstein, 1951). La existencia de controles internos más severos se hace aparente en la emergencia de conducta con actitudes que están motivadas por la lógica y orientadas hacia valores. Este desarrollo general coloca a las funciones mentales más elevadas en interjuego autónomo y reduce en forma decisiva el empleo del cuerpo como instrumento de expresión para la vida interna. Desde este punto de vista, la latencia puede ser descrita en términos de "reducción del uso expresivo del cuerpo como un todo, aumentando la capacidad para expresión verbal, independiente de la actividad motora" (Kris, 1939). El lenguaje atraviesa por un cambio; la conjunción "porque" se emplea con mayor

pericia (Werner, 1940). Además, el lenguaje se emplea cada vez más como un velo; tal como está indicado en el empleo de la alegoría, la comparación y la semejanza en contraste con el lenguaje empleado por el niño más joven, que expresa sin circunloquios sus emociones y sus deseos. Ella Sharpe (Sharpe, 1940) ha mostrado que el empleo de la metáfora sobresale en el periodo de latencia y en la adolescencia; esta figura del lenguaje "aparece al mismo tiempo que el control de los orificios corporales. Las emociones que originalmente estaban acompañadas con descargas corporales encuentran vías sustitutivas". Una ganancia en la expresión artística compensa por la pérdida de la espontaneidad corporal.

Un adelanto en el darse cuenta de la vida social en el niño en periodo de latencia va aparejado con la separación de su pensamiento racional y su fantasía, con la separación de su conducta pública y privada —en pocas palabras, con un sentido muy agudo de diferenciación. En esta diferenciación el niño valora las instituciones sociales normativas, tales como la educación, la escuela y el campo de juego, para un modelo valorativo que promueve una conducta más integrada.

Los muchachos y las muchachas muestran diferencias significativas en el desarrollo durante la latencia. Una regresión a niveles pregenitales como defensa al principio de la latencia parece ser más típica para el muchacho que para la muchacha. La proclividad regresiva del muchacho simboliza su desarrollo preadolescente. El hecho de que el muchacho abandone la fase edípica en forma más definitiva que la muchacha, hace que la primera parte de su periodo de latencia sea tormentosa. La muchacha, por el contrario, entra a este periodo con menos conflicto; en verdad preserva con un sentido de libertad algunos de los aspectos fálicos de su pasado preedípico. Greenacre (1950, a) opinó que "cierto grado de identificación bisexual ocurre en la mayoría de las muchachas durante alguna época del

periodo de latencia, a menos que la muchacha o la niña permanezca casi en forma exclusiva bajo el dominio de sus deseos edípicos". La niña entra en una situación más conflictiva durante los últimos años de su latencia, cuando sus impulsos instintivos aparecen y su superyo es inadecuado para hacer frente a la primera pubertad.

Las características generales de la latencia que he resumido están descritas en detalle en diferentes estudios psicoanalíticos del periodo de latencia (Friess, 1958), algunos con especiel referencia a la selección de libros (Peller, 1958; Friedlander, 1942); al chiste (Wolfenstein, 1955); y al juego (Peller, 1954).

Un prerrequisito para entrar a la fase de la adolescencia de la organización de los impulsos es la consolidación del periodo de latencia; de otro modo el niño púber experimenta una simple intensificación de sus deseos en la prelatencia y muestra una conducta infantil un tanto regresiva. En el trabajo analítico con adolescentes —principalmente con adolescentes jóvenes— cuyo periodo de latencia nunca fue adecuadamente establecido, acostumbramos iniciar el trabajo analítico con intervenciones educativas para poder obtener algunos logros esenciales del periodo de latencia.

Como el caso de un muchacho bien desarrollado de diez años que tenía dificultades en el aprendizaje, socialmente inadecuado y con un pensamiento un tanto bizarro, en forma abrupta a la edad de diez años expresó el deseo de dormir en la cama de su madre y alejar a su padre. Las demandas para abrazarla y besarla se alternaban con el deseo de ser acariciado por la madre como si fuera un niño chiquito y que le permitiera sentarse en sus piernas. La madre tenía la tendencia de permitir estos deseos. Fue esencial al principio del análisis de este niño ayudar a la madre a desarrollar cierta resistencia hacia los avances sexuales de su hijo y enseñarla cómo frustrarlo, al mismo tiempo que le daba gratificaciones sustitutivas. El hecho de que la madre lo restringiera activamente en sus deseos edípicos in-

fluyó en la reacción de este niño en forma muy decisiva: reaccionó a las prohibiciones de la madre reprimiendo sus deseos edípicos y mostrando resignación. En forma compulsiva se ocupó de sus tareas escolares, llenando cuaderno tras cuaderno y revisando sus contestaciones continuamente. Esta conducta compulsiva le sirvió como defensa en contra de impulsos anales de venganza dirigidos a la madre frustrante; estos impulsos los pudo actuar en relación a las madres de sus compañeros de escuela. Después de que en el tratamiento pudo elaborarse su conducta regresiva, apareció material edípico y angustia de castración que se hizo muy aparente a través de la negación, la proyección y pensamiento confuso. Los intereses del muchacho cambiaron a temas de castración derivados fundamentalmente de la Biblia: el sacrificio del cordero macho en las festividades de la Pascua Judía. El Señor que "sacrificará a todos los primogénitos en la tierra de Egipto"; Herodes degollando a todos los niños en Belén. Pensamos que sin el empleo de métodos educativos preparatorios al principio del análisis, el tratamiento de este muchacho hubiera sido dañado.

Los logros del periodo de latencia representan en verdad una precondición esencial para avanzar hacia la adolescencia y pueden resumirse como sigue: la inteligencia debe desarrollarse a través de una franca diferenciación entre el proceso primario y secundario del pensamiento y a través del empleo del juicio, la generalización y la lógica; la comprensión social, la empatía y los sentimientos de altruismo deben de haber adquirido una estabilidad considerable; la estatura física debe permitir independencia y control del ambiente; las funciones del yo deben de haber adquirido una mayor resistencia a la regresión y a la desintegración bajo el impacto de situaciones de la vida cotidiana; la capacidad sintética del yo debe de ser efectiva y compleja; y finalmente el yo debe ser capaz de defender su integridad con menos ayuda del mundo externo. Estos logros en la latencia deben dar paso al aumento puberal en la energía instintiva. Si la nueva condición

de la pubertad solamente refuerza los logros de la latencia, los cuales se llevaron a cabo bajo la influencia de la represión sexual, entonces, tal como lo ha dicho Anna Freud (1936), "el carácter del individuo durante el periodo de latencia se declara sí mismo para siempre". La inmadurez emocional será el resultado, tal como lo es siempre cuando una meta específica para una fase se pasa de lado tratando de aferrarse a los logros de la fase anterior del desarrollo.

2. *Preadolescencia*

Durante la fase preadolescente un aumento cuantitativo de la presión instintiva conduce a una catexis indiscriminada de todas aquellas metas libidinales y agresivas de gratificación que han servido al niño durante los años tempranos de su vida. No se puede distinguir un objeto amoroso nuevo y una meta instintiva nueva. Cualquier experiencia puede transformarse en estímulo sexual —incluso aquellos pensamientos, fantasías y actividades que están desprovistos de connotaciones eróticas obvias. Por ejemplo, el estímulo al cual el muchacho preadolescente reacciona con una erección; no es específica ni necesariamente un estímulo erótico lo que causa la excitación genital, sino que ésta puede ser provocada por miedo, coraje o por una excitación general. Las primeras emisiones durante la vigilia a menudo se deben a estados afectivos como éste, más bien que a estímulos eróticos específicos. Entre los muchachos más maduros físicamente, las situaciones competitivas, como la lucha, han sido reportados como provocadoras de emisiones espontáneas. Este estado de cosas en el muchacho que entra a la pubertad es una muestra de que la función genital actúa como descarga no específica de tensión; esto es característico de la niñez hasta la época de la adolescencia cuando el ór-

gano gradualmente adquiere la sensibilidad exclusiva al estímulo heterosexual.

El resurgimiento de los impulsos genitales no se manifiesta uniformemente entre los muchachos y las muchachas debido a que cada sexo se enfrenta a los impulsos puberales en aumento en una forma distinta. Erickson (1951), describió la diferencia tan clara en las construcciones de juego en los adolescentes. Es aparente a partir de su material que el tema de la masculinidad y de la feminidad conduce a diferentes configuraciones en el juego del muchacho y de la muchacha. Es la preocupación (consciente y preconsciente) con los órganos sexuales, su función, integridad y protección, y no la relación de éstos con situaciones amorosas y su satisfacción lo que sobresale en las construcciones de juego en los preadolescentes. Erickson comenta: "Las diferencias sexuales más significativas en el juego nos dan el siguiente cuadro: en los muchachos las variables más sobresalientes son altura, caída y movimiento y su canalización o arresto (policía); en las muchachas, los interiores estáticos que están abiertos, simplemente encerrados o bloqueados y que son violados."

En términos generales podemos decir que un aumento cuantitativo en los impulsos caracteriza la preadolescencia y que esta condición lleva a un resurgimiento de la pregenitalidad (A. Freud 1936). Esta innovación lleva al periodo de latencia a su terminación; el niño es más inaccesible, más difícil de enseñar y controlar. Todo lo que se ha obtenido a través de la educación en los años anteriores en términos de control instintivo y conformidad social parece que está camino de la destrucción.

Gessel (1956) dice que las muchachas a los 10 años se dedican a hacer chistes que están relacionados con las nalgas más bien que con el sexo, mientras que los muchachos prefieren cuentos colorados especialmente relacionados con la eliminación; también afirma que las muchachas se dan cuenta con mayor claridad de la

separación entre el sistema de reproducción y la eliminación, aunque todavía muestran una tendencia a confundirlos. La curiosidad sexual en los muchachos y las muchachas cambia de la anatomía y contenido a la función y al proceso. Saben de dónde vienen los niños pero la relación con su propio cuerpo está un tanto mistificada. Entre las muchachas la curiosidad manifiesta es reemplazada por el cuchicheo y el secreto: compartir un secreto cuyo contenido, habitualmente de naturaleza sexual, permanece como una forma de intimidad y conspiración. Esta situación difiere del periodo de latencia en donde el hecho de poseer un secreto como éste —sobre cualquier tópico— es fuente de gusto y excitación.

El siguiente ejemplo del análisis de un muchacho preadolescente con dificultades en el aprendizaje debido a un control instintivo defectuoso, ilustra cómo la revivencia de los impulsos pregenitales sufre una represión y transformación gradual antes de que se restablezca la sublimación.

> Se trata de un muchacho de 12 años que luchaba con el resurgimiento de la pregenitalidad y que repentinamente provocaba situaciones dolorosas con las autoridades de la casa y con las de la escuela, hasta que finalmente fue capaz de emplear medidas institucionales (la escuela y la iglesia) para ayudarse en su control instintivo y protegerse en contra de la angustia y la culpa. Consideraba los chistes y las palabras anales, que lo habían puesto en dificultades, como un pecado y se recordaba asimismo del castigo que podría caerle encima por pecar; precisamente, que lo expulsaran de la escuela y que lo castigara Dios. Se imaginó a un muchacho que lo expulsaron de la escuela (desde luego que estaba hablando de sí mismo, por decir el siguiente chiste: "La Sra. Hershy puso sus nueces en su chocolate". Según su explicación, "nueces" tiene tres significados: comer, estar loco y pene; el chocolate se refiere a la cloaca. Pero ahora este joven, asegura al analista que ya no piensa en estos chistes cochinos o se ríe del "agujero apestoso"; en la actualidad

sólo hace palabras y frases que no tienen sentido; solamente el pensar en estas cosas lo hace reír. Da un ejemplo de esto: "George Washingmachine se fue en bicicleta en el río Misisipí y firmó la declaración de indigestión." Es una forma de disfrazar, en verdad no muy buena, ya que la situación derivada de estas palabras sin sentido que se expresaban con risa, se ve traicionada por el significado inconsciente. El muchacho era capaz ahora de atraer a una audiencia con sus chistes y además sentir alivio por su culpa que se originaba en sus impulsos no aceptables (Blos, 1941). Después de un tiempo de invención compulsiva y de recitación de chistes "limpios", este muchacho abandonó en forma progresiva su coraje contrafóbico y se pudo concentrar en sus tareas escolares con mucho vigor.

La gratificación instintiva directa habitualmente se enfrenta a un superyo reprobatorio. En este conflicto el yo recurre a soluciones bien conocidas: defensas como la represión, la formación reactiva y el desplazamiento. Esto le permite al niño desarrollar habilidades e intereses que son aprobados por sus compañeros de juego y además el dedicarse a muchas actitudes sobrecompensatorias en conductas compulsivas y en pensamientos obsesivos para aliviar su angustia. Aspectos típicos de esta edad son el interés del coleccionista en timbres postales, en monedas, en cajetillas de cerillos, en distintivos y otros objetos que se prestan para tal actividad. Una situación nueva para el servicio de la gratificación instintiva que aparece durante la preadolescencia es la socialización de la culpa. Este nuevo instrumento para evitar el conflicto con el superyo proviene de la madurez social lograda durante el desarrollo de la latencia; el niño utiliza esto para descargar su culpa en el grupo o más específicamente en el líder como instigador de actos no permitidos. La socialización de la culpa crea temporalmente defensas autoplásticas que son en cierto grado formas de disculpa. El fenómeno de compartir o proyectar los sentimientos de culpa es una razón para el aumento de la significación

de la creación de grupos en este estadio del desarrollo.

Naturalmente no todas estas defensas son suficientes para enfrentarse a las demandas instintivas, ya que los miedos, fobias, tics nerviosos, pueden aparecer como síntomas transitorios. La psicología del desarrollo descriptivo habla de descargas tensionales en esta etapa: frecuentes dolores de cabeza y de estómago, el comerse las uñas, taparse los labios, tartamudeo, el taparse la boca con la mano, el jugar con sus cabellos, estar tocando constantemente todas las cosas; algunos niños todavía se chupan el pulgar (Gessel, 1956).

En esta etapa, dos formas típicas de conducta preadolescente tanto en los muchachos como en las muchachas, nos dan cierta luz en el conflicto central en los dos sexos. Los muchachos son hostiles con las muchachas, las atacan, tratan de evitarlas; cuando están en compañía de ellas se vuelven presumidos y burlones. En realidad tratan de negar su angustia en lugar de establecer una relación con ellas. La angustia de castración que lleva la fase edípica a su declinación reaparece y conduce al muchacho a llevarse exclusivamente con compañeros de su propio sexo. En la niña esta fase está caracterizada por una actividad intensa en donde la actuación y el portarse como marimacha alcanza su clímax (Deutsch, 1944). En esta negación muy clara de la feminidad puede descubrirse el conflicto no resuelto en la niñez sobre la envidia del pene, que es el conflicto central de la joven preadolescente, un conflicto que encuentra una dramática suspensión temporal, mientras las fantasías fálicas tienen sus últimas apariciones antes de que se establezca la feminidad.

Una chica de 17 años describió su preadolescencia de la manera siguiente: "La transición por la que pasé a los 11 años, cuando era tan sociable como a los 5 años y quería ser tan sociable como a los 14, estaba acompañada de una serie de factores. De estos problemas el más importante y el más difícil de entender era mi propia maduración. Gradualmente me deshice de la

idea que tenía mi hermano, que mantuvo hasta los 16 años, sobre la inferioridad de las muchachas. Dejé de asociarme con grupos de muchachos que no me aceptaban y me uní con mis compañeras que sí lo hacían; fue aquí en donde las muchachas exploradoras fueron una guía en mi vida. Diariamente realizaba mis buenas acciones. La jefe de las exploradoras era una mujer muy activa a quien yo admiraba, ya que era totalmente distinta a mis maestros y a mis padres."

En otro estudio (More, 1953), se mencionan los deseos de la joven a diferentes niveles de edad como "la persona que quisiera ser" cuando crezca. La propia imagen proyectada en el futuro daba cierta luz en la convergencia del yo y el desarrollo psicosexual. A los 11 años una joven deseaba ser una wave* "usar uniforme y ser como mi mamá". Además deseaba "volar aeroplanos y aprender a volar". A los 12 años quería ser una enfermera, porque las enfermeras "ayudan a la gente y se visten cuidadosamente". A los 16 años quería ser una modelo o una taquígrafa, medir 1.60 y pesar 50 kilos. En forma nostálgica agregó: "Quise ingresar a las waves pero no pude y creo que me tuve que satisfacer con otros trabajos. Ésta era mi ambición secreta".

Es un hecho bien sabido que el desarrollo psicológico en la preadolescencia es diferente en las muchachas y en los muchachos. Las diferencias entre los sexos son muy significativas; la psicología descriptiva ha puesto gran atención a este periodo y ha acumulado gran cantidad de observaciones. El muchacho toma una ruta hacia la orientación genital a través de la catexis de sus impulsos pregenitales; por el contrario, la muchacha se dirige en forma más directa hacia el sexo opuesto.

Solamente con referencia al muchacho es correcto hablar de un aumento cuantitativo de los impulsos ins-

* Wave: cuerpo de mujeres militarizadas del Ejército Norteamericano.

tintivos durante la preadolescencia que conducen a una catexis indiscriminada de la pregenitalidad. De hecho, el resurgimiento de la pregenitalidad marca la terminación del periodo de latencia para el hombre. En esta época el muchacho muestra un aumento difuso de la motilidad (gran inquietud motora), voracidad, actitudes sádicas, actividades anales (expresadas en placeres coprofílicos, cualquier lenguaje obsceno, rechazo por la limpieza, una fascinación por los olores y gran habilidad en la producción onomatopéyica de ruidos) y juegos fálicos exhibicionistas. Un muchacho de 11 años que inició su análisis a los 10, ilustra sus desarrollos diciendo: "Mi palabra favorita ahora es caca. Cuanto más crezco, más cochino me vuelvo."

A los 14 años el mismo muchacho hizo la siguiente comparación retrospectiva: "A los 11 años mi mente estaba fija en cochinadas, ahora lo está en el sexo. Hay una gran diferencia."

Recordemos aquí los comentarios de Dostoievsky sobre los muchachos de esta edad; no podemos sino darnos cuenta de la constancia del lugar y de la edad de las características preadolescentes. En los *Hermanos Karamazov* encontramos este pasaje: "Hay ciertas palabras y conversaciones que son desgraciadamente imposibles de evitar en las escuelas. Unos muchachos puros en mente y en corazón, casi niños, gustan de hablar en la escuela de cosas, cuadros e imágenes de las cuales aun los soldados algunas veces evitarían hablar. Es más, mucho de lo que los soldados no tienen conocimiento o concepción es algo familiar para niños bastante chicos de nuestras clases altas e intelectuales. No hay una depravación moral, ni un cinismo interno corrompido en ello, pero parece haberlo, y con frecuencia esta actitud se considera entre ellos como algo refinado, sutil y digno de ser imitado."

Las fantasías de los muchachos preadolescentes habitualmente están bien protegidas; las que mencionan con más facilidad son las de pensamientos sintónicos al

yo de grandiosidad y de indecencia. Una fantasía muy bien protegida, conservada desde los 5 años y empleada nuevamente a los 11 para provocar estimulación genital, fue revelada a plazos por un muchacho en análisis. Hasta 2 años más tarde reveló la sensación sexual que acompañaba a su fantasía cuando en una forma espontánea corregía su negación anterior. La fantasía era la siguiente: "Yo siempre pensé que a las muchachas se les daba cuerda con una llave que tenían a un lado de las piernas. Cuando se les daba cuerda eran muy altas; los muchachos, en proporción, sólo tenían una pulgada de altura. Se subían por las piernas de estas muchachas altas, se metían abajo de sus faldas y debajo de sus pantalones, ahí había hamacas que colgaban quién sabe de dónde; los muchachos se subían a ellas. Yo siempre llamaba a esto montar a la muchacha." De ahí que la muchacha *montada* adquirió una connotación muy especial, eróticamente coloreada y embarazosa.

Este ensueño, como ocurre habitualmente, fue elaborado en la preadolescencia y mezclado con eventos de la época. En el caso de este muchacho tomó la forma de una fantasía en la cual las chicas en la escuela capturaban a su mejor amigo y lo desnudaban. El tema de asesinar, someter, humillar y explotar al gigante, vg.: la mujer fálica (la imago materna arcaica) regresaba en variaciones múltiples. La injusticia en estas batallas imaginarias entre muchachos y muchachas mostraba claramente en este caso el miedo a la mujer, así como el propio miedo del muchacho a sus impulsos agresivos en contra del cuerpo de su madre, especialmente a los senos a los cuales se refería como: "las masas salientes", en forma derogatoria como las "tetas" o sus "órganos sexuales altos". Sentía que le impedían luchar o ser tosco con las muchachas como una forma de contener sus deseos destructivos en contra de sus senos. Pensaba que las muchachas estaban protegidas porque "necesitan esas cosas"; una de sus frases en con-

tra de las muchachas era la siguiente: "Se supone que las muchachas son tontas. Esto es una farsa. ¿Por qué hay que abrirles la puerta? Ellas lo pueden hacer. En realidad son mucho más fuertes que los muchachos. Y todo esto debido a los bebés, sólo uno a la vez. Un hombre puede hacer un millón de bebés en un momento. Pero el hombre puede ser sacrificado en la guerra y ser asesinado." Deseaba pegarle a los senos de las muchachas cuando sentía que no le permitían que se los tocara. Sabía el estado del desarrollo de los senos de cada muchacha de su clase. Estas fantasías y deseos estaban contrarrestados por su afirmación: "Me da gusto que yo sea un muchacho"; en una forma defensiva colectiva se juntaba con sus compañeros.

El material clínico anterior se cita como apoyo para el modelo teórico de la preadolescencia; una interpretación de este material nos permite delinear el conflicto preadolescente típico del muchacho como de miedo y de envidia por la mujer. Su tendencia a identificarse con la madre fálica le alivia de la angustia de castración en relación con ella; normalmente se construye una organización defensiva en contra de esta tendencia. Recordemos aquí la tesis de Bettelheim (1954) de que los ritos de iniciación en la pubertad sirven a los muchachos para resolver su envidia de la mujer. En esencia se tiene que resolver una identificación bisexual (Mead, 1958). Bettelheim (1954) nos ofrece material clínico que demuestra "que ciertos ritos de iniciación se originan en los intentos adolescentes para integrar su envidia del otro sexo o para adaptarse al rol social prescrito para su sexo y abandonar las gratificaciones pregenitales infantiles".

En la fase de la preadolescencia el muchacho tiene que renunciar nuevamente, y ahora definitivamente a sus deseos de tener un niño (pecho, pasividad) y, más o menos, completar la tarea del periodo edípico (Mack Brunswick, 1940). En un hombre dotado, este deseo puede encontrar satisfacción en el trabajo creativo, y

cuando un hombre como éste busca tratamiento porque su actividad creadora ha dejado de funcionar, revela una organización típica de los impulsos que Jacobson (1950) describió en su artículo: "El deseo de los muchachos de tener un niño". En relación a estos pacientes Jacobson dice "que su actividad creadora muestra regularmente fantasías femeninas reproductoras". Van der Leeuw (1958) enfatiza que la envidia normal del muchacho por la madre preedípica y la importancia para su desarrollo progresivo radica en la resolución, principalmente en abandonar "el deseo preedípico de estar embarazado y tener hijos como la madre". Van der Leeuw continúa: "Los obstáculos que hay que resolver son sentimientos de coraje, envidia, rivalidad, y sobre todo, la impotencia y la destrucción agresiva que acompaña a estas experiencias. En la niñez temprana el tener hijos es vivido como un logro, una sensación de poder y una competencia con la madre; esto representa ser activo como la madre. Es una identificación con la madre activa y productora." La fijación en el nivel preadolescente da a esta fase una organización duradera de los impulsos; en algunos casos donde ocurre tal fijación, la fase de preadolescencia ha fracasado debido a un enorme miedo a la castración en relación con la madre arcaica, el cual se resuelve identificándose con la mujer fálica.

¿Cómo considera el muchacho preadolescente a la muchacha de esta edad? Ciertamente la joven preadolescente no muestra los mismos aspectos que el muchacho, ella es o una marimacha o una muchacha agresiva. Al muchacho preadolescente se le figura como Diana, la joven diosa de la caza, que muestra sus encantos mientras corre a través del bosque con un montón de perros. Empleo esta referencia mitológica aquí para enfatizar el aspecto defensivo a los impulsos pregenitales en el muchacho, principalmente al evitar a la mujer castrante, la madre arcaica. Mi conocimiento de las fantasías, de las actividades lúdicas, de los sueños

y de la conducta sintomática de preadolescencia en los muchachos, me lleva a concluir que la angustia de castración en relación con la madre fálica no es solamente una ocurrencia universal de la preadolescencia masculina sino que puede considerársela como el tema central. Esta observación recurrente puede deberse, en parte, a que veo en análisis muchos jóvenes adolescentes con deseos pasivos que vienen de familias con madres fuertes y dominantes; esta consideración indudablemente que requiere un escrutinio cuidadoso. Las conclusiones mencionadas serán ilustradas con algunos ejemplos de análisis de muchachos preadolescentes.

En varios sueños de un muchacho de 11 años que era obeso, sumiso, inhibido y compulsivo aparecía repetidamente la figura de una mujer desnuda; la parte inferior de su cuerpo no la recordaba bien, sino en una forma vaga, con los senos en el lugar adecuado, con características de pene, como órgano eréctil o urinario. Los sueños de este muchacho siempre estuvieron provocados por sus experiencias en una escuela coeducacional en donde la competencia entre los muchachos y las muchachas le ofrecía pruebas constantes de la maldad de las mujeres, de la forma tramposa de su juego. Cuando obtuvo cierta seguridad con la masturbación compulsiva, ésta se interpretó en los términos de la situación preadolescente descrita anteriormente; apareció un trastorno del sueño con el miedo de que su madre lo fuera a matar durante la noche.

Un muchacho de 14 años que todavía estaba en la fase preadolescente tenía dificultades psicógenas de aprendizaje, relató varios sueños repetitivos en los cuales era perseguido por un gorila en la selva o también por un monstruo que miraba en su cuarto a través de la puerta medio abierta; aunque petrificado de miedo, el muchacho decidió que podía matar al monstruo. Estos sueños llegaron a estar muy cerca de la realidad de la vida del muchacho, cuando su agresión y el miedo que tenía por su madre alcanzaron su clímax. Este

evento coincidió cuando le preguntó a su terapeuta cosas sobre el sexo, que pretendía ignorar totalmente. Durante estas charlas el muchacho exclamó repentinamente: "Claro, el gorila es mi mamá." El monstruoso gorila representaba a la madre preedípica castrante y fálica. El padre era visto como sumiso y benigno y no representaba ninguna amenaza.

Otro muchacho aún en la fase preadolescente a los 14 años, cuyo desinterés en las muchachas era el tema de investigación analítica, reconoció su curiosidad escondida, así como su atracción por las muchachas pero también su terror hacia la mujer. Justificaba esta forma de esconder sus sentimientos, su indiferencia y hostilidad diciendo: "Las muchachas están listas para darle a uno en la torre aunque a uno no le está permitido tocarlas, son tan delicadas." Sentía que no era posible autoafirmarse y que el sometimiento sería la única solución posible.

Grete Bibring (1943), describió el curso del desarrollo de un muchacho que alcanzó la fase posesiva edípica sin la ayuda de un padre prohibitivo, mediante una regresión a la madre preedípica. Sin embargo, en su liga con ella tenía angustias edípicas; esta madre, la seductora, también es la bruja en la familia matriarcal. Las frustraciones preedípicas y las amenazas edípicas se concentran en la misma figura.

La angustia de castración que lleva a su declinación la fase edípica de este muchacho reaparece durante la pubertad. La angustia de castración puberal del hombre está relacionada en su fase inicial a la madre activa, poderosa y procreadora. Una segunda fase que es típica de la adolescencia propiamente será descrita después. En la preadolescencia observamos que los deseos pasivos están sobrecompensados y que la defensa en contra de ellos se ve poderosamente reforzada por la maduración sexual (A. Freud, 1936). La fase típica de la preadolescencia en el hombre, antes de que efectúe con éxito un cambio hacia la masculinidad, recibe su

cualidad característica del empleo de una angustia homosexual en contra de la angustia de castración. Es precisamente esta solución defensiva en el muchacho, subyacente en la conducta de grupo, la que la psicología descriptiva llama la "pandilla"*. La psicología psicoanalítica llama a esto "el estadio homosexual" de la preadolescencia.

Este estadio debe de separarse de una fase homosexual transitoria y más o menos elaborada de la adolescencia temprana, cuando un miembro del mismo sexo se toma como objeto de amor bajo la influencia del yo ideal. En la fase preadolescente homosexual del muchacho, un cambio hacia el mismo sexo es una maniobra evasiva; en la segunda fase homosexual —la cual marece más este nombre—, un objeto narcisista se elige a sí mismo. Las amistades con tintes eróticos son manifestaciones bien conocidas de este periodo. La diferencia en la conducta preadolescente entre hombres y mujeres está dada por la represión masiva de la pregenitalidad, que la muchacha hubo de establecer antes de poder pasar a la fase edípica; de hecho, esta represión es un prerrequisito para el desarrollo normal de la feminidad. Cuando la muchacha se separa de su madre debido a una decepción narcisista de sí misma como mujer castrada, reprime también sus impulsos instintivos que estaban íntimamente relacionados con el cuidado materno y los cuidados corporales, fundamentalmente la amplitud de la pregenitalidad. Mack Brunswick (1940) en su artículo clásico sobre "La fase preedípica del desarrollo de la libido" afirma: "Una de las grandes diferencias entre los sexos, es la enorme represión de la sexualidad infantil en el niño. Exceptuando los estados neuróticos profundos, ningún hombre recurre a una represión similar de su sexualidad infantil."

* No debe confundirse con la pandilla de los muchachos adolescentes.

La muchacha que no puede mantener la represión de pregenitalidad encuentra dificultades en su desarrollo. Como consecuencia de esto, la joven adolescente exagera normalmente sus deseos heterosexuales y se junta con los muchachos a menudo en una forma un tanto frenética. "Paradójicamente, comenta Helen Deutsch (1944), la relación de la muchacha con su madre es más persistente y a menudo más intensa y peligrosa que la del muchacho. La inhibición que encuentra cuando se enfrenta a la realidad (en la prepubertad) la regresa con su madre por un periodo matizado por demandas infantiles de amor."

Al considerar la diferencia entre la preadolescencia en el hombre y en la mujer, es necesario recordar que el conflicto edípico en la mujer nunca se llevó a una terminación abrupta como ocurre en el hombre. Freud (1931) afirma: "La muchacha permanece en la situación edípica por un periodo indefinido; solamente lo abandona muy tarde en su vida y en forma incompleta." De ahí pues que la mujer luche con relaciones de objeto en forma más intensa durante su adolescencia; de hecho, la separación prolongada y dolorosa de la madre constituye la tarea principal de este periodo. "Un intento prepuberal de liberarse de la madre que fracasó o fue muy débil, puede inhibir el futuro crecimiento psicológico y dejar una huella infantil definitiva en la personalidad total de la mujer." (Deutsch, 1944.)

El muchacho preadolescente lucha con la angustia de castración (temor y deseo) en relación con la madre arcaica, y de acuerdo con esto se separa del sexo opuesto; por el otro lado, la muchacha se defiende en contra de la fuerza represiva hacia la madre preedípica por una orientación franca y decisiva hacia la heterosexualidad. En este rol no se puede llamar a la niña preadolescente "femenina", ya que obviamente ella es la agresora y seductora en el juego de pseudoamor; en verdad, la cualidad fálica de su sexualidad es

prominente en esta etapa y le da, por periodos breves, la sensación poco habitual de sentirse completa y adecuada. El hecho de que la muchacha promedio entre los 11 y los 13 años sea más alta que el promedio de los muchachos de esta edad solamente acentúa esta situación. Benedek (1956, a) se refiere a los hallazgos endocrinos: "Antes de que madure la función procreativa y antes de que se establezca la ovulación con cierta regularidad, la fase estrogénica es dominante, como para facilitar las tareas del desarrollo de la adolescencia, principalmente el establecimiento de relaciones emocionales con el sexo opuesto." Helene Deutsch (1944) se refiere a la "prepubertad" de la muchacha como "el periodo de mayor liberación de la sexualidad infantil". Esta condición se acompaña normalmente por un cambio forzoso hacia la realidad (Deutsch) que, en mi opinión, sirve para contrarrestar la reaparición de deseos infantiles, por ejemplo, los pregenitales.

El conflicto específico de esta fase preadolescente de la mujer revela su naturaleza defensiva, especialmente en los casos en los cuales el desarrollo progresivo no se ha podido mantener bien. Por ejemplo, la delincuencia femenina nos permite estudiar en una forma muy clara la organización de los impulsos preadolescentes en la muchacha. Estamos muy familiarizados con el hecho de que "en las muchachas prepuberales, el apego hacia la madre representa un mayor peligro que el apego hacia el padre". (Deutsch, 1944). En la delincuencia femenina, la cual, hablando en términos muy amplios, representa una conducta sexual de actuación, la fijación a la madre preedípica juega el papel más importante. De hecho, la delincuencia femenina con frecuencia es percibida como una intensa fuerza regresiva hacia la madre preedípica y el pánico que esta rendición implica. Un escrutinio cuidadoso revela que el cambio de la muchacha hacia una actuación heterosexual, que parece representar una recrudescencia de los deseos

edípicos, en verdad está relacionado a puntos tempranos de fijación en las fases pregenitales del desarrollo psicosexual; la frustración, o la sobrestimulación, o ambas han sido experimentadas. La pseudoheterosexualidad de la muchacha delincuente es una defensa en contra de la fuerza regresiva hacia la madre preedípica, una fuerza que es reducida intensamente porque esto significa permanecer adherida a un objeto homosexual y, por lo tanto, interrumpir fatalmente el desarrollo de la feminidad. Cuando se le preguntó a una muchacha de 14 años por qué necesitaba tener 10 novios al mismo tiempo, contestó muy indignada: "Tengo que hacer esto; si no tuviera tantos novios podrían decir que soy una lesbiana." El "podrían" en esta afirmación es la proyección de los impulsos instintivos que la muchacha emplea vehementemente para contradecir su conducta exhibicionista.

Una ruptura en el desarrollo emocional progresivo en la mujer, provocada por la aparición de la pubertad, constituye una amenaza más seria a la integración de la personalidad que una situación similar en el muchacho. El siguiente resumen de un caso nos ilustra la actitud delincuente de la organización de los impulsos en una mujer preadolescente y revela la naturaleza crucial de la tarea emocional, que la muchacha debe lograr antes de que pueda entrar a estadios más avanzados de la adolescencia. Nancy, cuyo caso se describe en forma más detallada en el Capítulo VII, es una magnífica ilustración de la preadolescencia femenina y de sus vicisitudes.

Nancy, una muchacha de 13 años, era una delincuente social. En forma indiscriminada tenía relaciones sexuales con muchachos adolescentes, y atormentaba a su madre con sus cuentos sobre estas relaciones. Desde que era muy pequeña, en su niñez, tenía sentimientos de soledad y acusaba a su madre por sentirse tan infeliz. Nancy creía que su madre nunca la había deseado y además hacía demandas incesantes e irracionales. Nancy estaba obsesio-

nada con la idea de tener un niño. Todas sus fantasías eran alrededor del tema "madre-hijo" y básicamente con una intensa necesidad oral. Tuvo un sueño en donde tenía relaciones sexuales con muchachos adolescentes; en el sueño tuvo 365 niños, uno al día por un año, de un muchacho a quien mató después de que pudo lograr esto. Esta actuación sexual desapareció en forma gradual cuando Nancy estableció una relación con una mujer casada de 22 años que tenía 3 niños, estaba embarazada, y que era promiscua sexualmente. En su amistad con esta amiga-madre, Nancy encontró la gratificación para estos deseos orales y maternales, y además estaba protegida en contra de la rendición homosexual. Actuaba como madre con los hijos de esta amiga y cuidaba de ellos mientras la madre salía a pasear. De esta amistad, Nancy emergió a los 15 años como una persona narcisista y presumida. Se interesó mucho en ser actriz y empezó a hacer lo necesario para trabajar en este campo; pero fracasó en su búsqueda de un objeto heterosexual genuino.

En resumen, podemos decir que en el desarrollo femenino normal, la fase preadolescente de la organización de los impulsos está dominada por una defensa en contra de una fuerza regresiva hacia la madre preedípica. Esta lucha se refleja en dos de los conflictos que surgen en este periodo entre madre e hija. Una progresión hacia la adolescencia propiamente dicha en la mujer, está marcada por la emergencia de sentimientos edípicos, que aparecen primero disfrazados y finalmente son extinguidos por "un proceso irreversible de desplazamiento" tal como Anny Katan (1937) lo ha designado: "remover al objeto".

Ya que hemos definido la organización de los impulsos en la preadolescencia en términos de posiciones preedípicas, consideremos el primer análisis de una joven adolescente llamada Dora (Freud, 1905). Dora tenía 16 años cuando visitó a Freud y 18 cuando inició su tratamiento. El material de la historia, el cual revisaremos aquí, se refiere a la organización preado-

lescente de los impulsos en esta joven. Su fijación materna preedípica probó ser de intensidad patogénica y representó un obstáculo invencible en el camino del desarrollo progresivo de la adolescencia.

Al final del capítulo, "El estado patológico", Freud introduce un elemento sobre el cual dice: "Puede tan sólo desvanecerse y enturbiar el bello conflicto poético que suponemos en Dora. Detrás de la serie de ideas preponderantes que giraban en derredor de las relaciones del padre con la mujer de K., se escondía también un impulso de celos, cuyo objeto era aquella mujer; un impulso, pues, que sólo podía reposar en una inclinación hacia el propio sexo." Podemos parafrasear el final de esta frase diciendo: que sólo podía estar basada en una afección de la muchacha hacia su madre. Freud describe las relaciones de Dora con su institutriz, con su prima y con la señora K., la cual tuvo "un gran efecto patogénico", más que la situación edípica, la cual "trata de utilizar como pantalla" para el trauma más profundo de haber sido sacrificada por su íntima amiga la señora K., "sin un momento de vacilación para que las relaciones de ella con su padre no se vieran afectadas". Freud concluye que "la línea de pensamiento más relevante en Dora, la cual tenía que ver con las relaciones de su padre con la señora K., estaba designada no solamente con el propósito de suprimir su amor con el señor K., que en una ocasión fue consciente, sino para esconder su amor por la señora K, que en un sentido profundo era inconsciente". Estamos familiarizados con el hecho de que los deseos edípicos son más francos y conspicuos en la adolescencia que en las fijaciones preedípicas, las cuales son sin embargo de una importancia patogénica más profunda. En el caso de Dora el análisis llegó a su terminación "antes de que pudiera aclararse este aspecto de su vida mental".

Una y otra vez los adolescentes nos muestran en forma desesperada la necesidad de un ancla en el nivel

edípico —una posición sexual apropiada—, antes de que fijaciones tempranas puedan ser accesibles a la investigación analítica. En relación con esto el caso de un joven adolescente pasivo parece relevante. Durante 3 años de análisis, desde los 11 hasta los 13, mantuvo en forma terca la imagen de su padre sometido como el hombre fuerte e importante de la familia. Esta imagen del padre poderoso le sirvió como defensa en contra de su angustia de castración preedípica. El muchacho nunca se permitió criticar o dudar del analista; según él, el analista siempre tenía la razón. No se permitió ver el reloj por miedo de insultar al analista. El análisis de la transferencia puso en claro el miedo de este muchacho hacia el analista: el miedo a la venganza y a ser herido. El análisis de su angustia de castración edípica abrió la puerta para angustias aún más intensas, en relación con la madre preedípica; el descubrimiento de fijaciones tempranas produjo una reevaluación realista del padre, aunque decepcionante. Este caso indica que el mantener una situación "edípica ilusoria" encubre una intensa fijación preedípica.

La definición de preadolescencia que he sugerido sobre las bases de la organización instintiva, no parece coincidir con las subdivisiones elaboradas por Helene Deutsch (1944) en relación con la mujer. Se refiere a la primera fase de la adolescencia como prepubertad (edades de 10 a 12), que es la época "prerrevolucionaria" cuando la muchacha experimenta "la mayor liberación de la sexualidad infantil". En este estadio la muchacha muestra una orientación decisiva hacia la "realidad" y un proceso intensivo de adaptación a la realidad, el cual está caracterizado por "gran actividad". "Su actuación" y su actitud "masculinoide" testifican sus "renuncias a la fantasía infantil"; su "interés cambia de las diferencias anatómicas a los procesos fisiológicos". El eje alrededor del cual surge este desarrollo es, en pocas palabras, la "liberación de la madre".

Esta formulación cabe muy bien en el modelo que

he descrito; sin embargo, sospecho que la "gran actividad" que en las muchachas precede al aumento de la pasividad es un intento para dominar activamente lo que ha experimentado pasivamente cuando estaba siendo cuidada por su madre; en lugar de tomar a la madre preedípica como objeto amoroso, la muchacha se identifica temporalmente con su imagen fálica activa. Esta ilusión fálica transitoria en la muchacha da a este periodo una actitud vital exaltada que no escapa al peligro de provocar una fijación.

Esta fase aparece con gran claridad en el análisis de aquellas muchachas que "están locas por los caballos" durante sus años preadolescentes. El análisis de sus sueños indica que el caballo es apropiado por la muchacha como un equivalente fálico y tratado con devoción y gran cariño; como parte de un todo representa al padre edípico. El amor por el caballo es narcisista, a diferencia, por ejemplo, del amor de la niña por su perro, que es maternal y de compañía. Esta devoción transitoria hacia los caballos en la preadolescencia bien puede constituir un estadio normal en el desarrollo femenino; pero en donde interfiere con la progresión libidinal, representa una fijación a este nivel.

La fuerza con la cual la muchacha se aleja de la fantasía y de la sexualidad infantil es proporcional a la fuerza del impulso regresivo en dirección al objeto de amor primario, la madre. Si ella se rinde, actúa su regresión por desplazamiento o regresa a los puntos tempranos de fijación preedípica, y dará como resultado un desarrollo adolescente desviado.

3. *La elección de objeto adolescente*

El estado mental y físico que generalmente se asocia con la adolescencia (tanto con la adolescencia temprana como con la adolescencia propiamente dicha) tiene

cualidades muy diferentes a la fase preadolescente.. La diferencia se muestra en una vida emocional mucho más rica, en una orientación dirigida a crecer, en un intento invencible para autodefinirse en respuesta a la pregunta: "¿Quién soy yo?" El problema de relaciones de objeto pasa a primer plano, como tema central, y sus variaciones tiñen la totalidad del desarrollo psicológico en las dos fases subsiguientes. Lo que diferencia este periodo de la preadolescencia es, por lo tanto, el cambio meramente cuantitativo de los impulsos con la aparición de una nueva cualidad de impulsos. Es muy notorio el abandono de la posición regresiva preadolescente. La pregenitalidad pierde cada vez más el papel de una función satisfactoria siendo relegada a una actividad de iniciación —mental y física—, y da lugar al surgimiento de un nuevo componente instintivo, precisamente la anticipación del placer. Este cambio en la organización de los impulsos eventualmente da a la genitalidad un lugar de primer orden. La organización jerárquica de los impulsos y de su carácter definitivo e irreversible representa una innovación que influye en forma decisiva al desarrollo del yo. El yo, por así decirlo, toma sus señales de estos cambios en organización instintiva y elabora en su estructura una organización jerárquica en sus funciones y en sus pautas defensivas. Ambos adquieren al final de la adolescencia una fijación irreversible llamada *carácter;* esta estructura firme, que emerge de estas fases —que en verdad está construida sobre los logros del periodo de latencia— no se completará sino hasta la fase de postadolescencia.

Mientras que la diferenciación entre preadolescencia y las dos fases que le siguen es bastante clara, es necesaria cierta justificación para presentar a "la adolescencia temprana" y la "adolescencia propiamente tal" como dos entidades separadas. En bases estrictamente observacionales esta definición está justificada, porque después de la preadolescencia se hace muy aparente un

periodo de intentos repetidos de separación de los objetos primarios de amor. En la adolescencia temprana hay un resurgimiento de amistades idealizadas con miembros del mismo sexo; los intereses sostenidos y la creatividad se mantienen en un nivel bajo y emerge la búsqueda un tanto torpe de valores nuevos —no simplemente de oposición—; en pocas palabras existe una fase de transición, que posee características propias antes de que se afirme la adolescencia.

Durante la adolescencia propiamente dicha, ocurre un cambio decisivo hacia la heterosexualidad y una renunciación final e irreversible del objeto incestuoso: Anny Katan (1937) ha sugerido llamar a este proceso "remover al objeto". Ciertos tipos de defensas, tales como la intelectualización y el ascetismo pertenecen a la fase de la adolescencia propiamente dicha. En general se hace muy notable una tendencia hacia la experiencia interna y al autodescubrimiento; de ahí la experiencia religiosa y el descubrimiento de la belleza en todas sus manifestaciones. Reconocemos que este desarrollo es una forma de sublimación del amor del niño por el padre idealizado y una consecuencia de la renuncia final a los objetos de amor tempranos. El sentimiento de "estar enamorado", y la preocupación por los problemas políticos, filosóficos y sociales es típico de la adolescencia. La ruptura franca con la forma de vida de la niñez ocurre en esta fase; a los años de la adolescencia tardía les corresponde la tarea de probar estos logros nuevos y de gran trascendencia al integrarlos en la experiencia total de la vida.

Al establecer las dos fases de adolescencia temprana y adolescencia propiamente dicha, estoy de acuerdo en la forma en que Helene Deutsch (1944) divide la adolescencia de la mujer, en "pubertad temprana" y "pubertad y adolescencia". En esta última fase, a la cual también llama "pubertad avanzada", son características las tendencias heterosexuales. Hago énfasis en lo característico que las unifica, principalmente el separarse

del objeto y la busca de otro, por ejemplo el cambio definitivo hacia una separación de la familia y la organización jerárquica de los impulsos y de las funciones del yo. El ingrediente esencial de ambas fases es el darse cuenta de la situación social con angustia y culpa.

Desde luego que cualquier división en fases continúa siendo una abstracción, ya que en el desarrollo no hay una separación tan nítida. El valor de este tipo de formulación sobre las fases radica en que enfoca nuestra atención en una secuencia ordenada del desarrollo; las fases también nos permiten ver con más facilidad las modificaciones psicológicas esenciales y las metas que caracterizan a cada fase, a medida que siguen el principio epigenético del desarrollo. Las transiciones son vagas y lentas y están matizadas con movimientos oscilantes. Durante las subsecuentes fases del desarrollo encontramos rastros grandes o pequeños de fases del desarrollo adolescente que al parecer habían sido completadas, y que sin embargo persisten por periodos largos o cortos. Estas irregularidades son capaces de empañar el itinerario del desarrollo si lo aplicásemos un tanto rígida y literalmente.

Durante la adolescencia temprana y la adolescencia propiamente dicha ocurre una profunda reorganización de la vida emocional con un estado de caos bien reconocido. La elaboración de defensas características, con frecuencia extremas y también transitorias, mantiene la integridad del yo. Algunas maniobras defensivas de la adolescencia prueban tener un valor adaptativo y por consecuencia facilitan la integración de inclinaciones realistas, talentos, capacidades y ambiciones; no hay ninguna duda de que el ensamble estable en todas estas tendencias constituye un prerrequisito para la vida adulta en la sociedad.

El probema central de la adolescencia temprana y de la adolescencia propiamente dicha recae en una serie de predicamentos sobre las relaciones de objeto. La solución de este problema depende de las muchas variacio-

nes por las que este tema atraviesa durante los años; estas variaciones determinan finalmente en forma genuina o espuria la adultez. Estas variaciones recuerdan un poco la niñez, sólo tenemos que recordar que la necesidad del niño de ser amado se fusiona solamente en forma gradual con la necesidad de amar; la necesidad de recibir en forma lenta y gradual provoca la contrapartida: la necesidad de dar; la necesidad de que me hagan las cosas, se transforma en "hacer las cosas para otro". El papel pasivo de ser controlado es reemplazado en forma gradual y parcial por la necesidad del niño de control activo del mundo externo. Esta polaridad de actividad y pasividad reaparece durante la adolescencia como un problema crucial. La ambivalencia tan característica de la adolescencia comprende no solamente la alternativa de amar y odiar sino que se manifiesta también con mayor intensidad en la polaridad de las metas instintivas, activas y pasivas. Esto es igualmente cierto para el hombre y para la mujer. La rebelión en contra del superyo en el hombre adolescente representa con frecuencia la oposición en contra de tendencias pasivas femeninas que fueron parte esencial de la relación edípica del muchacho hacia su padre. Freud (1915) formula este problema en relación a la adolescencia de la manera siguiente: "no es sino hasta la terminación del desarrollo durante la época de la pubertad que la polaridad del sexo coincide con lo masculino y lo femenino. En lo masculino se concentra la actividad y la posesión del pene; lo femenino lleva como objeto la pasividad. La vagina se valora como un asilo para el pene, es una herencia de la matriz materna".

Antes de que haya una reconciliación y se alcance un equilibrio maduro entre las posesiones de actividad y pasividad, o con frecuencia una oscilación entre ambas, éstas caracterizan la conducta adolescente por algún tiempo. La temprana dependencia pasiva en la madre posee una atracción inegable para el adolescente de ambos sexos. Debemos advertir que los muchachos con fre-

cuencia transfieren esta necesidad de dependencia pasiva al padre; en este caso, el muchacho entra en una constelación de impulsos homosexuales, los cuales pueden ser transitorios o duraderos. Cuando esta necesidad pasiva es sentida muy intensamente, por ejemplo ya sea por un muchacho sobreprotegido o severamente privado, más fuerte será la defensa en contra, por medio de fantasías y actos rebeldes y hostiles; las ideas paranoides son frecuentes. Este conflicto puede conducir a una rendición a los deseos pasivos, a una actitud demandante, dependiente, o a la renunciación de los impulsos instintivos. Esta última condición semeja muy cercanamente la posición del periodo de latencia. Con frecuencia la regla es una mezcla de todos estos intentos para estabilizar la polaridad activa-pasiva.

El tema de este conflicto refleja la modificación de los impulsos y los intentos de ponerlos en armonía con el yo, el yo ideal, el superyo y la condición somática de la pubertad. La polaridad de los impulsos de actividad y pasividad se ejercita en relación con el yo, con el objeto y con el mundo externo. Esta situación determina en gran medida la elección de objeto adolescente, así como las pautas fluctuantes en el estado de ánimo de los adolescentes, los cambios en la conducta y los cambios en la capacidad de ver la realidad. Esta inestabilidad e incongruencia ha sido descrita con frecuencia como la característica general más significativa de la adolescencia, y esto en verdad es correcto para las fases de la adolescencia temprana y la adolescencia propiamente dicha. Polaridades como las siguientes, es bien sabido, aparecen en un mismo individuo: sumisión y rebelión, sensibilidad delicada y torpeza emocional, conducta gregaria y aislamiento, altruismo y egoísmo, profundo pesimismo, intensa fidelidad y cambios repentinos de infidelidad, ideas cambiantes y argumentos absurdos, idealismo y materialismo, dedicación e indiferencia, aceptación y rechazo impulsivo, apetito voraz, indulgencia excesiva y gran ascetismo exuberan-

cia física o gran abandono. Estas pautas de conducta oscilantes reflejan cambios psicológicos los cuales no progresan en línea recta ni tampoco con un ritmo preciso. Los problemas de ambivalencia, narcisismo y fijación juegan un papel muy significativo; sus implicaciones serán discutidos en seguida.

Durante la adolescencia temprana y la adolescencia propiamente dicha debe lograrse la renunciación de los objetos primarios de amor, los padres como objetos sexuales; los hermanos y substitutos paternos deben ser incluidos en este proceso de renunciación. Estas fases están relacionadas esencialmente con la renuncia a objetos y a la búsqueda de otros. Estos procesos reverberan en el yo produciendo cambios catécticos que influyen tanto las representaciones de objeto existentes como las autorrepresentaciones. Debido a esto el sentido de identidad adquiere de aquí en adelante una desconocida labilidad.

Durante la adolescencia temprana y la adolescencia propiamente, los impulsos cambian hacia la genitalidad, los objetos libidinales cambian de preedípicos y edípicos a objetos heterosexuales no incestuosos. El yo salvaguarda su integridad por medio de operaciones defensivas; algunas de éstas son de carácter restrictivo para el yo y requieren de una energía catéctica para su mantenimiento mientras que otras muestran ser de carácter adaptativo para permitir la descarga de impulsos inhibidos (sublimación); éstas llegan a ser los reguladores permanentes de la autoestimación.

4. *Adolescencia temprana*

La maduración puberal normalmente saca al muchacho de su preadolescencia autosuficiente y defensiva y de la catexis pregenital; la muchacha es igualmente forzada hacia el desarrollo de su feminidad. Antes de que ella pueda dar este paso es necesario que abandone su re-

ción adquirida identidad preadolescente, como la amazona, enmascarada como la ninfa, la que por algún tiempo la ha salvaguardado en contra de la regresión hacia la madre preedípica. Los muchachos y las muchachas buscan en forma más intensa objetos libidinales extrafamiliares; es decir, con esto se ha iniciado el proceso genuino de separación de las ligas objetales tempranas. Este proceso atraviesa por varios estadios hasta que final e idealmente se establecen relaciones maduras de objeto. La característica distintiva de la adolescencia temprana radica en la falta de catexis en los objetos de amor incestuoso, y como consecuencia encontramos una libido que flota libremente y que clama por acomodarse.

Antes de que continuemos con esta línea de pensamiento, debemos discutir algunas de las consecuencias de la falta de catexis, típica de esta fase. El proceso como un todo puede ser descrito en términos de dinámicas inter e intrasistímicas. Primero que nada el superyo, una agencia de control cuyas funciones son para inhibir y regular la autoestimación, disminuye en eficiencia; esto deja al yo sin la dirección simple y presionante de la conciencia. El yo ya no puede depender de la autoridad del superyo, sus propios esfuerzos para mediar entre los impulsos y el mundo externo son torpes e ineficaces. En verdad el superyo se convierte en un adversario; por lo tanto, el yo se queda debilitado, aislado, inadecuado enfrente de una emergencia (A. Freud, 1936). La debilidad en el superyo es una función de su origen constitutivo; principalmente la internalización de los padres al resolverse el conflicto edípico. Por un tiempo cuando el adolescente joven se separa de los padres, pari-passu, la falta de catexis también comprende las representaciones de objeto y los valores morales internalizados que residen en el superyo.

En esta edad, los valores, las reglas, y las leyes morales han adquirido una independencia apreciable de la autoridad parental, se han hecho sintónicas con el yo y

operan parcialmente dentro del yo. A pesar de todo, durante al adolescencia temprana el autocontrol amenaza con romperse y en algunos extremos surge la delincuencia. Actuaciones de esta clase, las cuales varían en grado e intensidad, habitualmente están relacionadas con la búsqueda de objetos de amor; también ofrecen un escape de la soledad, del aislamiento y la depresión que acompaña a estos cambios catécticos. El caso de Nancy (véase Capítulo VII), nos ilustra claramente el desarrollo de la temprana adolescencia con una conducta delincuente subyacente.

Normalmente este tipo de actuación puede detenerse recurriendo a la fantasía, al autoerotismo, a las alteraciones en el yo como, por ejemplo, una deflexión de la libido de objeto hacia el ser; es decir, una vuelta al narcisismo.

El retiro de la catexis de objeto, y la ampliación de la distancia entre el yo y el superyo dan como resultado un empobrecimiento del yo. Esto es experimentado por el adolescente como un sentimiento de vacío, de tormento interno, el cual puede dirigirse a buscar ayuda, hacia cualquier oportunidad de alivio que el ambiente pueda ofrecerle. La intensidad de la separación de objetos tempranos está determinada no solamente por el aumento y la variación del ritmo de la tensión instintiva, sino también por la capacidad del yo para defenderse de esta angustia conflictiva. Algunos niños no experimentan ningún conflicto en relación con sus padres; ya sea que han reprimido el impulso sexual o que su dotación instintiva es baja y que por lo tanto el yo posee la capacidad para manejarlos. Esta última idea aún no está comprobada para que pueda servirnos como un concepto explicativo total; por otro lado, uno se impresiona con el grado tan pequeño con el cual la madurez sexual en sí misma afecta la adaptación emocional del adolescente. Siempre que se observan reacciones directas y paralelas, un escrutinio más profundo puede revelar que existe una condición psicológica que com-

parte la responsabilidad para una situación conflictiva aguda. Lo mismo es cierto para las condiciones ambientales si éstas están dentro de límites normales. Tanto los cambios puberales como las condiciones ambientales pueden anunciar o intensificar las reacciones adolescentes, pero no pueden crearlas en forma exclusiva. Estas ideas están elaboradas más ampliamente en el Capítulo VI.

Regresemos ahora a la idea inicial de que en la adolescencia temprana hay una falta de catexis de los objetos de amor familiares y como consecuencia una búsqueda de objetos nuevos. El adolescente joven se dirige hacia "el amigo"; de hecho, el amigo adquiere una importancia y significación de la que antes carecía, tanto para el muchacho como para la muchacha. La elección de objeto en la adolescencia temprana sigue el modelo narcisista. En esta edad la amistad entre los muchachos es diferente de las compañías preadolescentes, así como entre las muchachas el compartir un secreto al compañero; desde luego que estas cosas no dejan de existir repentinamente.

El muchacho hace amistades que exigen una idealización del amigo; algunas características en el *otro* son admiradas y amadas porque constituyen algo que el sujeto mismo quisiera tener y en la amistad él se apodera de ellos. Esta elección sigue el modelo de Freud (1914): "Cualquiera que posea las cualidades sin las cuales el yo no puede alcanzar su ideal, será el que es amado." Freud explica que esta etapa de expansión en la vida amorosa del individuo conduce a la formación del yo ideal y, por lo tanto, internaliza una relación de objeto que en otra forma podría conducir a la homosexualidad latente o manifiesta. La fijación en la fase de adolescencia temprana sigue este curso.

El yo ideal como formación psíquica dentro del yo no solamente remueve al superyo de la posición tan segura que había tenido hasta ahora, sino que también absorbe la libido narcisista y homosexual. Los comen-

tários de Freud (1914) que son importantes para esta discusión son los siguientes: "En esta forma, grandes cantidades de libido, esencialmente homosexual son utilizadas en la formación del yo ideal narcisista y encuentran salida y satisfacción en mantenerla"... Continúa: "El yo ideal ha impuesto condiciones severas para la satisfacción de la libido a través de los objetos; ya que algunos de ellos son rechazados por medio de su censor, como incompatibles. Cuando este ideal no se ha formado, la tendencia sexual aparece sin cambiar en la personalidad en la forma de una perversión. Ser una vez más el propio ideal, en relación a tendencias sexuales y no sexuales como en la niñez —es lo que a la gente le gustaría para su felicidad." La nueva distribución de la libido favorece la búsqueda del objeto heterosexual y sirve para mantener relaciones estables.

El yo ideal que representa el amigo puede ceder bajo el deseo sexual y llevar a un estado de homosexualidad con voyeurismo, exhibicionismo y masturbación mutua (latente o manifiesta). Esencialmente, las fantasías masturbatorias neutralizan la angustia de castración. Los temas sadomasoquistas heterosexuales de tales fantasías se convierten fácilmente en algo molesto y el alivio se encuentra en el cambio hacia la elección de objeto homosexual. En estas fantasías, el amigo como compañero de armas a menudo participa en batallas y orgías heterosexuales. Los sentimientos eróticos que frecuentemente acompañan las amistades de la adolescencia temprana constituyen una explicación parcial de la ruptura repentina de estas relaciones. Otros factores que contribuyen a la terminación de estas amistades radican en la inevitable frustración que implica una amistad exclusiva: el amigo idealizado se reduce a proporciones ordinarias cuando el yo ideal está establecido en forma independiente del objeto en el mundo externo.

Parece ser que en la formación del yo ideal en el muchacho, se repite un proceso que anteriormente, en la declinación del periodo edípico consolidó el superyo

a través de la identificación con el padre. En ambos casos se establece una agencia controladora, la cual da vida a una nueva dirección y significado; simultáneamente esta agencia es también capaz de regular y mantener la autoestimación (equilibrio narcisista). La megalomanía del niño pequeño se ve amenazada por la indiscutibe posición de privilegio y poder del padre; sus remanentes son absorbidos por el superyo, el cual participa de la "magnificencia del padre". En la adolescencia temprana la megalomanía que da al niño una sensación de perfección siempre y cuando sea parte del padre, es ahora tomada por el yo ideal. "Como siempre, cuando se refiere a la libido, el hombre una vez más se muestra incapaz de abandonar la satisfacción de que antes ha disfrutado. No está dispuesto a dejar la perfección narcisista de su niñez, y cuando crece se siente molesto por las amonestaciones de otros y por el despertar de su juicio crítico, de ahí que no pueda mantener esta perfección, que trata de recuperar en la nueva forma del yo ideal. Lo que proyecta ante sí como su ideal es el sustituto del narcisismo perdido de la niñez en el cual él era su propio ideal" (Freud, 1914).

La amistad típica de la adolescencia temprana del muchacho, en donde se mezclan la idealización y el erotismo en un sentimiento muy especial ha sido descrita clásicamente en el libro de Thomas Mann (1914) llamado Tonio Kröger. La historia comienza cuando Tonio está esperando después de la escuela a su amigo Hans Hansen. Habían planeado tomar un paseo juntos. Tonio se siente profundamente lastimado cuando se da cuenta de que Hans había olvidado la cita, pero lo perdona al percatarse del arrepentimiento de su amigo, y en este estado de ánimo se disponen a tomar su paseo.*

* Tomado de *Tonio Kröger* Editorial Plaza y Janés, Barcelona, 1951.

Tonio no hablaba. Sentía un intenso dolor. Mientras fruncía sus cejas algo oblicuas y tenía los labios redondeados para silbar, miraba hacia la lejanía con la cabeza ladeada. Aquel ademán y aquel aire eran característicos en él.

Hans, de repente, deslizó su brazo bajo el de Tonio, al mismo tiempo que le dirigía una mirada de soslayo, pues comprendía muy bien en qué estaba pensando su amigo Tonio. Y si bien éste continuó callando durante algunos minutos, al fin se sintió sumamente conmovido.

—Es que yo no lo había olvidado, Tonio —observó fijando la mirada en la acera—, sino que me parecía que hoy, por el tiempo tan malo que hace, debido al viento y a la humedad, no era día apropiado. Pero de veras que a mí no me importa esto y me parece magnífico que, a pesar de todo, me hayas esperado. Yo creía que te habías marchado a casa, y estaba un poco amoscado...

...Era que Tonio quería mucho a Hans Hansen y había ya sufrido mucho por su causa. El que quiere más se halla siempre en situación de inferioridad y ha de sufrir más también. El alma de catorce años de Tonio había experimentado, impuesta por la vida, esta ley tan sencilla como dura, y su espíritu se impresionaba con tan agrias realidades, si bien estas impresiones no alterasen su conducta ni sacase de tales experiencias ninguna enseñanza práctica.

Su carácter le inducía a considerar como muchísimo más interesantes estas amargas lecciones de la vida que los conocimientos que se le pudieran suministrar en la escuela, e incluso, durante las horas de clase, en la sala gótica de aquel viejo centro docente, se recreaba en apurarlas hasta las heces, llevando su meditación a las últimas consecuencias. Y esta ocupación le producía satisfacciones completamente análogas a la que lograba paseándose por su cuarto con el violín en la mano, pues sabía pulsarlo tan suavemente que se creyera que la música surgía por sí sola en medio del dulce chasquido del surtidor cuyo hilo de agua, abajo en el jardín, bailaba entre las ramas del viejo nogal...

...Puesto que en su domicilio pasaba el tiempo sin hacer nada serio y durante la clase blasonaba de un temperamento tan apático como distraído, con la consiguiente mala opinión de sus maestros, solía llevar constantemente a casa las notas más lamentables, por lo cual su padre —un ca-

ballero alto, vestido con gran distinción y que siempre llevaba en el ojal una flor silvestre— se mostraba terriblemente contrariado. En cambio, para la madre de Tonio —su hermosa madre, cuyo nombre de soltera era Consuelo y que no sólo en el color de su pelo, completamente negro, sino en todo, era absolutamente distinta de las demás damas de la ciudad, y a la que su esposo había ido a buscar a una comarca situada en el extremo sur del mapamundi—, para su madre, digo, las calificaciones de la escuela no tenían la menor importancia...

Tonio quería mucho a su madre, que tocaba el piano y la mandolina; y estaba muy contento de que no se disgustara por la reputación que él tenía. Mas, por otro lado, comprendía en su fuero interno que el disgusto y severidad de su padre eran más dignos y pertinentes. En el fondo, estaba completamente de acuerdo con él, admitía casi con humildad sus reprensiones, pues la indiferencia y tolerancia de su madre le parecían de todo punto injustificables.

A veces llegaba a pensar esto, poco más o menos: Es suficiente que yo sea tal como soy, sin pretender cambiarme, ni poderlo: abandonado, desidioso y entregándome a cosas en las que los demás no reparan siquiera. Convendría, pues, que, a lo menos, se me reprendiera y castigase por ello, en vez de pasarlo todo por alto entre besos y música de piano y mandolina. En realidad no somos gitanos que viajan en un carricoche pintado de verde, sino personas honorables, la familia del cónsul Kröger, del linaje de los Kröger...

Y no pocas veces pensaba también: ¿Por qué soy yo tan extraño y tan opuesto a todo, riñendo con los profesores y distanciándome cada día más de los otros muchachos de la escuela? Fíjate en esos buenos estudiantes y también en los que se caracterizan por su incorregible medianía. Ellos no encuentran grotescos a los profesores, no escriben versos tontos y sólo piensan en los asuntos en que precisamente debe pensarse y que es lícito mencionar en voz alta. ¡Cuán ordenados son y qué bien concuerdan con todo y con todos! Eso debe ser muy bueno y agradable... Pero ¿qué me pasa a mí, y a qué va a conducirme todo esto?

Esta manera de considerarse a sí mismo y a su relación con la vida desempeñaba un papel importantísimo en el amor de Tonio por Hans Hansen. Le quería, ante todo,

por ser un muchacho guapo; y luego, porque, desde todos los puntos de vista, se le aparecía como su antagonista y contrincante. Hans Hansen era un colegial excelente, y, además, un chico vivaracho que hacía gimnasia, nadaba como un pez y disfrutaba con pasión; le llamaban por su nombre de pila y le ayudaban por todos los medios; los compañeros de clase procuraban conquistar su agrado y favor, y en la calle se veía constantemente detenido por damas y caballeros, que le cogían por los mechones de su cabellera rubia de querubín, que sobresalía bajo su gorra de marinero danés, y le decían:

—Hola, Hans Hansen, ¡tú siempre con tus preciosos rizos! ¿Sigues siendo el primero de la clase? Saluda a papá y a mamá, simpático...

Así era Hans Hansen, y desde el día en que Tonio le conoció, experimentó cierta melancolía; en cuanto lo atisbaba, le invadía un sentimiento como de envidia, que se agarraba a su pecho y le quemaba. ¡Quién pudiera tener ojos tan azules —pensaba— y quién pudiera vivir como él, en el seno de la más feliz comunidad de afectos con todo el mundo! "Tú siempre te mueves en el medio más honorable y respetado. En cuanto has hecho tus deberes, tomas lecciones de equitación o trabajas con tu pequeña sierra, e incluso en las vacaciones te entregas por completo a remar en la orilla del mar, a tu natación o a tus viajes en yate, mientras yo holgazaneo en la playa, contemplando con ojos asombrados los cambios misteriosos que se suceden en el mar. ¿Tendrás por eso los ojos tan azules? ¡Quién pudiera ser como tú!...".

No hizo el menor intento para lograrlo y acaso su deseo de ser como Hans Hansen no fuera verdaderamente auténtico. Sin embargo, ansiaba verse estimado por él a su manera, hacía todo cuanto podía por lograr su amistad, una manera lenta e íntima, hecha de abandono y renunciación, de sufrimientos y nostalgias, pero que se traducía en una inclinación sentimental capaz de arder más profunda y agotadoramente que una pasión impulsiva, la cual no hubiera podido esperarse de un espíritu tan extrañamente pasivo como el suyo.

No buscaba el cariño de Hans estérilmente, pues éste, en cierto modo, parecía reconocer en él cierta superioridad de

inteligencia, tal vez una mayor facilidad de expresión, y comprendió perfectamente que Tonio le profesaba un afecto poco común, intenso y delicado, y por ello se mostraba agradecido a éste y le deparaba no pocas e íntimas satisfacciones, aunque algunos arrebatos de celos y algunos instantes de amarga decepción. Pero lo curioso era que Tonio, que envidiaba el género de vida de Hans Hansen, intentaba continuamente atraerle por todos los medios a su especial modo de ser, lo que sólo podía conseguir parcialmente y por breves momentos tan fugaces como dichosos.

Terminaron el paseo: Tonio trató en vano de establecer con Hans una comunicación íntima sobre las ideas poéticas que le producían sentimientos tan profundos. Se despidieron y Tonio se fue caminando solo a su casa.

...Y Tonio atravesó la antigua puerta de la ciudad, bordeó el puerto y subió la accidentada, ventosa y húmeda calle de las casas de tejados puntiagudos, hasta la de sus padres. En aquella ocasión su corazón volvía a latir con renovada alegría; había en él nostalgia y envidia melancólica, y un poquitín de desprecio y una grande y muy casta felicidad.

La amistad entre Tonio y Hans muestra claramente cómo el amigo representa las perfecciones de las que uno carece. En el caso de Tonio la amistad refleja el conflicto de la identificación con su madre y con su padre, o más bien su falla para integrarlas. Hans es el muchacho que su padre hubiera querido llamar hijo; pero renunciar a este ensueño significaría renunciar a su amada madre. Su yo ideal, que perpetuaba la envidia por su padre y por las cosas que él representa, se expresan ahora en una declaración positiva y entran en la vida de Tonio en una forma positiva. Se establece un compromiso: "Amo a Hans porque representa las cosas que significan algo para mi padre."

Solamente la adolescencia propiamente puede mos-

trar cómo este recién adquirido yo ideal puede influir en la elección de objeto heterosexual; y solamente la adolescencia tardía puede mostrar cómo este estado de falta de unidad interna puede resolverse. Volveremos a discutir a Tonio ya que Mann presentó la secuencia psicológica de los sucesos importantes de su vida como un muchacho adolescente y después como un joven.

Los sentimientos de ternura por su padre y en verdad su tendencia a someterse a los deseos, valores e indicaciones del padre, representan una constelación conflictiva para el joven adolescente. Esto encuentra una solución en la oposición franca hacia el padre, o también puede expresarse en una gratificación inhibida de metas, de intereses compartidos y con camaradería. Si el padre hubiera jugado un papel materno importante atendiendo a las necesidades físicas del niño pequeño los deseos de ternura y de pasividad hacia él serían poderosamente reforzados. En relación con esto mencionaré el sueño de un adolescente temprano.

Jorge estaba en análisis porque era afeminado, sufría de insomnio y tenía dificultades para aprender y para concentrarse. Había tenido un sueño repetitivo el año anterior que se acompañaba de angustia. "Es como una imagen en la pantalla del cine. En donde hay formas que adquieren diferentes formas y cualidades. Como un objeto que fuese enorme y ancho y a la vez tan delgado como un alambre, liso y suave, pero también rugoso y rasposo. Todo cambia en una rápida transición y entonces viene la música. Esto lo descubrí anoche. La voz es de mi padre, es suave y melodiosa, también dura, alta y rasposa." Las sesiones lo llevaron al recuerdo de su padre, quien le cantaba canciones para dormirlo desde los 3 hasta los 6 años; en esa edad él no podía dormirse; "cuando mi padre me cantaba siempre me ayudaba a que me durmiera". Las formas que se movían, que recuerdan un poco la pantalla del sueño de Lewin (pecho), se mezclaban en el sueño de Jorge con la voz cálida y melodiosa de su padre. La melodía

de la canción inducía al sueño al igual como lo había hecho anteriormente el mamar del pecho materno. En verdad, la lactancia es el modelo de una experiencia que induce al sueño, el amor tierno del padre ofrecía a sus deseos orales un objeto que inevitablemente le lleva a tener tendencias homosexuales en la adolescencia temprana y, de hecho, retardaron la progresión hacia la adolescencia propiamente.

Veamos ahora a la muchacha en su adolescencia temprana, que no muestra un paralelismo cercano al desarrollo del muchacho. Es cierto que la amistad juega un papel igualmente importante en su vida. La falta de una amiga puede llevarla a una gran desesperación, y la pérdida de una amiga puede precipitar una depresión y la falta de interés en la vida. Helene Deutsch (1944) menciona diferentes ocasiones en las que ha observado la "aparición de psicosis en muchachas que han perdido a sus amigas y que no pudieron encontrar compensación en sus madres."

Una forma típica de idealización entre las muchachas es el "flechazo". Esta idealización y unión erotizada se extiende tanto a hombres como a mujeres; solamente en relación con las mujeres aparece en su forma no adulterada. Los objetos escogidos tienen cierta similitud o son totalmente diferentes de los padres. En el *Diario de una joven* (Hug-Hellmuth, 1919) nos encontramos la descripción de un flechazo, el cual es tan frecuente en la actualidad como cuando fue anotado por la autora del diario. A los 11 años la muchacha de este diario estaba preocupada con las implicaciones de su menstruación ("curso de sangre"), del coito, con especulaciones fascinantes sobre la maduración corporal del hombre y de la mujer, incluyendo aquellos equivalentes a la menstruación en el muchacho. Su salvación de la angustia y la excitación ocurrió al encontrarse con una mujer guapa a quien secretamente llamó "hada

dorada". El pensar en esta mujer hacía que la muchacha se llenara con la bendición inocente de la niñez. Cuando finalmente se enteró de la edad de su amada escribió en su diario: "Treinta y seis, qué número tan amoroso, me gusta mucho, no sé por qué pero cuando oigo a alguien decir ese número me suena como cuando una ardilla está brincando en el bosque."

El objeto del flechazo es amado en forma pasiva, con el deseo de obtener atención o afecto o también el sentirse invadido por toda clase de afectos eróticos o sexualizados. Este desarrollo continúa en la adolescencia propiamente. Las cualidades masoquistas y pasivas del flechazo son un estadio intermedio entre la posición fálica de la preadolescencia y la progresión a la feminidad. Es, de hecho, el estadio intermedio bisexual de la adolescencia temprana de la mujer, que ha descrito Helene Deustch (1944) en su forma típica para la muchacha de esta edad. "La presencia de una tendencia bisexual intensa, un poco antes de los conflictos de la adolescencia..., está menos reprimida en las muchachas que en los muchachos. En este periodo de su vida las muchachas muestran con mucha facilidad su masculinidad mientras que el muchacho se siente avergonzado de su feminidad y la niega" (Tonio Kröger ilustra este punto claramente).

La muchacha está conscientemente más ocupada por la idea: "¿Soy un hombre o soy una mujer?" A menudo las muchachas tienen la creencia de que pueden decidir por cualquier orientación; el resultado es que cambian ciertos sentimientos y estados del yo en algunas ocasiones y en otras cambian a un énfasis bisexual. Las muchachas en esta edad experimentan una extraña sensación de vaguedad en relación con el tiempo y el espacio. Se imaginan recuerdos de cosas que en su casa les dicen que nunca ocurrieron, o que tampoco pasaron en una forma particular. Esta vaguedad hacia la realidad y en la percepción yoica es un aspecto concomitante de la ambigüedad bisexual. El tema de la bisexuali-

dad en la muchacha fue presentado en una forma muy atinada por Virginia Woolf en *Orlando,* en el cual el personaje principal se transforma de hombre en mujer.

Para ilustrar el estadio bisexual de la muchacha transcribo parte de la grabación de una entrevista con una joven adolescente de 15 años. En la conversación con el entrevistador, Betty habló de su fantasía en la cual la posición bisexual encuentra una expresión elocuente (Bloss, 1941).

Entrevistador: ¿Sueñas mucho?

Betty: Anoche me acosté a las 9:15 y tenía rizos en mi cabello. Debería haber estado despierta media hora más. Pero siempre sueño... hablando así en general sueño con peces... fantasmas... coches... y de todo. Si estoy despierta hasta las 10:00 ya no puedo dormirme.

E: ¿Quieres decir nada más imágenes en tu mente?

B: Sí. De mí misma y de diferentes gentes. Todo en general.

E: ¿Qué clase de imágenes?

B: Primero una muchacha como Jane, y después un hombre como una muchacha, y después una muchacha que se cambia en otro muchacho que es otra muchacha. Todo está mezclado, pero principalmente que soy una muchacha vestida como muchacho. No sé por qué.

E: ¿Has tenido esta imagen por muchos años?

B: Sí, al principio cuando era joven, era una muchacha que estaba vestida como muchacho y nadie sabía que era muchacha. Después era una muchacha vestida como muchacho, pero sólo algunas gentes sabían que era muchacha. Finalmente era una muchacha vestida como muchacho y entonces la mitad del tiempo era una muchacha. Recuerdo que una noche me transformé en un muchacho y después en una muchacha y así paso todo el tiempo, tratando de decidirme.

E: ¿Qué fue lo que decidiste?

B: Decidí ser una muchacha vestida como muchacho y decirle a todo el mundo que era una muchacha y sólo en ciertas ocasiones...

E: ¿Cuándo fue esto?

B: Esto debió ocurrir el año anterior a esto y también este año, yo era una muchacha vestida como muchacho y ya ve, yo tenía que ser sincera con mi sexo y vestirme como muchacho y entonces diseñé todo para ser una muchacha vestida como muchacho. No sé por qué.

E: ¿Y ésta es la historia que has guardado desde que eras una chica pequeña?

B: Sí, desde que tenía 4 años.

E: Algo así como una cosa imaginaria, ¿algo así como un argumento?

B: Todos los que me gustan están ahí y tienen su lugar.

E: ¿Esto te hace dormirte algunas veces?

B: Me quedo dormida en medio de esto.

E: ¿Qué eras en el sueño antes de tomar tu decisión?

B: Era una muchacha.

E: ¿Una muchacha?

B: Sí...

E: Ya que no serías un muchacho por un tiempo, ¿decidiste ser una muchacha?

B: Ah, usted dice eso. Yo pensé que se refería a otra decisión.

E: ¿Qué otra decisión?

B: Oh, la parte en que cambié de muchacha a muchacho.

E: Decidiste en esa película que ibas a ser una muchacha, no usabas ropa de muchacho, pero tú misma eras la muchacha de hace un año y medio.

B: Sí.

E: Bien, ¿qué decidiste la otra noche? Después de que tú y Jean tomaron la resolución. (La decisión de no salir con muchachos por 2 años.)

B: Oh.

E: ¿Eras todavía una muchacha?

B: Sí, todavía era una muchacha.

E: Pero, ¿siempre terminas siendo una muchacha?

B: Sí, algunas veces me veo y pienso que soy un muchacho y termino en esa forma.

E: Y bien, ¿cómo terminas casi siempre?

B: Como muchacha.

E: ¿Has cambiado algo en el argumento desde que Jean y tú tomaron la decisión?

B: Bien, todavía no lo termino.

E: Me doy cuenta de que vas a dejar pasar el tiempo y a ver cómo sale.

B: Por el momento, yo soy ya grande como un muchacho y alguien se dio cuenta de que era una muchacha y entonces me visto como muchacha, pero estaba con todos esos muchachos y ahora soy una muchacha con los muchachos.

E: Ah, ya veo, eso es lo que eres ahora, vas a continuar con la historia y a ver a dónde te lleva.

B: No sé que es lo que va a pasar ahora.

E: Pues parece muy interesante.

B: Siempre que veo una película sigue muy raro...

E: ¿Por qué?

B: No sé. Siempre saco ideas extrañas de las películas.

E: ¿Qué clase de ideas?

B: Por ejemplo si veo... si alguien dice querida, pienso en las palabras y tengo que ponerlas.

E: Entonces tú tienes que ser una muchacha ¿no es así?

B: No, no la muchacha de la película; entonces tengo que decir algo que es adorable o alguien me lo tiene que decir.

E: Sí, en su película.

B: Sí, si veo un argumento que es muy bueno, yo lo compongo.

E: Entonces, ¿pones una persona en el argumento?

B: Sí, y unas cuantas gentes más, pero quiero decir que las caras de las gentes y las situaciones son un poco distintas.

E: Bien, bien, ¿qué clase de argumento por ejemplo?

B: Oh, no sé, no sé cómo explicarlo, bien... veamos... ¿vio usted *La vida de un lancero de Bengala*?

E: Sí.

B: Bien, yo era el guapo (no el que matan porque no me gusta ser como él es), entonces yo era él y Jean era otro, él era, no era ninguno de ellos simplemente algún otro. Ella era otra persona que no estaba ahí, no me acuerdo quién era... quién era él... la persona a quien matan era algún otro, quizás era Mabel, que no me cae bien.

E: ¿Cuando eras chiquita hubieras preferido ser un muchacho?

B: Sí, cuando era muy chiquitita yo quería ser un muchacho.

E: ¿Por qué? ¿Te acuerdas?

B: Yo quería ser un muchacho... no sé por qué... ahora quiero ser muchacha porque me gusta... porque me molesta cómo se visten los muchachos, creo que es terrible, pero no sé por qué quería ser un muchacho, casi soy, porque estoy más acostumbrada a los muchachos, porque quiero decir que si me gusta un muchacho estoy perdida. Si es que pasa esto, todavía no ha pasado, pero tengo un par de amigas que están locas por los muchachos y que no les hace nada bien, porque nunca le pueden pedir a un muchacho que vaya con ellas. Si yo fuera un muchacho esto sería muy simple.

La posición bisexual de la muchacha en la adolescencia temprana está relacionada íntimamente al problema del narcisismo. En la adolescencia temprana la elección de objeto narcisista es prevalente; mientras que en la adolescencia propiamente las defensas narcisistas ganan en amplitud. El pene ilusorio se mantiene como una realidad psíquica para proteger a la muchacha en contra de la vaciedad narcisista; ser igual a los muchachos es todavía una cuestión de vida o muerte. La representación bisexual con percepciones más o menos vagas del cuerpo encuentra expresión en toda clase de intereses, preocupaciones y ensueños. Esta condición continúa existiendo hasta que la muchacha vacía en todo su cuerpo aquella parte de libido narcisista que ha estado ligada con la imagen corporal bisexual, y busca completarse no en sí misma sino en el amor heterosexual. Más tarde veremos cómo ocurre este cambio que la lleva de la posición bisexual en la temprana adolescencia a la siguiente fase de orientación bisexual. Los cambios en la muchacha al pasar de la preadolescencia a la adolescencia propiamente fueron descritos en un estudio clínico longitudinal (Bloss, 1941), del cual cito algunas observaciones pertinentes.

A pesar del completo conocimiento que Luisa tenía sobre los hechos sexuales, la transición de su actitud masculinoide de los 12 o 13 años, a la del sentimentalismo enfermizo de los 15 y 16 fue extraordinariamente difícil, dolorosa y desagradable. Habiendo siempre presumido de su inmunidad a estas estúpidas sensaciones —sintiéndose muy superior—, se criticó mucho cuando se sintió "tocada" al ver a un muchacho y al sentirlo cerca. Se sintió muy disgustada con su extraño interés en lo que hasta entonces no tenía importancia en relación con su cuerpo y aspecto general. Cuando se descubrió deseando atención, envidiosa de otras muchachas, de su belleza y de su atracción, se sintió al mismo tiempo rechazada; su enojo con ella misma no tuvo límites. Se volvió mórbida, un poco grosera, perdió la confianza en sí misma y sufrió una desintegración aguda, la cual casi la llevó a un estado drástico; por fortuna pudo tomar otra actitud y enfrentarse a los hechos en una forma inteligente, pasando a través de una actitud un tanto desafiante y vulgar. Durante este último periodo le gustaba mucho jugar con palabras tales como fornicar, adulterio, ilegítimo. Esta etapa de vulgaridad y de desafío pasó y Luisa se sintió satisfecha de ser la mujer que es. Durante la etapa de vulgaridad, Luisa presumía con sus amigas de sus muchas "aventurillas".

La declinación de la tendencia bisexual marca la entrada en la adolescencia. En la adolescencia temprana la muchacha muestra una gran facilidad para vivir a un sustituto, por ejemplo en identificaciones temporales. Existe el peligro de que esta actitud la lleve a una actuación, a una relación sexual prematura para la cual la muchacha no está preparada. Estas experiencias tienen especialmente un efecto muy traumático, favorecen un desarrollo regresivo y pueden llevar a desviaciones en el desarrollo de la adolescencia. Las amistades, los enamoramientos, la vida de fantasía, los intereses intelectuales, las actividades atléticas y la preocupación con el arreglo personal protegen a la muchacha en contra de esta actitud precoz, es decir, de una actividad heterosexual defensiva. Sin embargo, la última medida de se-

guridad de la muchacha en este pasaje normal a través de esta fase, es la accesibilidad emocional de los padres, especialmente la madre o el sustituto materno.

5. *La adolescencia propiamente tal*

La pubertad en forma implacable empuja al joven adolescente hacia adelante. Su búsqueda de relaciones de objeto o, por el contrario, el evitarlos, ilumina el desarrollo psicológico que está ocurriendo durante esta fase.

Durante la adolescencia propiamente, la búsqueda de relaciones de objeto asume aspectos nuevos, diferentes de aquellos que predominaron en la fase preadolescente y en la adolescencia temprana. El hallazgo de un objeto heterosexual se hace posible por el abandono de las posiciones bisexual y narcisista, lo que caracteriza el desarrollo psicológico de la adolescencia. En forma más precisa debemos hablar de una afirmación gradual del impulso sexual adecuado que gana ascendencia y que produce una angustia conflictiva en el yo. Los mecanismos defensivos y adaptativos en toda su compleja variedad pasan a primer plano en la vida mental. El complejo desenvolvimiento de los procesos mentales durante esta fase, hace imposible una presentación comprensiva de todos los aspectos más importantes que en ella ocurren. Es necesario dividir la complejidad del desarrollo mental en sus componentes y poner más atención a la enorme variabilidad del desarrollo.

El curso de la adolescencia propiamente tal, a menudo conocida como adolescencia media, es de finalidad inminente y cambios decisivos; en comparación con las fases anteriores, la vida emocional es más intensa, más profunda y con mayores horizontes. El adolescente por fin se desprende de los objetos infantiles de amor, lo que con anterioridad ha tratado de hacer muchas veces. Los deseos edípicos y sus conflictos surgen nuevamente. La

finalidad de esta ruptura interna con el pasado agita y centra la vida emocional del adolescente; al mismo tiempo esta separación o rompimiento abre nuevos horizontes, nuevas esperanzas y también nuevos miedos.

La fase de la adolescencia que ahora vamos a explorar corresponde al segundo acto del drama clásico. Los personajes dramáticos han llegado a un momento donde irrevocablemente están metidos en el drama; el espectador se ha dado cuenta de que no puede haber un retorno a las situaciones de las escenas primeras y reconoce que los conflictos implacablemente conducirán a un final climático. Después del segundo acto los eventos han tomado un cambio decisivo, pero el resultado final es desconocido y solamente el último acto del drama nos podrá informar sobre esto. En forma semejante, durante la adolescencia propiamente tal los conflictos internos han alcanzado un punto de envolvimiento irrevocable, pero el final aún no puede predecirse. No podemos sino suponer y hacer pronósticos correctos en ocasiones y otras veces equivocados; solamente la adolescencia tardía nos podrá decir si vislumbramos correctamente el resultado. Helene Deutsch (1944), resume su opinión sobre este problema diciendo: "Solamente el desarrollo subsiguiente puede mostrarnos si el fenómeno patológico está comprendido en tales casos o si simplemente son dificultades intensificadas de la adolescencia." Los estudios sobre predicción nos pueden ayudar a comprender y evaluar los aspectos no patológicos de esta fase del desarrollo, durante el cual la personalidad muestra normalmente muchos aspectos aparentemente patognomónicos. La investigación sobre la adolescencia puede ser estimulada por los estudios de predicción que han sido llevados a cabo sobre infancia y niñez temprana (M. Kris 1957), así como la crítica de Anna Freud (1958) sobre esta investigación.

Durante la adolescencia propiamente tal, el adolescente gradualmente cambia hacia el amor heterosexual, y ahora expondré los cambios internos que son esen-

ciales y en verdad precondicionales para el avance hacia la heterosexualidad. Este desarrollo comprende muchos procesos diferentes, y es su integración la que produce la maduración emocional esencialmente. Los adolescentes, que en esta fase entran rápidamente en una actividad heterosexual, no alcanzan, por virtud de esta experiencia, las precondiciones para el amor heterosexual, y a medida que uno investiga los matrimonios de adolescentes puede darse cuenta de la forma tan lenta en que se desarrolla la capacidad para un amor heterosexual maduro. Desde el punto de vista psicoanalítico el problema principal reside en la naturaleza de los cambios catécticos relacionados a los objetos internos y al ser, más bien que en expresiones en la conducta (por ejemplo: tener un empleo, o relaciones sexuales), como índices importantes del cambio o de la progresión psicológica.

El retiro de la catexis hacia los padres, o más bien de la representación de los objetos en el yo, produce una disminución de la energía catéctica en el ser. En el muchacho, tal como lo hemos visto, este cambio lleva a una elección narcisista de objeto basada en el yo ideal; podemos discernir en esta constelación libidinal los nuevos intentos de resolución de los aspectos remanentes reactivados del complejo de Edipo, positivo o negativo. En la muchacha, observamos una perseverancia en la posición bisexual con una sobrevaloración del componente fálico. Una detención seria en el desarrollo de los impulsos aparece si este componente no es concedido al amor heterosexual en el tiempo adecuado. Es decir, que la formación de la identidad sexual es el logro final de la diferenciación del impulso adolescente durante esta fase.

En ambos sexos puede observarse un aumento en el narcisismo. Este hecho debe enfatizarse porque produce una gran variedad de estadios en el yo que son característicos de la adolescencia propiamente tal. Este aumento precede a la consolidación del amor hetero-

sexual; para ser más exacto, está íntimamente ligado con el proceso de la búsqueda de objetos no incestuosos. Fácilmente puede observarse cómo los adolescentes abandonan su gran autosuficiencia y actividades autoeróticas, tan pronto como, por ejemplo, tienen sentimientos de ternura por una muchacha. El cambio de catexis del ser a un nuevo objeto altera la economía libidinal pues la gratificación se busca ahora en un objeto en lugar de en uno mismo. Tal como lo expresó un muchacho de 15 años: "Tan pronto como tengo una muchacha en la mente no tengo que comer como marrano o masturbarme todo el tiempo." La protección en contra de las desilusiones, los rechazos y los fracasos en el juego del amor está asegurada por todas las formas de engrandecimiento narcisista. Además, este estadio permite la preocupación mental con ideas que llevan a selecciones inventivas o a construcciones mentales útiles, que a su vez derivan su fascinación del desplazamiento de los impulsos inhibidos, como la intelectualización. Sandy, un muchacho adolescente de 14 años, muy tímido y temeroso del rechazo, decidió invitar a una muchacha a salir con él. Al mismo tiempo Sandy dijo en su análisis que había pasado muchas horas del día pensando cómo "controlar la tierra". Dos inventos, dice, son necesarios: "un productor de energía y un duplicador de la materia" (es decir, en el control del hombre y la mujer). Con estas invenciones dijo, se podría controlar la tierra. El analista comentó también a "Jane". Sandy contestó: "Cuando marqué anoche el teléfono de Jane estaba pensando en un sistema de control monetario en el mundo. Tartamudeé cuando contestó el teléfono, pero fingí que esto era nada más algo que yo estaba actuando."

La cualidad narcisista de la personalidad adolescente es bien conocida. El retiro de la catexis de objeto lleva a una sobrevaloración del ser, a un aumento de la autopercepción a expensas de la percepción de la realidad, a una sensibilidad extraordinaria, a una autoabsorción

general, a un gran engrandecimiento. En el adolescente el retiro de la catexis de los objetos del mundo externo puede llevar a un retiro narcisista y a una pérdida de contacto con la realidad. Esto fue descrito primeramente por Bernfeld (1923), que señaló la semejanza de este estado a las psicosis incipientes. El empobrecimiento del yo se debe a dos cosas: 1) a la represión de los impulsos instintivos, y 2) a la incapacidad de extender la libido de objeto a los objetos infantiles de amor, así como el aceptar las emociones que esto representa. Esta última fuente puede también verse como una resistencia en contra de la regresión.

Las defensas narcisistas, tan características de la adolescencia, son ocasionadas por la inhabilidad de dejar al padre gratificante, en cuya omnipotencia el niño llega a depender, más que en el desarrollo de sus propias facultades; tal niño, al entrar en la adolescencia temprana se encuentra totalmente incapacitado para enfrentarse a la desilusión de sí mismo, por su logro real y limitado en la realidad. Esta condición, en su forma típica, será descrita en el Capítulo VII; es el problema central del atolladero patológico de la adolescencia prolongada. Debemos diferenciar la elección de objeto narcisista, de las defensas narcisistas y de la etapa narcisista transitoria que normalmente precede al encuentro de objeto heterosexual. Esta etapa transitoria, que discutiremos ampliamente, es la consecuencia de la decatexis del padre o madre internalizado o, para ser más exactos, de sus representaciones de objeto. Esto resulta en procesos de identificación primitivos y transitorios que sirven a necesidades narcisistas y necesidades relativas al objeto.

El alejamiento que experimenta el adolescente en relación a los objetos familiares de su infancia es una consecuencia más de la "deslibidinización del mundo externo" (A. Freud, 1936). La difusión de los instintos en relación con representaciones de objeto influye en el comportamiento manifiesto del adolescente hacia sus

padres o sustitutos a través de mecanismos proyectivo-introyectivos. Los introyectos "bueno" y "malo" se confunden con los padres actuales y su conducta real. La decatexis de las representaciones de objeto los elimina como fuente de gratificación libidinal; consecuentemente, se observa en el adolescente un hambre de objeto, un deseo avaro que le lleva a uniones e identificaciones superficiales y constantemente variantes. Las relaciones de objeto en esta etapa llevan automáticamente a identificaciones transitorias, y esto previene a la libido objetal de ser totalmente agotada por deflexión en el ser. El hambre de objetos de esta fase puede asumir proporciones abrumadoras; un objeto, real o imaginario, puede servir como un sostén en el mundo objetal. La identidad del objeto real de este hambre, sin embargo, es negada; es el padre del mismo sexo. La identificación, positiva o negativa, con el padre del mismo sexo tiene que llevarse a cabo antes de que pueda existir amor heterosexual. Los nuevos objetos no son sólo pantallas en contra de antiguas introyecciones, sino que son también intentos de neutralizar las "malas" introyecciones con "nuevas" introyecciones "buenas" (Greenson, 1954). Este concepto arroja luz en la función económica del flechazo. Las sensaciones de hambre y la tendencia a engullir comida están sólo parcialmente condicionadas por las necesidades físicas de crecimiento del adolescente; puede observarse que fluctúan significantemente con el surgimiento y la declinación de hambre primitiva de objeto, que es la función incorporativa. He observado en varios adolescentes de esta fase que las sensaciones de hambre o la necesidad de comida disminuyen claramente al tiempo que un objeto heterosexual significativo y gratificante entraba en su vida. El rol significativo que la oralidad juega en el proceso de separación, que envuelve intensificados anhelos orales, también explica la frecuencia de estados de ánimo depresivos en la adolescencia como

una "regresión transitoria a la fase oral-incorporativa (alimenticia) del desarrollo" (Benedek, 1956, a).

La etapa narcisista no es sólo una acción demoradora o apoyadora causada por repugnancia para renunciar definitivamente a los objetos tempranos de amor, sino que también representa una etapa positiva en el proceso de desprendimiento. Mientras que previamente los padres eran sobrevalorados, considerados con temor y no valorados realistamente, ahora se vuelven devaluados y son vistos con las ruines proporciones de un ídolo caído. La autoinflación narcisista surge en la arrogancia y la rebeldía del adolescente, en su desafío de las reglas, y en su burla de la autoridad de los padres. Una vez que la fuente de gratificación narcisista derivada del amor paternal ha cesado de fluir, el yo se cubre con una libido narcisista que es retirada del padre internalizado. El resultado final de este último cambio catéctico debe ser que el yo desarrolla la capacidad de asegurar, sobre la base de una ejecución realista, esa cantidad de abastecimiento narcisista que es esencial para el mantenimiento de la autoestima. Así vemos que la etapa narcisista opera al servicio del desarrollo progresivo, y está habitualmente entremezclada con la lenta ascendencia de hallazgos de objeto heterosexual. "Donde la formación del yo está envuelta, el narcisismo... es un rasgo progresivo... hasta donde el desarrollo de la libido está en cuestión, este narcisismo es, por el contrario, obstructivo y regresivo." (Deutsch, 1944.) Esta etapa de narcisismo transitorio, se vuelve un nefasto rompimiento del desarrollo progresivo, sólo cuando el narcisismo es estructurado en una operación defensiva de sostén y así inhibe en vez de promover el proceso de desprendimiento. El proceso de separación y su facilitación son los que dan a la etapa narcisista su calidad positiva y progresiva. En cuanto a la regresión llevada a cabo bajo estos auspicios, el aforismo de Nietzsche viene a la mente: "Dicen que está yendo hacia atrás, y desde luego, lo está, porque intenta dar el

gran salto." Se podría también hablar de una "regresión al servicio del yo" que normalmente sucede en este trance particular de desarrollo adolescente.

El aislamiento narcisista del adolescente es contrarrestado en muchas formas, que llevan a mantener su sujeción sobre las relaciones de objeto y sobre límites firmes del yo. Ambos sostenes están constantemente en peligro y la amenaza de tales pérdidas ocasiona ansiedad y pánico; también inicia procesos regresivos restitutivos que van desde leves sentimientos de despersonalización hasta estados psicóticos. Un territorio intermedio en el que el tirón de la regresión narcisista es contrarrestado por la ideación relacionada al objeto y a la aguda percepción de impulsos instintivos, existe en la vida de fantasía y sueños diurnos extraordinariamente ricos del adolescente. Estas fantasías implementan los cambios catécticos por "acción de ensayo" y ayudan al adolescente a asimilar en pequeñas dosis las experiencias afectivas hacia las que se está moviendo su desarrollo progresivo. La vida de fantasía y la creatividad están en la cúspide en esta etapa; expresiones artísticas e ideacionales hacen posible la comunicación entre experiencias altamente personales que, como tales, se vuelven un vehículo para la participación social. El componente narcisista permanece obvio y, desde luego, la gratificación narcisista derivada de tales creaciones es legítima. Las fantasías privadas pueden ser comparadas a "un ensayo", porque muy frecuentemente son funciones preparatorias para iniciar transacciones interpersonales.

El siguiente pasaje de un cuento de George Barker (1951) expresa bien los singulares sentimientos del adolescente que está de paso a través de este territorio intermedio:

> Esas tardes exquisitamente melancólicas de mi adolescencia cuando solía caminar con la abstracción de un sonámbulo a través de las húmedas avenidas de Richmond Park,

pensando que yo nunca participaría activamente en la vida; preguntándome por qué el fuego contenido de mis esperanzas, ardiendo en mi vientre peor que alcohol puro, parecía no enseñar a los extraños que yo vagaba en los jardines. Y frecuentemente se me aparecía la frustración bajo el disfraz de una alucinación; mirando por entre los árboles que escurrían rocío colgante, algunas veces vi estatuas clásicas cobrar vida instantáneamente volviendo su belleza desnuda hacia mí; o escuchaba una voz salir de entre un arbusto: "Todo será contestado con tal de que no veas a tu derredor."

Y estoy parado aguardando, sin atreverme a ver hacia atrás, esperando una mano sobre mi hombro que me brinde una tarea, pero solamente hay el rumor del viento y una hoja de periódico que la brisa arrastra hacia abajo y que me roza como una interjección sucia. O un ciclista pasa veloz ofreciendo posibilidades hasta el momento en que llega a mí, posibilidades que desaparecen cuando él ha pasado. Aun así, estaba sufriendo de una simple pero devastadora propensión: esperaba vivir.

Es interesante notar cómo esta descripción indudablemente autobiográfica enfatiza la realzada agudeza de los órganos de los sentidos, el ojo y el oído especialmente. Un cambio catéctico dota a los órganos de los sentidos de una percepción hiperaguda que obtiene su contenido especial y calidad de la proyección; los acontecimientos internos son ahora experimentados como percepciones externas, y su calidad frecuentemente se aproxima a las alucinaciones. Debe ser recordado que la vista, el oído y el tacto juegan un papel principal en el establecimiento de relaciones de objeto tempranas, en una época en que la diferenciación entre "yo" y "no yo" existe, pero que está siendo introducida por procesos introyectivos y proyectivos. Acaso esta hipercatexis adolescente de los sentidos ayuda al yo a agarrarse al mundo de los objetos que está constantemente en peligro de perder. En verdad, ¿no es esta propensión a proyectar procesos internos y experimentarlos como

realidad externa la que da a la adolescencia su rasgo característico de funcionamiento seudopsicótico? Sentimientos de alejamiento, de irrealidad y despersonalización amenazan con romper la continuidad de los sentimientos del yo; y aunque éstas son condiciones extremas, persiste el hecho de que el adolescente experimenta el mundo externo con una singular calidad sensitiva que él piensa que no es compartida por otros: "Nunca nadie ha sentido como yo", "Nadie ve el mundo como yo". La madre naturaleza se convierte en un corresponsal personal para el adolescente; la belleza de la naturaleza es descubierta y se experimentan estados emocionales exaltados.

Esta hipersensibilidad está particularmente presente en relación con el abrumador anhelo de amor. Un joven de 16 años describe su primera experiencia de tierno amor con una referencia particular a sensaciones táctiles: "Es una emoción amorfa — se puede convertir en cualquier cosa caminando descalzo en el pasto, caminando en el aire con los ojos cerrados y diciendo Eileen. Simplemente es querer amar a alguien. Cuando llueve tengo la ventana abierta y me empapo con el aire. Si acaso hay un ambiente primaveral me siento exhuberante — Ahora yo vivo enteramente con el cambio de clima."

El papel normal de las fantasías y experiencias alucinatorias durante la adolescencia ha sido descrito por Landauer (1935): "La percepción constituye la internalización de la realidad externa y normalmente es preservada como objeto de amor y odio; el adolescente que está impulsado por la necesidad de amar regresa a la costumbre infantil de incorporar objetos por destrucción, para reproducirlos en alucinaciones o (menos drásticamente) en fantasías como una realidad externa que ahora es idéntica a su yo. Este fenómeno es parte de la doctrina del adolescente, que sostiene que el yo es lo único existente".

Debe mencionarse que el descubrimiento de la natu-

raleza y la belleza es representativo para un grupo social y educativo en particular, que más o menos coincide con la clase media y baja. Pero aunque el contenido de las fantasías varía mucho, el principio descrito se observa a través de esta fase. El aspecto más cambiante de un impulso es su objetivo, y el componente más variable de una fantasía es su contenido manifiesto. Esta variedad, que depende de la clase, región y tiempo histórico, no debe opacar el papel de la fantasía en la adolescencia, como un fenómeno transitorio interpuesto entre las etapas del narcisismo y del encuentro de un objeto heterosexual.

Típico de esta etapa intermedia es el hecho de llevar un diario. Escribir un diario es más frecuente actualmente en EE. UU. entre las jóvenes que entre los muchachos; posiblemente siempre haya sido así. La autoconcentración emocional que implica llevar un diario se ve fácilmente obstruida en un joven por connotaciones de pasividad; su necesidad de reafirmación física tanto agresiva como defensiva, desvían su atención de la introspección. Esto no siempre ha sido verdad; parece que con el advenimiento del cliché único de comportamiento, los tabús más rígidos contra el así llamado "comportamiento inapropiado para el sexo" han sido derribados. Como quiera que sea, la diarista femenina comparte sus secretos con su diario como con un confidente íntimo. La necesidad de llevar un diario es proporcionalmente inversa a la oportunidad que tiene el adolescente de compartir sus necesidades emocionales con el medio ambiente. El soñar despierto, los acontecimientos y las emociones que no pueden ser compartidas con las personas reales, se confiesan al diario con desahogo. De este modo el diario asume una calidad de objeto. Esto es obvio si se leen los títulos, "Querido diario" o, como en el diario de Anna Frank (1947), "Querida Kitty". El diario de una joven es siempre su confidente femenino y ocupa un lugar entre el soñar despierto y el mundo de los objetos, entre la fan-

tasía y la realidad, y su contenido y forma cambian con las diferentes épocas; porque el material que antes era ansiosamente guardado en secreto ahora se expresa abiertamente.

El adolescente contemporáneo, más sofisticado, ya no lleva un diario. Registra las cosas, sin embargo, con miras a la posteridad, y lo que dichos documentos ganan en calidad literaria generalmente lo pierden en autocrítica y espontaneidad. Actualmente, los diarios son más frecuentemente llevados por adolescentes de familias de clase media, donde los esfuerzos literarios son valorados y la facilidad de la palabra escrita no es poco común. Los temas que alguna vez fueron predominantes en los diarios —los conflictos instintivos acompañados de un humor depresivo, familiarmente conocido como *Weltschmerz,* una aflicción melancólica cósmica—, han dado lugar a diferentes temas, que pueden ser resumidos como una ansiedad difusa sobre la vida: *Lebensangst* (Abegg 1954). Así también la ingenuidad acerca de la política y el provincialismo de días pasados han sido dramáticamente reemplazados por un conocimiento de la mayoría de los adolescentes acerca de los conflictos sociopolíticos de todo el mundo. Esta sofisticación no anula el hecho de que el diario aún tiene el mismo propósito psicológico, y consiste en llenar el vacío emocional sentido cuando los nuevos impulsos instintivos de la pubertad no pueden estar por más tiempo unidos a objetos antiguos, y aún no pueden unirse a nuevos objetos, así, la fantasía asume una función de lo más importante y esencial. Volcarse en el diario mantiene la fantasía, por lo menos parcialmente relacionada a un objeto y el hecho de escribir sus pensamientos mantiene las actividades mentales del adolescente más cerca de la realidad, ya sea que estas actividades impliquen afectos o deseos, fantasías, aspiraciones o esperanzas, o exceso de arrogancia o desesperación. Una chica reportó en su diario que en cuanto solía escribir sus fantasías sadomasoquistas éstas se volvían más excitantes

y reales para ella. Se volvían más efectivas al ser escritas de lo que eran tan solo como fantasías. La realización acerca siempre el contenido mental a la calidad de realidad. Viviendo experiencias y emociones a través de la escritura cierra la puerta por lo menos parcial y temporalmente a la actuación.

Debido a que normalmente la niña está más preparada para la heterosexualidad, su diario tiene la función de prevenir una actuación heterosexual prematura a través de la experimentación y la actuación de un papel en la fantasía. De este modo el diario llena más de una función: permite actuar un rol sin envolver la acción en la realidad; según Bernfeld (1931) el diario está primero al servicio del proceso de identificación; y finalmente el diario proporciona un mayor conocimiento de la vida interna, un proceso que por sí mismo da al yo más eficacia en sus funciones de conocimiento y síntesis.

El uso de los diarios de los adolescentes para el estudio sistemático de la psicología del adolescente fue introducido a la literatura psicoanalítica por Bernfeld (1927, 1931), quien desarrolló una metodología para su uso científico. Desafortunadamente, sus estudios acerca de los diarios de adolescentes fueron interrumpidos; de cualquier modo, algunas de sus observaciones merecen ser recordadas: "Los diarios de los adolescentes no ofrecen una fuente de material en el sentido de los datos históricos, por lo que se diría que la verosimilitud de sus autores está fuera de lugar. No se les puede usar para probar hechos, quizá únicamente con una precaución crítica y metodológica... Los diarios son representaciones deformadas por tendencias conscientes e inconscientes, exactamente como los sueños, fantasías, y producciones poéticas de adolescentes. Se pueden utilizar para *1)* darnos conocimiento de sentimientos manifiestos (deformados por diversas tendencias) de deseos y experiencias de la adolescencia; 2) son fuente para la interpretación de aquellas tendencias y del material psí-

quico que es deformado por ellas. Este tipo de interpretación requiere puntos de referencia. Ésta es la razón de por qué un diario, tal cual, sin más datos acerca del autor, tendrá un valor limitado desde el punto de vista del conocimiento psicológico del autor. Generalmente hay que estar satisfecho con el enriquecimiento fenomenológico que se pueda obtener."

Desde los estudios de Bernfeld, una extensa experiencia psicoanalítica con adolescentes ha establecido ciertas líneas de desarrollo que pueden ser consideradas como típicas para esta edad. Con creciente confiabilidad y desde luego con la precaución crítica metódica ya recomendada por Bernfeld, podemos reinstalar la producción verbal de los adolescentes en un plan de desarrollo del proceso del adolescente como un todo. En comparación con observaciones directas en niños, ya no aparece como no científico reconocer en un pequeño de cuatro años intolerancia a que se le toquen los dedos de los pies, como una manifestación de ansiedad de castración; ciertamente el rol que esta ansiedad asume en el funcionamiento total del niño es muy difícil de inferir a partir de la observación. La variedad de temas que aparecen en un diario comparada paralelamente con líneas de desarrollo clínico de funcionamiento psíquico ofrece datos fenomenológicos significativos. Pero aparte de esto, y de mayor significado, el material del diario puede ser usado para verificar secuencias típicas que pueden permitir un conocimiento más detallado de la adolescencia. Por esta razón, el estudio de los diarios de los adolescentes es de gran interés, aun en el caso de no tener más conocimientos del diarista, excepto sexo, edad, medio ambiente, y datos históricos. La mayoría de estos datos generalmente se manifiestan en el mismo diario.

El primer diario no expurgado de un adolescente publicado por un analista fue considerado en la época de su publicación como espantoso, y fue tildado de fraude. Hoy en día, a la luz de nuestro mayor conocimiento

acerca de la vida mental del adolescente, la autenticidad del *Diary of a Young Girl* (Hug-Hellmuth, 1919) está fuera de duda. Desde luego, los mismos argumentos usados por Cyril Burt en contra de la verosimilitud del diario podrían, con igual lógica, aplicarse contra el *Diario de Anna Frank* (1947), y este último no necesita defensa en este aspecto. Estos dos documentos y otros (Golan, 1954) ilustran dramáticamente la secuencia de las fases descritas en este libro. Los diarios también son capaces de comunicar los sentimientos que acompañan los cambios tanto físicos como emocionales en tal forma que ninguna presentación teórica puede pretender igualar.

La propensión del adolescente a usar personas en presuntas relaciones esta muy ligada a la fantasía, especialmente para dotarla con cualidades con las que el adolescente intenta ejercitar sus propias necesidades libidinales y agresivas. Estas relaciones carecen de una calidad genuina, constituyen experiencias creadas con el propósito de desligarse de objetos tempranos de amor. El autointerés complementario en tales relaciones entre dos adolescentes, especialmente niño y niña, es rememorativo de una *folie a deux* transitoria. El hecho de que esta relación con frecuencia es disuelta sin pena, sin dolor subsecuente, ni secuela de identificación, confirma su carácter. "La necesidad de reaseguramiento en contra de las ansiedades por los nuevos impulsos, le pueden dar a todas las relaciones de objeto un carácter no genuino; están mezcladas con identificaciones, y las personas son percibidas más como representaciones de imágenes que como personas. Los caracteres neuróticos que tienen miedo de sus impulsos a lo largo de la vida, frecuentemente dan una impresión de adolescentes." (Fenichel, 1945).

Anna Freud (1936) describió el rol que juega la identificación en la vida amorosa del adolescente; es usada para preservar el dominio sobre relaciones de objeto en el tiempo del retiro al narcisismo. "Estas apa-

sionadas y evanescentes fijaciones de amor, no son en lo absoluto relaciones de objeto, en el sentido en que usamos el término hablando de adultos. Son identificaciones de lo más primitivas, tales como las que encontramos en nuestro estudio sobre el temprano desenvolvimiento infantil antes de que algún objeto amoroso haya existido. Los siempre cambiantes encariñamientos y enamoramientos, las amistades devotas y apasionadas que son defendidas por el adolescente en contra de cualquier interferencia, como si la vida misma dependiese de ellas, pueden ser entendidos como un fenómeno de restitución. Previenen una regresión libidinal total al narcisismo, por medio de la asimilación del objeto en términos del modelo descrito por Helene Deutsch como el tipo de relación "como si", el adolescente enriquece su propio yo empobrecido. Todas estas relaciones ocasionan una sobreevaluación del amigo para gratificar necesidades narcisistas; pero aparte de este aspecto podemos reconocer un rol experimental, jugando con pequeñas cantidades de libido de objeto; un estado que ciertamente se continúa sobreponiendo por algún tiempo con el uso esencialmente narcisista del objeto. El componente experimental es un reforzamiento del yo, representa el aspecto del proceso total que se podría llamar adaptativo, puesto que funciona de acuerdo con un desarrollo progresivo.

Antes de que nuevos objetos amorosos puedan tomar el lugar de aquellos abandonados, existe un periodo durante el cual el yo se encuentra empobrecido por el retiro de los padres actuales y el alejamiento del superyo; en las palabras de Anna Freud (1936): "El yo se aleja del superyo." La unión del yo en el control instintivo ha dejado de funcionar en la forma dependiente acostumbrada, y además la decatexis de las representaciones de los padres se ha añadido al empobrecimiento del yo. Este estado de cosas no solamente está contrariado por un proceso transitorio de identificación, sino también por la creación de estados voluntа-

riosos del yo, de una conmovedora percepción interna del ser. Landauer (1935) se refiere a este fenómeno adolescente como "experiencia exaltada del yo" (*erhöhtes Ich-Erlebnis*). Este fenómeno de restitución puede ser visto en relación al yo corporal, al yo experimentador, al yo autoobservador. En la esfera del cuerpo es esfuerzo, dolor y excesiva movilidad, en el yo experimentador es la abrumadora carga afectiva y su explosiva descarga; en el yo autoobservador es la aguda percepción de la vida interna la que caracteriza la condición de un adolescente relegable al mecanismo de defensa. De hecho, estos estados del yo son importantes para formar la variante específica y egosintónica individual de la organización de los impulsos en el adulto.

Esta cuestión ocupará largamente nuestra discusión sobre la adolescencia tardía; aquí la ilustraré con algunos extractos del análisis de dos jóvenes de catorce años:

John entró en una nueva fase de su análisis hasta que finalmente venció la fijación que tenía en la madre fálica. Tuvo que afrontar la dócil sumisión de su padre mientras no era aún capaz de transferir sus necesidades libidinales a nuevos objetos. En este estado de aislamiento y de empobrecimiento afectivo de repente dio con la idea de hacer cosas que estaban fuera de lo común, y que le darían una desconocida y poco usual sensación de audacia, libertad y descubrimiento. Así, se levantó a las dos de la mañana, cuando todos estaban dormidos, fue a la sala y se sentó en "la silla de papá" a leer; en la escuela se especializa en hacer bromas para sorpresa de sus compañeros y maestros; empezó a usar una chistosa gorra y a observar sus propios sentimientos cuando otros le miraban. Alan, otro muchacho de la misma edad, usó mecanismos similares; siempre estaba cansado y excitado por el apuro, la tardanza y la carencia de tiempo. Llegó a darse cuenta de que la sensación de apuro era un estado autoinducido de tensión, por decirlo así, un estimulante autoadministrado para

continuar sintiéndose vivo. Él dijo: "He descubierto que la agitación en que me meto cuando intento hacer la tarea es autoimpuesta. Realmente yo provoco mi estado de ansiedad y tensión. Es lo mismo cuando de repente parezco muy interesado en baseball, en la serie mundial; de hecho, no me importa." Ambos muchachos reconocieron únicamente durante el curso de su análisis que los estados del yo eran autoinducidos a propósito, parcialmente defensivos, parcialmente libidinales y agresivos, parcialmente adaptativos y experimentales; y que fueron sentidos como egosintónicos. Si los estados del yo adolescente giran hacia gratificaciones masoquistas, o hacia la desesperación, expresada en llanto, sufrimiento, autocastigo, entonces, de acuerdo con Helene Deutsch (1944), estas gratificaciones narcisistas a través del sufrimiento usualmente tienden a un estado de ánimo depresivo conectado con sentimientos de inferioridad, y pueden cristalizar en una depresión real, que puede desencadenar una severa neurosis de adolescencia.

A esta categoría general de sentimiento de exaltación del yo pertenecen los estados autoprovocados de esfuerzo, dolor y agotamiento que son típicos del adolescente. Aparte de los aspectos defensivos, la importancia del sentimiento del yo corporal exaltado no debe ser menospreciada. No necesitamos tomar en cuenta más que un ejemplo de este bien sabido fenómeno, aquel tomado de la biografía de Gerard Manley Hopkins (Warren 1945). "En el internado se autonegó el uso de la sal por una semana; en otra ocasión, hizo una apuesta de no tomar agua u otros líquidos por una semana, apuesta que ganó aunque al final cayó desfallecido."

Los estados del yo autoinducidos de intensidad afectiva y sensorial, permiten al yo experimentar un autosentimiento y, así, protegen la integridad de sus límites y su cohesión; es más, estos estados promueven la vigilancia del yo sobre la tensión instintiva. Estas tensiones instintivas son parcialmente aliviadas por procesos de descarga al exterior, vía expresión motora; también

son parcialmente descargadas hacia el interior y son la causa de tantos problemas fisiológicos (de funcionamiento) en este periodo; se mantienen bajo control, en parte, por los mecanismos de defensa. De hecho, la oscilación entre las formas en que el yo y el impulso instintivo llegan a un entendimiento o modus vivendi, es la regla, más que la excepción, durante esta fase de la adolescencia. Siempre que este modus vivendi enfatiza la moderación, el idealismo o el repudio instintivo, recibe mucho encomio del medio ambiente; si los impulsos instintivos llevan la de ganar, entonces el adolescente puede entrar en conflicto abierto con la sociedad. Así, normalmente oscila entre ambas posiciones, su tumulto se aplaca con el aumento gradual de principios de control inhibitorios de guía y evaluativos, que rinden deseos, acción, pensamientos y valores egosintónicos orientados hacia la realidad. Esto, por supuesto, puede ser logrado sólo después de que estos principios se han desconectado de los objetos de amor y odio —las imágenes de los padres, hermanos y otras— que originalmente los provocaron. Como una etapa intermedia, el yo se convierte en el recipiente de la libido separado de representaciones de objeto; todas las funciones del yo, no solamente el ser, pueden ser catequizadas en el proceso. Esta circunstancia le da al individuo un falso sentido de poder, que a su vez implica su juicio en situaciones críticas, casi siempre con consecuencias catastróficas. Un buen ejemplo son los frecuentes accidentes automovilísticos de los jóvenes.

La debilidad relativa del yo en contra de las demandas del instinto mejora durante esta fase adolescente, cuando el yo cede en su aceptación de los impulsos. Este progreso es paralelo al aumento de los recursos del yo al canalizar la descarga de los impulsos por una pauta altamente diferenciada y organizada. Sin embargo, este paso no puede darse mientras los objetos de amor de la temprana infancia continúan luchando por su supervivencia, mientras el complejo de Edipo conti-

núa afirmándose. La fase de la adolescencia propiamente tiene dos temas dominantes: el revivir del complejo de Edipo y la desconexión de los primeros objetos de amor. Este proceso constituye una secuencia de renunciación de objetos y de encontrar objetos, que promueven ambos el establecimiento de la organización de impulsos adultos. Se puede describir esta fase de la adolescencia en términos de dos amplios estados afectivos: "duelo" y "estar enamorado". El adolescente sufre una pérdida verdadera con la renunciación de sus padres edípicos, y experimenta un vacío interno, pena y tristeza que son parte de todo luto. "El trabajo de estar de luto... es una tarea psicológica importante en el periodo de la adolescencia" (Root 1957). La elaboración del proceso de duelo es esencial para el logro gradual de la liberación del objeto perdido; requiere tiempo y repetición. Similarmente en la adolescencia la separación de los padres edípicos es un proceso doloroso que únicamente puede lograrse gradualmente.

El aspecto de "estar enamorado" es un componente más familiar de la vida del adolescente, señala el acercamiento de la libido a nuevos objetos; este estado se caracteriza por un sentimiento de estar completo, acoplado con un singular autoabandono. El amor heterosexual a un objeto implica el fin de la posición bisexual de fases previas en las cuales las tendencias ajenas al sexo necesitaban constante carga contracatéctica, ya que amenazaban constantemente con hacerse presentes, dividiendo la unidad del yo ("autoimagen"). Estas tendencias pueden satisfacerse sin restricción en el amor heterosexual sólo concediendo al compañero el componente del impulso ajeno al sexo. Este modelo fue descrito por Weiss (1950), quien le llamó "fenómeno de resonancia". Aparece primeramente en la adolescencia y juega un papel importante en la resolución de las tendencias bisexuales. En la adolescencia se puede observar fácilmente cómo el hecho de enamorarse o de adquirir un novio o novia hace que se aumenten marca-

damente los rasgos masculinos o femeninos. Este cambio significa que las tendencias ajenas al sexo han sido concedidas al sexo opuesto y pueden ser compartidas en el mutuo pertenecer de los compañeros. En otras palabras, el componente sexual inapropiado ha adquirido egosintonicidad al convertirse en propiedad del objeto de amor que a su vez es catectizado con libido de objeto.

A la adolescencia en sí pertenece esta experiencia única, el amor tierno. El amor tierno comúnmente precede a la experimentación heterosexual, que no debe confundirse con el juego sexual más inocente de etapas anteriores —aunque este juego a veces se extiende a la adolescencia en sí en el espíritu competitivo de los muchachos para la conquista de las muchachas, y la forma deseada de intimidad física (que es dictada en gran parte por el medio y el grupo al cual pertenece el adolescente). El acercamiento ruidoso y voraz de los muchachos llega a una cima en esta fase pero, antes o después, estos bruscos intentos son interrumpidos de repente por un sentimiento erótico que inhibe y extasía al joven macho. Se percata de que el sentimiento que ha entrado en su vida es nuevo en un aspecto; es decir, que su actitud hacia la muchacha implica también un sentimiento de ternura y devoción. Predominan la preocupación por preservar el objeto de amor, y el deseo de pertenecerse exclusivamente —aunque sólo sea espiritualmente— el uno al otro. La pareja no representa solamente una fuente de placer sexual (juego sexual); más bien, ella significa un conglomerado de atributos sagrados y preciosos, que llenan al joven de admiración. No debe omitirse que este nuevo sentimiento es experimentado por el muchacho al principio como la amenaza de una nueva dependencia, así que la unión en sí despierta miedo de sumisión y de rendición emocional. Esta reacción apareció claramente en el análisis de un joven de 15 años, cuando hizo su aparición el amor tierno. El miedo de dependencia de la madre fálica había

ocupado hasta entonces gran parte del trabajo analítico. El joven describió su torbellino emocional como sigue: "Hay algo raro en mi vida sexual con las muchachas. Varias muchachas me siguen, hay una que me gusta más que las otras, pero casi no le presté atención en la fiesta de la semana pasada; el modo en que me comporto es loco. Tengo miedo, o algo así, de hacerle saber que me gusta. Sólo al final de la velada me decidí a prestarle atención. A esas alturas sentía yo que tenía el control de la situación, que estaba en la cumbre y que no corría ya ningún peligro... Todo este asunto es tonto o anormal. Tengo miedo de que ella conozca mis sentimientos, de que ella realmente me quiera y que yo sea un objeto en sus manos. Entonces no podré estar yo encima."

La idealización del objeto de amor inicia el refinamiento y enriquecimiento de la vida sentimental en el muchacho, deriva su intensidad y calidad de un grado normal de fijación materna. El sentimiento de amor tierno en la relación heterosexual puede lograrse probablemente sólo cuando las posiciones narcisistas y bisexuales son cambiadas hacia la rendición final del componente dominante sexual a un miembro del sexo opuesto. La catexis del objeto de amor con la libido narcisista es responsable de su idealización. En caso de infatuación extrema la catexis deja al yo agotado; el resultado es que frecuentemente se ignoran la protección esencial de la salud tanto física como mental con peligrosas consecuencias. De cualquier modo, el aparecer de este tierno sentimiento marca en el joven un punto cambiante: las primeras señales de heterosexualidad se manifiestan y se empieza a llevar a cabo la elaboración adolescente de masculinidad. Sin embargo sólo cuando progresa desde esta etapa primaria de infatuación hacia la fusión del amor tierno y sexual, se hace aparente lo genuino de este desarrollo previo. No debe olvidarse que la masculinidad del joven, incluyendo la del joven pasivo es poderosamente reforzada por la maduración de la pubertad en sí. Esta ganancia aparente

muchas veces cubre una pasividad continuada, que nuevamente se presenta cuando el surgimiento púber de la sexualidad masculina ha bajado en intensidad.

Típicamente el desarrollo sigue el esquema de acuerdo con el cual el componente pasivo femenino del macho se rinde a la pareja heterosexual; un sentimiento de estar completo se deriva de su polarización. En su primera etapa la unión con el ser amado se experimenta en parte en fantasía; por ej., sólo un pequeño estímulo tal como el recuerdo de una muchacha conocida con anterioridad o una muchacha desconocida vista por un momento o a distancia, puede hacer que surjan fuertes manifestaciones de afecto. A esta última categoría pertenece la experiencia del primer amor que describe Thomas Mann (1914) en Tonio Kröger.

> La rubia Inge, Ingeborg Holm, hija del doctor del mismo apellido, que vivía en la Plaza del Mercado, donde se erigía, puntiaguda, la gran fuente gótica, era la joven a quien amaba Tonio Kröger cuando frisaba en los diecisiete años.
>
> ¿Cómo se produjo aquello? La había visto otras mil veces; pero una noche determinada la vio bajo una luz muy particular hablando con una amiga de una manera muy animada, riéndose a su manera peculiar, ladeando un poco la cabeza, llevando de una manera muy graciosa la mano a la nuca —una mano pequeña que no era ni muy delgada ni muy fina— mientras su blanca manga de gasa se deslizaba más arriba del codo; oyó cómo acentuaba una palabra, una palabra completamente anodina, en un tono muy dulce y agradable, poniendo en la voz sonoridades insospechadas, e invadió su corazón un encanto muchísimo más intenso que el que sentía tiempo atrás al conversar con Hans Hansen, en aquellos días lejanos en los que no era más que un muchacho pequeño y tonto.
>
> Aquella noche grabó en su mente la imagen de Inge, con el minúsculo y apretado mopo rubio, los ojos rasgados y azules llenos de risa y la sombra de algunas pecas que hacían su rostro más atractivo. No pudo conciliar el sueño, pues aún le parecía oír el sonido de su voz; intentaba en silencio imitar su acento, aquel acento con el que había

pronunciado la anodina palabra, y al hacerlo se estremecía todo su cuerpo. La experiencia le enseñaba que aquello era el *amor*. Y si bien sabía exactamente que el amor le tenía que acarrear mucho daño, disgusto y humillaciones, y que además de todo ello destruía su paz y le llenaba hasta el borde el corazón con nuevas melodías, sin que le fuera dable recobrar la tranquilidad en el futuro para dar forma definitiva a nada ni fin a ninguna empresa..., no obstante eso, acogió con alegría aquel amor, se entregó a él por completo, y lo cuidaba con ternura infinita, pues sabía que le haría fuerte y dichoso, y él ¡anhelaba tanto ser fuerte y dichoso, en vez de dedicarse a forjar quimeras y ensueños nunca realizados!...

La primera elección de un objeto de amor heterosexual está comúnmente determinada por algún parecido físico o mental con el padre del sexo opuesto, o por algunas disimilitudes chocantes. En el caso de Tonio el contraste entre la chica teutónica, rubia, regordeta y prosaica y su madre exótica, morena, poética y delicada no puede menos de impresionar al lector. Por supuesto que dichos primeros amores no son relaciones maduras, sino intentos rudimentarios de desplazamiento que adquirirían madurez amorosa sólo con la resolución progresiva del complejo de Edipo revivido. El fracaso final de Tonio de alcanzar una relación amorosa estable puede ser descrito aquí, aunque va más allá de la fase que se discute. En la primera etapa de su madurez tomó como pareja amorosa a una mujer que era el extremo opuesto de la joven Inge: "Su pelo castaño, con un peinado apretado, algo gris en las sienes, rodeaba un rostro sensitivo, simpático, de tez oscura, de características eslavas por sus altos pómulos y pequeños ojos brillantes." Aparentemente la madre que había sido descartada al elegir su primer amor adolescente se había convertido en el conflicto de su vida amorosa posterior. Tonio se aleja de la casa paterna y se convierte en artista, pero nunca encuentra como hombre joven a la mujer con la cual casarse. Eventualmen-

te Tonio encuentra a Hans e Inge, quienes se han casado. Los dos primeros amores de Tonio estaban hechos el uno para el otro; los dos fueron decididos en un intento de complacer al padre; un muchacho como Hans hubiese sido amado por el padre de Tonio como un hijo y, escogiendo una chica como Inge, eliminaba Tonio el deseo conflictivo de poseer a la madre o a alguien que se le pareciese. Sentimientos positivos y negativos hacia sus padres estaban así articulados en la elección que el joven hizo de su primer amor homosexual y su primer amor heterosexual.

Un joven de 15 años describió su primera experiencia de amor tierno con estas palabras: "Fue el sentimiento más raro que había experimentado hacia una muchacha. Íbamos juntos en el tren hacia un campo de veraneo; amaba yo a la muchacha, pero no podía tocarla o besarla. Esto duró casi todo el verano. Siempre pensé, 'Sería demasiado para ella; si la toco podría arruinar nuestra relación.' ¡Que esto me tenga que suceder a mí! Yo que siempre creí ser tan audaz con cualquier muchacha en cualquier momento, me tomaba 20 minutos llegar al primer beso. Esta vez era diferente, al pensar en las anteriores conquistas rápidas me decía: 'Caray, ¿qué importa un beso de aquellos?'." Este joven altamente egocéntrico y fijado oralmente pudo sobreponerse por medio de la terapia a su dependencia pasiva por la identificación con la madre activa. En vez de ser el objeto del amor protector y el cuidado excesivo de su madre, los volcó en la joven amada. Al hacer eso podía tolerar las tensiones crecientes del trabajo y la abstinencia. Logró un grado de masculinidad al conceder la modalidad del impulso receptivo femenino a su pareja heterosexual; de este modo podría por reflejo compartir el componente del impulso repudiado.

El progreso del joven a la heterosexualidad es propiciado en gran parte por la ayuda de una unión emocional profunda con una pareja amorosa que lleve, por decirlo así, la mitad de la carga del proceso de polari-

zación. Siempre que no pueda ser abandonada la organización de impulsos de la primera adolescencia, puede ocurrir la precipitación hacia un matrimonio prematuro o a relaciones sexuales transitorias, como un intento de saltarse una fase específica de la adolescencia en sí. Cuando esto ocurre en el hombre, podemos discernir una unión insuperable a la madre amamantadora, por ej.: la madre activa. Esta fijación durante la adolescencia toma la forma de esfuerzos homosexuales pasivos que casi siempre están latentes en actuaciones heterosexuales. Frecuentemente ocurren en esta fase episodios homosexuales en muchachas y muchachos, y no hay modo de predecir la duración de su efecto en la formación de la masculinidad o feminidad, sin saber qué organización de impulsos específicos se refuerzan a través de estas experiencias que se comparan, patológicamente, con la maduración del púber. En la joven dos predicciones favorecen la elección del objeto homosexual. Una es la envidia del pene, que se compensa con desdén por el macho; en estos casos la joven misma actúa como muchacho en relación con otras jóvenes. La segunda precondición es una fijación temprana en la madre; en estos casos la joven actúa como una niña dependiente, extremadamente obediente y confiada, sobrecogida por sentimientos de felicidad y contento en su presencia de la madre. Algunos problemas de alimentación (gula) frecuentemente acompañan este último síndrome clínico.

En el joven, tres precondiciones favorecen la canalización de la sexualidad genital hacia la elección de un objeto homosexual en la pubertad. Uno es el miedo a la vagina como órgano devorador y castrante. En este concepto inconsciente reconocemos derivados del sadismo oral proyectado. La segunda precondición reside en la identificación del joven con su madre, una condición que ocurre comúnmente cuando la madre fue inconsistente o frustrante mientras que el padre fue maternal o rechazante. Una tercera condición se ramifica del com-

plejo de Edipo que asume la forma de una inhibición o restricción en que equipara a todas las mujeres con su madre, y considera que la introyección es una prerrogativa del padre. Todas estas etapas pueden observarse latentes o manifiestas durante la adolescencia en sí, cuando la resurrección de las tempranas relaciones de objeto pasan a primer plano. Las manifestaciones edípicas de la adolescencia muestran las vicisitudes específicas que el complejo de Edipo ha sufrido durante la vida del individuo.

La lucha de los instintos, que ocurre al terminar la primera infancia, logra una tregua con la adquisición de relaciones de objeto relativamente estables dentro de la familia, con el establecimiento del superyo y con la elaboración preliminar de la identidad sexual. Esta tregua abre la puerta a la experiencia exclusivamente humana del periodo de latencia. La adolescencia en sí logra tareas similares dentro de un cuerpo que ha llegado a la madurez física sexual. Consecuentemente el desarrollo emocional debe tender en dirección a relaciones de objeto estables con ambos sexos, fuera de la familia y hacia la formación de una identidad sexual irreversible. A la luz de estas adquisiciones, el hombre no puede menos de embonar activamente en las organizaciones sociales e instituciones de su mundo inmediato. Sólo a través de la adaptación aloplástica puede procurarse satisfacción a sus necesidades instintivas, y además dar expresión a esas energías libidinales y agresivas que trascienden la realización instintiva y aparecen en una forma altamente compleja, cuya meta se encuentra inhibida. Una forma sublimada, la elaboración del rol social y privado, es un proceso que empieza a formarse durante la adolescencia en sí, pero que de ningún modo termina en esta fase.

Volvamos al padre edípico. De los historiales clínicos pertenecientes a esta fase, resulta bastante claro que es imprescindible el alejamiento decisivo del padre antes de que pueda hacerse la elección de un objeto no inces-

tuoso. Durante las etapas previas a este alejamiento decisivo hay rasgos de venganza y rencor que son destinados a herir al padre, que no puede satisfacer por más tiempo las necesidades del niño. Estas acciones significan que aún prevalece el status de infancia. Podemos presenciar en muchachos y muchachas el resurgimiento de la conciencia de la vida íntima de los padres; a esta curiosidad de imaginación se añaden sentimientos de culpa y vergüenza. Esta relación edípica se hace presente en la actitud crítica del adolescente hacia uno de sus padres; en la joven, casi siempre es la madre el blanco de reproches y acusaciones; más de una joven está convencida de que ella comprende mejor a su padre que su misma madre. Ella (según un pensamiento muy típico), nunca lo molestaría con las trivialidades con que su madre lo recibe a la puerta después de un día de pesado trabajo; la joven generalmente se da cuenta sólo del aspecto negativo de sus sentimientos hacia su madre; el lado positivo está disfrazado en fantasías, sueños diurnos, o lo experimenta en forma desplazada con mucha dramatización y fantasía. Esto nos recuerda a la joven que "se enamora" de un joven cuya máxima distinción es el ser incomprendido por los demás. Dependiendo de la clase social y casta a la que pertenece la joven, el muchacho puede ser de raza, color o religión especial, o simplemente "bueno para nada", un paria de la sociedad. Esta elección de objeto sigue el patrón edípico de competencia y venganza. Los sentimientos de culpa que siguen son aplacados con autocastigo, ascetismo y estados de depresión.

Un episodio de la psicoterapia de una joven de 17 años ilustra lo anterior. Mary había empezado una relación con un joven psicótico que, en la opinión de ella, era incomprendido por su familia, su doctor y el mundo en general. En su casa ella peleaba con su familia por el derecho de salir con Fred, su novio. Esta relación tenía todas las características de una actuación; esto es, la descarga de una tensión conflictiva o impul-

siva en interacción con el mundo externo, en vez de experimentarla como una crisis egosintónica. Mary se aferraba a esta relación que aparentemente no le traía felicidad, pero causaba a sus padres gran angustia. Un día, madre e hija tuvieron una violenta pelea por responsabilidades en el trabajo de la casa, hacia el cual la hija era remisa. Mary se sentía maltratada, rechazada e incomprendida por su madre y en el apogeo de la discusión abandonó el cuarto furiosa, azotando la puerta. Al llegar a este punto en el reporte de Mary sobre la discusión, le hice esta observación "Yo sé qué es lo que pensaste cuando dejaste a tu madre hablando sola." "¿Qué?" "Que te acostarás con Fred este fin de semana." "¿Cómo lo supo Ud.?", fue la respuesta. Este efecto sorpresivo hizo que Mary comprendiera que cuando buscaba el amor de Fred le impulsaba una profunda decepción de su madre. La relación con Fred era para tomar represalias, competitiva y vengativa; podía ser parafraseada: "¿Conque no me amas? ¡Otra persona lo hará!" Desde este momento la chica perdió el interés en Fred, y en el tratamiento surgió material de contenido edípico, material que por primera vez pudo ser recordado y comunicado en palabras en vez de acciones. Actuando "esta forma especial de recordatorio en la que un viejo recuerdo es reestablecido" (Fenichel 1945) se evita que la memoria esté alerta y se hace inaccesible a intervenciones transformantes que emanen del exterior o el interior. Para hacer justicia a la complejidad del caso de Mary, debemos añadir que el reto de la joven a su madre sirvió también otro propósito, el de resistencia ante la regresión; el problema del negativismo como una forma de contrarrestar el tirón regresivo es de gran importancia para el adolescente. Parece ser teóricamente convincente y clínicamente demostrable que el "negativismo al por mayor" del adolescente disminuye en proporción directa del yo, según éste domina el tirón regresivo por medidas adaptativas o defensivas, pero primordialmente por un movimiento

progresivo de la libido hacia relaciones de objeto heterosexuales, extrafamiliares y no ambivalentes.

Como señalamos anteriormente los caminos que un joven y una muchacha siguen para la resolución de un conflicto edípico, son diferentes. Lo que cierra la fase edípica para un joven, a saber, la ansiedad de castración, abre a su vez la fase edípica para una muchacha. La resolución de la fase edípica nunca es llevada a cabo por una joven con la misma rigidez y severidad con que lo hace un muchacho. El cambio de la joven hacia la heterosexualidad en la adolescencia en sí, y su uso defensivo en la preadolescencia se efectúa sólo con sus ansias edípicas ligeramente reprimidas; como la represión de las ansias edípicas del joven es más severa, su resurgimiento es lento y resistente a la estimulación puberal. La resolución del complejo de Edipo se deja inconclusa cuando la inmadurez del niño necesita del abandono de las ansias edípicas; la renunciación de éstas asume la forma de represión; por el contrario, la joven continúa tejiendo la hebra de la alfombra edípica a través de su periodo de latencia. Este hecho subraya por un lado su conflicto edípico y lo conduce por el campo amplificado de experiencias latentes; por otro lado contribuye al enriquecimiento de la vida interna de la joven. Ésta, consecuentemente, llega a la adolescencia en sí con un amplio precedente emocional expresado en fantasía, intuiciones y empatía, muy bien descritos por Helen Deutsch (1944). Estos ricos orígenes de la vida interna permiten a la joven tolerar el aplazamiento de la gratificación genital. Se ha mencionado muchas veces que la joven fácilmente disocia la urgencia sexual y su gratificación masturbadora, tanto de la acción pensada como de la consciente, por la localización anatómica de su órgano excitable, predominantemente el clítoris, y a veces la vagina. La anatomía de la joven permite la estimulación y excitación por medio de presión muscular y posiciones posturales, resultantes en descargas tensionales que van desde el or-

gasmo hasta simples sensaciones. En el joven, al contrario, el órgano sexual es exterior, visible y palpable, y cualquier excitación sexual es muy perceptible; es más, la masturbación masculina es físicamente eyaculatoria (orgástica) y su naturaleza sexual no puede escapar a la vista.

En lo que respecta a la resolución del complejo edípico, debemos recordar nuevamente que ni en el joven ni en la muchacha encontraremos soluciones ideales. En ambos sexos quedan residuos de ansias edípicas positivas y negativas; es decir, en el joven quedan remanencias de ansias femeninas y la muchacha mantiene por un largo tiempo fantasías de naturaleza fálica. El análisis de muchachas adolescentes ha mostrado que la resolución de conflictos edípicos las prepara para el amor heterosexual, y el sometimiento del "complejo de masculinidad" produce sentimientos maternales, por ejemplo: el deseo de tener un niño. Helene Deutsch (1944) descubrió este desarrollo en una joven: "De cualquier modo, la joven reprime la realización consciente del deseo instintivo directo por un tiempo más largo y de un modo más exitoso que el joven. Este deseo se manifiesta indirectamente en sus ansias amorosas intensas y en la orientación erótica de sus fantasías —en suma, con dotar a su vida interna con esas cualidades emocionales que reconocemos como específicamente femeninas." La polaridad de "masculino" y "femenino" recibe su fijación final e irreversible durante esta fase de la adolescencia en sí. La menarca inicia y enfatiza esta polaridad. La reacción emocional en la joven normal para este acontecimiento, envuelve dos procesos psíquicos esenciales. Por un lado la renunciación y por otro lado la identificación con su madre como prototipo reproductor. Benedek (1959) ha dicho que "la madurez hacia la meta reproductiva femenina depende de la identificación de desarrollo previo con la madre. Si la identificación no está cargada de hostilidad, la joven puede aceptar sus deseos heterosexuales sin ansiedad y la maternidad como

una meta deseada. Esto, a su vez, determina la reacción de la joven hacia la menstruación."

El muchacho, al sobreponerse a los restos femeninos de su posición edípica negativa, se vuelve hacia artificios sobrecompensatorios que le hacen aparecer beligerantemente afirmativo de sus poderes y prerrogativas masculinas. Es más, se une a grupos masculinos o se afilia a pandillas ("callejeras", "escolares", de la "baja sociedad" o de la "alta sociedad") que permiten que sus tendencias inhibidas en busca de la mujer encuentren un escape y, al mismo tiempo, inician al adolescente en un códice colectivo de virilidad.

Estas soluciones pueden ser consideradas como estaciones o posiciones tomadas en el desarrollo progresivo. Por sí mismas, no indican el logro de esos cambios internos catécticos e identificativos a los que puede uno referirse en su totalidad como identidad sexual. De hecho, la sumisión sin reservas a las presiones sociales que fuerzan al individuo a actuar en cierta forma, a pesar de la capacidad interna correspondiente para integrar la experiencia a la continuidad del yo, comúnmente produce un estado de confusión interna. Como resultado, se manifiesta clínicamente la ruptura de las funciones del yo; esto se presenta en las fallas típicas del adolescente para sobrellevar las demandas normativas de su vida, tales como el estudio, cumplir con un horario, autoorientarse para el futuro, juzgar las consecuencias de la acción, etc. Estos estados de confusión y colapso indican frecuentemente un esfuerzo patognómico para evadir los procesos de transformación internos de la adolescencia en sí, por medio del comportamiento que simule sus logros. Este intento es universal y generalmente pasajero. La tendencia a preservar los privilegios de la infancia y a gozar simultáneamente de las prerrogativas de la madurez es casi un sinónimo de la adolescencia misma. Todo adolescente tiene que atravesar por esta paradoja; aquellos que se hallan fijados en esta etapa tienen un desenvolvimiento desviado.

El declinamiento del complejo de Edipo en la adolescencia es un proceso lento, y llega hasta la adolescencia tardía. Se completa probablemente sólo cuando, durante el curso natural de los hechos, el individuo se reestablece en una nueva familia; entonces las fantasías edípicas pueden ser desechadas para siempre. Más cautelosamente —y quizá más correctamente— se puede decir que a través de la formación de una familia nueva el joven adulto crea una constelación emocional con la ayuda de la cual él espera dominar cualquier remanente edípico que amenace con reaparecer.

Existen dos fuentes de peligro interno durante la adolescencia que requieren de medidas preventivas, tanto auto como aloplásticas, para impedir un estado de pánico. Una es el empobrecimiento del yo, que lleva a los estados anormales del yo que ya han sido descritos en conexión con los esfuerzos físicos respecto al mantenimiento del contacto con la realidad y continuidad en los sentimientos del yo. La otra fuente es la ansiedad instintiva despertada durante el movimiento progresivo de la libido hacia la heterosexualidad. Esta ansiedad pone en juego los mecanismos defensivos típicos de esta fase. Desde luego, durante todos los años de adolescencia, las reacciones defensivas juegan un papel importante, y realmente algunas fases han sido definidas por su uso de defensas específicas (por ej. la regresión en la fase específica para el muchacho durante la preadolescencia). Comoquiera que sea, parece que en la adolescencia escogen defensas propias con una mayor discreción idiosincrásica. Se podría decir que la elección de defensa está de acuerdo con el surgimiento progresivo del carácter. La formación del carácter en sus aspectos positivos y negativos, en su liberación y restricción del yo bajo circunstancias normales, deriva su calidad y estructura de las actividades del yo que empiezan casi siempre como medidas defensivas y gradualmente asumen una fijación adaptativa.

Los mecanismos de defensa que parecen ser entida-

des dinámicas en esta fase de la adolescencia, revelan ser en una observación más detallada un compuesto de procesos componentes divergentes. "Observación más detallada" se refiere aquí a observaciones longitudinales que se extiende más allá de la fase en cuestión para estudiar el destino último de la defensa; es decir, ver cómo se separa en componentes distintos que sirven a funciones diferentes como, por ej., funciones defensivas, adaptativas y restitutivas. El retiro de la libido de los objetos infantiles de amor, que es una condición indispensable para la progresión adecuada de la fase hacia la elección de objeto no incestuosa, no es consecuentemente una defensa en el sentido propio de este término. Se vuelve una defensa sólo si se reprime la posición inalterada de la libido y así se retira de movimientos progresivos y transformaciones.

Ciertos esfuerzos característicos realizados por el yo para contrarrestar su empobrecimiento y su débil sostén en la realidad, llevan los signos del fenómeno de restitución. La integridad del yo —su cohesión y continuidad— está amenazada por la decatexis de objetos de amor infantil; para arreglar este daño intrapsíquico se inician procesos restitutivos. La decatexis de objetos infantiles origina un aumento en el narcisismo que no implica una regresión a la fase narcisista o indiferenciada; en cambio, puede ser entendido como la consecuencia de un cambio catéctico dentro del yo al servicio de un desarrollo progresivo. Secundariamente, podemos entonces aislar, de acuerdo con Anna Freud (1958), "defensas en contra de las ataduras infantiles de objeto" de las que el "desplazamiento" y la "reversión de afecto" son las más prominentes. Estas defensas eventualmente abrirán el camino a procesos adaptativos (Hartmann, 1939, a). Sabemos por la observación que la transición de procesos restitutivos a defensivos y adaptativos es intrincada y requiere estudio. Este problema, desde luego, va hacia el fondo del proceso del adolescente en sí, en términos de diferenciación y maduración. El con-

cepto de defensa es por supuesto muy limitado para hacer justicia a la complejidad de la adolescencia; un énfasis demasiado grande en él ha oscurecido otros temas igualmente significativos de este periodo.

Los mecanismos de defensa de la adolescencia fueron descritos por Anna Freud (1936). El ascetismo y la intelectualización han sido particularmente bien estudiados. Ambos aparecen ampliamente en una clase social en la que un estado prolongado de la adolescencia se ve favorecido por demandas especiales de la educación. El ascetismo prohibe la expresión del instinto; fácilmente cae en tendencias masoquistas. "La tendencia de la intelectualización es la de vincular los procesos instintivos con los contenidos ideacionales y así hacerlos accesibles a la conciencia y sujetos a control" (Anna Freud, 1936). La intelectualización favorece al conocimiento activo y permite la descarga de la agresión en forma desplazada. "Un juicio negativo", de acuerdo con Spitz (1957), "es el sustituto intelectual para la represión". Ambas defensas, asceticismo e intelectualización, que son tan características de la crisis de la adolescencia, demuestran bien el papel de los mecanismos de defensa en la lucha del yo en contra de los instintos. Además, en cierto modo, anuncian el surgimiento del carácter y de interés especiales, de preferencia talento y elecciones vocacionales definitivas. Aparentemente la intelectualización contiene más potencial positivo, mientras el asceticismo es esencialmente restrictivo del yo; sirve como una acción de posesión y tiene poco esfuerzo afectivo con el cual comunicarse y relacionarse con el mundo exterior.

En el *Retrato del artista adolescente* (1916) James Joyce, minuciosa y conmovedoramente, describe su lucha juvenil contra el deseo carnal. En las medidas que Stephen Dedalus emplea para controlar sus impulsos a partir de su primera experiencia sexual en un encuentro con una prostituta, podemos reconocer dos defensas clásicas, intelectualización y asceticismo.

La descripción de Joyce acerca de estas defensas indica la enormidad de la lucha que este joven sostuvo. Primero Stephen intentó dominar sus impulsos sexuales por simple represión, por una ferviente desaprobación de su rebeldía y urgencia con la esperanza de encontrar paz interna. Se pueden apreciar sentimientos edípicos inconscientes por el sentimiento culpable del muchacho al alejarse de su familia:

> ¡Cuán necio había sido su intento! Había tratado de construir un dique de orden y elegancia contra la sórdida marea de la vida que le rodeaba y de contener el poderoso empuje de su marejada interior por medio de reglas de conducta y activos intereses y nuevas relaciones filiales. Todo inútil. Las aguas habían saltado por encima de sus barreras lo mismo por fuera que por dentro. Y las aguas continuaban su empuje furioso por encima del malecón derruido.
>
> Y vio también claramente su inútil aislamiento. No se había acercado ni un solo paso a aquellas vidas a las cuales había tratado de aproximarse, ni había logrado echar un puente sobre el abismo de vergüenza y de rencor que lo separaba de su madre y de sus hermanos. Apenas si sentía la comunidad de sangre con ellos, apenas si se imaginaba ligado a ellos más que por una especie de misterioso parentesco adoptivo: hijo adoptivo y hermano adoptivo.*

El bastión temporal de Stephen contra sus impulsos sexuales falló en su intento de establecer nuevas relaciones filiales desprovistas del componente del impulso púber, y representaba la solución regresiva del conflicto edípico revivido; pero no le llevaba a nada. Debía primero completar el alejamiento de sus objetos tempranos de amor y odio dentro de la familia, antes de poder sacudirse la culpa edípica, "el pecado mortal" de su educación religiosa, y encontrar aquella libertad de alma que ansiaba tan fervientemente. La resolución de las fijaciones edípicas produce crudas fantasías sexuales

* *El artista adolescente*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1963.

y acciones que son compulsivas y desafiantes, al igual que sentimientos sublimes de amor tierno.

Por lo general, existe una disociación durante la etapa de experimentación sexual entre la actividad física y la sensación por un lado y, por otro, el contenido ideacional —la reexperimentación de ataduras a objetos infantiles. La experimentación sexual, si no es indebidamente prolongada de modo que los aspectos del placer anticipado estén dotados de cualidades permanentemente saciantes, sirve como introducción a las sensaciones sexuales de la pubertad; el acto de disociación les permite estar menos cargados de culpa edípica. Estas preetapas en el avance a la heterosexualidad demandan lo suyo antes de que se pueda obtener la etapa de consolidación y unificación de emociones irreconciliables en la postadolescencia.

Cuando Stephen Dedalus finalmente supo quién era y qué quería, pudo exclamar "bienvenida, oh vida, por la millonésima vez voy al encuentro de la realidad de la experiencia y a forjar en el yunque de mi alma la conciencia aún no creada de mi raza". Pero antes de llegar a esta meta de liberación tuvo que sobreponerse a los conflictos y tumultos emocionales de la adolescencia misma. El siguiente extracto describe la lucha masturbatoria de Stephen y los consiguientes conflictos emocionales que finalmente le llevan a aceptar la invitación de una prostituta.

> Se dedicó a aplacar los monstruosos deseos de su corazón ante los cuales todas las demás cosas le resultaban vacías y extrañas. Se le importaba poco de estar en pecado mortal, de que su vida se hubiera convertido en un tejido de subterfugios y falsedades. Nada había sagrado para el salvaje deseo de realizar las enormidades que le preocupaban. Soportaba cínicamente los pormenores de sus orgías secretas, en las cuales se complacía en profanar pacientemente cualquier imagen que hubiera atraído sus ojos. Día y noche se movía entre falseadas imágenes del mundo externo. Tal figura que durante el día le había parecido inex-

presiva e inocente, se le acercaba luego por la noche entre las espirales sombrías del sueño con una malicia lasciva, brillantes los ojos de goce sexual. Sólo el despertar le atormentaba con sus confusos recuerdos del orgiástico desenfreno, con el sentido agudo y humillante de la transgresión.

Y volvió a sus correrías. Los atardeceres velados del otoño le invitaban a andar de calle en calle como lo habían hecho años antes por las apacibles avenidas de Blackrock. Pero faltaba ahora la visión de los jardines recortados y de las acogedoras luces de las ventanas, que hubiera podido ejercer una influencia calmante sobre él. Sólo a veces, en las pausas del deseo, cuando la lujuria que le estaba consumiendo dejaba espacio para una languidez más suave, la imagen de Mercedes atravesaba por el fondo de su memoria.

Y volvía a ver la casita blanca y el jardín lleno de rosales en el camino que lleva a las montañas y recordaba el orgulloso gesto de desaire que había de hacer allí, de pie, en el jardín bañado en luz lunar, tras muchos años de extrañamiento y aventura. En estos momentos, las dulces palabras de Claude Melnotte subían hasta sus labios y aplacaban su intranquilidad.

Sentía un vago presentimiento de aquella cita que había estado buscando, y a pesar de la horrible realidad interpuesta entre su esperanza de entonces y lo presente, preveía aquel sagrado encuentro que en otro tiempo había imaginado y en el cual habían de desprenderse de él la debilidad, la timidez y la inexperiencia.

Tales momentos pasaban pronto, y las devoradoras llamas de la lujuria brotaban de nuevo. Los versos se borraban de sus labios y los gritos inarticulados y las palabras bestiales, nunca pronunciadas, brotaban ahora de su cerebro tratando de buscar salida. Su sangre estaba alborotada. Erraba arriba y abajo por calles oscuras y fangosas, escudriñando en la sombra de las callejuelas y de las puertas, escuchando ávidamente cualquier sonido. Gemía como una bestia fracasada en su rapiña. Necesitaba pecar con otro ser de su misma naturaleza, forzar a otro ser a pecar con él, regocijarse con una mujer en el pecado. Sentía una presencia oscura que venía hacia él de entre las sombras, una presencia sutil y susurrante como una riada que le fuera

anegando completamente. Era un murmullo que le cercaba los oídos: tal el murmullo de una multitud dormida. Ondas sutiles penetraban todo su ser. Las manos se le crispaban convulsivamente y apretaba los dientes como si sufriera la agonía de aquella penetración. En la calle extendía los brazos para alcanzar la forma huidiza y frágil que se le escapaba incitándole... Hasta que, por fin, el grito que había ahogado tanto tiempo en su garganta brotó ahora de sus labios. Brotó de él como un gemido de desesperación de un infierno de condenados y se desvaneció en un furioso gemido de súplica, como un lamento por un inicuo abandono, un lamento que era sólo el eco de una inscripción obscena que había leído en la rezumante pared de un urinario.

Había estado errando por un laberinto de calles estrechas y sucias. De las malolientes callejuelas venían tumultos de voces roncas y de disputas, y lentas tonadas de cantores borrachos...

Estaba aún en mitad del arroyo sintiendo que el corazón le clamaba tumultuosamente en el pecho. Una mujer joven, vestida con un largo traje color rosa, le puso la mano en el brazo para detenerle y le miró a la cara.*

El encuentro con la prostituta no fue para el joven Stephen una solución de su conflicto emocional, como no lo es para la mayoría de los jóvenes; es un acto de afirmación de la sexualidad masculina, pero no rompe por sí mismo ataduras de objeto infantiles. El progreso a nuevos objetos de amor no sigue comúnmente a la experiencia sexual. Por el contrario, la lucha interna se intensifica y el levantamiento agresivo contra la figura de autoridad masculina (padre) resalta a primer plano. Stephen recurrió a medidas defensivas para prevenir el surgimiento del impulso agresivo a pensamiento consciente; es decir, usó la defensa de la intelectualización. Buscando esta meta, él usó —como siempre se da el caso— el sistema de ideas que se origina en el medio ambiente del adolescente y que adquiere por lo tanto

* *Ibid.*

importancia de valencia negativa o positiva. Fácilmente reconocemos el desplazamiento de afecto de objetos de amor y odio a controversia ideacional, y la dominación del conflicto psíquico por métodos dialécticos. Joyce, el alumno de siempre de una escuela jesuita, necesariamente articula el mecanismo de defensa de intelectualización en términos de las ambigüedades en el dogma religioso.

> Cuando sentado en su pupitre contemplaba fijamente la cara astuta y enérgica del rector, la mente de Stephen se deslizaba sinuosamente a través de aquellas peregrinas dificultades que le eran propuestas. Si un hombre hubiera robado una libra esterlina en su juventud y con aquella libra hubiera amasado luego una enorme fortuna, ¿qué era lo que estaba obligado a devolver, sólo la libra que había robado, o la libra con todos los intereses acumulados, o el total de su inmensa fortuna? Si un seglar al administrar el bautismo, vierte el agua antes de pronunciar las palabras rituales, ¿queda el niño bautizado? ¿Es válido el bautismo con agua mineral? ¿Cómo puede ser que mientras la primera bienaventuranza promete el reino de los cielos a los pobres de corazón, la segunda promete a los mansos la posesión de la tierra? ¿Por qué fue el sacramento de la Eucaristía instituido bajo las especies de pan y vino, siendo así que Jesucristo está presente en cuerpo y sangre, alma y divinidad en el pan solo y en el vino solo? ¿Contiene una pequeña partícula del pan consagrado todo el cuerpo y la sangre de Jesucristo, o sólo una parte de ellos? Si el vino se agria y la hostia se corrompe y se desmenuza, ¿continúa Jesucristo estando presente bajo las especies como Dios y como hombre?*

Un posible surgimiento del impulso sexual no puede controlarse seguramente por la defensa de la intelectualización. Los sentidos y la sensualidad en general deben ser escudriñados de cerca. La defensa del ascetismo, que Joyce describe en el siguiente pasaje, opera sin duda con más cercanía al cuerpo y sus necesidades;

* *Ibid.*

permite la gratificación de instintos componentes, específicamente el sadomasoquismo. El ascetismo, como defensa del adolescente, permite la descarga de impulsos libidinales y agresivos en relación al ser y a su cuerpo. Esta condición favorece una fijación de esta modalidad de impulso siempre que prevalezca una fuerte tendencia masoquista; es más, da a la ambivalencia en las relaciones de objeto un nuevo vigor a través de refuerzos sadomasoquistas. El asceticismo de Stephen Dedalus no le evita por completo las manifestaciones impulsivas como el enojo y la irritación, sino sólo el impulso sexual, la "tentación de pecar mortalmente". Esta defensa le protege contra los sentimientos edípicos positivos, mas no contra su "enojo al oír a su madre estornudar". Es contra su madre, como objeto de amor, que la defensa opera en el caso de Stephen; su contacto con ella puede continuarse sin peligro, sólo mientras tenga aspectos negativos. Joyce describe el elaborado régimen ascético de Stephen como sigue:

> Pero había sido prevenido contra los peligros de la exaltación espiritual y no se permitió, por tanto, cejar en la más nimia o insignificante de sus devociones, y tendía también por medio de una constante mortificación más a borrar su pasado pecaminoso que a adquirir una santidad llena de peligros. *Cada uno de sus sentidos estaba sometido a una rigurosa disciplina.* Con objeto de mortificar el *sentido de la vista,* se puso como norma de conducta el caminar por la calle con los ojos bajos, sin mirar ni a derecha ni a izquierda y ni por asomo hacia atrás. Sus ojos evitaban todo encuentro con ojos de mujer. Y de vez en cuando los refrenaba mediante un repentino esfuerzo de voluntad, dejando a medio leer una frase comenzada y cerrando de golpe el libro. Para mortificar el *oído* dejaba en libertad su voz, que estaba por entonces cambiando, no cantaba ni silbaba nunca y no hacía lo más mínimo para huir de algunos ruidos que le causaban una penosa irritación de los nervios como el oír afilar cuchillos en la plancha de la cocina, el ruido de recoger la ceniza en el cogedor o el varear de una

alfombra. Mortificar el *olfato* le resultaba más difícil, porque no sentía la menor repugnancia instintiva de los malos olores, ya fueran exteriores, como los del estiércol o el alquitrán, ya fueran de su propia persona. Entre todos ellos había hecho muchas comparaciones y experimentos, hasta que decidió que el único olor contra el cual su olfato se rebelaba, era una especie de hedor como a pescado podrido o como orines viejos y descompuestos; y cada vez que le era posible, se sometía por mortificación a este olor desagradable. Para mortificar el *gusto* se sujetaba a normas muy estrictas en la mesa; observaba a la letra los ayunos de la iglesia y procuraba distrayéndose apartar la imaginación del gusto de los diferentes platos. Pero era en la mortificación del *tacto* donde su inventiva y su ingenuidad trabajaron más infatigablemente. No cambiaba nunca conscientemente de posición en la cama, se sentaba en las posturas menos cómodas, sufría pacientemente todo picor o dolor, se separaba del fuego, estaba de rodillas toda la misa, excepto durante los evangelios, dejaba parte de la cara y del cuello sin secar para que se le cortaran con el aire y, cuando no estaba rezando el rosario, llevaba los brazos rígidos, colgando a los costados como un corredor, y nunca metía las manos en los bolsillos ni se las echaba a la espalda.

No tenía tentaciones de pecar mortalmente. Pero le sorprendía, sin embargo, el ver que después de todo aquel complicado curso de piedad y de propia contención, se hallaba a merced de las más *pueriles e insignificantes imperfecciones.* Todos sus ayunos y oraciones le servían de poco para llegar a suplir el movimiento de *cólera* que experimentaba al oír estornudar a su madre o al ser interrumpido en sus devociones. Y necesitaba un inmenso esfuerzo de su voluntad para dominar el impulso que le excitaba a dar salida a su irritación.*

Lo que el artista tan lúcidamente describe es recordado vagamente por el adulto promedio; más frecuentemente, las extravagancias emocionales de la mente y cuerpo jóvenes se pierden para la conciencia. Sólo el

* *Ibid.*

artista mantiene abierta a la preconciencia todo el recorrido y la profundidad de las experiencias afectivas y verdaderas de su existencia total. Habitualmente, los recuerdos del periodo de la adolescencia se vuelven vagos al final de ésta, enterrados bajo un velo de amnesia. Los hechos son bien recordados, pero la parte afectiva de la experiencia no puede ser claramente recordada. La represión toma cargo a la declinación del complejo de Edipo, resucitado como ya se había hecho antes cuando se cerró la fase edípica. Sin embargo, al acabarse la fase edípica el recuerdo de hechos —el concretismo del dónde, cuándo, cómo y quién—, es de preferencia borrado o se le da un frente falso, en la forma de recuerdos velados, mientras los estados sentimentales son más fácilmente accesibles al recuerdo. Al final de la adolescencia, lo opuesto es verdad: el recuerdo de los afectos es obstruido, caen en una prisión amnésica, mientras los hechos permanecen accesibles a la conciencia. Volveremos a este punto en la discusión del yo en la adolescencia.

Parece ser que las defensas de asceticismo e intelectualización son particularmente típicas de la juventud europea, donde fueron originalmente estudiadas. Este hecho es un ejemplo del modo en que la cultura influye en la formación de defensas, especialmente durante la adolescencia, cuando el individuo se aleja de la familia para encontrar su lugar en la sociedad. La clase media educada de Europa, por ejemplo, siempre ha puesto un interés enfático en esfuerzos intelectuales de una naturaleza filosófica, especulativa, analítica y teorética; el mundo de los compañeros y adultos se ve con buenos ojos, tales esfuerzos los dota por así decirlo con un valor preferente. Lo mismo puede ser dicho del asceticismo. Estas dos defensas son determinadas por las experiencias educacionales del niño y la influencia sugestiva del medio ambiente. Como estas dos defensas representan un compuesto de mecanismos de defensa, no nos debería sorprender que el arreglo particular del

compuesto sea flexible y susceptible a influencias del medio ambiente. El psicoanalista norteamericano no encuentra una prevalencia de estas defensas en las formas clásicas en el adolescente norteamericano.

De mi propia experiencia con adolescentes norteamericanos he reconocido otra defensa bastante común, que sin duda tiene sus raíces en la estructura de la familia norteamericana —y, en particular, en las actitudes sociales favorecidas por la sociedad norteamericana. Me refiero a la tendencia del adolescente de recurrir a aceptar un código de comportamiento, en forma tal que le permite divorciar los sentimientos de la acción en la lucha del yo en contra de los impulsos y en contra de ataduras infantiles de objeto. El impulso sexual no es negado en esta maniobra defensiva; por el contrario, es afirmado, pero se codifica a través de acciones que llevan la marcha del comportamiento medio del compañero. Bajo una presión grupal hacia el conformismo, se ensancha la división hacia la emoción genuina y el comportamiento medio socialmente permitido; el resultado es que la percepción interna de lo que constituyen los estímulos manejables se ve embotada. La motivación reside en ser igual en la conducta externa con los demás, o en llenar los requisitos de la norma de un grupo. Esto va más allá de la imitación; su resultado eventual es la superficialidad emocional o el sentimentalismo debido al sobreénfasis excesivo del componente de la acción en el interjuego entre el ser y el medio ambiente. El impulso parece perder su peligro al ser desviado en una ejecución competitiva y uniforme, que favorece al narcisismo debido al fluir inhibido de libido objetal. La formación del grupo es constreñida por el hecho de que la mayor fuente de seguridad está en el código compartido de lo que constituye una conducta adecuada y en la dependencia de mutuo reconocimiento de igualdad.

Llamo a esta defensa tan prevalente en la juventud norteamericana: *uniformismo*. Es un fenómeno de gru-

po, que protege al individuo dentro del grupo en contra de la ansiedad proveniente de cualquier lado. El joven o la joven que no encaja dentro del uniformismo particular que ha sido establecido por un grupo determinado es generalmente considerado como una amenaza; y como tal es evitado, ridiculizado, desterrado o tolerado condescendientemente.

Varios mecanismos de defensa son fácilmente reconocibles en el uniformismo tales como la identificación, la negación y el aislamiento; también tienen una calidad contrafóbica, que aparece como en busca del peligro, con la predicción triunfante. ¡No tiene la menor importancia! Esta defensa parece ser responsable de la reacción de jóvenes visitantes europeos que adquieren la impresión de que el joven adolescente norteamericano es altamente regulado en sus formas sociales por una conducta obligatoria y sigue el código del grupo adolescente por un tiempo excepcionalmente largo. El uniformismo es condicionado por una importancia válida que se modela de este modo: "Cuanto más pronto mejor, cuanto más grande mejor, cuanto más rápido mejor."

Las diferencias individuales y la buena disposición emocional son en gran parte ignoradas en la carrera hacia la autoafirmación e igualamiento, que dan la falsa impresión de una madurez temprana. Esta carrera hacia el comportamiento precoz estandarizado hace cortocircuito con la diferenciación e individualidad, y prepara así el terreno para los problemas de identidad. Esta condición es adversa al idealismo de la juventud, a su dedicación al conocimiento e investigación, a su espíritu revolucionario que espera cambiar y mejorar el mundo; todo lo contrario, el formalismo se considera como el guardaespaldas de la seguridad, esto es, en parte, la respuesta a la pregunta de Spiegel (1958): "...Acaso hay fuerzas culturales en nuestro país que tienden a interferir con el proceso de la adolescencia, con el establecimiento de la primacía genital, amor de

objeto y un fuerte sentido del ser." (Ver Capítulo 6: Determinantes ambientales.)

Ilustraré ahora la transformación de un proceso defensivo en uno adaptativo durante el curso del análisis de un joven de 14 años. El resumen del caso muestra el uso simultáneo de varios mecanismos de defensa poco o muy amalgamados, pero todos dirigidos hacia un mismo propósito, atar la ansiedad. Generalmente hablando, analizaremos en este caso el surgimiento de un interés, el interés en la historia, y demostraremos cómo esta meta intelectual tomó su tenacidad de una fijación infantil; es más, este interés tenía relación con la lucha púber contra los instintos y ataduras de objeto infantiles y, por último pero no menos importante, era usado para dominar la ansiedad y establecer continuidad en la experiencia del yo. Este fragmento de un análisis sirve para ilustrar cómo más de un mecanismo de defensa —en este caso la regresión y la negación— se entretejen en el esfuerzo mental total y son reconocibles en la intensidad y calidad de un interés intelectual, el cual sirve a necesidades infantiles, y debido a esta fijación duradera, no rinde ninguna satisfacción genuina, por ej., egosintónica.

Tom, un joven de 14 años de inteligencia poco común, era inhibido, deprimido y obeso; le gustaba rumiar mentalmente y tenía intereses solitarios; pasaba las horas jugando solo a un intrincado juego de guerra con fichas de póker o moneditas, en el cual el más débil de los contendientes, después de haber estado a punto de ser derrotado muchas veces, emergía siempre como vencedor. Desarrolló muchas versiones de este juego; por ejemplo, la conquista de un archipiélago por un bravo héroe cuyo pueblo había sido exiliado por un malvado jefe guerrero a una pequeña isla, desde la cual al fin se lanzaba una invasión audaz que resultaba en la destrucción del enemigo; este juego le daba alivio a sus aprensiones y ansiedad, a que el débil pudiese ser destruido; siempre había esperanzas. El origen de estos

juegos provenía de la fase de preadolescencia cuando representaba el tema de la ansiedad de castración con la madre preedípica.

El análisis de su interés en la historia como defensa se inició cuando Tom leyó un libro sobre historia griega en la escuela. Se quejó enojado sobre lo incompleto de la información que contenía. Lo que él deseaba saber era, "qué sucedió después de la destrucción" de una civilización. "¿Dónde quedó? ¿Qué pasó con su gente? ¿Desaparecieron simplemente? Por supuesto que no." La historia nunca nos da una respuesta completa. El esfuerzo por penetrar y entender el pasado fue fútil; Tom descubrió que los libros de historia nunca lo decían todo, y esto tornó su lectura en decepcionante e irritante. El pasatiempo de los crucigramas no alivió la tensión del joven por mucho tiempo. De repente quería "comprar algo grande", pero al final terminaba jugando con su viejo tren eléctrico que no había usado por años. Este pasatiempo tampoco resultó agradable, pues la idea de que estaba "perdiendo su tiempo" invadía su mente. A esta altura se volvió en contra de la humanidad y en contra de sus maestros en particular, a todos los declaró estúpidos. Tom odiaba a todas las gentes, pero especialmente a su amigo "que sirve sólo para hablar de muchachas y sexo". Un humor depresivo se posesionó de él nuevamente, y retornó a sus viejos y solitarios juegos de guerra. Pero tampoco estos juegos le satisfacían ya. El arreglo simétrico de las fichas, la ejecución ordenada y metódica de la batalla, le irritaban contra sí mismo y exclamaba desesperado: "Oh, soy tan ordenado que es nauseante."

Al fin Tom volvió al tema de la historia: "¿Qué sucedió con Atenas y Babilonia después de la invasión? Me he preguntado lo mismo desde cuarto año, ya sé que Babilonia se localiza entre el Éufrates y el Tigris, pero, ¿dónde exactamente? ¿Por qué no nos lo dicen?, por cierto Babilonia siempre me ha hecho pensar en 'Baby'." El analista: "Alone Baby (un bebé solitario)." "Bueno,

tenía yo 5 años cuando mi nana me dejó." De niño se había sentido muy unido a su nana, y después de la separación se le declaró una tos nerviosa que le despertaba a media noche. Iba entonces a la recámara de sus padres donde su madre le servía chocolate caliente que aliviaba su tos. Finalmente, el niño se dormía en medio de sus padres. Esto nos recuerda de Baby-lon (niño solitario), entre dos ríos protectores. Tom se embarcó en un resumen de su historia personal. Desde su punto de vista, en su vida había tres fases, separadas por dos barrancos cataclísmicos. Actualmente vivía en su tercera fase, la adolescencia. El primer quiebre ocurrió cuando tenía 5 años y su nana se fue; este hecho dio un fin traumático a su temprana infancia. El siguiente quiebre ocurrió cuando su familia se mudó de Baltimore a Nueva York, cuando tenía 8 años. "Este cambio fue la mayor catástrofe; fue la declinación y caída de Roma. Todas mis cosas de bebé habían desaparecido." Procedió a enumerar todos sus juguetes y objetos perdidos, acusando a su madre de haber robado sus posesiones. Su enojo era grande y con celo de arqueólogo reconstruyó el contenido de su juguetero, hasta "un pequeño soldado de juguete o un indio que había perdido un brazo". Reconstruyó en mente el librero de su cuarto infantil y recordó la apariencia y las descomposturas de cada precioso artículo. Esta empecinada búsqueda del pasado *á la recherche du temps perdu,* es un intento de revivir el pasado, de reconstruir su historia personal para penetrar en los lapsos oscuros del tiempo. La corriente ascendente de los impulsos libidinales y agresivos dirigidos hacia sus padres edípicos eran dominados, en el caso de Tom, por los procesos de pensamiento. La curiosidad infantil fue desviada hacia la investigación histórica. Esta actividad intelectual, sin embargo, sólo podía por cortos lapsos de tiempo evitar el retorno de los estados de ánimo depresivos y de enojo y de los afectos que había experimentado en su infancia, y que hoy, en la pubertad, se adherían a la defensa de la intelec-

tualización con un rendimiento sólo parcialmente exitoso.

Tom atacó el problema histórico con nuevas fuerzas, quería trazar ahora todo el panorama de la migración humana, las conquistas y aniquilamientos de naciones, y la destrucción de imperios. Lo que todo eso tenía en común era que estas violentas dislocaciones habían llevado a "mezclas entre conquistador y conquistados, culminando en el nacimiento de una nueva tribu".

Tom se embarcó en un ambicioso proyecto al hacer un esquema a gran escala de la "cuna de la civilización" del Mediterráneo. Colocó a varios pueblos en el mapa representando a cada "tribu" con un pedazo de cartón. Repasó entonces diversas etapas históricas, haciendo diversos movimientos con los pueblos. Cuando se concentraba demasiado y se excitaba con este proyecto, se sentía culpable y se acusaba a *sí mismo*: "*no* debería yo estar haciendo esto" — es decir, ser testigo de batallas entre contendientes y el nacimiento de nuevas tribus. Sin embargo, continuaba con el proyecto. Cuando llegaba a la historia contemporánea mezclaba a soldados americanos de la segunda Guerra Mundial con mujeres "sexy" de Italia y daba nacimiento a nuevas tribus. Las asociaciones sexuales se hicieron más frecuentes hasta que el vacío en la historia, su historia personal, era llenado. Esto se hacía posible por medio de la reconstrucción con material primordial de escenas fantasiosas, conceptos sadomasoquistas sobre el acto sexual, culpa edípica, identificación ambivalente con ambos padres, miedo a la madre fálica, la depresión que siguió a la separación de su nana. Finalmente, la historia había contado todo.

Los temas de historia personales dieron a la historia mundial una persistencia decisiva y fascinaron a Tom. También eran culpables por la insatisfacción que acompañaba su estudio. La disforia, insatisfacción, futilidad, enojo y depresión se rindieron al análisis de la lucha defensiva, pero el interés en la historia sobrevivió; mas

ahora, su estudio resultó compensable y libre de conflictos. El interés histórico se desconectó de la fijación instintiva, y le fue dado avanzar de status, al de una actividad autónoma intelectual. Debe mencionarse que cuando el análisis de Tom trató su intelectualización, él se había convertido ya en un buen historiador, con un amplio conocimiento de hechos. Estos hechos, a decir verdad, generalmente representaban ejercicios mentales sin significado aparente; por ejemplo la memorización pedante del linaje completo de los reyes de Francia. Esta preocupación defensiva por simples hechos dio paso a un entendimiento y apreciación de valores humanos mayores que el estudio de la historia implica. Un interés que operaba al servicio de la defensa se había convertido en una actividad adaptable, compensatoria y llena de significado social y personal, que no requería más el gasto de energía contracatéctica. Esta transformación promovió, en el caso de Tom, un movimiento de libido hacia adelante.

La economía del yo se vio afectada en términos de un vigoroso cambio a la realidad, al pensamiento racional, y a la observación objetiva. La autoestimación creció con la habilidad de dominar el conocimiento sin culpa. En la fase de la adolescencia en sí, cuando el conflicto edípico se mueve hacia su solución, la retracción de la libido, de los padres "puede vincularse sólo con el cuerpo del adolescente y dar lugar allí a sensaciones hipocondriacas y sentimientos de cambios corporales que son clínicamente conocidos por las etapas iniciales de la enfermedad psicótica." A. Freud (1958, a.). Helene Deutsch (1944) enfatiza la importancia de la fantasía en el proceso adolescente de la joven y describe las condiciones en las que la imaginación es experimentada como realidad. Si la vinculación libidinal a un objeto incestuoso es nuevametne experimentada, no en relación a un nuevo objeto sino sólo en fantasía, de modo que el adolescente permanece inconscientemente fiel al objeto anterior, entonces la primera realidad do-

tará a la presente fantasía de amor con un carácter de realidad. "Durante la pubertad cualquier realidad que pudiera gratificar los deseos sexuales puede parecer peligrosa, y se lleva a cabo una regresión a la fantasía y la pseudología. La pseudología es usada como defensa; la joven adolescente toma su fantasía por realidad, para renunciar a una realidad que considera quizá más peligrosa." (Deutsch, 1944).

Los niños que durante su crecimiento desarrollan una grave ansiedad del superyo son propensos a mofarse de todas las reglas durante una fase de su adolescencia; no transigen en nada para evitar que la debilidad o la sumisión se declaren nuevamente. Éste es el adolescente "que no se compromete a nada", descrito por Anna Freud (1958, a). El adolescente más moderado conserva adhesión al código moral, mientras sea el que él mismo escoge y hace. Los viejos odres se llenan con vino nuevo. Las normas de conducta que son escogidas por él mismo significan alejamiento de la disciplina de los padres, pero, de todos modos, preservan la modalidad de disciplina en las innovaciones frecuentemente revolucionarias en la moralidad y en la ética.

Un ejemplo de esta etapa en la transformación del superyo ocurrió en un joven de quince años con controles obsesivo-compulsivos, quien había logrado una aceptación más tolerante de sus impulsos sexuales y, principalmente, agresivos, durante el análisis. Un día dijo que había desarrollado una nueva filosofía: "soy un muchacho cambiado". Su filosofía estaba compuesta de "axiomas" basados en la siguiente proposición: "Puesto que tengo que seguir viviendo será mejor que lo disfrute." Seis axiomas regularon la conducta de su vida "1) Si tengo miedo de alguien digo 'al diablo contigo' y hago lo que me place; 2) No te jactes tanto; 3) No comas tanto; 4) No te masturbes tanto; los números 2, 3, 4 no tienen importancia cuando tengo una novia; 5) Haz cosas inesperadas en tiempos no habituales; 6) Soporta los sermones de mamá y no la dejes que te haga

perder el control." Después de recitar los axiomas agregó: "Por favor date cuenta que mis axiomas, por lo menos los más importantes, no dicen 'haz esto y no hagas lo otro'; sino que dicen 'no hagas esto en demasía, o haz esto más'. Mientras que la abstinencia es buena para mí, ningún axioma la recomienda. ¿Te das cuenta de la diferencia?" Concluyó con una observación de autoironía jocosa: "Desde luego, yo no sé cuánto va a durar todo esto. Pero me hace sentirme muy bien."

Las diferentes medidas defensivas empleadas durante la adolescencia en sí, son en circunstancias normales medidas temporales de emergencia. Son desechadas tan pronto como el yo ha ganado resistencia al unir sus fuerzas con el movimiento progresivo de la libido hacia la heterosexualidad, tan pronto como la ansiedad y la culpa han disminuido a través de cambios catécticos internos. Desde un punto de vista social o de comportamiento este desenvolvimiento puede ser descrito en términos de un ajuste adaptativo en consonancia o correspondencia con instituciones sociales existentes. En la sociedad contemporánea este proceso requiere tiempo y es necesariamente lento. Sabemos que una consumación cronológicamente más temprana del estado adulto ocurrió en un pasado no muy lejano, pero hay dificultades intrínsecas en la interpretación de estos hechos, puesto que las medidas sociales que permiten al proceso del adolescente desenvolverse por experiencias de transacción, toma diferentes matices en diferentes tiempos históricos (Erikson, 1946). No podemos decir con certeza qué ocurrió en la adolescencia tradicionalista estructurada sobre las diferentes clases sociales hace cien años, cuando se acostumbraba el matrimonio a temprana edad, y el proceso adolescente evolucionaba parcialmente dentro de los límites de esa institución. Se explorará este punto más adelante en una discusión sobre determinantes del medio ambiente en los que las diferentes "estaciones", como sea, son vistas en términos de la interrelación entre desarrollo individual y cultura. En el

mundo occidental contemporáneo, hay dos peligros en la adolescencia, a saber, la precipitación a la heterosexualidad a expensas de la diferenciación de personalidad, y la expresión masiva de impulsos sexuales con una consecuente deformación de carácter y un desarrollo emocional desviado.

Este progreso decisivo en el desenvolvimiento emocional durante la adolescencia reside en el progreso hacia la heterosexualidad. Este estado sólo puede ser alcanzado después de que los impulsos pregenitales han sido relegados a un rol iniciativo y subordinado a favor de la sexualidad genital o potencial orgástica.

El placer previo es una innovación de la pubertad, envuelve un arreglo jerárquico de impulsos genitales y pregenitales. Como sucedió anteriormente en el desarrollo psicosexual, el yo obtiene otra vez su pista de la organización dominante de los impulsos; y durante la adolescencia en sí aparece paralelamente una organización jerárquica de funciones del yo. Aparece un ordenamiento superior de pensamiento, reconocible en el desarrollo de teorías y sistemas; consecuentemente, un orden más discernible se asigna a los preceptos. Es más, hay una conciencia progresiva de la relevancia que tienen las propias acciones para el papel y el lugar presente y futuro en la sociedad. La selección vocacional —bien sea ingeniería o maternidad— requiere el relego de algunos modelos yoicos, ideales yoicos, posibles seres, para subordinar posiciones. La adolescencia es la fase durante la cual estos procesos estratificatorios son iniciados. Durante la adolescencia tardía asumen una estructura definitiva. Cuando ocurre una tardanza o una falla en la organización jerárquica de los impulsos sexuales, hay un retraso o falla en la correspondiente fase adecuada del desarrollo del yo.

Alteraciones autoplásticas tales como "la división del yo", o "deformaciones yoicas" frecuentemente fallan en esta etapa temprana para revelar la extensión a la cual

se ha desviado la fase adecuada de la organización del impulso de la adolescencia.

Inhelder y Piaget (1958) estudiaron el pensamiento adolescente en su forma típica; sus resultados ostentan este desarrollo correlativo de "vida afectiva" y "procesos cognoscitivos", o impulso y yo, a los que me refiero. Para Inhelder y Piaget es el "asumir roles de adulto" lo que "implica una total reestructuración de la personalidad en la que las transformaciones intelectuales son paralelas o complementarias a las transformaciones afectivas". Algunos de estos resultados están muy ligados a mi concepto de un arreglo jerárquico de las funciones del yo en la adolescencia. El adolescente "comienza a considerarse igual a los adultos y a juzgarlos"; "comienza a pensar en el futuro —por ejemplo, en su trabajo presente y futuro en la sociedad"; también "tiene la idea de cambiar esta sociedad". "El adolescente difiere del niño, sobre todo, en que piensa más allá del presente"; "se confía a las posibilidades".

"El adolescente es el individuo que empieza a construir 'sistemas' o 'teorías' en el sentido más amplio de la palabra. El niño no construye sistemas... el niño no tiene ese poder de reflexión: por ejemplo, no tiene pensamientos de segundo orden que critiquen a su propio pensamiento. Ninguna teoría puede ser construida sin esa reflexión. En contraste, el adolescente es capaz de analizar su propio pensamiento y construir teorías." Esto corresponde a la formulación de que el pensamiento, como acción de juicio, se convierte en la adolescencia en un modo de trato con la interacción entre el individuo y su medio ambiente, el presente y el futuro. Como acción de juicio, en la adolescencia, el pensamiento es constantemente interferido por la propensión a la acción y al acting out (actuación), el alcance del ensayo y error se amplifica en el pensamiento abstracto, que eventualmente se formaliza en sistemas y teorías. Estas ideaciones sirven el propósito de proporcionar "bases cognoscitivas y evaluativas para asumir roles de

adulto... Son vitales en la asimilación de los valores que definen a las sociedades o clases sociales como entidades en contraste con relaciones simples interindividuales". Spiegel (1958) ha demostrado que "un tipo de pensamiento conceptual, por ejemplo, la estética se desarrolla en esta etapa".

Inhelder y Piaget (1958) hacen hincapié que en el desarrollo del pensamiento, el adolescente recapitula los diferentes estadios del desarrollo infantil "en los planos de pensamiento y realidad que son nuevos para las operaciones formales". Como siempre, van del egocentrismo hacia el descentramiento. El egocentrismo que es observado en el proceso de pensamiento del adolescente ha sido descrito como narcisismo adolescente. Precede en turno a nuevas relaciones de objeto, correspondiendo al concepto de descentramiento de Piaget. El descentramiento promueve "objetividad", el descentramiento es "un continuo reenfoque de perspectiva". En el proceso de descentramiento la entrada del adolescente en el mundo ocupacional representa el punto principal. "El trabajo conduce al pensamiento lejos de los peligros del formalismo hasta regresar a la realidad." "El descentramiento se lleva a cabo simultáneamente en los procesos de pensamiento y en relaciones sociales." Lo que ha sido referido como el arreglo jerárquico de funciones yoicas puede ser descrito en relación a funciones cognitivas como una progresión de estructuras formales en el pensamiento adolescente que son parte de su egocentrismo hacia una objetividad del pensamiento que promueve el descentramiento especialmente en el análisis de los hechos. "La observación muestra lo laboriosa y lenta que puede ser esta reconciliación de pensamiento y experiencias." "En conclusión —dicen Inhelder y Piaget—: las adquisiciones fundamentales afectivas de la adolescencia igualan las adquisiciones intelectuales. Para entender el rol de estructuras formales de pensamiento en la vida del adolescente, encontramos que en el último análisis tuvimos que situarlas en su personalidad total."

La notable realización del adolescente en el reino del pensamiento y su creatividad artística también poco común han sido documentadas y estudiadas hace algunos años (Bernfeld, 1924). La notable declinación de esta actividad, frecuentemente sorprendente, al fin de la adolescencia hace aparente que es una función del proceso adolescente. La alta introspección o la intimidad psicológica hacia los procesos internos en conjunción con la distancia hacia los objetivos externos, permiten al adolescente una libertad de experiencias y un acceso hacia sus sentimientos que promueven un estado de delicada sensibilidad y percepción. Las producciones artísticas de los adolescentes son con frecuencia francamente autobiográficas y alcanzan su altura durante fases de retraimiento libidinal del mundo objetal, o en tiempos de amor sin objeto definido ya sea homosexual o heterosexual. La productividad creativa representa así un esfuerzo para completar tareas urgentes de transformaciones internas. La catexis de pensamiento e introspección permite una concentración y dedicación al proceso creativo de pensamiento e imaginación que es casi desconocido antes o después en la vida del individuo promedio. El proceso de creatividad en la adolescencia acrecienta la infatuación con el ser; frecuentemente se ve acompañado por la emoción y lleva a la convicción de ser una persona escogida y especial.

La actividad creadora sublimada puede ser descrita en estos términos esenciales: 1) es altamente autocentrada; esto es, narcisista; 2) está subordinada a las limitaciones de un medio artístico y, en consecuencia, orientada parcialmente a la realidad; 3) funciona dentro de la modalidad de "dar vida a una nueva existencia" al ser; 4) constituye una comunidad con el medio ambiente y está, por lo tanto, parcialmente relacionada con objetos. La actividad creadora del adolescente es un proceso complejo, cuyas partes componentes pueden trabajar en conjunto en relativa armonía o ser dominadas completamente por un componente creativo. De este

modo, la creatividad puede gratificar necesidades narcisistas, puede alcanzar un apoyo en la realidad, puede remplazar objetos de amor o puede preparar la canalización de un don innato en un modo de vida perdurable. La observación ha demostrado que el florecer de la productividad creativa está restringido al adolescente de las clases educadas; pero debe enfatizarse que el adolescente que rehuye el retraso de la educación y que se esfuerza por alcanzar la adultez por la ruta más corta no obstante participa en este proceso creativo tomando prestadas fantasías prefabricadas y emociones estereotipadas del medio masivo, como películas y revistas. Estos estereotipos complacen sus propósitos seguramente a un nivel muy primitivo, pero son similares en funcionamiento a los actos creativos observados en adolescentes más sofisticados y diferenciados. Spiegel (1958) expresó la opinión de que la creatividad de la adolescencia puede estar vinculada indirectamente a oscilaciones catécticas, "es decir, a la fluidez del desplazamiento catéctico del ser a representaciones de objeto... A través de la creación artística, lo que es ser puede volverse objeto y luego externalizarse y así puede ayudar a establecer un balance de catexis narcisista y objetal".

La descripción de la adolescencia en sí envuelve una consideración detallada de tantos aspectos separados que un resumen puede ser útil en este punto. Es aparente que, en términos de organización de impulsos, la adolescencia en sí marca un avance hacia la posición heterosexual, o más bien esta organización, mientras está incompleta, gana en claridad e irreversibilidad. Hacia este fin, la libido objetal se externa otra vez, ahora hacia objetos no incestuosos del sexo opuesto; concomitantemente declina el narcisismo. La vuelta hacia nuevos objetos de amor reactiva fijaciones edípicas, positivas y negativas. El proceso de desligamiento del padre edípico le da a esta fase de la adolescencia su aspecto especial. La labor adecuada del sexo de esta fase reside en la elaboración de la feminidad y masculini-

dad; nuevamente vemos que este proceso no queda completo, sino que aguarda a fases subsecuentes para su confrontación final. Sin embargo, el modo especial en que la pregenitalidad queda relegada al placer previo, y el modo particular en que los conflictos edípicos llegan a una resolución o compromiso, crean una organización de impulsos que operará dentro de confines altamente idiosincrásicos.

El yo, durante la adolescencia en sí, inicia medidas defensivas, procesos restitutivos y acomodaciones adaptativas. Su elección muestra mayor variación individual de la que fue discernible en fases previas, un hecho que anuncia su influencia selectiva definitiva en la formación del carácter. Es más, los arreglos jerárquicos de las funciones yoicas hacen su aparición, modeladas tras el surgimiento de la organización de impulso. Los procesos cognitivos se hacen más objetivos y analíticos; el reinado del principio de la realidad se inicia. La innovación jerárquica por sí misma hace que sobresalgan diferentes intereses, capacidades, habilidades y talentos, que son probados experimentalmente por el uso y apoyo en el mantenimiento de la autoestimación; de este modo la elección vocacional se solidifica o, cuando menos, hace oír su voz. El final de la adolescencia trae una nueva calidad a este reinado de anhelos hacia posibles seres; en términos generales podemos decir que la adolescencia en sí llega a su fin con la delineación de un conflicto idiosincrásico y la constelación de impulso que durante el final de la adolescencia se transforma en un sistema unido e integrado. La adolescencia en sí elabora un centro de lucha interna que resiste las transformaciones del adolescente; los conflictos y las fuerzas desequilibrantes se mueven en un ángulo agudo. Es la labor del fin de la adolescencia llegar a un arreglo final que la persona joven subjetivamente siente como "mi modo de vida". La inquietante pregunta que tanto se hacen los adolescentes "¿Quién soy yo?" retrocede lentamente al olvido. Durante el final de la adolescencia emerge

una claridad de propósitos autoevidente, y un conocimiento del ser que se decribe mejor con las palabras "éste soy yo". Esta frase declaratoria rara vez se pronuncia en voz alta, pero está expresada por la vida particular que lleva el individuo, o que da por sentada, cuando la adolescencia llega a su fin. A continuación discutiremos este periodo que lleva a su culminación a los procesos adolescentes.

6. *Adolescencia tardía*

La fase final de la adolescencia se ha considerado siempre como una declinación natural en el torbellino del crecimiento. La analogía que usó Freud (1924) con referencia al fin del complejo edípico puede ser aplicada también a los procesos adolescentes: es decir, que llegan al final por motivos filogenéticos que "tienen que finalizar porque el tiempo de su disolución ha llegado, al igual que los dientes de leche se mudan cuando los dientes permanentes empiezan a presionar." Sin embargo, Freud (1924) también discutió determinantes ontogenéticos que son de igual importancia. Los motivos y los medios por los que la adolescencia llega a su terminación revelan que los aspectos psicológicos son los únicos en cuyos términos se puede definir la fase final de la adolescencia. Como hemos mencionado anteriormente: la pubertad es un acto de la naturaleza, la adolescencia es un acto del hombre.

La fase final de la adolescencia ha llamado más la atención que la turbulencia de las fases antecedentes durante la última década. Sabemos por experiencia que con la declinación de la adolescencia el individuo gana en acción propositiva, integración social, predictibilidad, constancia de emociones y estabilidad de la autoestimación. Nos impresiona por lo general la mayor unificación de procesos afectivos y volitivos, la docilidad con que nos sometemos y la regresión. Otra im-

portante característica del fin de la adolescencia es la delineación de aquellos asuntos que realmente importan en la vida, que no toleran dilación ni compromiso. Esos asuntos no siempre sirven a un autointerés obvio, y frecuentemente resultan en frustración, lucha y pena; pero a pesar de las consecuencias, el joven adulto se adhiere a ciertas selecciones que, según su sentir en esa época, son las únicas avenidas para su autorrealización. Da la impresión de que la vida del individuo vista en perspectiva muestra continuidades definidas que se extienden desde la adolescencia hasta la adultez, al igual que discontinuidades, que de hecho marcan la línea limítrofe superior del fin de la adolescencia. La cuestión, entonces, es: ¿cuáles procesos entran en juego en la evolución de aquellos atributos noveles de personalidad que caracterizan el avance hacia la adultez o la declinación de la adolescencia? Otra cuestión concierne a las condiciones que dan origen a los elementos de continuidad e igualdad tan familiares para el estudiante de historias de la vida. El clínico añadirá una tercera cuestión: ¿cuál es la psicopatología particular que representa el fracaso del fin de la adolescencia y la etiología de estas fallas de desarrollo? Los eventos que llevan una fase de desarrollo a su fin son más difíciles de identificar que los que la provocan. Estos problemas teóricos de la fase final de la adolescencia serán discutidos a continuación.

La adolescencia tardía es primordialmente una fase de consolidación. Con esto me refiero a la elaboración de: 1) un arreglo estable y altamente idiosincrásico de funciones e intereses del yo; 2) una extensión de la esfera libre de conflictos del yo (autonomía secundaria); 3) una posición sexual irreversible (constancia de identidad) resumida como primacía genital; 4) una catexis de representaciones del yo y del objeto, relativamente constante; y 5) la estabilización de aparatos mentales que automáticamente salvaguarden la identidad del mecanismo psíquico. Este proceso de consolida-

ción relaciona a la estructura psíquica y al contenido, la primera estableciendo la unificación del yo, y el segundo preservando la continuidad dentro de él; la primera forma el carácter, el segundo provee los medios. Cada componente influye al otro en términos de un sistema de retroacción hasta que, durante la postadolescencia, se adquiere el equilibrio dentro de ciertos límites de constancia intrínseca. El quicio de la vulnerabilidad muestra grandes diferencias individuales, puesto que la tolerancia al conflicto y la ansiedad varían enormemente. La cantidad e intensidad de estímulo (externo e interno) necesario para el funcionamiento afectivo revela también la variabilidad individual, un hecho que no deja de tener influencia en la organización del surgimiento del yo en el tiempo y en la adolescencia tardía: "Posiblemente haya un grado de ansiedad 'optimo' (que varía de individuo a individuo) que favorece al desarrollo; más o menos como este óptimo puede obstaculizarlo" (Brierley, 1951). Lo mismo puede decirse del mantenimiento de una organización estable del yo; a saber, que un óptimo de tensión es de valor positivo, y que da como sea tonicidad a la personalidad. Hablo de procesos integrativos generales: egosíntesis, patrones y canalización. En términos del organismo psíquico total y su funcionamiento, esto se refiere a la formación del carácter y la personalidad.

Podríamos construir un modelo de la adolescencia tardía; pero si lo hiciésemos, debería nacer en la mente que las transformaciones descritas con anterioridad son logradas sólo parcialmente por cualquier sujeto. Parece, desde luego, que el aspecto comprometido de la adolescencia tardía es una parte integral de esta fase; el logro es de relativa madurez. Es adecuado recordar las palabras de Freud (1937) en conexión con esto: "En realidad las etapas de transición e intermedias son mucho más comunes que las etapas opuestas rigurosamente diferenciadas. Estudiando variados desenvolvimientos y cambios enfocamos enteramente la atención en el re-

sultado y fácilmente pasamos por alto el hecho de que tales procesos son generalmente más o menos incompletos, es decir, los cambios que suceden son únicamente parciales... Casi siempre hay vestigios de lo que ha sido y una detención parcial en una etapa anterior." Parece, entonces, que los "fenómenos residuales específicos y los retrasos parciales específicos" son causa en gran medida de las variaciones en la individuación que emerge al fin de la adolescencia. Estos aspectos, por estar más en evidencia en el adulto, pueden ser mejor estudiados durante esa etapa. Lo que aquí necesita énfasis es el hecho de que la tarea relativa al desarrollo de la adolescencia tardía reside precisamente en la elaboración del yo unificado que funde en su ejercicio los "retardos parciales" con expresiones estables a través del trabajo, el amor y la ideología, produciendo articulación social así como reconocimiento. "Todo lo que una persona posee o realiza, todo remanente de los sentimientos primitivos de omnipotencia que su experiencia ha confirmado ayuda a incrementar su autoestimación." (Freud 1914).

La adolescencia tardía es un punto de cambio decisivo y, por consecuencia, es un tiempo de crisis, que frecuentemente somete a esfuerzos decisivos la capacidad integrativa del individuo y resulta en fracasos de adaptación, deformaciones yoicas, maniobras defensivas y psicopatología severa. Erikson (1956) ha hablado de esto extensamente como una "crisis de identidad". He descrito el síndrome de la adolescencia prolongada (1954) en términos de una reticencia para llevar la última fase de la infancia, es decir la adolescencia, a su fin. Los fracasos en el paso exitoso a través de la adolescencia tardía han traído a nuestra atención enérgicamente las tareas de esta fase. Ha sucedido muchas veces en la historia del psicoanálisis que un desarrollo desviado arroja luz sobre el desarrollo normal; una de estas instancias ha sido el estudio de las fallas de la ado-

lescencia tardía, que ha ayudado a formular la tarea de esta fase específica.

Las fases de la adolescencia, descritas anteriormente, embonan bien dentro de la teoría psicoanalítica. Pero en lo que se refiere a la fase final de la adolescencia, conceptos tales como fijación, mecanismos de defensa, síntesis del yo, sublimación y adaptación, bisexualidad, masculinidad y femineidad —estando todos envueltos en el proceso— no son en sí mismos ni suficientes ni adecuados para hacer comprensible el fenómeno de consolidación de la personalidad en la adolescencia tardía. La observación analítica ha aislado algunos de los obstáculos que están en el camino de una consolidación progresiva, tales como fijaciones de instintos, discontinuidades en el desarrollo del yo, problemas de identificación y bisexualidad; como quiera que sea, el camino a lo largo del cual sigue la consolidación de la personalidad permanece oscuro en muchos aspectos. Los procesos integrativos son más silenciosos que los desintegrativos.

Las fases de la adolescencia traen a colación los impulsos en sus diversas constelaciones regresivas y progresivas u organizaciones de fase específica. De hecho, podemos decir que a través de toda la adolescencia el yo está en el más íntimo envolvimiento —aunque defensivamente— con los impulsos, y a lo largo del camino ha llegado selectivamente a buen término con su intensidad, sus objetos, y sus metas. Fue notado anteriormente que ninguna progresión de una fase de la adolescencia a la siguiente es siempre completada sin llevar consigo "fenómenos residuales". Debe ser ahora añadido que estos residuos retienen una animación inquebrantable; sólo durante tiempos de calma relativa en la vida adulta se someten alguna vez al dominio del yo. Por ejemplo el problema de la bisexualidad nunca es resuelto en términos de su desaparición: cede a ciertas acomodaciones y dominancias del yo sintónico. Su continuada existencia en el inconsciente es confirmada por

la continua aparición de este tema en los sueños de los adultos.

¿Podemos suponer que la represión es el agente mayor que se introduce en la edad adulta, como lo hizo antes este mecanismo de defensa en la fase edípica, cuya secuela inició el periodo de latencia? Obviamente esta es una solución demasiado simple; desde luego no ofrece ninguna explicación para la gran variabilidad de adaptaciones individuales o acuerdos aparentes al final de la adolescencia. Lo que debemos encontrar es un principio operable, un concepto dinámico, que gobierna el proceso de consolidación de la adolescencia tardía y rinde sus diversas formas comprensiblemente: primero, el aparato psíquico que sintetiza los diversos procesos adolescentes específicos de la fase los convierte en estables, irreversibles, y les da un potencial adaptativo; segundo, la fuente de los residuos específicos de periodos anteriores de desarrollo que han sobrevivido a las transformaciones adolescentes y que continúan existiendo en forma derivada, contribuyen con su parte a la formación del carácter; y finalmente, la fuente de la energía que implica ciertas soluciones hacia un primer plano y deja otras en estado latente, presta así al proceso de consolidación una calidad de decisión e individualidad. Estas cualidades, que frecuentemente traen consigo sacrificio y dolor, no pueden derivar completamente del impulso de maduración. Sospecho que otras fuerzas combinan sus esfuerzos dentro de este proceso.

El concepto de trauma debe ser introducido en este punto. El término *trauma* es relativo, y el efecto de cualquier trauma en particular depende de la magnitud y de lo imprevisto del estímulo, y de la vulnerabilidad del aparato psíquico. El trauma es un fenómeno universal de la infancia. Ya sea que el trauma sea causado en mucho o en poco por la propia constitución o por el medio ambiente no tiene relación en el efecto del trauma en la vida individual. Aquí quiero enfatizar sólo el hecho de que el domino del trauma es una in-

terminable tarea de la vida, tan infinita como la prevención de su recurrencia. Esta autoprotección es proporcionada a la fuerza del yo y a la estabilidad de las defensas. "Desde luego, nadie hace uso de todos los posibles mecanismos de defensa; cada persona solamente selecciona algunos de ellos, pero éstos se fijan en su yo, estableciéndose como modos habituales de reacción para ese carácter en particular, los que son repetidos durante toda la vida siempre que ocurra una situación similar a aquélla que originalmente los evocó." (Freud 1937).

Por otro lado, los efectos posteriores de un trauma inducen a situaciones de vida que de algún modo repiten la original; por lo tanto, el trabajo en la resolución del trauma, el intento de dominarlo, continuará. Las experiencias de la vida que tienen su origen en este tipo de antecedentes proceden de acuerdo a la repetición compulsiva. Lo que fue experimentado originalmente como una amenaza del medio ambiente se vuelve el modelo de peligro interno. Al adquirir el status de un modelo, el peligro principal tuvo que ser reemplazado por representaciones simbólicas y equivalentes sustitutivas que corresponden al desarrollo físico y mental del niño en crecimiento. Al fin de la adolescencia la amenaza original o más bien un componente de ella reaparece nuevamente siendo activada en el medio ambiente; su resolución o quietud es buscada entonces dentro de un sistema de interacción altamente específico. Consecuentemente el individuo experimenta su comportamiento como significativo, evidente, urgente y gratificante.

El dominio progresivo de los traumas residuales determina el intercambio transaccional prevaleciente entre el individuo y el medio ambiente, al igual que entre el yo y el ser. El desembarazarse de la influencia dañina del mundo exterior que se precipita en el trauma y que ha llegado a ser parte del mundo interno es una tarea psíquica para toda la vida. Una porción considerable de esta tarea se lleva a cabo durante la adolescencia.

Anna Freud (1952) comentó sobre la posible "reversión adolescente de las actitudes del superyo y el yo, aunque aparentemente estas actitudes habían sido totalmente integradas en la estructura yoica del niño en estado de latencia". En los casos en que no se logra la nueva integración, presenciamos una transformación parcial del adolescente por medio de persistente distonicidad del yo en relación con ciertas actitudes propias de él. De cualquier modo, siempre se llevan a la vida adulta remanentes específicos no asimilados; de hecho, ejercen su demanda de continua expresión a través de la organización de la personalidad misma.

El alcance con que el trauma obstaculice el desarrollo progresivo constituye el factor negativo del trauma; y el alcance con que el trauma promueva e impulse el dominio de la realidad es el factor positivo; esta idea fue desarrollada por Freud (1939) en uno de sus últimos estudios: "Los efectos de un trauma tienen dos caras, positiva y negativa. La primera son intentos de revivir el trauma, de recordar la experiencia olvidada, o aún mejor, de hacerla real —de revivir una vez más su repetición; si fue una relación afectiva temprana, es revivida en un contacto análogo con otra persona. Estos intentos se resumen en términos de 'fijación al trauma' y 'compulsión a la repetición'. Los efectos pueden ser incorporados al así llamado yo normal y, en forma de tendencias constantes le prestan rasgos de carácter inmutable... Las reacciones negativas persiguen la meta opuesta; aquí, nada se debe recordar o repetir del trauma olvidado. Pueden ser agrupadas como reacciones defensivas. Pueden expresarse para evitar impresiones, una tendencia que puede culminar con inhibición o fobia. Estas reacciones negativas también contribuyen considerablemente a la formación del carácter."

Dentro del problema de consolidación del carácter al final de la adolescencia, debemos incluir el problema del trauma como parte del proceso total. La fijación e irreversibilidad de carácter tiene un efecto favorable

sobre la economía psíquica; al igual que los rasgos compulsivos agranda la distancia entre el yo y el impulso. Entonces, un rasgo de carácter que se forma con lentitud al final de la adolescencia debe su calidad especial a la fijación de un trauma particular o del componente de un trauma. La traumática focal resiste las alteraciones del adolescente, a través de las transformaciones emocionales que permite la adolescencia; éstas le dan al proceso de consolidación de la adolescencia tardía una afinidad selectiva a ciertas elecciones. Además, le proveen de una fuerza implacable que dirige al adulto joven hacia cierto modo de vida que llega a sentir como de su propiedad. Los remanentes de los traumas relacionan el presente con un pasado dinámicamente activo, y establecen esa continuidad histórica en el yo que provoca un sentimiento de certeza, dirección, y la armonía entre el sentimiento y la acción. Un joven paciente que tuvo un colapso nervioso en la adolescencia tardía dijo, al sentir el impacto de su pasado redescubierto sobre el sentido cambiante de su ser, "parece ser que se puede tener futuro sólo si se ha tenido un pasado".

Uno se pregunta por qué el recurrir a la fijación del yo y a los instintos no es suficiente para hacer comprensibles la especificidad de elección, los arreglos definitivos del yo y el superyo, y las demandas de los impulsos de la adolescencia tardía. La fijación busca el mantenimiento de una posición estática; resiste los cambios. Sin embargo, el aspecto positivo del trauma reside en el hecho de ejercer una fuerza implacable para llegar a un acuerdo con sus residuos nocivos a través de su reactivación constante en el medio ambiente. No hay duda de que las fijaciones de impulso y del yo colaboran en la consolidación del carácter y contribuyen a la organización de la personalidad. Pero una fijación dada es sólo uno de tantos aspectos entre los componentes que son unificados por la integración.

Volviendo a las preguntas que nos hicimos con ante-

rioridad, es obvio que la institución psíquica donde se lleva a cabo la consolidación del proceso adolescente es en el yo (síntesis del yo). Las fijaciones proveen la especificidad de elección en términos de necesidades libidinales, identificaciones prevalentes y fantasías preferidas. El trauma residual provee la fuerza (compulsión a la repetición) que impulsa las experiencias no integradas en la vida mental, para su eventual dominio o integración al yo. La dirección que tome este proceso —su énfasis preferente hacia la descarga de impulsos, sublimación, defensa, deformación del yo, etc.—, es controlada en gran parte por influencias del yo ideal y del superyo. La forma que toma este proceso es influida por el medio ambiente, por las instituciones sociales, la tradición, las costumbres y los sistemas de valores. Obviamente, todo el proceso opera dentro de los confines que imponen los factores constitucionales, tales como las dotes físicas y mentales.

Llegamos, entonces, a la conclusión de que los conflictos infantiles no son eliminados al final de la adolescencia, sino que se restituyen específicamente, se tornan yo-sintónicos, por ejemplo, se integran al reino del yo como tareas de la vida. Se centran dentro de las autorrepresentaciones del adulto. Cualquier intento de dominio del yo-sintónico de un trauma residual, frecuentemente experimentado como conflicto, incrementa la autoestimación. La estabilización de la autoestimación es uno de los mayores logros de la edad adulta. "La autoestimación es la expresión emocional de la autoevaluación y la correspondiente catexis libidinosa o agresiva de las autorrepresentaciones... La autoestimación no refleja necesariamente la tensión entre el superyo y el yo. Definida superficialmente, la autoestimación expresa la discrepancia o la concordancia del concepto de deseo del ser y las autorrepresentaciones." (Jacobson, 1953.) El restablecer esta concordancia y eliminar la discrepancia por medio de una interacción

sensata con el medio ambiente, se convierte en un esfuerzo de por vida para el yo.

Esta presentación esquemática es tomada como modelo de la última fase de la adolescencia como tal, no hace justicia a los muchos problemas que afloran en la adolescencia. En términos de todo el periodo adolescente, se puede decir que el proceso adolescente asume rasgos crecientemente individualistas, que en la adolescencia propiamente dicha alcanzan un clímax en el resucitamiento del conflicto edípico y el establecimiento del placer previo, con el efecto consiguiente en la organización del yo. La resolución del complejo edípico resucitado durante el periodo adolescente es, cuando más, parcial. La parte que resistió la resolución adolescente se convierte en el centro de un esfuerzo continuado hacia este fin; procede dentro de los confines de selecciones personales, tales como trabajo, valores, lealtades, amor. Lo que observamos al fin de la adolescencia es un proceso autolimitativo, la demarcación de un espacio de vida que permite movimiento sólo dentro de un área psicológica restringida. Aquellos elementos de igualdad y continuidad que abarcan la niñez, la adolescencia y la vida adulta, subrayan el hecho de que la nueva formación mental que se ha modelado perpetúa las tendencias familiares antecedentes en la personalidad del adulto.

Recordamos aquí la fase edípica en que los residuos de fases previas fueron integradas, por así decirlo, a la modalidad genital. La declinación del complejo edípico lleva a la formación de compromisos, pero, sobre todo, a la estructuración decisiva de una institución psíquica, el superyo. Durante la adolescencia propiamente dicha, la solución del conflicto y dilema del complejo edípico, inclusive de las fijaciones pregenitales, son nuevamente tranferidas a la modalidad genital, esta vez en busca de acomodo dentro del reino de la heterosexualidad no incestuosa. Los fracasos en esta tarea llevan a procesos disociativos que dan resultados patológicos. Pero más allá

de la reorganización de impulsos que es característica de la adolescencia, aún permanecen remanentes edípicos que no fueron llevados por el camino del amor al objeto. El fin de la adolescencia implica la transformación de estos residuos edípicos en modalidades yoicas. La importancia del trabajo para la economía de la libido fue claramente establecida por Freud (1930): "El acentuar la importancia del trabajo tiene un efecto mayor que cualquier otra técnica del vivir para conectar al individuo más íntimamente con la realidad; en su trabajo está, por lo menos, ligado seguramente a una parte de la realidad, la comunidad humana. El trabajo no es menos valioso por la oportunidad que él mismo y las relaciones humanas conectadas con él proveen para una descarga considerable de los componentes de impulsos libidinales, narcisistas, agresivos y aun eróticos, como porque es indispensable para la subsistencia y justifica la existencia en una sociedad."

Los intereses yoicos altamente idiosincrásicos y la catexis, preferentes de la adolescencia tardía constituyen un nuevo logro en la vida del individuo. En la misma medida las autorrepresentaciones asumen una fijación estable y segura. La definición específica de la fase de la adolescencia tardía podría ser formulada en estos términos. La declaración de Freud de que el heredero del complejo edípico es el superyo, podría parafrasearse diciendo que el heredero de la adolescencia es el ser. (Para la discusión del concepto del ser ver Capítulo V, *El yo en la adolescencia.*)

Para demostrar mediante un ejemplo clínico el proceso de consolidación de la adolescencia tardía se requiere el repaso de la historia de la vida. Como éste es el mejor modo que he descubierto para ilustrar mis conceptos con referencia a la fase final de la adolescencia, haré una relación esquemática del desarrollo psicológico relevante de un individuo. Los datos están basados en el recuerdo y la reconstrucción durante el análisis de un hombre de 35 años; el análisis del periodo

de la adolescencia jugó un papel prominente en el tratamiento de la neurosis de carácter de este paciente.

John era el hijo menor; su hermano era 5 años mayor. Desde su nacimiento, John fue el favorito de su madre. Ella vio en el niño la realización de sus propios sueños artísticos. Todo contribuyó a una fijación en el nivel pasivo-receptivo. Tanto la madre como la nana lo mimaban. El niño habló y caminó algo tarde, era afecto a soñar y a juegos solitarios. Tan pronto como fue capaz de caminar corrió y se volvió bastante independiente. Sintió profundamente la rivalidad con el hermano mayor cuya capacidad envidiaba. En esta lucha John aprendió a tomar ventaja de su agraciada naturaleza, que lo hacía favorito con las mujeres. Su seguridad al complacer a las mujeres y evitar a los hombres (padre, hermanos) en conjunción con la temprana realización de la ventaja de su hermosura, eran sus técnicas prototípicas para evitar displacer; las elaboró durante tres décadas. Con estas armas derrotaba a su voluntarioso hermano y lo eliminaba del afecto de la madre. Esta estratagema de comportamiento con un rival masculino desviando el encuentro nunca cesó de operar en situaciones análogas.

La primera infancia de John, entonces, mostró una fijación en la modalidad oral pasivo-receptiva. El rendimiento sumiso de los orificios del cuerpo y su control siguieron fácilmente. La pasividad era dominante en el balance activo-pasivo. Intervino un periodo (a los 3 años) durante el cual la movilidad (descarga agresiva de impulso) era ascendente, pero este intento de vencer la temprana pasividad se acabó y fue sucedido por un periodo exhibicionista en el que la apariencia y el encanto fueron usados como equivalentes fálicos. Dentro de esta constelación el niño se aproximó a la fase edípica. La evasión de rivalidad con el hombre le dio al complejo de Edipo una designación negativa. El padre era tan temido como admirado, y el ser amado por él se volvió un secreto pero duradero e inapetecible

anhelo. La relación hacia el padre alcanzó un destino negativo en términos de una evasión de identificación; en relación con la madre, una sumisa, narcisista y afectuosa unión persistió largamente en los años de latencia.

John aisló la ansiedad de castración mediante un rendimiento pasivo a la madre fálica. Ella se volvió la fuente de ansiedad pero al mismo tiempo la proveedora de seguridad durante todo el tiempo que John vivió —o aparentó vivir— como la imagen de un hijo prometedor y especial. Este papel y la pretensión se convirtieron en los únicos guardianes de sus necesidades de seguridad, aun cuando tuviese o no los medios para llenar estas vagas y excitantes expectaciones. La rivalidad con los hombres, ya hecha a un lado anteriormente en relación con su hermano, sufrió una derrota definitiva en la lucha con el padre edípico. Algunas inclinaciones fálicas tentativas fueron rápidamente anuladas por un sentimiento de incompetencia (ansiedad de castración) seguido por medidas regresivas: el órgano de modalidad pasivo-receptiva de la fase oral se manifestó a sí mismo en el nivel edípico en una modalidad del yo pasivo-receptiva. Su autoimagen se moldeó por rasgos y cualidades atribuidos; el principio de realidad habló con una voz escasamente perceptible.

El complejo de Edipo de John fue resuelto por la represión sexual, la magnitud de la cual sólo se volvió aparente en la adolescencia. Además de las influencias restrictivas e inhibitorias del padre, el superyo contenía suficiente seducción narcisista de la madre reminescente de la "corruptibilidad del superyo" de Alexander (1929) a través de su alianza secreta con el ello. El padre quedó como una figura amenazante; sueños de ansiedad (ladrones, gigantes) acompañaron y siguieron a la fase edípica. John se entregaba en las manos de las mujeres —madre, nana y sus sustitutas— que se volvieron las ejecutoras de su yo al hacer para él lo que él era incapaz de hacer para sí mismo. Él no titu-

beaba en acreditarse los logros de sus sustitutos. Su conciencia siempre tenía una disculpa: sentía que era un niño especial, un "príncipe adoptado".

Esta constelación de los impulsos, el yo y el superyo no era un buen augurio para el periodo de latencia. Aparecieron perturbaciones severas en el estudio, que eran encubiertas en la escuela elemental por una nana devota, quien aprendió a imitar la escritura del niño para poderle hacer su tarea. Su trabajo de la escuela era hecho, y bien hecho, mientras él jugaba y soñaba. En forma mágica, entonces, él era capaz de entrar en competencia sin ansiedad, sin riesgo de frustración, y sin gritarle al principio de realidad. Su hermano era un vehemente estudiante con una mente lógica, inquisitiva y práctica, pero John sentía que ser privilegiado era superior al trabajo. Una afluencia de libido narcisista salvó al yo de sentimientos de insuficiencia e incompetencia que en esencia eran derivados de la ansiedad de castración. Este componente narcisista se añadió al encanto del niño y dio surgimiento a una mente imaginativa pero soñadora. John no era embotado ni estúpido excepto en la escuela.

La pubertad trajo consigo una completa represión sexual. No se evidenciaban ni sensaciones genitales ni masturbación. Una fijación en el impulso de organización de la preadolescencia duró toda la adolescencia: esto es, un miedo de castración por la madre fálica. Las inhibiciones sexuales eran racionalizadas como para evitar enfermedades venéreas; en realidad tenían sus raíces en conceptos tales como la cloaca y la vagina dentada. El joven atravesó el típico periodo homosexual de amistades idealizadas, luego se aproximó a las muchachas como un "estribo a la heterosexualidad". Sus muchas amigas fueron tratadas con tierno amor; nunca urgencias o sentimientos sexuales llegaron a empañar la pureza de estas uniones.

El hecho de que John nunca dejara la posición narcisista causó su prolongada adolescencia. Finalmente

se volvió un "intelectual" para complacer a sus padres; era capaz de cumplir con las demandas educativas sólo hasta un cierto punto, a pesar de estar dotado con una inteligencia excelente. Avanzada ya la adolescencia vino a demostrar un prometedor talento artístico.

El proceso de consolidación de la adolescencia tardía articuló estas distintas tendencias en una configuración yo-sintónica. John decidió volverse un maestro de niños pequeños, y un muy moderno educador. Al escoger esta carrera evitaba, en primer lugar, la competencia con su padre y hermano, ya que ambos eran personas cultas con grados académicos avanzados. John se vanagloriaba de ser un rebelde y menospreciaba las tradiciones familiares al denunciar su pasado educativo. Sostenía que el ser maestro, le dejaría suficiente tiempo para continuar con sus esfuerzos artísticos —que representaban el vínculo secreto hacia su madre. Además, el interés de John por los niños era decididamente maternal, y ofrecía una salida sublimada para sus necesidades femeninas de criar, que tenían su raíz en la identificación con la madre activa. Abogando por métodos educativos contrarios a aquellos por los que él fue educado, John mantenía una tendencia de oposición que era sublimada por el éxito. Estas tendencias se combinaban para hacer de John un educador notable y exitoso.

La represión sexual masiva en la pubertad eventualmente le llevó a síntomas de conversión, tales como perturbaciones digestivas. Éstas se aplacaron bajo la influencia de masturbación genital a la edad de 19 años. La elección de John de un objeto de amor heterosexual tenía una marcada disimilaridad con la madre edípica. John podía amar sexualmente a una joven sólo si ésta era sumisa, pasiva, simple, no intelectual y no demandante. La madre edípica reapareció en la vida de John en la constante búsqueda de mujeres que eran poderosas, por posición social, intelecto, fama o fortuna y en su sumisión a ellas. De hecho, la dependencia de John de mujeres como éstas, obstruyó su desarrollo profesio-

nal y su matrimonio. Cuando estos afectos de su vida se vieron amenazados por el deterioro, buscó ayuda psicoanalítica.

El resumen de este caso indica que la síntesis de John de la adolescencia tardía fue dominada por tendencias narcisistas, y que la fijación en la modalidad pasivo-receptiva había influido el desarrollo de su yo y de su impulso. Por medio de su elección vocacional intentó resolver su posición yo-distónica a través de la identificación con la madre activa; su oposición a rendirse se mantuvo por su cruzada en pro de los métodos modernos de educación infantil. La identificación con los niños le permitió un camino institucionalizado hacia la reparación de sus fragmentos del yo infantil en un "John, el educador". El conflicto edípico adolescente fue resuelto sin éxito dividiendo a la madre edípica en un objeto degradado y en un poder fálico sobrevalorado. La propensión de John a la receptividad pasiva asumió proporciones traumáticas durante la fase edípica cuando la rendición fálica destruyó la capacidad de competencia masculina con su padre por medio de estabilización identificatoria. El camino hacia este resultado había sido preparado ya por sus fieros celos y admiración hacia su hermano mayor. La posición homosexual pasiva en relación con el padre fue reprimida más profundamente que ningún otro conflicto, y la fijación de éste afecto libidinal resultó en una identidad masculina defectuosa. La fuerza dinámica detrás del impulso y del patrón del yo de la adolescencia tardía se derivaba de este trauma y resultaba en esfuerzos implacables e infinitos para dominar la propensión a la rendición pasiva, o simplemente para estar en paz con el padre edípico.

Pueden añadirse aquí algunos comentarios de índole más generalizada. Una característica predominante de la adolescencia tardía es no tanto la resolución de los

conflictos instintivos, sino más bien lo incompleto de esta resolución. Adatto (1958) sugirió en un estudio clínico que la decisión que toman pacientes que están en la adolescencia tardía para terminar su tratamiento analítico coincide con la resolución del conflicto edípico o el hallazgo de nuevos objetos de amor. Este punto de cambio introduce un "periodo de homeostasis", una fase de "integración del yo que es normal en este periodo de desarrollo". De su estudio se entiende también que una "función restauradora del yo" es típica de la adolescencia tardía, que se asemeja a su función durante el periodo de latencia. Prefiero hacer énfasis en el hecho de que la estructuración del impulso no resuelto y las fijaciones yoicas en una unidad organizada, saca el mejor partido de una mala situación; aunque esto plantea el problema un poco por la tangente. Aquello que fue un impedimento y un obstáculo para la maduración se convierte precisamente en lo que da a la madurez su aspecto especial. En el caso de John, la facilidad de identificarse con los niños le dio la oportunidad de sobrellevar y reparar sus propias fijaciones yoicas infantiles que se habían manifestado en su humillante dificultad en el aprendizaje. Consecuentemente, su papel de educador se vio dotado con un gran celo de dedicación y creatividad imaginativa, que a su vez le proporcionaron reconocimiento social y profesional. Este status adquirido amplió la esfera libre de conflictos del yo e instigó una diferenciación progresiva de procesos mentales adaptativos. Esto nos recuerda un comentario de Anna Freud (1952): "Sabemos por experiencia que los intereses yoicos que se originan en tendencias narcisistas, exhibicionistas, agresivas, etcétera, pueden persistir por toda la vida como sublimaciones valiosas a pesar del destino del instinto original que los provocó."

La lucha de toda la vida con remantes no resueltos de conflictos infantiles y adolescentes ha sido estudiada en la vida de personalidades creadoras. El punto de interés en estas investigaciones biográficas y patográ-

ficas ha sido dirigido a la vida instintiva infantil, y muy poca atención se ha prestado a la contribución de la adolescencia para la estructuración de conflictos en relación con componentes regresivos y progresivos del impulso y del yo. Una excepción fue Erikson (1958) en su estudio de Martín Lutero. Otros estudios psicoanalíticos de personalidades creadoras enfatizan el esfuerzo persistente para atar la ansiedad conflictiva y para integrar la fijación y trauma infantil dentro de la organización madura del yo.

La persistencia con que los remanentes conflictivos de la adolescencia extienden su influencia a la edad adulta, es descrita en una carta que escribió Freud a Rolland. Esta carta contiene un autoanálisis de una alteración de la memoria en la Acrópolis. El estado de ánimo que acompañó la realización de uno de los fervientes deseos adolescentes de Freud, el de estar algún día en la Acrópolis, fue causado por un sentimiento triunfante pero yo-distónico y depresivo que Freud (1936) resumió con estas palabras: "Debe ser que un sentimiento de culpa se añadió a la satisfacción de haber llegado tan lejos: algo no estaba del todo bien, algo que había sido prohibido desde tiempos anteriores. Algo tenía que ver con el criticismo del niño hacia su padre, con la devaluación que tomó el lugar de la sobreevaluación de la infancia temprana. Parece que la esencia del éxito era haber llegado más allá que el padre de uno, y como si el exceder los logros del padre de uno fuese algo prohibido."

La objeción que puede oponerse es que experiencias como esta pertenecen sólo a personalidades excepcionales, a hombres de talento extraordinario. Pero, ¿cómo explicar el interés sensible que muestran la mayoría de las personas ante la creación de un artista? ¿No es esta pasión participante prueba suficiente de que hay autointereses vitales envueltos y que en la mayoría de los adultos existen deseos y conflictos correspondientes o equivalentes a los que el artista da expresión en tér-

minos de esencias universales? El papel del artista creador en sus diversas formas, tanto en los tiempos modernos como en todas las eras, da prueba de los residuos de necesidades infantiles inconscientes que no pueden ser expresadas en la vida adulta sino por medio de regresiones comunales institucionalizadas "al servicio del yo". (Kris, 1950.)

Estas fomulaciones son vagas; recurriremos a otros datos para aclararlas. En la adolescencia tardía emergen preferencias recreacionales, vocacionales, devocionales y temáticas, cuya dedicación iguala en economía psíquica la dedicación al trabajo y al amor. En vez del concepto de Kris de la "regresión al servicio del yo" estas meditaciones de un hombre no meditabundo pueden ser adscritas más correctamente a la modalidad de experiencia que se deriva del juego de un niño. Winnicott (1953), en su estudio de "objetos de transición" en la infancia, describió el antecedente genético de una actividad mental en la vida adulta que no era bien comprendida anteriormente. Habla de un área "mental" intermedia de experiencia en que la realidad interna y externa se combinan, "un área que no es desafiada; un lugar de descanso para el individuo ocupado en la perpetua tarea humana de mantener la realidad interna y la externa separadas pero a su vez interrelacionadas... Se acepta aquí que *la tarea de aceptación de la realidad nunca es completada,* que ningún ser humano está libre del esfuerzo de relacionar la realidad interna y externa, y que un aligeramiento de ese esfuerzo es provisto por un área intermedia de experiencia que no es definida (artes, religión, etc.); esta área intermedia está en continuidad directa con el área de juego del niño pequeño que se 'pierde' en el juego".

La resolución del proceso adolescente en la adolescencia tardía está preñada con complicaciones que fácilmente someten a esfuerzo excesivo la capacidad integrada del individuo, y que puede conducir a maniobras de postergación ("adolescencia prolongada"), o

a fracasos reiterados ("malogro de la adolescencia"), o adaptaciones neuróticas ("adolescencia incompleta"). El resultado no puede asegurarse hasta que la adolescencia tardía se estabiliza. La adolescencia tardía es el tiempo cuando los fracasos adaptativos toman su forma final, cuando ocurre el quiebre. Erikson (1956) se refiere al periodo de consolidación de la adolescencia tardía como el periodo de "crisis de la identidad". Conceptualiza el quiebre en la adolescencia tardía en términos de fracaso para llevar a cabo la tarea de maduración de esta etapa, el establecimiento de la "identidad del yo".

Siempre que la deformación temprana del yo, con diferenciaciones incompletas entre el yo y la realidad, es la razón del fracaso de la adolescencia (síntesis yoica defectuosa) el quiebre aparece como el límite de la enfermedad psicótica. En el tratamiento de estos casos debe uno regresar a las fases pregenitales: a la dependencia oral y a la agresión oral, y a las vicisitudes de la "confianza básica" (Erikson, 1950). Clínicamente, reconocemos los defectos de la función sintética del yo y la agresión preambivalente dirigida a objetos o autorrepresentaciones en las deficiencias persistentes de la constancia de objeto con las consiguientes perturbaciones afectivas y cognitivas. Usando la expresión de Brierly (1951) el quiebre está relacionado con los objetos distorsionados internalizados y debe producir "sadismo infantil proyectado". El proceso de consolidación se complica además por la necesidad que hay en la adolescencia tardía de asignar a objetos de amor y odio en el mundo externo catexis agresivas y libidinales que originalmente se fundían en representaciones de objeto. Estos arreglos yo-sintónicos producen estabilidad de actitudes, sentimientos y prejuicios. En circunstancias normales y benignas, son causantes de las pequeñas inquinas, pequeñas quejas, pequeños odios, etc., de las personas; son de gran importancia para la economía psíquica. El desarrollo del carácter neurótico o la formación de síntomas en la adolescencia tardía repre-

senta un intento de "autocuración" después de fracasar en la resolución de fijaciones infantiles articuladas al nivel del complejo de Edipo. La vida amorosa del adolescente tardío demuestra clínicamente las varias condiciones de amor que se basan en la persistencia del complejo de Edipo. Fueron descritas por Freud (1910): 1) La necesidad de una tercera persona ofendida; 2) el amor a una prostituta; 3) una larga cadena de objetos; 4) el rescate de la persona amada; 5) una hendidura entre la ternura y la sensualidad. A esta lista puede añadirse la "exogamia neurótica" de Abraham.

Durante la adolescencia tardía la identidad sexual toma su forma final. "De los 18 a los 20 años —según observó Spiegel (1958)—, parece ser que la selección sexual evidente se efectúa; al menos he observado que un número de homosexuales masculinos han empezado a considerarse durante ese periodo como permanentemente homosexuales." Freud (1920) hizo la misma observación; estableció que la homosexualidad en las muchachas toma una forma decisiva y final durante los primeros años después de la pubertad. Continúa diciendo: "Es posible que algún día este factor temporal pueda mostrarse como uno de gran importancia." Sin lugar a dudas, la formación de una identidad sexual estable y reversible es de la mayor importancia en términos de la organización de impulsos específicos de la adolescencia tardía.

Puede describirse el proceso de consolidación de la adolescencia tardía en términos de compromisos abortivos y practicables o de síntesis yoica, y de adaptaciones positivas y negativas a condiciones endopsíquicas y de medio ambiente. Los fracasos para dominar la realidad interna y externa, pueden catalogarse en dos categorías. Por un lado, los fracasos se deben a 1) un aparato defectuoso (yo); 2) una capacidad deteriorada para estudio diferencial; o 3) una proclividad a la ansiedad traumática (pánico de la pérdida del yo). Estos casos que comprenden condiciones limítrofes esquizo-

frénicas y psicóticas, pueden ser llamados casos de adolescencia mal lograda. Por el otro lado, si los fracasos se deben a: 1) perturbaciones entre los sistemas; 2) bloqueos al aprendizaje diferencial (todo tipo de inhibiciones); o 3) evitar ansiedad conflictiva (formación de síntomas), entonces podemos hablar de adolescencia incompleta o de perturbación neurótica. No presentamos esta división como un intento de clasificación, sino más bien como la delineación de dos formas esencialmente diferentes de esfuerzos abortivos para superar las crisis adolescentes. Éstas representan los extremos del desarrollo desviado; la observación clínica presenta mezclas y combinaciones sin fin.

La pseudomodernidad en los standards sexuales es en gran parte responsable de muchas complicaciones en el desarrollo de la feminidad. El cambio del standard doble al sencillo no ha dado a la joven la libertad expansiva que esperaba adquirir. Este desarrollo social ignora el hecho de que el impulso sexual femenino está mucho más íntimamente apegado a sus intereses yoicos y a sus atributos de personalidad que en el hombre. "En el niño, como opuesto a la niña, al fin del conflicto entre el instinto y el mecanismo de defensa, el instinto sexual emerge muy independiente de sus sublimaciones" (Deutsch, 1944). La niña reacciona a la diferencia entre los sexos con un bien reconocido resentimiento que es una expresión del "complejo de masculinidad". En un intento de formular las cualidades esenciales de la feminidad, Helene Deutsch (1944) mencionó. "La secuencia constituida por: 1) mayor propensión a la identificación; 2) fantasía más fuerte; 3) subjetividad; 4) percepción interna· 5) intuición, nos lleva de vuelta al origen común de todos estos rasgos: la pasividad femenina." En el esfuerzo para asimilar características masculinas que tienen su raíz en la fisiología y anatomía masculina, la joven ha adquirido una superficialidad de sentimientos y ha primitivizado su feminidad. Benedek (1956, b), que investigó esta con-

dición, dice: "...la organización de la personalidad de la mujer moderna, a través de la integración de aspiraciones y sistemas de valores masculinos, adquiere un estricto superyo. Consecuentemente la mujer puede responder con reacciones de culpa a la regresión biológica de la maternidad. Muchas mujeres no se permiten ser pasivas; reprimen sus necesidades de dependencia..." Si estas necesidades de dependencia no se vuelven una parte integral de la pasividad femenina, la necesidad de dependencia puede llegar a no desprenderse de la madre; en ese caso la joven puede transferir a los hombres su hostilidad defensiva hacia la madre. Este desarrollo era aparente en el caso de Judy.

Durante la adolescencia tardía la predisposición a tipos específicos de relaciones amorosas se consolida. Con mucha frecuencia estos tipos contienen mezclas de compromisos entre fijaciones edípicas positivas y negativas. En una ocasión observé en el análisis de un hombre joven postadolescente que su amor por una mujer era determinado por su identificación con la madre, quien era rechazada por el padre como lo era él mismo. Rogando aceptación y amor de su compañera inafectiva, sexualmente fría y egoísta, el paciente fue llevado por el deseo edípico implacable, por el amor de su distante y demandante padre. La relación de amor —de hecho, el matrimonio— llegó al mismo fin desastroso, como había llegado el conflicto edípico, debido a su designación positiva extremadamente débil y fuertemente negativa: las tendencias homosexuales dominan la relación. Otra forma de consolidación fue observada en el caso de una joven postadolescente, quien imprimió su primera relación heterosexual con profundos anhelos por una madre protectora, preedípica, y por la felicidad de unificarse con ella. La joven dijo: "Quiero que Don sienta exactamente como yo, siempre; y que esté conmigo siempre que lo necesite. De otro modo me siento desesperada y perdida, completamente perdida. No, no lo quiero dominar dictándole sus sentimientos, no. Lo

que sí quiero es solamente enroscarme en su vientre." De este caso podemos decir que la consolidación de la adolescencia tardía ocurrió prematuramente debido a la fijación en la fase preadolescente. Otra joven describió el cambio de la rivalidad competitiva con los muchachos a lo que ella llamaba "igualdad femenina". "Cuando me gustaba un muchacho —dijo ella—, siempre estaba en competencia con él, con ninguna otra chica, de ningún modo quería yo igualdad masculina; sólo dos muchachos queriéndose uno al otro. Antes de una cita tenía afilados mis cuernos y mis dientes. En mi amor por Bruce es diferente: no me siento igual a él, no estoy compitiendo con él, lo admiro. Nunca antes pensé querer igualdad femenina; toda la idea es nueva para mí. Pensando en matrimonio siempre tuve dos alternativas en mente, o me caso con un hombre joven y compito con él, o me caso con un hombre mayor, con el que no habría competencia porque esperaría yo que me tratara paternalmente." En estos tres casos aparece por igual la consolidación de un compromiso sin la terminación de un paso satisfactorio a través de las fases adolescentes. Condiciones como estas auguran generalmente un desarrollo desviado; dichas desviaciones influyen la selección de objetos, en la vida adulta y, dentro de ciertos límites, pueden estabilizarse recíprocamente por el matrimonio.

Ahora debemos mencionar una falla en la resolución en el proceso adolescente que proviene de un origen diferente: la sexualización de las funciones yoicas. En estos casos estamos tratando con la integración aparentemente exitosa de selecciones vocacionales e intereses yoicos que son invadidos secundariamente por instintos componentes —por ejemplo, la escopofilia y el exhibicionismo. Si su sublimación no se mantiene más, agobiarán al yo con excitación sexual y fantasías inconscientes que producen una actividad yoica muy inestable, y que finalmente conducirán a la inhibición. Esta condición ha sido estudiada especialmente con referencia a la

inestabilidad de elección vocacional en los jóvenes en la adolescencia tardía, y también en relación con las inhibiciones y síntomas de los artistas. La sexualización de las funciones yoicas debilita la objetividad, la comprobación de la realidad y la autocrítica; parte de la actividad basada en la fantasía inconsciente se vuelve yo-distónica. "La fantasía yo-distónica contribuirá a la pauta de la organización del yo y sufrirá más modificaciones de desarrollo junto con el yo, mientras que la fantasía yo-distónica puede formar el núcleo de un sistema disociado y por lo tanto potencialmente patógeno." (Brierley, 1951). El caso de Tom (Pág. 177) demuestra que la sexualización de su interés en la historia echaba a perder la maniobra defensiva (intelectualización) y constantemente despertaba sentimientos de culpa y vergüenza. La sexualización de las funciones yoicas las convierte en inestables, intratables y desconfiables; se tornan inútiles para el mantenimiento de la armonía interna y la formación de patrones de hábitos de trabajo. Estas funciones yoicas sexualizadas son pobres ejecutantes de los intereses yoicos; y se comportan —usando una expresión de Freud— como la cocinera que al entrar en un affaire con el amo se rehusa a hacer su trabajo en la cocina (Freud, 1926).

La consolidación de la personalidad al fin de la adolescencia trae mayor estabilidad y nivelación al sentimiento y la vida activa del joven adulto. Se efectúa una solidificación de carácter; es decir, "una cierta constancia prevalece en las formas que escoge el yo para resolver sus tareas" (Fenichel, 1945, b). La mayor estabilidad de pensamiento y acción se obtiene a cambio de la sensibilidad introspectiva tan característica del adolescente; el florecimiento de la imaginación creativa se opaca durante la adolescencia tardía. Los intentos de imaginación, de aventura y artísticos declinan hasta que gradualmente desaparecen por completo. Por supuesto el verdadero artista es la excepción; pero no nos ocuparemos de su desarrollo por el momento.

La mayor capacidad para el pensamiento abstracto, para la construcción de modelos y sistemas, la compacta amalgama de pensamiento y acción, dan a la personalidad de la adolescencia tardía una calidad más unificada y consistente. La aplicación de la inteligencia permite al hombre poner orden en el mundo a su alrededor; pero no debe pensarse que la objetividad adulta es en todo superior al pensamiento del niño. De hecho el niño, al permitir contradicciones en las operaciones mentales, es capaz de hacer observaciones escotomizadas por el adulto lógico. "Sabemos que el primer paso hacia el dominio intelectual del mundo en que vivimos es el descubrimiento de principios generales, reglas y leyes que llevan orden al caos. Por medio de operaciones mentales como estas simplificamos el mundo de los fenómenos, pero no podemos evitar falsificación al hacerlo..." (Freud, 1937). El proceso de consolidación de la adolescencia tardía es un proceso de angostamiento, limitación y canalización. Esto está bien expresado en la autobiografía del poeta inglés Richard Church (1956), que dice de sí mismo a la edad de 17 años, "de repente estaba armado... la poesía era mi arma."

He enfatizado que en la adolescencia tardía no se ha llevado a cabo la resolución total de los conflictos infantiles. Los residuos de fijaciones y represiones saltan a la vida en forma de derivados; retan al yo y le exigen esfuerzos continuos para dominar estas influencias pertubadoras; y esos esfuerzos dan propósito, forma y calor a la vida adulta según se desenvuelven. El proceso de consolidación nunca es de simples alternativas; por lo tanto, no podemos hablar de soluciones de tensiones desequilibrantes, sino más bien de su organización en términos de patrones o sistemas. Las interferencias con su estabilidad se derivan más bien de "demasiado poco o demasiado" —es decir de aspectos cuantitativos—, que de "esto o aquello"— aspectos cualitativos. Freud (1938) expresó su punto de vista con referencia a las transformaciones de la pubertad dicien-

do: "La situación se complica por el hecho de que los procesos necesarios para lograr un resultado normal están o no completamente presentes o completamente ausentes; como una regla están parcialmente presentes, así que el resultado final depende de relaciones cuantitativas. Así la organización genital será lograda pero será debilitada respecto a esas porciones de la libido que han seguido tan lejos pero han permanecido fijadas a objetos y direcciones pregenitales." Hacia el fin de la adolescencia tardía, los patrones han sido formados epitomizando las esenciales tensiones desequilibrantes, que tienen que volverse una parte integral de la organización del yo. Esta idea aparece en una carta de Freud a Ferenczi: "Un hombre no debería esforzarse por eliminar sus complejos, sino ponerse de acuerdo con ellos: ellos son legítimamente los que dirigen su conducta en el mundo." (Jones, 1955.)

El proceso de delimitación de la adolescencia tardía es llevado a cabo a través de la función sintética del yo. Es una aceptación final y el establecimiento de las tres antítesis en la vida mental llamadas: sujeto-objeto, activo-pasivo, y placer-dolor. Una posición estable con referencia a estas tres modalidades antitéticas se manifiesta subjetivamente a sí misma como un sentido de identidad. La identidad del yo de Erickson (1956), como la realización específica de la fase de la tardía adolescencia, describe una experiencia subjetiva de variables estados del yo, de fluctuaciones de la libido debido a crisis conflictivas y de maduración; en conclusión es el resultado de procesos psicológicos heterogéneos que se combinan acumulativamente en un estado del yo descrito mejor como sentido de identidad, identidad del yo, o sentido del ser. La representación mental del ser al fin de la adolescencia es una formación cualitativamente nueva, y refleja como un todo organizado las variadas transformaciones que son específicas a la fase de la adolescencia tardía. (Véase "El yo y el ser", pág. 276.)

Después de que una relativa fijación ha sido establecida entre las tres antítesis básicas aún variarán en combinación y énfasis, dependiendo de los variados roles que el sujeto asuma en la vida. La fijación de roles, así como la necesidad específica de gratificación que alcanzan estos roles dentro de un vector circunscrito de interacción entre el sujeto y el medio ambiente, es una realización esencial de los procesos mentales adaptativos. En los roles de madre y de esposa, de sujeto que gana un salario y del que no lo gana, para no mencionar el "inexpugnable lugar de reposo", el "área intermedia" de Winnicott (1953), en todos estos roles el sujeto persigue diferentes fines, que no están siempre en armonía unos con otros; aun así, están relacionados y unificados por un impulso hacia la autorrealización.

Muchos niveles de autorrealización coexisten tranquilamente. En *Orlando,* novela sobre la transformación en mujer, Virginia Woolf (1928) escribió acerca de los variados roles que el ser en maduración aprende para vivir:

> ¿Orlando?, y el Orlando requerido puede no presentarse; estos yo que nos forman, uno apilado encima del otro, como los platos en la mano del mozo, tienen lazos en otra parte. simpatías, pequeños códigos y derechos propios, llámense como quiera (y para muchas de estas cosas no hay nombre) de modo que uno de ellos no acude sino en los días de lluvia, otro en un cuarto de cortinas verdes, otro cuando no está Mrs. Jones, otro si le prometen un vaso de vino —etcétera; porque nuestra experiencia nos permite acumular las condiciones diferentes que exigen nuestros *yo* diferentes —y otros son demasiado absurdos para figurar en letras de molde.

7. *Postadolescencia*

La transición de la adolescencia a la edad adulta está marcada por una fase intermedia, la postadolescencia, que puede ser reclamada con derecho por ambas, y

desde luego puede ser vista desde cualquiera de estas dos etapas. Sin embargo hay razones por las que la postadolescencia se analiza aquí como continuación del proceso adolescente, o, más bien como su reflejo pálido. Estas razones se aclararán cuando pongamos al desnudo los pasos esenciales en la formación de la personalidad postadolescente, que representa la precondición para el logro de la madurez psicológica. El sujeto que se describe aquí como postadolescente, es general y correctamente referido como un adulto joven.

Aun después de que los conflictos de bisexualidad (principio de la adolescencia) y del desembarazo de tempranas ligas de objeto (propias de la adolescencia) han encontrado bases estables, y después de que las tareas selectivas de la vida han adquirido forma, definición y articulación a través de la consolidación de roles sociales e identificaciones irreversibles (adolescencia tardía); aun después de que estas fases de desarrollo son atravesadas con éxito, todavía le falta armonía a la realización total. En términos de desarrollo del yo y de organización de impulsos, la estructura psíquica ha adquirido al final de la adolescencia tardía una fijación que permite al postadolescente volver al problema de armonizar las partes componentes de la personalidad. Esta integración surge gradualmente. Generalmente ocurre como preparación para o como coincidencia con la selección ocupacional... siempre que las circunstancias permitan al sujeto hacer la selección. La integración va de la mano con la actividad del rol social, con el enamoramiento, el matrimonio, la paternidad y la maternidad. La apariencia del rol manifiesto del joven adulto —teniendo un empleo, preparándose para una carrera, estando casado, o teniendo un hijo— fácilmente empaña el estado incompleto de la formación de la personalidad.

De la experiencia clínica con adultos jóvenes, me inclino a decir que uno de sus principales intereses es la elaboración de salvaguardas que automáticamente protege el balance narcisista. Este logro, desde luego,

es asegurado sólo si las necesidades instintivas y los intereses yoicos, con su naturaleza frecuentemente contradictoria y sus satisfacciones inestables, han logrado un balance armonioso dentro de ellos mismos. Esto se completa si el yo tiene éxito en su función sintética. Los procesos integradores dominan la fase final de la adolescencia, y la adolescencia tardía se caracteriza por la consolidación de estos componentes, constituyentes esenciales de la vida mental que necesitan ser integrados en un todo funcional. Desde luego, el proceso puede ser llamado el logro del desarrollo en la organización de la personalidad que es específica para la postadolescencia.

Debemos recordar que al fin de la adolescencia la organización del impulso ha alcanzado normalmente un estado de permanencia y fijación; este hecho, sin embargo, no nos debería orientar a asumir que el desarrollo yoico ha concluido: exactamente lo contrario es verdad. Lo que nosotros común y vagamente entendemos por adolescencia está restringido predominantemente por el periodo de reorganización instintiva. Los procesos integrativos del yo no dejan de ser operantes después de que la tormenta adolescente ha pasado; de hecho, sobrellevan sus más esenciales y constantes modificaciones en ese tiempo. Greenacre (1958) ha dado expresión a una opinión similar diciendo que "ningún sentido de identidad funcional adulta puede ser completado hasta que la adolescencia esté bien pasada y asimilada". La experiencia nos dice que, en general, el desarrollo de la personalidad por ningún concepto llega a detenerse con la terminación de la adolescencia. Benedeck (1959, b) dijo, por ejemplo, que el desarrollo psicosexual de la mujer sólo termina normalmente a través de la maternidad. Consecuentemente, describe la paternidad como una fase de desarrollo. La maternidad, como ha indicado Benedeck, facilita la resolución de conflictos residuales instintivos, narcisistas, y del superyo implícitos en el funcionamiento biológico femenino; en suma, facilita la resolución de los conflictos que la adolescen-

cia nó ha sido capaz de llevar a un arreglo final. Es obvio que la organización psíquica es susceptible a alteraciones después del periodo adolescente, de cualquier modo, extendiendo el interés en el proceso adolescente indefinidamente hasta la edad adulta, privamos a la adolescencia de su significado como una fase de desarrollo. Prefiero, por lo tanto, trazar una línea de demarcación entre la adolescencia y la edad adulta; y diré que la adolescencia ha logrado su tarea y ha sido completada cuando la organización de la personalidad puede permitir la paternidad y la maternidad para hacer su contribución específica al crecimiento de la personalidad.

Los psicólogos del desarrollo y los psicoanalistas, por ejemplo, Pichon (Wolf, 1945), han notado que "el desarrollo emocional no se acaba en la pubertad; por lo contrario, el logro real del desarrollo viene después de la pubertad". Es una experiencia común que después de que la lucha cataclísmica de la adolescencia propiamente tal ha sido abatida, subsiste un periodo de procesos integrativos cuando aparecen ajustes permanentes de conflictos entre los sistemas y se resuelven elementos inarmónicos en el yo. Estos procesos no suceden independientemente; la organización de impulsos prevalentes arroja su reflejo en el yo, con implicaciones de largo alcance, por ejemplo: la polaridad de masculino-femenino que se agudiza durante la adolescencia propiamente tal y que se estabiliza subsecuentemente por la formación de la identidad sexual, ejerce una influencia durable en el yo que es evidente en la elaboración de intereses y actitudes yoicas consonantes con la identidad sexual. Durante la postadolescencia, el proceso de armonización en todo el impulso y organizaciones yoicas, así como las partes componentes de cada uno, están en su mayor intensidad.

Al fin de la adolescencia, como indiqué anteriormente, los conflictos no son resueltos en medio alguno, sino que se tornan específicos, y ciertos conflictos se inte-

gran dentro del reino del yo como tareas de la vida. Esto fue descrito como el logro de la adolescencia tardía. Sigue siendo la tarea de la postadolescencia el crear vías específicas a través de las cuales estas tareas sean llevadas a cabo en el mundo exterior. La gratificación de necesidades instintivas e intereses yoicos dispares es característica de este periodo durante el cual el adolescente articula sus impulsos heterogéneos en la forma de persecución de componentes. Muchas líneas de esfuerzo se siguen simultáneamente y con igual urgencia. Este estado de cosas representa una condición típica: la experimentación postadolescente.

En el reino del impulso sexual, la experimentación es evidente en las relaciones con objetos de amor potencial que representan todas las posibles combinaciones de amor degradado e idealizado, sensual y tierno. En forma semejante, la experimentación con intereses yoicos rinde a la postadolescencia un periodo durante el cual el sujeto elabora su muy especial forma de vida. Algunas yuxtaposiciones relevantes pueden ser como sigue: la ganancia material contra las metas académicas; la incertidumbre económica con independencia contra el empleo seguro con la imposición de reglas y regulaciones. Aquello que es especial acerca de la forma de vida del sujeto es siempre encubierto por la común universalidad de roles y patrones sociales; de cualquier modo, su significado idiosincrásico cede fácilmente a la investigación, como todo clínico sabe. El esfuerzo integrador requerido para la progresión del estado de búsqueda de componentes al de una meta definida ya unificada, es frecuentemente subestimado.

Podemos resumir aquí y decir que el periodo que sigue al clímax adolescente de la adolescencia como tal es caracterizado por procesos integrativos. Al fin de la adolescencia estos procesos llevan a una delimitación de metas definibles como tareas de la vida; mientras que en la postadolescencia, la realización de estos fines en términos de relaciones permanentes, roles, y selecciones

del medio ambiente, se vuelven los más importantes. El yo fortalecido por el rechazo de los conflictos instintivos, se vuelve ahora visible y crecientemente absorbido por estos esfuerzos.

La naturaleza bifásica de la estabilización de la personalidad, que se vuelve dominante después de que los estados caóticos de la temprana adolescencia y de la adolescencia en sí han pasado, requiere escasamente alguna documentación aquí. Una observación cuidadosa probará fácilmente el punto. Es interesante en esta conexión recordar la novela evolucionista de Goethe, *Wilhelm Meister,* que presentó en dos partes; la primera se titula *Años de aprendizaje* (Lehrjahre), la segunda es llamada *Años de divagación* (Wanderjahre). Esta división está tomada de los pasos tradicionales que se usaban en la era preindustrial para volverse un artesano y un miembro de un gremio, y refleja una progresión bifásica similar a la hecha anteriormente. En la primera etapa de la novela de Goethe, Wilhelm lleva aparentemente una vida de despilfarro y de escándalo, sin metas. Empieza como un aprendiz en el negocio de la familia, pero esta carrera comercial es pronto interrumpida por un amor apasionado por el teatro y la idealización de la vida del actor. Esto es seguido por una desilusión sobria de la que es rescatado por la influencia de un hombre mayor de una sabiduría intelectual y erudita. Todos estos sucesos son entrelazados con su amor romántico por una chica en crecimiento y una serie de apasionados affaires sexuales y platónicos. La segunda parte de la novela, en agudo contraste, está dominada por las dos ideas de autolimitación y de trabajo. El tema de la renunciación implica la dedicación a un fin limitado. Wilhelm se vuelve un cirujano. Deja de ser atraído por las muchas tentaciones de la vida y reduce sus muchas inclinaciones a aquellas que importan en su existencia actual. Ha cambiado de un individuo impulsivo, buscador y seguidor de ideales en un ciudadano del mundo. Se ha enterado de sus obligaciones

sociales y del sentido de dignidad, derivadas de sentirse útil a sus semejantes.

Metafóricamente, el segundo periodo de Wilhelm describe la actividad yoica de la postadolescencia, que prepara al joven adulto para el último escalón de su asentamiento. Este último paso es dado en el tiempo cuando las variadas tareas de la vida —en términos de necesidades instintivas e intereses yoicos— han alcanzado una organización satisfactoria y relativamente armoniosa que puede ser mantenida dentro de ciertos límites con una interacción de patrón con el medio ambiente y el ser.

Durante el periodo postadolescente emerge la personalidad moral con su énfasis en la dignidad personal o autoestima, más bien que en la dependencia superyoica y la gratificación instintiva. El yo ideal ha tomado posesión en varias formas de la función reguladora del superyo, y se ha convertido en heredero de los padres idealizados de la infancia. La confianza antes depositada en el padre ahora se une al ser y todo tipo de sacrificios son hechos con el fin de sostener el sentido de dignidad y autoestima. El tenor moral del periodo postadolescente está bien explicado por Joseph Conrad (1900) en *Lord Jim:*

> Eran solemnes, y también algo ridículas, como siempre son, esas luchas de un sujeto tratando de salvar del fuego su idea de lo que debería ser su identidad moral; esta noción preciosa de una convención, sólo una de las reglas del juego, nada más, pero tan terriblemente efectiva por su atribución de poder ilimitado sobre los instintos naturales, por las horribles penalidades de su fracaso.

Después de la terminación de la pubertad, una vez que la madurez física ha sido alcanzada, persiste una tarea psicológica cuya realización frecuentemente requiere muchos años. Erikson (1956) describe este periodo (postadolescencia) discutiendo a Bernard Shaw,

quien "se concedió a sí mismo una prolongación del intervalo entre la juventud y la edad adulta". A este intervalo le llama Erikson una "moratoria psicosocial". Shaw se automoldeó como escritor durante estos años intermedios. Por autodisciplina determinada se volvió adepto al oficio mediante el cual podría llegar mejor a un arreglo con el trauma residual, con residuos conflictivos, dando así forma a las tareas de su vida. Después de que estas tareas de la vida se hubieron organizado, Shaw se aplicó a articularlas en el medio ambiente. Como él dijo: "Si no te puedes librar del esqueleto familiar, mejor hazlo danzar." La moratoria psicosocial de Erikson es definida por él como un periodo "durante el cual el sujeto, mediante la experimentación de un rol libre, puede encontrar un nicho en alguna sección de su sociedad, un nicho que es firmemente definido pero sin embargo parece ser hecho únicamente para él. Al encontrarlo, el joven adulto gana un sentido asegurado de necesidad interna e igualdad social que será un puente entre lo que él *era* de niño y en lo que *pronto se convertirá*, y reconciliará la *concepción de sí mismo* y el *reconocimiento que su comunidad* tenga de él.

En un estudio del periodo postadolescente en el hombre, Braatöy (1934) enfatizó su mortalidad psíquica elevada; es la época en que la enfermedad mental frecuentemente alcanza un estado manifiesto. Concluyó que este periodo que llamó un "interregnum", por ejemplo, estando entre la pubertad y la edad adulta, hace demandas integrativas en el yo que someten a un esfuerzo excesivo su ingenio en más de un adulto joven, y el resultado es un fracaso para llevar a cabo la organización de la personalidad postadolescente.

Como siempre en la progresión de los estados del desarrollo, un fracaso es cualquiera de ellos es debido ya sea a un prerrequisito de desarrollo insuficientemente completado o a un obstáculo insuperable que evita el cumplimiento de esta tarea específica de la etapa.

Con esto en mente, se puede decir que un fracaso para completar el proceso adolescente ocurrirá siempre que no se logre la organización de un ser estable, o siempre que el yo deje de convertir cualquier conflicto yosintónico; estas dos constelaciones dirigen a un cumplimiento desviado de la tarea postadolescente. Un fracaso puede tomar la forma de impedir la integración de esfuerzos diversos y contradictorios, en un esfuerzo de mantener, por así decirlo, las puertas abiertas para hacer muchas vidas posibles. Este atolladero evolucionista será discutido en el síndrome de la adolescencia prolongada. A lo que se ha dicho aquí debe añadirse que el cumplimiento parcial de la tarea de cada fase y la consiguiente formación de compromisos son la regla más que la excepción.

Un bloqueo típico encontrado atravesando la postadolescencia es al que me referiré como "fantasía de rescate". En lugar de vivir para dominar las tareas de la vida, el adolescente espera que las circunstancias de la vida dominarán la tarea de vivir. En otras palabras, espera que la solución del conflicto puede ser aliviada o eliminada por completo por el arreglo de un medio ambiente benéfico. En este caso parece que la dependencia original en el medio ambiente, especialmente la madre como la extinguidora de tensiones y la reguladora de autoestima, nunca ha sido abandonada. La sobreevaluación de los padres ha sido transferida al medio ambiente, que, según la fantasía, podría si quisiera dotar de suerte y fortuna al niño elegido.

Obviamente la fantasía de rescate está íntimamente relacionada al romance familiar y a los sueños diurnos típicos de la adolescencia, los que en la postadolescencia frecuentemente alcanzan una urgencia particular, persistencia y elaboración en contenido. "Si estos sueños diurnos son cuidadosamente examinados, se encontrará que sirven como el cumplimiento de deseos y como una corrección de vida actual. Tienen dos direcciones principales, una erótica y una ambiciosa —la erótica ha-

bitualmente también se oculta tras la última (Freud, 1909, b). Tales fantasías más o menos disociales son pensamientos íntimos y guardados que frecuentemente dan crecimiento a perturbaciones neuróticas. Las fantasías histéricas tienen según Freud (1908), "una fuente común y un prototipo normal, que se encuentra en los llamados sueños diurnos de la juventud". Desde luego, estas fantasías saltan a la existencia tan temprano como la propia adolescencia, pero su abandono se puede volver un esfuerzo mayor de la postadolescencia.

La formación de la fantasía adolescente de rescate no debería de ser confundida con esas varias condiciones concernientes al amor descritas por Freud (1910), que son expresadas por "el impulso de rescatar al (a la) amado (a)". La diferencia reside en el hecho de que la última fantasía está marcada por el deseo de rescatar a alguien, mientras que la fantasía adolescente de rescate que describo se refiere al deseo, o más bien, a la esperanza de ser rescatado por una persona, por circunstancias, por privilegios, por buena fortuna o suerte. Las formas de rescate adolescente son, desde luego, muchas. Lo que se expresa fácilmente representa sólo el aspecto comunicable de la fantasía; la mayor parte de ella permanece sumergida. Lo que oímos son versiones simplificadas de un proceso complejo de pensamiento, que puede tomar las formas siguientes: "Si sólo tuviera un trabajo diferente"; "Si sólo estuviera casado", "Si sólo pudiera vivir en Europa, en el este, en el oeste, en el campo, en la ciudad"; "Si sólo tuviera un nombre diferente", "Si sólo tuviera dos centímetros más o menos", etc. Lo que todos estos deseos tienen en común es una calidad global, una reducción de problemas intrínsecos a una condición singular de la que todo parece depender.

Los avances de esta fantasía poderosa pueden ser observados durante la adolescencia tardía. Si persisten, harán cortocircuito en la postadolescencia por arreglos prematuros que permiten sobrevivir a la fantasía de

rescate para siempre. Aunque este fracaso en el desarrollo no produzca una enfermedad emocional manifiesta, sí es responsable de muchas restricciones e inhibiciones yoicas. El hecho de que la historia clínica de estos casos presente un alto grado de semejanza no implica que la fantasía de rescate presente contenidos homogéneos. En términos de formulaciones previas, esta fantasía puede ser considerada como el fracaso de hacer de un trauma residual específico una parte integral de la organización yoica. El fracaso no estriba en la falta de la vida que impulsa, sino en la expectación de que su cumplimiento vendrá de la influencia beneficiosa de las circunstancias. La internalización del trauma ha sido deshecha y se espera su dominio, como si fuera un pago reparatorio, del mundo externo. El destino específico de esta constelación depende de su amalgamación con los componentes del impulso, por ejemplo, las necesidades masoquistas producirán el bien conocido "coleccionista de heridas" (Bergler), quien busca una gratificación que justamente se le debe, pero que un mundo hostil le niega injustamente. La dificultad insuperable de la adolescencia que es descrita como fantasía de rescate es tomada de material clínico similar a aquel que Erikson (1956) ha descrito en términos de "difusión de identidad" e "identidad yoica negativa". La fantasía de rescate es una formulación o una fórmula útil porque permite arrojar luz sobre el proceso integrativo de la postadolescencia. Del analisis de jóvenes adultos he obtenido la impresión de que el alejamiento de los padres en la temprana infancia, o aun mejor, de representaciones de objetos parentales, no se completa hasta que ha terminado la postadolescencia. Es decir, el relajamiento de las ligas de objeto infantiles es una tarea de la adolescencia en sí, pero el alcanzar un acuerdo con intereses y actitudes parentales del yo, se hace más deliberado y efectivo durante la postadolescencia. Sólo entonces toma forma un arreglo duradero de estas preocupaciones. La competencia que el joven experimentó

con su padre en la resucitación del complejo edípico durante la adolescencia, casi siempre retrocede gradualmente hasta la desaparición relativa. En los años que siguen, el postadolescente lleva a cabo una revisión de sus identificaciones rechazadas, provisionales y aceptadas. "El carácter del yo (Freud, 1923, a) es una precipitación de catexis de objeto abandonadas." Sin embargo, no debe olvidarse que "hay varios grados de capacidad de resistencia, según muestra la extensión en la cual el carácter de una persona en particular acepta o resiste la influencia de las elecciones de objeto eróticas que ha vivido". El paso final en este proceso, aquel de la aceptación y resistencia a las identificaciones, no se da sino hasta la postadolescencia.

Frecuentemente observamos que después de encontrar un objeto de amor con el cual pueden relacionarse con un mínimo de ambivalencia, los jóvenes adultos se tornan selectivos, es decir, positiva o negativamente, por identificación o contraidentificación, pero definitivamente orientados hacia imágenes parentales. La libido desexualizada de objeto invertida en estas identificaciones puede ahora ser transformada en libido yoica o narcisista sin conflicto; puede ligarse a sublimaciones estables. En una etapa como esta por ejemplo, una joven mujer que se había opuesto a las tareas domésticas ordenadas, haciendo resistencia a la identificación con la "buena madre" puede decir, sorprendiéndose ella misma, "de hecho soy bastante buena ama de casa; lo aprendí de mi madre y estoy muy orgullosa de ello". Frecuentemente podemos ver, aunque en variaciones selectivas, que actitudes, rasgos y tendencias de los yo-parentales se convierten en atributos de personalidad duraderos en los hijos adultos. Muchas veces en este periodo el yo revive elecciones de objeto abandonadas al nivel de actitudes yoicas de inventiva y combinaciones fantásticas en inversión sorprendente de patrones precedentes. Esto es, que la identificación y contraidentificación con el objeto proceden en relación con cua-

lidades y aspectos del objeto y no en relación a totalidades objetales de sujeto. Una anotación de Grinker (1957) cuando describe las etapas tempranas de la identificación, viene al caso: "El carácter o personalidad manifiesta del objeto son vistas por el sujeto como una unión de cualidades, parte de las cuales son necesarias, útiles o peligrosas y con las cuales la identificación puede dar resultado o puede evitarse por medio de una contraidentificación."

Un aspecto especial de la postadolescencia que merece atención es el esfuerzo continuado de llegar a un arreglo con las actitudes e intereses del yo parental. Este esfuerzo constituye un paso decisivo en la formación del carácter después de que el impulso sexual ha sido crecientemente estabilizado por su alejamiento de los objetos infantiles de amor y odio. Durante la temprana adolescencia y la adolescencia en sí, el yo se ocupa predominantemente en dominar la ansiedad conflictiva. Como contraste, durante el periodo sucesivo, está en ascendencia la función adaptativa e integradora del yo.

James Joyce (1916) cuya novela *El retrato del artista adolescente* fue citada en la sección sobre la adolescencia propiamente tal, puede, una vez más, servir como una ilustración. Esta novela empieza y concluye con el mismo tema: el padre. La frase de apertura es hablada por el padre quien le está contando un cuento al niño pequeño. La última frase del libro es una invocación de la figura del padre: "Antepasado mío, antiguo artífice, ampárame ahora y siempre con tu ayuda." Nada puede lograrse sin que uno se haya puesto de acuerdo con el padre, o bien, con su imagen o representación objetal. La ocupación de la vida de Joyce fue la de lograr esta tarea particular. Cuando invocó la bendición del viejo artífice, tenía 22 años, había conocido a su futura esposa, y sabía que su destino era volverse un escritor. Solamente podía lograr esta meta exiliándose decididamente, reviviendo y recreando a su familia en la distan-

cia. Joyce nunca cesó de escribir sobre un tópico: su ciudad y su gente; y al final tuvo éxito en hacer de Dublin una ciudad eterna de la literatura. Para ponerlo de otra forma, un trauma residual yosintónico nunca cesó de ejercer su influencia positiva en el yo, la que tomó, en este caso de genio, la forma de creación.

Del trabajo terapéutico con adolescentes mayores, se aprende que la lucha para integrar intereses y actitudes yoicas del padre del mismo sexo muestra ser una tarea formidable. Para alcanzar la madurez el hombre joven tiene que hacer la paz con la imagen paterna y la mujer joven con la imagen de su madre. Una falla en este punto del desarrollo resultará en soluciones regresivas, deformaciones yoicas, o una quiebra con la realidad. El estudio de Erikson sobre Martín Lutero (1958) demuestra muy claro, especialmente en su material patográfico, cómo la falla postadolescente de Lutero para separar la libido homosexual de la imagen paterna, creó ansiedad conflictiva hasta el punto de una quiebra psicótica.

La solución incompleta de esta tarea de fase específica puede frecuentemente ser soportada temporalmente hasta que se enciende otra vez durante la paternidad en relación a un niño del mismo sexo. El escrito de Jones (1913) sobre la fantasía de la reversión de generaciones contiene ideas que son relevantes en el presente contexto. "No es exageración decir que, a una mayor o menor extensión, siempre hay alguna transferencia personal del padre al niño del sexo correspondiente... La personalidad propia del niño es así moldeada, o distorsionada, no sólo por el esfuerzo de imitar a sus padres, sino por el esfuerzo de imitar los ideales de sus padres que, en su mayoría, son tomados de los abuelos del sexo correspondiente." Por sustitución inconsciente, son estabilizadas las fallas en la tarea postadolescente, con frecuencia en forma patológica, durante la vida familiar de la generación siguiente.

El típico adolescente rebelde de la adolescencia propiamente tal no sólo se vuelve contra sus objetos tempranos de amor en sus intentos de separarse de ellos; sino simultáneamente se vuelve en contra de la realidad y moralidad que ellos le impartieron. La liga sexual infantil tiene que ser irrevocablemente separada antes de que un *acercamiento* razonable entre el ser y los intereses y actitudes parentales del yo pueda ser efectuado. Unido a este proceso va una aceptación, o mejor una afirmación, de las instituciones sociales y la tradición cultural en la que aspectos componentes de las influencias parentales se vuelven, por así decirlo, inmortales. El aspecto negativo —que es la resistencia en contra del rechazo de ciertas influencias parentales— aparece en el repudio y el antagonismo hacia ciertas instituciones y tradiciones, siguiendo el mismo proceso de externalización de rendimiento impersonal que una vez fue una parte de relaciones objetales. El conservatismo y el reformismo pueden recibir de estas fuentes ímpetu moral y emocional. De una manera similar, muchos componentes del superyó se proyectan en el mundo exterior donde en principio se originaron. Debido a este proceso, el postadolescente se ancla firmemente en la sociedad de la que él es una parte integral. En este período, pues, los conflictos instintivos retroceden dentro del pasado y los procesos integrativos del yo se vuelven prominentes. Como una etapa de transición, la postadolescencia tiene una función de unión como un puente; la integración descrita en los párrafos anteriores trae al proceso adolescente a su terminación. Inversamente, la edad adulta tiene un sostén inicial y firme en esta fase final.

A través de la discusión del proceso adolescente ha sido aparente que el desarrollo progresivo incesantemente efectúa órdenes superiores de diferenciación en la estructura psíquica y en la organización de la personalidad. Por procesos de integración, un estado de integración e irreversibilidad se alcanza finalmente. La

plasticidad y fluidez de desarrollo, típica de la adolescencia, disminuye con el tiempo, está, desde luego, restringida a un término limitado de tiempo. La psicología de la adolescencia puede así ser vista en términos de un sistema energético que pretende alcanzar niveles superiores de diferenciación hasta que eventualmente se estabiliza en patrones. Este concepto general de sistemas energéticos sostiene todos los procesos en la naturaleza, animados e inanimados, tal como los ve la ciencia moderna.

IV. MASTURBACIÓN

Durante toda nuestra discusión de las fases del desarrollo adolescente nos hemos referido repetidamente a la masturbación. El rol significativo de la masturbación durante la adolescencia como un todo no se ha discutido en detalles. La importancia de esta forma típica de actividad sexual adolescente requiere un interrogatorio comprensivo acerca de su modalidad de fase específica, sus vicisitudes emocionales, y su fenomenología o cuadro clínico.

La masturbación adolescente —o, para ser exacto, la gratificación genital autoerótica— se vuelve el regulador de tensión y el portador de fantasías que acompañan en su contenido y patrón cambiantes las varias fases de desarrollo adolescente. La masturbación adolescente está construida en una larga historia de sensaciones y experiencias autoeróticas localizadas en el tenue pasado de la infancia. La masturbación comprende una amplia gama de sensaciones; se extiende desde la sensación calmante y arrulladora hasta la de un "tipo orgástico en la que hay un aumento gradual de excitación y tensión usualmente escalonada" (Greenacre, 1954).

La masturbación como un acto complejo psicofísico, está asociada en el curso del desarrollo con las zonas erógenas y lleva a la proclividad de los impulsos más o menos fijados. Más aún, la masturbación se aleja gradualmente de ser una simple actividad placentera hasta estar muy unida a los objetos de amor primarios del niño en términos de deseos instintivos específicos. La fantasía, incluyendo la imagen mental del objeto, se vuelve así el vehículo que conecta los deseos instintivos con residuos de recuerdos con sus elaboraciones y distorsiones; hasta que la fantasía de sí y por sí misma es bastante para el logro de la gratificación instintiva. La naturaleza de estas fantasías inconscientes es bien

conocida. Siempre que se efectúa esta forma de gratificación masturbatoria sin sensación física o, mejor dicho, sin sensación erótica consciente y reconocida, hablamos de masturbación mental.

La compleja historia de la masturbación implica que debe considerarse siempre en sus distintos aspectos, frecuentemente heterogéneos. No es necesario mencionar que la masturbación efectúa una función adecuada de la fase, desde el momento que facilita un movimiento progresivo del impulso instintivo. Por otra parte fácilmente afirma una tendencia conservadora al perpetuar posiciones sexuales infantiles, aunque con frecuencia sólo parcialmente o en forma disfrazada. Esta tendencia conservadora constituye un detrimento para el desarrollo progresivo.

En conexión con esto podríamos recordar el comentario de Freud (1909, a): "El problema de la masturbación se vuelve insoluble si intentamos tratarlo como una unidad clínica, y olvidamos que puede representar la descarga de cualquier variedad de componente sexual y de cualquier tipo de fantasía a la que tales componentes pueden dar origen."

La masturbación genital durante la adolescencia es la actividad sexual de fase específica que despoja a los impulsos pregenitales de sus direcciones independientes y las somete progresivamente a la genitalidad. Es decir, que estos impulsos se relegan a un rol de iniciación en vez de satisfacción, enfocando esta última en dirección genital. Cualquier función de la masturbación que sigue este desarrollo representa su aspecto positivo. El logro mayor de la masturbación adolescente reside en la elaboración del placer previo.

La masturbación, por su propia naturaleza, tiende a trabajar en contra de este fin; sin embargo, es una actividad sexual indispensable y transitoria que normalmente pone en contacto experiencias autoeróticas infantiles con objetos a través de la imaginación mental que es la fantasía. Esta cercana unión facilita la rela-

ción de objeto, la *conditio sine qua non* de la genitalidad, Schilder (1935) se refirió a la connotación social de la masturbación genital que él consideró "un acto por el que intentamos trazar la imagen corporal de otros, especialmente en su región genital, más cercanos a nosotros". En conexión con esto un comentario de Freud (1909, a) es apropiado. Él también enfatiza el esfuerzo típico de la masturbación adolescente que apunta crecientemente a la dirección objetal: "Debemos sobre todo tener en mente que los recuerdos infantiles de los hombres quedan precisamente determinados sólo en una edad posterior, casi siempre en la pubertad... No es difícil comprobar que el sujeto *intenta borrar,* en estas fantasías sobre su primera niñez, *el recuerdo de su actividad autoerótica;* y esto lo logra elevando sus huellas mnémicas al estudio del amor a un objeto, y procediendo así como un auténtico historiador que contempla el pasado a la luz del presente."

La masturbación normalmente promueve nuevos cambios, uniones y delineaciones de imágenes mentales y sus catexis; consecuentemente estabiliza representaciones de objeto y del ser, facilitando así la aproximación a la genitalidad. La total ausencia de masturbación durante la adolescencia, indica una incapacidad para manejar los impulsos sexuales de la pubertad. Además, indica que la masturbación infantil ha sido reprimida a un grado tal que la alineación necesaria de impulsos pregenitales con sexualidad genital no puede ser lograda. Consecuentemente los casos de abstinencia total representan una detención en el desarrollo psicosexual, que es por sí mismo patognómico. Pero siempre que la masturbación esté solamente al servicio de una función regresiva, o siempre que rinda una adaptación aloplástica, como parte de la búsqueda de un objeto, entonces la masturbación ha malogrado su función de fase adecuada.

A lo largo del camino del desarrollo adolescente, el contenido mental y el carácter funcional de la masturba-

ción sufren cambios típicos. La masturbación puede ser vista en dos formas: ya sea como estando en consonancia con la organización de impulsos instintivos y desarrollo del yo, o como obstruyendo estos procesos. Lo último se evidencia siempre que la masturbación se convierte en un regulador habitual de tensión o siempre que la masturbación se transforma en una pauta prematura y estabilizada por la formación de la personalidad; una integración autoplástica como ésta da por resultado generalmente un carácter más o menos compulsivo o narcisista. De esto se deduce que existe un aspecto dañino indudable en la masturbación adolescente.

En la masturbación genital generalmente distinguimos el acto físico de la fantasía presente. Es la fantasía la que ejerce una influencia dañina en la formación de la personalidad. Aquí una vez más tiene uno que diferenciar entre los efectos perjudiciales que vienen de dos fuentes: ya sea que se deban a una severa ansiedad del superyo y a los sentimientos de culpa, o que se deriven de la unión de la masturbación genital con las metas sexuales infantiles. La última condición resultará en una detención del desarrollo psicosexual. Estos comentarios tienen que ser vistos dentro del amplio panorama que Freud (1909, a) le dio a este problema cuando dijo: "Los efectos dañinos de la masturbación son autónomos solamente en un grado muy pequeño; es decir, son determinados por su propia naturaleza. Son en esencia sólo una parte de la significación patogénica de la vida sexual del sujeto como un todo."

La masturbación adolescente solo puede ser comprendida totalmente en su relación al desarrollo psicosexual total. La masturbación asume rasgos patológicos siempre que consolida regresivamente fijaciones infantiles. Una de tales salidas patológicas serían las fantasías de masturbación de un joven de 15 años que fantasea el autofelacio en una lucha defensiva contra la homosexualidad. Otro ejemplo sería un adolescente mayor que

combina la masturbación con la defecación, desviando así la estimulación anal a la genital. Sin embargo sólo cuando tales prácticas adquieren un carácter compulsivo se tornan dañinas para el desarrollo progresivo. Existe una tolerancia increíble para las fantasías más bizarras y perversas, que está ligada a la masturbación genital en la adolescencia. Tales condiciones temporales o promueven una separación de las formas infantiles de gratificación, o efectúan una unión más cercana de los componentes pregenitales del impulso, con la descarga genital del impulso. El resultado dependerá de dos factores: primero, de la fuerza de los puntos de fijación; y segundo, del grado de redención del yo, la aquiescencia o debilidad en contra del jalón regresivo. La masturbación genital, especialmente en el joven, sirve como un anclaje en el nivel genital y normalmente neutraliza la regresión (Reich, 1951).

Generalmente se está de acuerdo en que el acto físico de la masturbación no es dañino por sí mismo, pero que la fantasía unida a él se vuelve portadora de influencias nocivas. Aparte de esto, sin embargo, la dependencia en la masturbación por sí puede prevenir a la libido objetal de verterse hacia afuera, en tal caso la libido genital adquiere una calidad como de objeto. Una concentración de libido narcisista en los propios genitales es acompañada por tendecias voyeuristas y exhibicionistas. Una tolerancia baja de tensión o un yo débil invita a la masturbación; y a la inversa, la masturbación mantiene la tolerancia de la tensión en un nivel bajo. Tausk (1912) en la famosa discusión sobre la masturbación ya mencionó el "daño a la elección de objeto" y declaró que cuando la masturbación proporciona la satisfacción completa, perpetúa y fija el infantilismo. El individuo no tiene razón de competir con otros por un objeto sexual puesto que encuentra todas las fuentes de placer fácilmente dentro de él mismo. *Omnis sua secum portat.*

Cuando tanto el escape de la fantasía de tensión ins-

tintiva como la transformación en síntomas están bloqueados, se provoca una condición especial que describió A. Freud (1949) en la cual la fantasía de masturbación es desplazada de la vida sexual a la actividad yoica, o de la fantasía al mundo exterior. Así, las fantasías de masturbación se actúan en el mundo exterior. Ha sido mi experiencia que el mal ajuste social que sigue es siempre construido en una sustitución fluida y fácil de experiencias internas y externas, en una falta de constancia esencial de objeto, y, *pari passu*, en testimonio no igualado de la realidad. Glover (1956), en su escrito sobre la delincuencia, se refiere al desajuste social de este tipo como un "síntoma equivalente".

Cuando la masturbación física y el escape de la fantasía están bloqueados, una formación temporal de síntomas aparece frecuentemente en la adolescencia. Reich (1951) habla de compulsión y de fobias, Tausk (1912), de síntomas obsesivos. A esto deberían añadirse los trastornos psicosomáticos de la adolescencia. Lampl-de Groot (1950) discute los efectos dañinos de la masturbación en términos de síntomas emocionales tales como depresión, nosofobias, inferioridad y sentimientos de culpa, y también en términos de síntomas neurasténicos, tales como dolores de cabeza, molestias gastrointestinales y fatiga. La necesidad adolescente de actividad física e interacción social, la inhabilidad para estar solo sin volverse inquieto y ansioso, y el hábito de combinar el estudio solitario con el escuchar música —todas estas formas de comportamiento por lo menos representan, parcialmente, maniobras típicas en la batalla en contra de la masturbación.

La actividad masturbatoria puede aparecer en forma desplazada sin manipulación genital o fantasía sexual; estos casos nos recuerdan la gran cantidad de los equivalentes de la masturbación que abarcan otras partes del cuerpo o una manipulación compulsiva con objetos manuales. Rascarse, meterse el dedo en la nariz, tirarse

la cutícula, morderse las uñas, torcerse el cabello, morder el lápiz, jugar continuamente con ligas u otros objetos, todas estas actividades pueden ser consideradas equivalentes masturbatorios. Siempre que la masturbación desplazada tenga una elaboración simbólica de descargas orgásticas produce un gran estado de excitación de naturaleza sexual, el cual no es reconocido por el sujeto. Tales actividades son, sin embargo, seguidas por autoacusaciones, culpa y sentimientos de inferioridad típica de los efectos posteriores a la masturbación en sí. La actividad de esta naturaleza es experimentada, por ejemplo, en el juego de azar (Freud 1929) o en el manejo temerario de un automóvil (Reich, 1951); es más, puede ser reconocido en algunas formas de demora donde la postergación generalmente consciente de la acción, produce pequeñas dosis de ansiedad que provocan una tenue y constante excitación que lentamente va en crescendo. Una organización pasiva del impulso con toques masoquistas es un prerrequisito para el empleo de la demora como un equivalente masturbatorio. Una catástrofe a la que invitan estas actividades puede ser entendida como "una mezcla de castigo y orgasmo disfrazados" (Reich 1951).

Frecuentemente se conocen adolescentes que no experimentan un conflicto consciente acerca de la masturbación y la practican libremente sin sentimientos de culpa; estos adolescentes nunca fueron intimidados cuando niños en materia de juego genital. Sin embargo enseñan en sueños y acciones que su ecuanimidad y su apatía son ilusorias. Niños de las así llamadas familias modernas o laissez-faire han estado reasegurados de que la masturbación no puede hacer daño y que su práctica es normal y universal. Para estos niños el aspecto físico de la masturbación se ha divorciado totalmente de la fantasía que la acompaña y, consecuentemente cada uno efectúa separadamente su elaboración específica (Arlow, 1953). Este desarrollo frecuentemente encaminado a la formación de un síntoma, que revela

la naturaleza conflictiva de la masturbación que, especialmente en la forma de manipulación genital, no es experimentada como yodistónica. Tratando con estos casos, la tarea de la terapia es la de ligar los sentimientos de culpa y parapraxis al acto masturbatorio. Las fantasías inconscientes que descubre el análisis tienden a ser de naturaleza oral y sadomasoquista. Esto era aparente en un joven de 15 años, un comelón compulsivo que se masturbaba sin sentimientos de culpa conscientes. Él reveló el componente sádico oral de su masturbación diciendo: "Se siente sabroso el ir a dormir y no masticar... quiero decir masturbar." Otro joven de la misma edad dotaba a la masturbación de fantasías bisexuales en las que los genitales asumían el rol de un objeto: un pene y un pezón. La fantasía de masturbación revelada en un sueño era como sigue: "Hay dos botellas de leche y se parecen; sin embargo, una contiene leche y otra contiene semen; yo discuto con alguien cómo podría saber la diferencia en caso de que quisiera tomar una." Una adolescente mayor reportó sus fantasías sádicas de masturbación que recordaba vívidamente y que databan del tiempo en que tenía 13 años. En estas fantasías, un prisionero o esclavo masculino era torturado elaboradamente dañando sus genitales. A través de toda su adolescencia esta joven nunca se dio cuenta de que sus fantasías y su masturbación estaban relacionadas con el sexo; nunca experimentó sentimientos de culpa. Sin embargo, desarrolló la compulsión de orinar después de cada acto masturbatorio para reasegurarse de que sus genitales no habían sufrido daño alguno.

La culpa de la masturbación aparece frecuentemente en forma disfrazada como propensión a los accidentes. Un joven de 15 años recuerda que su masturbación a la edad de 12 ó 13, era seguida por la expectación de un accidente que debía ocurrirle. "Sabe", decía, "estas cosas suelen ocurrir". Describía cómo al cruzar una calle saltaba repentinamente pensando que un automó-

vil estaba a punto de atropellarlo; sorprendido, se daba cuenta de que no había ningún automóvil cerca de él. Pero en una ocasión, al cruzar una calle rápidamente, fue atropellado en realidad. La necesidad de un castigo y el deseo de castración son usualmente el origen de estos accidentes autoinducidos. Fue interesante observar en este caso que el cambio a la búsqueda de objeto heterosexual redujo la necesidad de masturbación y de daños corporales (la propensión a accidentes).

La masturbación adolescente en miembros del sexo masculino y femenino sigue rutas diferentes que pueden ser entendidas como la consecuencia de la diferencia entre el complejo de castración femenina y el masculino. El hecho de que la excitación sexual en el joven produce la erección y más tarde la eyaculación, hace de la conexión entre el estímulo y la reacción genital, un hecho obvio e innegable. Hace que el joven fije su atención desde pequeño directamente sobre el pene como un órgano de placer que puede ser manipulado a voluntad. Los sentimientos de culpa, la disminución de la autoestima y la ansiedad de castración interfieren, de un modo u otro, con la masturbación no inhibida en el joven.

La joven, en contraste, se masturba sin ningún cambio corporal observable y conspicuo. La manipulación del clítoris es practicada durante la infancia y frecuentemente se abandona en una etapa que sigue a la menarca. En este tiempo, de acuerdo con Horney (1935), se lleva a cabo en la joven un profundo cambio de personalidad. Se desarrolla el antagonismo con la madre y aumentan las reacciones culpables en la masturbación. Si la masturbación es físicamente suprimida, sobrevive en fantasías crudas y sádicas de las cuales las fantasías de violación son representantes típicas. El miedo al daño corporal la lleva a temores hipocondriacos; el sentimiento de no ser merecedora de amor y de ser fea representan sentimientos subjetivos concomitantes. La resistencia a la masturbación es más común entre

la joven que entre el joven, lo que está en consonancia con el desarrollo de la femineidad, en especial con el repudio gradual de la sexualidad del clítoris, por ejemplo, la sexualidad fálica. Sin embargo la masturbación puede ser practicada aun por la joven en la forma disfrazada de posiciones que estimulan el clítoris, como sentarse en el brazo de una silla, montar a caballo, o actividades similares. Una adolescente reportó su costumbre de dormir con un cojín entre las piernas, la presión del cojín le producía el orgasmo con la vaga noción de poseer un pene. El cambio en el sentimiento corporal del yo no progresó hasta el conocimiento de un órgano fantasma (pene ilusorio), sino que estimuló la imaginación de la joven y le proporcionó un escape en ese nivel. Fantasías vívidas que involucran actividades masculinas, orgías heroicas y crueles de naturaleza sádico-fálica constituían el repertorio de su ritual masturbatorio. El uso de la presión de los muslos frecuentemente proporciona sensación vaginal o una aproximación. La masturbación del clítoris no es abandonada en la mayoría de los casos hasta que se encuentra un objeto de amor heterosexual. El estar enamorado facilita el conceder el impulso ajeno al sexo al compañero idealizado, quien se convierte entonces en la fuente de gratificación tanto narcisista como libidinal de objeto. Este paso hacia la femineidad ocurre sólo lenta y parcialmente hasta que llega a un estado de plenitud en la adolescencia tardía o en la postadolescencia.

Una joven puede evitar que reviva su decepción narcisista de castración abandonando la masturbación manual y clitórea, y también por la catexis de todo su cuerpo con la libido narcisista. "Cuando la pubertad hace su aparición, la maduración de los órganos sexuales femeninos, que hasta entonces habían estado en condición latente, parece originar una intensificación del narcisismo original..." (Freud, 1914.) Freud continúa diciendo que este narcisismo afecta desfavorablemente "el desarrollo de una verdadera elección de objeto con

su acompañante sobrevaluación sexual". El autoamor narcisista, el adorno del cuerpo, el énfasis socialmente sancionado en el mostrar partes del cuerpo tales como los senos, el encanto físico y la belleza en general, todas estas formas de gratificación narcisista y exhibicionista facilitan la dilación de la rendición a un amor sexual hasta una época en que una relación permanente, tan esencial para la educación del niño, pueda hacerse presente. Harnik (1924), en un estudio convincente afirmó: "En los hombres, los genitales continúan siendo el centro de su narcisismo, mientras que en las mujeres existe un narcisismo secundario que se adhiere al cuerpo como un todo." La sensibilidad erótica al tacto de la piel del cuerpo femenino, como se desarrolla en la pubertad, muestra la novel distribución de la catexis que ocurre en este periodo. Harnik llama nuestra atención hacia las "cualidades genitales que se desarrollan en el seno femenino, especialmente en los pezones". Las fijaciones sexuales infantiles alientan la menstruación adolescente que después continúa persistiendo al parejo con el uso narcisista de todo el cuerpo como un objeto que debe ser visto y admirado.

En contraste con la joven, cualquier muchacho que intente llamar la atención hacia su belleza o que la muestre con placer exhibicionista es siempre considerado afeminado. Es prerrogativa de la mujer mostrar su encanto físico; y además enfatizarlo y aumentarlo mediante el uso de ropa, cosméticos y adornos. Su necesidad es ser amada. Al joven se le permite sólo mostrar lo que puede hacer; por lo tanto enfoca su orgullo en proezas y realizaciones. Sus logros pueden ser de índole atlética, intelectual, académica, sexual, ocupacional o creativa. La temeridad, perseverancia, velocidad y poder son los atributos considerados masculinos, que pueden ser mostrados públicamente por el hombre. Su ternura, sensibilidad y gentileza masculinas pueden desarrollarse sólo cuando su polarización sexual se ha estabilizado en la adolescencia tardía, cuando sus necesidades de

dependencia han sido unidas con la sexualidad genital, con un amor protector íntimo y afirmativo.

La masturbación está frecuentemente ligada el miedo inconsciente de daños a los genitales, y, por desplazamiento, también a las funciones específicas del yo. Esto se hace aparente en la frecuente asociación de manifestaciones físicas insignificantes o de vacilaciones comunes de actuación con el acto masturbatorio. Parece ser que existe una enemistad básica entre la masturbación por un lado y los intereses del yo y del superyo por otro. La tolerancia de esta enemistad difiere ampliamente según el individuo. Se le puede considerar, ciertamente, como responsable de la tendencia de la masturbación a asumir un carácter compulsivo; es decir, que el miedo de daños posibles causados por la masturbación es calmado sólo repitiendo el acto masturbatorio. El círculo vicioso que se forma es reforzado por factores adicionales que hacen de la masturbación una disuasión progresiva hacia la extroversión de la libido en nuevos objetos.

Ciertos adolescentes en quienes el impulso homosexual es abrumadoramente fuerte, evitan completamente la masturbación y se envuelven en una relación heterosexual a temprana edad. La urgencia compulsiva con que se persigue la heterosexualidad, en conjunción con una falta persistente de relación de objetos, revelan la naturaleza defensiva del acto sexual. La masturbación, en estos casos, puede ser practicada sólo como ayudante de la actuación heterosexual.

La naturaleza general de defensa de la masturbación debe enfatizarse. La masturbación en el joven sirve para reasegurarle de su masculinidad, y disminuye marcadamente con la resolución del conflicto homosexual y el encuentro de un objeto heterosexual. La etapa que Kinsey (1948) menciona como la más activa sexualmente, el periodo más viril del hombre, es decir la adolescencia, coincide más bien con un periodo de conflicto intenso durante el cual la frecuencia de la masturbación, "los escapes" de Kinsey, está determinada por su

función defensiva y su naturaleza compulsiva. Kinsey igualó la frecuencia del escape sexual, tal como la masturbación, con la virilidad; pero este concepto es contradicho por la observación clínica de que la masturbación más compulsiva o frecuente ocurre en jóvenes con fuertes tendencias pasivas homosexuales.

La masturbación, por su misma naturaleza, tiende a actuar en contra del desarrollo progresivo y a afirmar influencias regresivas y de fijación. Debe enfatizarse que la masturbación no tiene objeto y no implica placeres previos. El objeto de la actividad masturbatoria reside en la fantansía. El masturbador experimenta una representación de objeto y de ser fluctuante, desde el momento en que es simultáneamente sujeto y objeto, macho y hembra, activo y pasivo. La adhesión prolongada a la masturbación, por tanto, contrarresta la polarización sexual. Establece un estado de fijación bisexual que resulta, por un lado, en el empobrecimiento de intereses dirigidos a un objeto y, por el otro, en la proliferación de una vida fantasiosa sobrecatequizada. Spiegel (1959) se refirió al hecho de que existe una dicotomía del ser en la masturbación; la masturbación dirigida a un objeto representa la parte genital del ser, mientras que el componente narcisista de la masturbación considera los genitales como un objeto. El esfuerzo a que se somete al yo por esta catexis vacilante de representaciones de ser y de objeto, puede ser considerado por sí mismo como patogénico. Esta amenaza al ser da a la progresión a la genitalidad en la adolescencia, un sentimiento adicional de urgencia. "Existe una conexión entre la perturbación del sentimiento de ser (pérdida de la identidad personal) y el anhelo de alcanzar el nivel genital de la libido." (Spiegel, 1959.) Debería añadirse que la masturbación en la que el genital es tomado como un objeto tiene sin embargo su lugar de fase adecuada durante la preadolescencia. El mirar y el ser visto atraen al objeto. Sin embargo, la masturbación en la que el sexo opuesto es tomado como un ob-

jeto en la fantasía es establecida sólo gradualmente durante fases subsecuentes; alcanza su completo florecimiento durante la adolescencia propiamente tal.

Cuando la posición bisexual se vuelve intolerable al yo, con frecuencia sucede que el yo distónico, el componente del impulso inadecuado del sexo será impedido o neutralizado por la masturbación genital. Este intento de trascender esta posición bisexual fallará; el resultado será: o una supresión de toda la masturbación, o un cambio precoz y defensivo a un objeto heterosexual. A la consecuencia de estas dos acomodaciones de impulso en el desarrollo del yo y en la formación de la personalidad generalmente nos hemos referido en otros capítulos; en forma parecida, las vicisitudes de encontrar un objeto nos han ocupado en otra parte, y no necesitan ser repetidas aquí.

Debido a que la masturbación por su propia naturaleza está exenta de placer previo, trabaja en contra o previene el arreglo jerárquico de componentes de impulso; este desarrollo adverso demora o bloquea un avance a la madurez psicosexual. Parece ser que el abandono de toda la masturbación antes de ser establecida la etapa heterosexual propia de la adolescencia resulta en alguna forma de inmadurez psicosexual. Entonces la masturbación adolescente inicia el movimiento hacia adelante de la libido por una acción casi experimental en la fantasía. Este interludio eventualmente lleva a una experimentación heterosexual y a modificaciones concomitantes que encuentran su reflexión más clara en la consolidación definitiva del ser. La naturaleza regresiva o infantilizante de la masturbación debe ser constantemente contrarrestada por la unión de la organización del nuevo impulso adolescente ganado en el mundo objetal.

V. EL YO EN LA ADOLESCENCIA

El tema del yo en la adolescencia ha sido seleccionado para consideración especial, ya que su estudio permitirá una vista más detallada del proceso adolescente en términos de la reestructuración psíquica, como se manifiesta en las actividades temporales del yo y en las alteraciones yoicas permanentes. El tomar al yo como punto principal del estudio nos permitirá tejer las varias hebras de la observación y la teoría en una textura coherente. Los ejemplos clínicos que fueron proporcionados anteriormente en la descripción de las fases del desarrollo, son fuentes de referencia; consecuentemente, en esta discusión me concentraré en la teoría. En suma, haremos aquí un intento de efectuar un tratamiento sistemático de aspectos yoicos que fueron tratados en capítulos previos como segmentos del problema total de la adolescencia.

1. *Observaciones introductorias*

El yo —su naturaleza, operación y función— puede ser estudiado mejor durante periodos de dislocaciones en la maduración, cuando la balanza entre el impulso y el yo se desnivela. En estas condiciones el aparato mental se enfrenta con la tarea de acomodar nuevos impulsos instintivos —nuevos en calidad y cantidad, y que implican nuevas demandas del mundo externo. Por definición, el yo es la suma total de aquellos procesos mentales que buscan salvaguardar el funcionamiento mental; con este fin el yo media entre el impulso y el mundo externo. En el sentido de realidad vemos los frutos de este proceso de mediación. A estas presiones del ello y del mundo exterior debe añadirse una tercera que es, sin embargo, un derivado del medio ambiente, es decir el superyo.

Los métodos por los cuales el yo media, así como su patrón de operación, pueden ser observados durante la adolescencia. Considerando el origen del yo, debemos tener en mente que es el resultado de procesos que diferencian y constituyen un corolario de la prolongada dependencia del joven organismo humano con el mundo externo. A través de su vida, el yo conserva las marcas de este origen; de hecho, continúa estimulándosele hacia la diferenciación progresiva por medio de un impacto doble de los impulsos instintivos y el mundo externo. Nos hemos referido previamente a este hecho al decir que el desarrollo del yo toma su origen de la fase específica de organización de los impulsos.

El yo, en su definición operacional, es un concepto relativo, determinado por el grado de las presiones que se le imponen. Consecuentemente, un yo que ha mantenido un funcionamiento mental adecuado durante tiempo de calma relativa, puede ser abrumado por presiones crecientes evidentes durante la pubertad; entonces el carácter de sus recursos se probará a sí mismo como suficiente o insuficiente para la dura tarea. Esta última condición se precipita durante la adolescencia por las crecientes presiones provenientes de las tres fuentes mencionadas. Anna Freud (1936) se refirió al yo adolescente mencionando que "un ello relativamente fuerte confronta a un yo relativamente débil". Es más, el apoyo que el yo obtuvo de la educación durante la infancia cesa de operar en el modo acostumbrado, debido a que el adolescente rechaza masivamente el control externo como un excedente de la dependencia infantil.

La pauta reaccional para los peligros internos es modelada por las experiencias tempranas que emanan del medio ambiente. "Las situaciones instintivas de temor pueden ser reconstruidas hasta hallar situaciones externas de peligro" (Freud 1933). Dicho en otras palabras, todo proceso defensivo tuvo alguna vez una función adaptativa ante las exigencias externas.

En ambos casos, aquellos de peligro interno y externo, debe considerarse el problema de la sobreexcitación: en el infante, un aparato interconstruido provee una barrera de estímulos en contra del mundo externo, pero la barrera de estímulo en contra de los estímulos debe ser desarrollada (Hartmann 1939, a). En este sentido cualquier mecanismo psíquico que proteja al organismo mental de la sobreestimulación sirve a una función positiva: esto es igualmente cierto en la temprana infancia como en la adolescencia. El aparato psíquico en desarrollo debe, por decirlo así, ponerse al día constantemente con las condiciones de maduración que, a su vez, dan ímpetu y dirección a la diferenciación e integración yoica. Este proceso refleja las influencias mutuas del yo y del ello en sus desarrollos respectivos. Cuando este proceso no se conserva fluido, sino que produce una cristalización prematura de carácter o síntoma neurótico, decimos que la función del yo se ha malogrado. Aquello que debiera operar normalmente como mecanismo adaptativo o de defensa, ha tomado una calidad diferente: en lugar de iniciar el progreso y la diferenciación, el desarrollo de ciertas funciones yoicas se ha malogrado o retrasado.

En cualquier crisis el yo recurre a medidas de emergencia dirigidas principalmente hacia la protección de su función básica: el mantenimiento de la cohesión psíquica y el contacto con la realidad. Por ejemplo, aparte de sus aspectos defensivos originados en la ansiedad conflictiva y en el temor a la intensidad de impulso, el retiro de la catexis del mundo externo durante la adolescencia opera para preservar y proteger las funciones básicas del yo; es decir, que tanto los factores cualitativos como cuantitativos deben considerarse como variables separadas al valorar las actividades yoicas dirigidas hacia la autoprotección. Aquí, como en tantos fenómenos psíquicos, el principio de función múltiple (Waelder, 1936) debe tenerse en mente para poder apreciar la variabilidad individual y la combinación por medio de

la cual son efectuadas las demandas de diferentes orígenes con el menor esfuerzo. No hay duda de que la situación adolescente requiere de medidas extremas para prevenir el trauma o la desintegración. La enorme cantidad de energía psíquica absorbida en esta tarea, reduce los procesos adaptativos a un mínimo, aunque sólo temporal e intermitentemente. Cuando se ocupa la energía psíquica en operaciones defensivas o en contracatexis, se provoca un agotamiento de energía móvil en el yo.

El aspecto conflictivo de la adolescencia ha predominado en la discusión de esta etapa por mucho tiempo, pero debe subrayarse el hecho de que no cualquier perturbación de equilibrio en el aparato psíquico es *ipso facto* una manifestación conflictiva (Hartmann 1939, a). Esta consideración tiene especial importancia en la adolescencia, una época en que las perturbaciones del equilibrio, con los consiguientes mecanismos regulatorios frecuentemente extremosos por naturaleza, son más la regla que la excepción.

2. *El yo al principio de la adolescencia*

El yo adolescente adecuado propio de esta fase sólo se puede desarrollar correctamente si la fase preparatoria del periodo de latencia se ha traspuesto más o menos con éxito. De otro modo, como en el caso de un periodo de latencia abortivo, un yo prelatente debe luchar con los impulsos de la pubertad. El resultado es una reintensificación de la sexualidad infantil; nada nuevo o específicamente adolescente hace su aparición. Las manifestaciones pseudoadolescentes son intentos simulados de ser adolescente: el yo recurre al uso de reguladores que continúan directamente la temprana infancia. El yo, para hacer frente a la pubertad y la adolescencia, requiere de los logros del periodo de latencia. Sólo entonces puede tratar con las tareas próximas de la madura-

ción, en términos de procesos integradores y diferenciales nuevos.

El principio de la pubertad trae consigo un aumento cuantitativo de la energía del impulso instintivo. Ocurre una recatexis de las posiciones instintivas pregenitales que se parece en mucho a la difusión del impulso. Los instintos componente pasan a primer plano, y el intento por controlarlos es evidente en las reacciones típicas del adolescente: la escopofilia lleva a la timidez, la vergüenza o el rubor; el exhibicionismo lleva a la modestia y a una conciencia de sí mismo; el paso de tendencias sadomasoquísticas lleva a la pasividad e indiferencia; y el sentido de olor y gusto son llevados al campo sexual de las sensaciones conflictivas del cuerpo. Desde luego la expresión directa y sin control de estas tendencias instintivas durante la adolescencia es bien conocida para todos los que han observado esta edad.

Debe recordarse que "todos los impulsos pregenitales, en sus metas de incorporación, parecen poseer un componente destructivo; los factores constitucionales desconocidos y, sobre todo, las experiencias de frustración aumentan grandemente el elemento destructivo" (Fenichel 1945, b). En el cuadro total del control instintivo del adolescente podemos haber subestimado el esfuerzo del yo por domar el impulso agresivo, dirigiendo nuestra atención casi exclusivamente a los conflictos libidinales y a los intentos de dominarlos.

Puede ser útil definir las precondiciones que debe tener el yo, en un grado apreciable, al principio de la adolescencia para desarrollar las cualidades y funciones que son específicamente adolescentes y que traerán las transformaciones del yo que resultan en el yo de la edad adulta. Los logros esenciales del yo del periodo de latencia son los siguientes: 1) un aumento en la catexis de los objetos internos (representaciones de objeto y autorrepresentaciones) con la resultante automatización de algunas funciones del yo; 2) una resistencia creciente de las funciones del yo a la regresión (auto-

nomía secundaria) con una expansión consecuente de la esfera no conflictiva del yo; 3) la formación de un yo autocrítico que complementa en forma creciente las funciones del superyo para que la regulación de la autoestima llegue a un grado de independencia de ambiente; 4) una reducción del uso expresivo de todo el cuerpo y un aumento de la capacidad de expresión verbal aislada de la actividad motora (Kris, 1939); 5) un control del ambiente a través del aprendizaje de actitudes y del uso del pensamiento en los procesos secundarios como un medio para reducir la tensión. El principio de realidad estabiliza el uso de la posposición y anticipación en la búsqueda de placer.

Muchas veces lo que al principio de la adolescencia parece un fenómeno regresivo resulta ser, bajo una inspección más profunda, el resultado del desarrollo retardado del yo o de un periodo de latencia abortiva. Esquemáticamente se podría decir que el logro psíquico de la infancia temprana está en la dominación del cuerpo, el del periodo de latencia en la del ambiente y el de la adolescencia en la de las emociones. Completar una de estas tareas y su estabilización puede, a la larga, ser definido en términos de una secuencia ordenada de funciones del yo que deben seguir paralelamente a la maduración del cuerpo para salvaguardar el desarrollo normal.

3. *Jerarquía de los intereses y funciones del yo*

La historia del yo revela que éste se modela progresivamente en cada fase prevalente de la organización de los impulsos. Nunca deja de ser evidente una mutua influencia del yo y el ello. Por ejemplo, la proyección y la introyección son mecanismos del yo que derivan de la modalidad oral. La "existencia e importancia de las variaciones primarias, congénitas del yo" (Freud, 1937) en su juego con los factores constitucionales del

impulso, dan cuenta, en parte, de las modalidades del yo y del impulso preferencial. Sin embargo, al seguir nuestro estudio particular, la pregunta a hacerse en este punto es la siguiente: ¿cuál es la modalidad instintiva específica de la adolescencia a lo largo de la cual desarrolla el yo sus propias características corolarias? La novedad está en la subordinación —lograda sólo gradualmente y en muchísimos casos sólo parcialmente— de las zonas erógenas a la primacía genital. Para decirlo en otra forma: la nueva modalidad de la sexualidad adolescente está en la elaboración del anteplacer (Freud 1905, b). La pregenitalidad, consecuentemente, es relegada a un papel de iniciación más bien que de saciamiento; este énfasis diferente en la economía sexual hace que la pregenitalidad sea cualitativamente diferente de su estado infantil temprano.

Esto nos recuerda la observación de Freud (1914): "Es posible que por cada cambio en la erotogenidad de los órganos haya un cambio paralelo en la catexis libidinal del yo. Posiblemente, entonces, hay un sentimiento del yo o autoexperiencia que es esencialmente tan nuevo en el campo del yo adolescente como lo es el anteplacer en la organización instintiva." Federn (1929) habla de la calidad de la experiencia de un "sentimiento saludable del yo" como un "agradable anteplacer".

En una forma análoga, los intereses y las funciones del yo se estratifican en una jerarquía definida. Los componentes selectivos del yo se elevan a una posición dominante; los demás se subordinan a ellos. Esta fijeza irreversible en las relaciones del yo con el mundo exterior, el ello y el superyo, basadas en un orden jerárquico de intereses y actitudes del yo que es a lo que nos referimos como carácter. El carácter no adquiere su aspecto final hasta el final de la adolescencia. En la esfera emocional de la adolescencia hablamos de la destrucción de las instituciones del yo infantil. Las destrucciones llevan a un rearreglo de los elementos sobrantes

que está de acuerdo, respectivamente, con la nueva meta sexual y con el recién creado ideal del yo. "Las instituciones del yo que han resistido el asalto de la pubertad sin ceder, permanecen generalmente inflexibles a lo largo de la vida, son inexpugnables y no son suceptibles a las rectificaciones que demanda una realidad cambiante" (A. Freud, 1936).

El serio daño que las fijaciones del yo pueden infligir al desarrollo progresivo es, muchas veces, menospreciado; estas fijaciones se ocultan con facilidad al observador de la adolescencia por el enfoque en las manifestaciones sexuales, que tomadas por sí mismas son los indicadores más traicioneros del desarrollo progresivo. Existe lo que puede ser llamado una "reciprocidad óptima" entre el yo y el ello que es puesta a prueba hasta sus límites durante la adolescencia.

El periodo experimental de la adolescencia —que alcanza a su máxima expresión durante la adolescencia propiamente tal— es el último gesto antes de que las limitaciones finales de las posibilidades que quedan abiertas al ser sean aceptadas de mala gana, antes de que los intereses del yo se canalicen a formas específicas y esenciales, antes de que la formación de la identidad asuma su aspecto definitivo. El aspecto más importante del arreglo jerárquico de los intereses del yo ocurre en el área de los compromisos vocacionales, durante la adolescencia tardía. Este proceso de compromiso opera con decisión igual en hombres que en mujeres; requiere en ambos el refinamiento de algunos y la estratificación de otros intereses yoicos. Cuando las funciones del yo que están implicadas en este proceso se sexualizan, por ejemplo, cuando se vuelven una fuente de excitación exhibicionista, voyeurista y sadomasoquista—, su confiabilidad, utilidad y estabilidad estarán severamente restringidas. Muchas de las perturbaciones yoicas, por ejemplo, las perturbaciones de aprendizaje, son causadas por la inundación de las funciones del yo por impulsos sexuales y agresivos. La sexualización de las funciones

hasta este punto autónomas del yo, como la percepción, por ejemplo, producto de la supresión radical de la masturbación fue descrita en detalle por Joyce (1916) y la citamos anteriormente. Generalmente sólo un segmento de una función autónoma del yo —por ejemplo en la percepción, la motilidad, el juicio o la memoria—, puede ser involucrado conflictivamente. Esta perturbación selectiva se debe a las ligas asociativas específicas que se ven estimuladas por situaciones específicas en la realidad. Bajo tales circunstancias las funciones del yo pueden servir como equivalentes masturbatorios; se llega a ellos como reguladores saciatorios de la tensión instintiva o son rechazados e inhibidos por completo. En cualquiera de los dos casos estas funciones yoicas son inefectivas en términos de su supuesto propósito y meta. Las funciones autónomas y defensivas del yo son muchas veces difíciles de distinguir. Los impulsos instintivos y las funciones del yo mantienen una influencia mutua y constante, cuyo rango normalmente se canaliza, y adquiere en la adolescencia tardía un juego mutuo fijo, armonioso y con un patrón definido.

Las actitudes y las pautas de conducta de la autonomía secundaria tales como la puntualidad y el orden, ser reimplicadas en el conflicto emocional. Lo que dio origen en un comienzo a una reacción vuelve a experimentarse como una imposición controladora, una rendición sumisa a la voluntad de otros; la terquedad anal vuelve a aparecer en la escena. La misma reimplicación en conflicto ocurre con algunas actitudes que tuvieron su origen en distintas fases libidinales y que habían sido absorbidas aparentemente en rasgos no conflictivos. Estas reacciones adolescentes revelan por lo tanto la existencia de puntos de fijación. Este curso de desarrollo es parte de la adolescencia normal e ilustra el hecho de que los atributos de la personalidad, ya bien establecidos antes de la adolescencia, pueden todavía sufrir alteraciones importantes. Anna Freud (1952) ha notado: "Aun en una época tan tardía como la adolescencia, la

revuelta contra los padres es seguida de un rechazo de la identificación con ellos y puede llevar a reversiones en las actitudes del yo y el superyo, aunque aparentemente estas actitudes hayan estado totalmente integradas en la estructura del yo del niño en latencia."

El yo adolescente que cede a los peligros de una reorganización radical mostrará signos de una conducta y mentalidad mal adaptada. Sin embargo, tal yo muestra muchas veces ser fuerte en el sentido de que la confianza en la cohesividad de su existencia, de hecho, su indestructibilidad, nunca es alterada. La fuente de esta confianza es, desde luego, la calidad positiva de las relaciones tempranas hacia los objetos.

Para el observador clínico es muchas veces difícil establecer una línea clara de demarcación entre la reorganización revolucionaria y la desintegración regresiva. No tomando en cuenta la patología obvia, cualquier pronóstico durante la adolescencia debe ser hecho con escepticismo y poca seguridad. El resultado eventual puede no ser conocido sino hasta la adolescencia tardía y la postadolescencia, puesto que la capacidad sintética del yo aparece con claridad sólo durante esas fases. El periodo que cierra la adolescencia presenta problemas fascinantes y ha sido estudiado en la última década en forma más exhaustiva que anteriormente. Ha expresado para muchos observadores la meta última de la adolescencia como un todo; es decir, el dotar al individuo de un arreglo estable de intereses del yo y de una diferenciación sexual y una polarización como núcleo del sentido de identidad. Ambos logros tienen que ser ejercitados y refinados en interacción con el mundo exterior.

La fase que cierra la adolescencia se caracteriza por una actividad del yo integrativa y adaptativa más bien que defensiva. Algunos autores han reconocido las alteraciones importantes del yo de naturaleza definitiva como el logro psicológico más importante de esta fase. Erikson (1956) habla de la formación de la "identidad

del yo". Por mi parte, acentúo el proceso total de consolidación y la formación definitiva del ser como la alteración característica del yo más importante de la adolescencia tardía y la postadolescencia; Gitelson (1948) ha resumido las mismas observaciones en una forma más general como la "síntesis de carácter". La referencia de Hartmann (1950, a) a un "orden de rango" de las funciones del yo también debe ser mencionada aquí: "Hemos visto por ejemplo", dice, "que al unir, la función sintética, debe ser supraordenada a la regulación por el mundo externo." Lo mismo se aplica a una serie de funciones del yo que no adquirirán la estabilidad y fijeza de una estructura jerárquica hasta el final de la adolescencia. De hecho, la fase terminal de la adolescencia es marcada por este logro.

4. *Mecanismos de estabilización*

El yo está preparado por las realizaciones del periodo de latencia para enfrentarse con las crecientes condiciones complejas internas y externas, en formas diferenciadas y más económicas; sin embargo, no está preparado para la magnitud de la tarea con que lo confronta la pubertad. Las presiones a que está expuesto el yo en la adolescencia cambian tanto cualitativa como cuantitativamente, como fue indicado con anterioridad en mi descripción de las fases de desarrollo. No siendo capaz de manejar las situaciones críticas con las que es presentado, el yo recurre a varios mecanismos estabilizadores como inventos temporales para salvaguardar su integridad. Casi una atención exclusiva ha sido dada a las defensas en contra de los instintos; y, desde luego, juegan un rol mayor en el esfuerzo adolescente para evitar la ansiedad que no puede ser dirigida por procesos integradores. Sin embargo, la ansiedad no es necesariamente ansiedad conflictiva, ni es siempre debida a un repudio del impulso sexual. En parte, es la con-

secuencia de una energía de impulso acumulada o de la imperfección de los canales de descarga adecuados de la fase. Spiegel (1958), quien está de acuerdo con algunas ideas de Bernfeld (1935) en esta materia, comenta: "Desde luego, algo de la sintomatología de la adolescencia puede ser visto como una secuela directa —como verdaderos síntomas neuróticos— del influjo instintivo que el aún imperfecto aparato psíquico no es capaz de manejar al principio de la adolescencia."

Otra fuente de tensión se encuentra en las restricciones vengativas de los padres referentes a la maduración sexual de su vástago. Frecuentemente somos testigos de una actitud exageradamente prohibitiva de los padres hacia sus hijos cuando éstos alcanzan la madurez sexual, llegan a una cierta estatura física y adquieren un giro de la mente más independiente. Jones (1913) y Pearson (1958) han demostrado que el arribo de la pubertad en el niño crea en los padres reminiscencias temidas y vengativas que vuelven a los tiempos en que su propia pequeñez frustró sus intentos de interferir con los privilegios envidiados y exagerados de sus propios padres. La mayor permisividad sexual de los padres modernos crea una situación en la que aceptan las tendencias sexuales del adolescente y se ofrecen a sí mismos como un igual, como un camarada o compañero de su chico púber. Esta actitud parental agrava el envolvimiento edípico a través de la actualidad ideada de una relación más temprana entre padre e hijo.

Es obvio que diversas tensiones confrontan al yo del adolescente y que se emplean una variedad de procesos para mantener estas tensiones dentro de límites manejables. Lo que es necesario acentuar es el hecho de que los mecanismos de estabilización no están limitados a las defensas, en el significado estricto de ese término. Hartmann (1939, b) habla de los dos lados de una defensa, la patológica sin éxito y la adaptativa; Fenichel (1945, b) diferencia entre las defensas patogénicas y las exitosas, por ejemplo, la sublimación; Lampl-de Groot

(1957) introduce la distinción entre los procesos adaptativos como parte del desarrollo normal y sus distorsiones neuróticas; Anna Freud (1936) discute los aspectos normales de las reacciones defensivas como "estados preliminares de defensa"; todos estos autores subrayan el hecho de que estamos tratando aquí con un concepto multifuncional. Establecer diferencias entre los aspectos heterogéneos de este concepto es importante en la discusión del yo adolescente.

Debemos mencionar otra distinción, introducida por Hartmann (1956), que se refiere a las "maniobras defensivas" y a los "mecanismos de defensa". Estos últimos están localizados en el inconsciente; las maniobras defensivas operan en el preconsciente y se mantienen alejadas de la conciencia por la censura. Lo que aparece en la adolescencia como un fácil acceso a determinantes inconscientes en términos de "insight", es de hecho más frecuente que el acceso a las de contenido preconsciente. Consecuentemente, el miedo de que al tratar a los adolescentes el debilitamiento de las defensas moviliza siempre a los procesos primarios no tiene fundamento en muchos casos. El mecanismo de estabilización característico de la adolescencia incluye mecanismos defensivos, adaptativos y compensatorios. La deformación del yo que ocurre, por ejemplo, en el proceso de división, toma su lugar a la par de estos mecanismos de estabilización; según describió el autor (1954) en un estudio clínico de adolescencia prolongada. Los procesos disociativos que aparecen en este síndrome adolescente se usan con mayor frecuencia para evitar la formación de conflictos que para controlar la ansiedad conflictiva.

La delineación entre los diversos mecanismos enumerados con anterioridad es obviamente tenue. Sin embargo, este hecho no debe desanimarnos en el intento por sistematizar las observaciones clínicas. Algunos o todos los mecanismos de estabilización se pueden emplear simultáneamente; estamos tratando con mecanismos psíquicos entrelazados. Para poder señalar su na-

turaleza específica es necesario establecer primero las características dinámicas que permitirán, por definición, la búsqueda de procesos unitarios discretos.

En la definición del mecanismo de defensa está implícito el hecho de que es mantenido por contracatexis; lo que resulta en un déficit permanente, por ejemplo, de la energía psíquica móvil disponible.* El agotamiento de la energía disponible debido a su uso en el mantenimiento de una defensa, puede tornarse crítico en la adolescencia. Debe tenerse en mente que el empleo de cada uno de los mecanismos de estabilización puede llegar a un punto en donde se inicie un estado patológico. La etiología de los mecanismos de estabilización específicos toma en cuenta la historia del individuo, sus dotes, y además la influencia estimulante o decepcionante de las instituciones sociales tales como familia, clase, casta, escuela e iglesia que favorecen o desaprueban ciertos tipos de control o dominio.

Los mecanismos de estabilización, como fue indicado, no deben considerarse como claramente delineados uno del otro. De hecho uno puede gradualmente mezclarse con el otro en términos de un lento cambio de énfasis hasta que el proceso haya adquirido claramente un carácter nuevo. Esto ocurre, por ejemplo, en las distintas formas de identificación. Aparte de la identificación defensiva, también hablamos de identificación primitiva, temporal y adaptativa. La identificación primitiva, por ejemplo, ha destruido por regresión la diferencia entre objeto y ser; esto es, más o menos, una fusión con el objeto. En relación a esto Geleerd (Solnit, 1959) habla de una "regresión parcial a la fase no diferenciada de la relación de objeto"; ella arguye que esto ocurre normalmente durante la adolescencia. Yo soy de la opinión

* La cuestión sobre el origen y la naturaleza de la energía empleada en contracatexis (defensa), es decir, si esta energía es la misma de los impulsos guardados, o si la energía agresiva neutralizada es la postulada, no puede ocuparnos aquí. Hartmann (1950, a) ha discutido esta cuestión ampliamente.

de que es siempre de significación patognómica. La identificación y contraidentificación defensiva deja marcas permanentes en el carácter del yo, mientras que la identificación temporal permanece cerca de las maniobras psíquicas experimentales que van desde la fantasía hasta la formación de ideal del yo y la sublimación. Finalmente, la identificación adaptativa debe ser considerada como una función del yo autónomo. Las transiciones y combinaciones de estas formas diversas de identificación son típicas del desarrollo adolescente. El caso de Tom ofreció una ilustración clínica que muestra la transición de una función yoica defensiva (intelectualización) a una adaptativa (académica.)

La intelectualización fue descrita por Anna Freud (1936) como un mecanismo de defensa típico de la adolescencia. Representa un intento de dominar los peligros instintivos por desplazamiento; aparte de esto, tiene también un aspecto adaptativo que se hace aparente siempre que el desplazamiento ha adquirido el status de un interés yoico, es decir, siempre que la actividad intelectual se ha desligado de su involucración instintiva. Hartmann (1939) opinó sobre esto diciendo que un mecanismo de defensa como la intelectualización tiene "otro aspecto también orientado a la realidad, que muestra que este mecanismo de defensa contrario a los impulsos instintivos puede considerarse también como un proceso adaptativo". Al referirse a esto Hartmann subraya que la negación y la evasión usadas como defensas también tienen un aspecto adaptativo: se entra a considerar la evasión de lo demasiado peligroso y la búsqueda de lo que es cuando menos posible. Otra observación del mismo autor (1950, b) da más luz al problema: "Toda formación reactiva de carácter, originada en defensa contra los impulsos, gradualmente tomará control sobre la riqueza de otras funciones dentro del marco del yo. Como sabemos que los resultados de este desarrollo pueden ser bastante estables, o incluso irreversibles en la mayoría de los casos, podemos llamar

autónomas a dichas funciones, aunque de modo secundario."

La creatividad, especialmente la creación artística, debe ser mencionada en este contexto. Spiegel (1958) ha hecho alusión a su función especial en la diferenciación del yo y a su facultad estabilizadora. "A través de la creación artística", dice, "lo que es ser puede convertirse en objeto y entonces externalizarse, y puede ayudar así a establecer un equilibrio de catexis narcisistas y de objeto". Bernfeld (1924) habla de los productos creativos de la adolescencia como "también-objetos". Además de esta función, la creatividad sirve al dominio interno de conflictos emocionales. Wolfenstein (1956) ha mostrado lo intrincado de este proceso con su análisis de un poema escrito por A. E. Housman a la edad de 15 años. La declinación de la actividad creativa al fin de la adolescencia coincide con el surgimiento de una organización yoica estable y con el establecimiento de fronteras firmes entre las representaciones del ser y las de objeto. En la organización yoica del artista esta delineación probablemente no es tan marcada como en otras personas.

Las funciones adaptativas del yo operan en la esfera no conflictiva del yo. De ahí que la "adaptación" no sea un concepto de valor determinado, sino que se define en términos de organización intrasistemática. La conducta puede ser adaptativa y sin embargo estar en conflicto con el medio ambiente. Lo importante es si el comportamiento es la externalización de un deseo infantil o si se origina en el ambiente no conflictivo del yo y por tanto no contiene interés secundario de naturaleza sexual. En relación a esto debe mencionarse un mecanismo que es análogo a la compulsión repetitiva. Por el simple hecho de repetir una acción, pensamiento, emoción o afecto, el adolescente puede establecer familiaridad o tolerancia con ellos. Este método es especialmente efectivo si la dosificación cualitativa y cuantitativa de la descarga de impulso nuevo se regula

y se mantiene dentro de límites tolerables. Así, esta repetición es otro mecanismo de estabilización usado por el yo en su esfuerzo por dominar la tensión instintiva.

El mecanismo de estabilización restitutivo puede ser observado, por ejemplo, en las identificaciones transitorias de la adolescencia en sí. Como explicamos anteriormente, estas identificaciones transitorias evitan que la libido de objeto se agote totalmente por una desviación en el ser. La necesidad del adolescente de pertenecer a grupos, como expresión de hambre social, tiene características de proceso restitutivo. Al obtener acceso a una vida externa completa y excitante, el adolescente contrarresta sus insufribles sentimientos de vacío, aislamiento y soledad. Anna Freud (1958, b) presentó un dramático ejemplo del mecanismo restitutivo en el estudio de niños huérfanos. Los niños estudiados "fueron privados de la relación con una figura materna estable en sus primeros años. Esta falta de una fijación materna, lejos de hacer más fácil la adolescencia, constituye un verdadero peligro para toda la coherencia interna de la personalidad durante ese periodo. En estos casos, la adolescencia es frecuentemente precedida por una búsqueda desesperada de la imagen materna; la posesión interna y la catexis de esa imagen parece ser esencial para el proceso normal consecutivo de alejar la libido de ella para transferirla a nuevos objetos, por ejemplo, a los compañeros sexuales".

Los mecanismos compensatorios son un modo de mantener el balance narcisista. Los defectos mentales o físicos que se experimentan como un menosprecio narcisista, estimulan la proliferación, frecuentemente forzada, de dotes especiales y por lo tanto compensan la declinación amenazante de la autoestimación. La observación nos muestra que el restablecimiento de relaciones de objeto rinde un balance narcisista menos precario y reduce los mecanismos compensatorios en tamaño e intensidad. La proporción dispar en el desarrollo de la pubertad que resulta en las marcadas diferencias de ma-

duración que pueden encontrarse en un grupo de la misma edad, es modificada individualmente con frecuencia sobreactuando o subactuando el respectivo nivel de madurez. Aquí nuevamente el problema narcisista se origina en la actividad compensatoria del yo. Este medio para estabilizar el equilibrio narcisista frecuentemente inicia un "accidente experimental" que lleva a primer plano habilidades latentes que pueden entonces florecer ante el reconocimiento positivo de otros y del ser. La transición a una función yoica adaptativa bajo estos auspicios es promovida muy favorablemente.

Las vicisitudes de los impulsos instintivos, en conjunción con las influencias del medio ambiente en la adolescencia (tales como mayor libertad de movimiento y responsabilidad social forzada) estimulan ciertas funciones del yo hacia un desarrollo acelerado, mientras ponen trabas y retardan otras funciones yoicas. Sobre esto, Hartmann (1950, b) comenta: "Las influencias que actúan sobre el desarrollo del yo no ejercen siempre un efecto paralelo en todas sus funciones, en el sentido de desarrollarlas o retardarlas. Sabemos que en algunos casos no sólo simples funciones yoicas sino también sectores completos del yo pueden ser retardados." Esta distinción es particularmente importante para la adolescencia, cuando el desarrollo del yo no progresa parejo, avanzando las funciones defensivas en un tiempo, las experimentales (exhibicionismo, imitación y aprendizaje por repetición) en otro tiempo, y también en otro, las adaptativas; en suma, dando prioridad en tiempos diferentes a mecanismos yoicos claramente desiguales. Como indicó Hartmann, "las funciones intelectuales o las defensivas del yo se han desarrollado prematuramente, mientras que, por ejemplo, la tolerancia del displacer se ha retardado".

La ansiedad conflictiva no sólo es responsable por este desarrollo desnivelado del yo en la adolescencia, sino que también sostiene la intolerancia a la tensión, y esta inmadurez del yo le lleva frecuentemente a for-

maciones patológicas. Esto último es especialmente pertinente para el entendimiento de la "juventud moderna", para quien la incitación y la actividad sexual causan poca ansiedad conflictiva. Sin embargo, el refugiarse prolongadamente en la compensación sexual a través de la masturbación, sin avanzar hacia relaciones significativas de objeto, sólo perpetúa el estado de poca tolerancia de la tensión, característico del yo inmaduro. La sexualidad, que en generaciones previas constituyó una fuente de ansiedad basada en los anhelos sexuales yodistónicos, más o menos conscientes, descritos como el típico problema conflictivo de la adolescencia, ha sido opacada en tiempos recientes —cuando menos por un apreciable sector de los así llamados adolescentes sofisticados— por una condición yosintónica típica de la madurez retardada de ciertas funciones yoicas. El resultado es un desequilibrio estructural intrasistemático en el yo. Este conflicto del yo lleva generalmente a procesos de división transitorios como una medida para evitar o retrasar un estado de desorganización o regresión yoica.

Debemos mencionar un típico rasgo adolescente: la proclividad del adolescente a la acción, porque toca una antítesis fundamental de este periodo: aquella entre la pasividad y la actividad. El temor a la pasividad, en términos de receptividad y sumisión infantil es igualmente fuerte en ambos sexos. La fusión de la pasividad con aspectos de femineidad, por supuesto se torna un anatema para el joven, para quien la acción y la autoafirmación frecuentemente sirven como negaciones de pasividad. Por proyección experimenta una amenaza interna como si existiera en el mundo externo; de aquí la predilección del adolescente para el "exhibicionismo". Muy relacionado con este fenómeno está el "negativismo" adolescente de Anna Freud (1951), como defensa contra la rendición emocional y la pérdida del sentido de identidad.

Cerraremos esta discusión de los mecanismos de esta-

bilización con una mención de Freud (1938, b) quien mira este problema en términos duales, y excluye cualquier consuelo de una alternativa simple. "Cualquier esfuerzo defensivo que el yo haga para alejar los peligros, ya sea que repudie una posición del mundo externo, o que busque rechazar una demanda instintiva del mundo interno, nunca tiene un éxito completo o no calificado; siempre resultan dos actitudes opuestas, la más débil de las cuales, la derrotada, lleva no menos que la otra a complicaciones psicológicas."

5. *El ideal del yo*

El concepto del ideal yoico ha jugado últimamente un papel más bien insignificante en la psicología de la adolescencia. Haré uso de este concepto porque permite la delineación de una modificación yoica típica del periodo adolescente. El ideal del yo es una parte diferenciada del yo, catectizada con la libido narcisista y homosexual; asume un papel de guía similar al del superyo; pero difiere de éste en que es más personal y en la falta de tiranía no comprometedora y la crueldad primitiva.

Tanto el superyo como el ideal del yo pueden ser diferenciados considerando sus orígenes respectivos, el superyo puede trazarse desde la temprana infancia, a través de sus muchas etapas precursoras hasta que asume la estructura definitiva de una institución psíquica al declinar la fase edípica. Su origen, o mejor dicho, su formación, se debe al establecimiento o a la victoria pírrica que lleva a la lucha edípica a su fin. En forma similar, el ideal del yo obtiene su organización definitiva tardíamente, al declinar la etapa homosexual de la adolescencia temprana. A lo largo de la infancia se evidencian precursores del ideal del yo. La institución psíquica del ideal del yo continúa integrándose durante la adolescencia con un contenido variable; sin embargo,

su estructura permanece constante y permanente. El origen del ideal del yo se encuentra en la rendición irreversible de la posición edípica negativa (homosexual) durante la adolescencia temprana; consecuentemente, el ideal del yo promueve la formación de la identidad sexual y sirve para estabilizarla. Ambas instituciones son dirigidas a una meta y determinan la elección. Las infracciones contra las demandas del superyo dan origen a sentimientos de culpa, temor a las represalias y abandono, y a una necesidad de expiación; en contraste, la negligencia de las expectaciones del ideal del yo deriva en un choque para el equilibrio narcisista y en una contaminación del yo con la ansiedad social. El ideal del yo contiene, según indicó Freud (1914) no sólo un componente individual, sino también uno social.

El ideal del yo, cuando menos en su forma típica y predominante, tiene sus raíces en la identificación con el padre del mismo sexo. Recibe un impulso decisivo formativo durante el paso del complejo edípico, cuando el niño cesa de clamar la igualdad con su padre o madre y concentra sus esfuerzos en ser y convertirse en él. La identificación primitiva que desecha la distinción entre sujeto y objeto, es reemplazada por la identificación con partes abstractas de objeto, tales como cualidades, valores, actitudes. Estas identificaciones ganan gradualmente ascendencia sobre sus precursores de emulación del cuerpo o partes del cuerpo y una idealización global del padre o la madre. Greenacre (1958) se refirió a este periodo diciendo "es, por tanto, el periodo en que principia la formación del ideal, tanto por identificaciones parciales, postergaciones, anticipación, como por un aumento en la oportunidad de experimentación y ensayo de la realidad externa". La observación analítica de casos de la adolescencia tardía o de la postadolescencia revela la vinculación edípica negativa, es decir, el componente homosexual, que no ha sido transformado en formación de ideal del yo, con el resultado de que el proceso adolescente se quiebra bajo

el impacto de una fijación sexual infantil. Retornaremos más tarde al rol del ideal del yo en la adolescencia y su significación para la resolución de las ligas homosexuales infantiles. El yo ideal gradualmente toma algunas funcionales del superyo. Este cambio tiene lugar en su forma más dramática durante la adolescencia, cuando la relación yo-superyo está bajo una revisión radical, es decir durante las fases en que se aflojan las ligas a objetos tempranos o cuando ocurre el despegue decisivo del padre edípico. Ciertamente, aun en la adolescencia, como ha dicho Anna Freud (1952), las actitudes del yo y del superyo son susceptibles de alteraciones. Los elementos del superyo se vuelven de este modo positiva o negativamente modificados y se integran dentro del yo ideal. Las identificaciones del periodo adolescente juegan un papel principal al dar al yo ideal un contenido adicional y una dirección específica. Normalmente carecen de la característica irracional del superyo y son, por definición, sintónicas al yo.

El modelo libidinal de "yo amo lo que yo quisiera ser" establece una calidad narcisista completa; esto fue descrito anteriormente en términos de la fase homosexual de la temprana adolescencia. El heredero de esta fase es el ideal del yo en su organización final. Así el ideal del yo avanza al estado de una institución yoica por la transformación de la libido objetal homosexual en la libido yoica y en el estado concomitante de sexualidad completa que se encuentra en la polaridad heterosexual. Esta modificación crucial, por un lado cierra la puerta a una autosuficiencia bisexual (autograndiosidad megalomaniaca, propia de la adolescencia), y por otro lado a la elección de objeto narcisista; es decir, homosexual. Acerca de esto, Freud (1914) dijo: "De este modo grandes cantidades de libido de tipo esencialmente homosexual son absorbidas en la formación del ideal del yo narcisista y encuentran salida y satisfacción en mantenerlo." Parece ser que el desarrollo del yo ideal en la adolescencia ha recibido atención

insuficiente en términos de la influencia que ejerce sobre la estabilización de la masculinidad y la femineidad y *pari passu* en el carácter del yo. Benedek (1956, b) mencionó un conflicto típico de la joven moderna que intenta integrar fines opuestos en su personalidad: un ideal del yo masculino (activo) que es rígidamente opuesto a la regresión como un paso esencial en el desarrollo de la maternidad. Benedek (1956, b) continúa: "A través de la integración de aspiraciones masculinas, la mujer moderna ha adquirido un superyo estricto."

Cualquier discrepancia entre el ideal del yo y la autorrepresentación es sentida como una disminución en la autoestima; este estado puede asumir proporciones intolerables. En el adolescente observamos con frecuencia una formación de autoimagen con reacciones "paranoides" causadas por una identificación hostil con una imagen paterna degradada. Este estado es seguido por una restitución narcisista del ser depreciado; y sólo de este modo son capaces ciertos adolescentes de contrarrestar la autocrítica y las reacciones negativas del medio ambiente que incesantemente le acechan. Helene Deutsch (1954) ha discutido este problema en relación con la psicología del impostor.

6. *Cambios catécticos*

El retiro de catexis de objeto y su desviación en el ser ha sido descrito por varios autores como típico de la adolescencia (Bernfeld, 1923; Landauer, 1935; A. Freud, 1936; Hartmann, 1950, b). En este caso, el yo toma al ser como objeto. Existe, como Freud estableció "una cierta reciprocidad entre la libido yoica y la libido objetal. Entre más sea absorbida por una, más se empobrece la otra." El cambio libidinal en la dirección del ser lleva a un aumento en el narcisismo secundario, con una función dañada de la prueba de realidad.

Los esfuerzos del yo para contrarrestar el retiro de la

libido objetal que necesita el conflicto emocional son inflexibles. La fenomenología de estos esfuerzos se describió anteriormente en la discusión de las fases de desarrollo: todas ellas se dirigen a detener una quiebra con la realidad. El alejamiento del mundo externo, con la resultante inflación narcisista, puede precipitar estados mentales con cualidades de tipo psicótico; esta condición fue primeramente mencionada por Bernfeld (1923). Estos estados normalmente transitorios disminuyen cuando la libido objetal es otra vez vertida hacia afuera y se invierte en nuevos objetos en el mundo exterior. Los cambios en esta condición semejan al cese gradual del autoerotismo (masturbación) y a la vuelta a la heterosexualidad.

La típica duda adolescente, "¿quién soy yo?", representa la experiencia subjetiva de este cambio catéctico. La pérdida del sentido de identidad que los adolescentes frecuentemente describen como sentimientos de despersonalización —"Este no soy yo"; "No siento nada"— sigue al retiro de catexis objetal. Este estado se agrava cuando la separación emocional del padre representa el abandono de una fuerte relación narcisista en la que dependía casi exclusivamente el sentido de identidad para su regulación y mantenimiento. Así, la ruptura de una liga de objeto necesariamente envuelve, más o menos seriamente, una fragmentación o pérdida del sentido de identidad. Federn (1929) en sus investigaciones de los fenómenos de extrañamiento complementa estas consideraciones enfatizando que la pérdida de objeto induce a una angustia narcisista concomitante, y que los estados de ánimo que siguen a tal pérdida son un signo saludable de la lucha entre la autosuficiencia narcisista (negación del mundo externo) y la libido objetal dirigida. Clínicamente podemos observar que los proverbiales cambios de ánimo de los adolescentes declinan cuando la libido objetal es otra vez dirigida hacia afuera, después de un periodo de incrementado narcisismo.

La pérdida de objeto que experimenta el adolescente en relación al padre de su infancia, esto es, en relación con la imagen de los padres, contiene rasgos de duelo. Esta pérdida adolescente es más definitiva e irrevocable que la que ocurre al final de la fase edípica. Root (1957) ha mostrado que "el duelo es una tarea psicológica importante en el periodo de la adolescencia." Este trabajo del duelo envuelve al yo en reacciones bien conocidas. Es responsable, en parte, de los estados depresivos de los adolescentes; también lo es de la dolorosa reacción del aplazamiento del afecto. Para completar el trabajo del duelo se requiere repetición y tiempo. La aparición de estados de regresión narcisista al servicio del trabajo del duelo constituye entonces una reacción positiva, y presagia el desarrollo de un yo fuerte.

Hartmann (1950, b) formuló una distinción significativa entre las varias formas del retiro de la libido de la realidad. Debe ser considerado, subraya, "si la parte de la resultante autocatexis localizada en el yo está aún cerca de la sexualidad o si ha sufrido un cabal proceso de neutralización. Un aumento en la catexis yoica neutralizada no es probable que cause fenómenos patológicos; pero cuando está abrumada por insuficiente energía instintiva neutralizada se puede producir este efecto (bajo ciertas condiciones)". Esta distinción puede causar los diferentes resultados que son posibles en el alejamiento de la libido del mundo externo; es decir, de las consecuencias relativamente benignas o patológicas de este cambio catéctico.

Las actividades yoicas típicas de esta fase del retiro de la libido tienen el propósito de proveer, por autoestimulación, ese sentimiento yoico que es esencial para el mantenimiento de los límites del yo y la preservación de la continuidad yóica. Ordinariamente, el mundo externo provee esta estimulación. En referencia a la adolescencia, Landauer (1935) habla de un "sentimiento yóico elevado" con lo que quiere decir que surgen estados afectivos que proveen un sentir de intensas expe-

riencias yoicas. Estos sentimientos yoicos elevados están dirigidos a contrarrestar el empobrecimiento del yo, que es causado por la "decatexis del mundo externo" (A. Freud, 1936) o, más bien, por la decatexis de representaciones de objeto en el yo. Este estado de empobrecimiento del yo parece estar sujeto a fluctuaciones (cambios de humor) que reflejan los éxitos, o fracasos para aflojar las ligas de objeto infantiles.

Este rápido cambio y la inestabilidad de estos estados yoicos son característicos de la fenomenología de la adolescencia: en este periodo del desarrollo, la falta de cambio y la inestabilidad no indican un yo débil o fragmentado, sino más bien representan los intentos alertas del yo por salvaguardar la integridad, la cohesividad y el contacto con la realidad. El desarrollo adolescente se caracteriza por progresos oscilantes, regresiones y estancamientos; me referí con anterioridad a estos estancamientos en términos de "acciones de contención" que consolidan u organizan los cambios y los logros internos antes de que estos se articulen en el medio ambiente. El aspecto positivo del retiro de la libido del mundo externo se ve en el "dominio interno" por el pensamiento, en los estados experimentales de sentimiento, autoobservación, y en los cambios catécticos en el yo con relación a las representaciones del ser y de objeto; todas estas son etapas preparatorias para un cambio decisivo hacia el mundo objetal, que ocurren antes de que el "dominio externo" se inicie. Las etapas preparatorias y anticipadas de cambio interno aseguran un éxito más probable en la adaptación a la nueva realidad.

7. *La etapa de consolidación*

La prueba decisiva para el yo, al menos en lo que concierne a su capacidad integradora y sintética, llega con la adolescencia tardía: la fase de consolidación de la personalidad en términos de intereses yoicos fijados y

preferenciales, así como de necesidades de amor altamente personalizadas. Estos esfuerzos integradores del yo son transferidos a la postadolescencia con el objeto específico de activar las ganancias internas sobre el medio ambiente. Varios observadores de la adolescencia se han sorprendido ante el hecho de que el periodo de reorganización emocional es seguido por un periodo durante el cual los procesos yoicos integradores y adaptativos absorben gran parte de la energía psíquica. Wittels (1948) se refirió a una "segunda latencia" Braatöy (1934), a un "interregnum"; Erikson (1956), enfatizó el periodo de tiempo que requieren los procesos integradores yoicos y su integración en el medio ambiente y llamó a este periodo, el "moratorio" adolescente.

Establecimos con anterioridad que los conflictos, al fin de la adolescencia, sólo están parcialmente resueltos; pero a pesar de esto, se logra una síntesis que prueba ser altamente individualista y estable. Podría decirse que ciertos complejos conflictivos adquieren el rango de un leitmotiv al resultar yosintónicos. De cualquier modo, estoy convencido de que esta síntesis definitiva del yo al fin de la adolescencia, incorpora remanentes no resueltos (traumáticos) de la temprana infancia, y de que estos remanentes dinámicamente activos proveen a su vez de una fuerza impulsora determinante (compulsión de repetición) que se hace aparente en la conducta vital. Estos procesos yóicos se experimentan subjetivamente como la conciencia de una existencia significativa y llena de propósitos. La organización intrasistemática del yo es afectada por procesos de diferenciación y estratificación, es decir, los intereses yoicos se definen más estrechamente, con el resultado de que se pone alto al panorama ilimitado "de vidas posibles". Esta organización marca el fin de un estado infantil que es típico hasta la adolescencia propiamente tal y aún durante ella.

La consolidación al fin de la adolescencia se acompaña de represiones que producen un estado de amne-

sia reminiscente de los principios del periodo de latencia. Sin embargo, hay una diferencia esencial entre ambos: al fin de la temprana infancia, los recuerdos son más cercanos a las emociones experimentadas, y los hechos son profundamente reprimidos. En contraste, al fin de la adolescencia, los recuerdos contienen detalles precisos de los hechos, pero las emociones experimentadas son reprimidas. Esto fue ilustrado por un paciente de 21 años, quien dijo: "Recuerdo ese maravilloso sentimiento cuando tenía 5 ó 6 años —aún puedo sentirlo— de que podía yo volar arriba y abajo en la escalera." Los detalles de hechos en este periodo no son recordados. En relación con sus recuerdos de la adolescencia, continuó: "Recuerdo claramente que mi amigo y yo nos masturbábamos y tratábamos de observar los espermatozoides en el microscopio. Pero el único sentimiento que puedo recordar es la vergüenza de haber manchado el tapete cuando eyaculé". Con frecuencia se ha hecho notar que la reconstrucción de la vida emocional adolescente merece mayor atención de la que generalmente se le da en el análisis de los adultos.

Las alteraciones yoicas anteriormente mencionadas, que son esenciales para el logro de la edad adulta, abruman considerablemente la capacidad sintética e integradora del yo; por lo tanto, la mayor mortalidad psíquica de la adolescencia cae dentro de esta fase. La psiquiatría descriptiva del pasado designaba a la demencia precoz como la condición psicótica que tiene típicamente su comienzo en la adolescencia. Braatöy (1934) en un estudio de hombres entre 15 y 25 años comentó la frecuencia de psicosis (esquizofrenia) que ocurría en los varones "exactamente en aquellos años en que el sujeto debería empezar a practicar aquello que hasta entonces sólo había sido entrenamiento, sueño y trabajo escolar".

Siempre que el yo resulta victorioso en la lucha de esta fase, una legítima gratificación narcisista —orgullo, autoconfianza y autoestimación— da durabilidad y estabilidad a la realización. El estudio del yo al fin de

la adolescencia ha apoyado crecientemente la opinión de que la rectificación y los cambios reparativos pueden ser instituidos espontáneamente en una fase de desarrollo tan avanzada como la adolescencia tardía. Estudios (Beres y Obers, 1950) de niños que sufrían privaciones extremas en la infancia han indicado que la "distorsión de la estructura psíquica" que habían experimentado no se había fijado inmutablemente. Aun tan tarde como la adolescencia, los procesos reparativos contrarrestaron por lo menos parcialmente los tempranos déficits y llevaron a cabo un considerable crecimiento en las funciones yoicas. Aún es una incógnita si los factores que permiten a los niños hábiles que fueron severamente lesionados emocionalmente en la temprana infancia pueden llevar a cabo cambios reparativos significantes en su adolescencia a pesar de lo anterior.

El yo en la adolescencia tiene la tarea de contrarrestar la influencia destructora del trauma infantil mediante una solución patológica; esto lo logra gracias al empleo de mecanismos estabilizadores y, finalmente, por procesos de diferenciación, estratificación e integración, que son las marcas de contraste psicológicas de una personalidad cohesiva. La individualidad es determinada por el conjunto específico de temas conflictivos (traumas) que se han vuelto aspectos del yo permanentes e integrados. Su solución está destinada a ser la tarea de toda una vida.

8. *El yo y el ser*

Con el concepto del ser tocamos un fenómeno totalmente nuevo en el desarrollo del yo en maduración. Desde luego, no quiero decir que el ser toma forma en la adolescencia, de cualquier modo, en este periodo el ser sí adquiere una cualidad que hasta aquí no poseía.

Los observadores clínicos de la adolescencia han aludido frecuentemente a una formación cualitativamente

nueva en la vida mental de la adolescencia tardía que no puede ser explicada solamente por el hecho de que el desarrollo psicosexual ha progresado a una primacía genital. Un nuevo nivel de homeostasis en el aparato mental es evidente. Esta circunstancia sugiere que la estabilidad no está basada tan sólo en la declinación de conflicto o en la sintonicidad yoica de tensiones específicas —como fue descrito anteriormente—, sino que la innovación refleja un principio organizador de un orden nuevo, aquí designado como *el ser*. "Necesitamos un término", dijo Grinker (1957), "para aplicar a un proceso supraordenado, cuyas funciones en la integración de los subsistemas, incluyendo las muchas identificaciones que constituyen el yo, el ideal del yo, el superyo, y la organización de conducta en roles sociales accesibles. El término más adecuado y disponible es el ser." Parafraseando un axioma de la psicología de la gestalt, que establece que el todo es más que la suma de sus partes, se puede decir que el yo al final de la adolescencia es más que la suma de su abandonada catexis objetal o la suma de sus identificaciones; en breve, una nueva formación o, más bien, un nuevo principio organizador ha surgido que puede ser definido en términos del ser.

Para una definición del ser, me referiré a Jacobson (1954): "Por un concepto realista del ser nos referimos a uno que refleja correctamente el estado y las características, las potencialidades y habilidades, las ventajas y los límites de nuestro yo corporal y mental: por un lado, de nuestra apariencia, nuestra anatomía y nuestra fisiología; por otro lado, de nuestros pensamientos y sentimientos conscientes y preconscientes; de nuestros deseos, impulsos y actitudes; de nuestras actividades físicas y mentales." Debe acentuarse que el ser tiene una larga historia individual y no emerge como una formación psíquica en la adolescencia. Lo que es nuevo en la entrada de la edad adulta es la calidad del ser, su relativa estabilidad y el efecto que ejerce en la prueba de realidad y en la autoevaluación realista como la base

del pensamiento y la acción. Subjetivamente, el joven adulto siente que es una persona diferente después de que la turbulencia adolescente ha pasado. Se siente "él mismo", siente una unidad de experiencias internas y externas en vez de los fragmentados excesos de su adolescencia. Todo esto asciende a una autoexperiencia subjetiva que Erikson (1956) ha descrito como "identidad del yo". Spiegel (1958) comenta sobre el hecho de que por esta época —la etapa que cierra la adolescencia— "la elección sexual manifiesta, se lleva a cabo."

Al final, la etapa de la adolescencia tardía en la organización del ser puede ser comparada a un proceso de individuación similar al que ocurre cuando el infante de casi ocho meses experimenta la separación del medio ambiente en términos de "yo" y "no yo", que no toma en cuenta al objeto (Spitz, 1957); este paso en la diferenciación yoica precede por varios meses la distinción entre ser y objeto. Ambos procesos de individuación tienen en común la resistencia progresiva al efecto desorganizador de estímulos internos y externos (barrera de estímulos), y consecuentemente una creciente independencia de la madre a través de la distinción entre imagen y representación mental.

El ser es igualmente centrífugo y centrípeto en sus aspectos perceptivos y cognoscitivos. "Todo autoconocimiento combina el conocimiento yoico de la propia persona matizado con la conciencia de la reacción de los otros hacia él" (Spitz, 1957). Mientras que para el infante las limitaciones físicas establecen el ser físico como el centro del autoconocimiento, para el adolescente la formación del ser depende del reconocimiento de su ser emocional, intelectual, social y sexual. En otras palabras, el ser como una entidad efectivamente organizada depende de la renuncia a la megalomanía infantil y a los poderes mágicos. Este proceso puede también ser visto en términos de objetivación progresiva.

La dificultad de renunciar a la inflada autoimagen de la infancia se subestima generalmente. Sólo puede

ser valorada correctamente si el confort y el gusto derivados del estado yoico acompañante se toman en cuenta. La fusión entre el ser y el objeto representa una identificación primitiva que le permite a uno hacer a un lado los aspectos dolorosos e indeseables de la realidad y del ser. Así, es posible el participar de los atributos y cualidades del objeto; esto, sin embargo sólo se logra al precio de falsificar la realidad interna y externa.

Se entiende entonces que los límites firmes entre la catexis dirigida al ser y la dirigida al objeto son esenciales para una constante percepción de la realidad. Una fluidez en la corriente catéctica de las representaciones de ser a las de objeto, o al reverso, impedirá la estabilidad del ser: o la representación del ser se viste con las propiedades del objeto, o las propiedades del ser son impartidas al mundo objetal. En ambos casos, la facultad para probar la realidad (sentido de realidad) se ve perturbada; los cambios de humor alterarán constantemente el sentido de ser, y por lo tanto determinarán la actitud y la perfección del yo sobre el mundo externo (Jacobson, 1954). La influencia de los adultos sirve a los niños como un regulador que mantiene la fluidez catéctica bajo control; éste es otro de los motivos por los que un niño depende de la autoridad normativa del adulto.

La vida mental de muchos adolescentes —y esto es particularmente cierto en los casos de adolescencia prolongada— hace reaparecer el recuerdo de relaciones de objeto tempranas y las consiguientes fantasías de estar "uno con el otro", imitando gestos y afectos del objeto de amor sin relacionarlos con sus aspectos funcionales: por ejemplo, al adolescente no le importa la distinción entre la realidad externa y el ser. Se recurre a esta maniobra de rescate cuando el adolescente está amenazado por una derrota narcisista a manos de un ideal yoico inflado. Este método arcaico de habérselas con la frustración está dirigido a la adquisición, por medio de la

identificación primitiva (fusión temporal), de un mínimo de autoestima que permita hacer a un lado los aspectos desagradables de la realidad. Todo lo que el adolescente logre por estos medios le producirá sólo un falso sentido de seguridad. En lugar de la formación de un ser estable basado en límites firmes entre el ser y el objeto, ha recurrido a identificaciones primitivas basadas en el debilitamiento de estos límites, y vive en un estado que subjetivamente siente como la pérdida del sentido de identidad. Los estados temporales parecidos al que acabamos de referirnos son fenómenos normales de la adolescencia. La exaltación omnipotente que el niño experimentó cuando las representaciones de ser y las de objeto se fusionaron en un estado de grandiosidad ideal, así como la desilusión hacia los padres y la formación de una imagen paterna degradada resultante en autodegradación y un sentimiento de devaluación... todas estas vicisitudes típicas de la infancia del ser tienen contrapartes macrocósmicas en la adolescencia, cuando todo el mundo tiene que participar en reflexiones similares de los cambios catécticos que ocurren en el ser. Estos cambios catécticos dentro del yo contribuyen al sentimiento cambiante del yo y a los cambios de humor del adolescente (Jacobson, 1957). En caso de que el componente agresivo destructivo de catexis objetal en conjunción con la representación degradada de objeto desvíen permanentemente al ser, la conducta adecuada del adolescente tomará un curso autodestructivo, autohumillante y ruinoso. Erikson (1956) ha llamado a este fenómeno "identidad negativa del yo".

Los peligros del paso a través de la adolescencia parecen residir en el hecho de que la separación de ligas de objeto infantiles implica el retorno a relaciones de objeto tempranas, durante el esfuerzo por la separación. En el curso de esta reorganización, los límites entre las representaciones del ser y las de objeto, se tornan necesariamente borrosos. Los cambios catécticos producen perturbaciones de afecto e identidad, que se eliminan

sólo cuando los límites son establecidos firmemente de nuevo. Lo defectuoso o incompleto de la aguda distinción entre las representaciones de objeto y de ser en el yo no permiten la consolidación exitosa de la personalidad. Si vemos el mismo dilema adolescente desde otro ángulo, podemos decir que la dificultad consiste en sobreponerse a la ambivalencia básica que se deriva de procesos proyectivos-introyectivos de modalidad oral. No necesitamos repetir que las relaciones de objeto preedípicas son altamente ambivalentes; esta condición se refleja en la inestabilidad emocional típica de la adolescencia.

Las representaciones de ser y de objeto no adquieren límites firmes, es decir no resisten los cambios catécticos, o, en otras palabras, la constancia de la autoestimación y sus controles internos regulatorios (superyo e ideal del yo) para su mantenimiento, no son totalmente efectivos sino hasta el fin de la adolescencia. De hecho, el fin de la adolescencia se define por la terminación de este proceso. Esta terminación se evidencia en la disminución de cambios de humor adolescente y en un cambio de las actitudes extremas de idealismo y cinismo, a una actitud que automáticamente toma en cuenta la realidad. Las expectaciones infladas y las desilusiones fatales en el ser son reemplazadas gradualmente por la adquisición de metas razonables y por la aceptación de logros y gratificaciones que están al alcance de un ser correctamente percibido. Así, se delimita un área operacional dentro del alcance de la autorrealización, cuyos límites son determinados por factores tales como dotes, circunstancias y tiempo.

En esta etapa de maduración el yo "logra al menos una victoria parcial en el principio de realidad, no sólo sobre el principio del placer, sino también sobre el idealismo exagerado y, por tanto, sobre el superyo" (Jacobson, 1945). Como mencionamos con anterioridad el ideal del yo acapara algunas de las funciones del superyo, sirve como guía y da dirección al yo; al mismo tiem-

po que la libido homósexual y ofrece una corriente de provisión narcisista en términos de valores abstractos, construcciones ideacionales y metas concretas. La realización de estas metas, o más bien su aproximación, su afirmación y seguimiento, son impresas en el yò con intolerancia menos exacta de la que permite la dominación del superyo. Los límites firmes entre las representaciones de ser y de objeto (frecuentemente descritas como fronteras yoicas) separan al individuo del mundo externo. La formación del ser al fin de la adolescencia permite al individuo la persecución independiente de intereses yoicos y la seguridad de descarga tensional dirigida a los objetos. Igualmente pone al individuo frente a sus limitaciones realistas, y la realización de la condición humana. Conrad Aiken (1952) habla de este momento del destino en su autobiografía: "Ser capaz de separarse de su propio pasado, de su medio ambiente, era el descubrimiento más excitante de que era capaz la conciencia. Y, sin duda, por la misma razón de que es el descubrimiento de los propios límites y es, implícitamente, el primer y más fuerte contacto con la muerte." Las dos diosas griegas, Tyche y Ananke, los principios filosóficos de Fortuna y Necesidad, reemplazan a las figuras paternas y son las fuerzas ante las que el hombre se inclina. El sentido de lo trágico no se desarrolla sino hasta el fin de la adolescencia. El niño sólo experimenta un sentimiento por lo feliz o lo triste, lo justo o lo injusto, lo encantador o lo horrible, lo bueno o lo malo. Aun un niño genio como Mozart no pudo expresar en su música la dimensión de lo trágico, sino hasta completar su adolescencia.

Un aspecto de la autorrepresentación que requiere consideración especial en la adolescencia es la imagen corporal. El niño joven está siempre consciente de su cuerpo en lo que concierne a tamaño, habilidades, diferencias sexuales, y áreas de sensación prohibidas y aprobadas; estos varios componentes, incluyendo sus catexis, están unifacados en la imagen corporal. Con la

maduración de los genitales y la aparición de características sexuales secundarias en la pubertad, la conciencia del cuerpo se revoluciona y la imagen corporal es revisada radicalmente. Este cambio está acompañado frecuentemente de sentimientos temporales de despersonalización. Anna Freud (1958) se refirió al hecho de que la libido, catectizando las representaciones mentales de partes corporales, produce sensaciones y sentimientos hipocondriacos. La maduración precoz, retrasada o asimétrica puede introducir perturbaciones severas en la imagen corporal, conducentes a disfunciones del yo, que vemos frecuentemente en fracasos escolares. El efecto directo de la deformación o defecto de la imagen corporal sobre el quiebre de las funciones yoicas —con una intervención mínima de la ansiedad conflictiva— ha sido estudiado por el autor en casos adolescentes de criptorquidia (Bloss 1960). El material del caso demostró cómo el defecto genital de criptorquidia, agravado por el medio ambiente, resulta en una imagen corporal deformada, vaga e incompleta que, a su vez, ejerce una influencia patogénica en el desarrollo del yo. En estos casos, el sentido de identidad bisexual refleja la realidad física de anatomía incompleta. La perseverancia de la imagen corporal femenina y la defensa de la castración (rendición de partes corporales) está relacionada directamente más bien con la realidad corporal, que con un impulso psicológicamente integrado y con la organización yoica. Esto se evidenció cuando la confusión de la imagen corporal probó ser reversible después de una intervención operatoria.

Una influencia correctiva y directa en la imagen corporal —componente de la autorrepresentación— y la influencia indirecta sobre las funciones yoicas es, sin duda, posible en la adolescencia. Lo que frecuentemente parece ser un conflicto endopsíquico es, de hecho, el resultado de confusión en la realidad corporal, agravada por el temor a la realidad, por ejemplo, la anormalidad. Consecuentemente, las crisis de maduración en los

cambios corporales apropiados del sexo en la pubertad tienen un efecto benéfico directo en las funciones yoicas, tales como aprender, pensar, y probar la realidad. Los cambios corporales apropiados del sexo en la pubertad pueden rectificar, al menos parcialmente, una autoimagen deformada con lo cual las defensas implicadas se vuelven innecesarias. Inútil es decir que tales crisis en la maduración puberal retrasada o inapropiada refuerzan la ansiedad infantil del cuerpo intacto que constituyen puntos duraderos de vulnerabilidad.

La psicología del ser fue enriquecida por un estudio que llevó a cabo Spiegel (1959) en relación con problemas perceptivos. La novedad del enfoque de este estudio reside en la aplicación de la psicología perceptiva, es decir de la psicología de la Gestalt, a la percepción interna de la propia persona (autorrepresentaciones); proceso que puede estar sujeto a vicisitudes análogas. El concepto de la "armadura" es empleado por la psicología de la Gestalt para estudiar la estabilidad o inestabilidad —en esencia la relatividad de las devaluaciones perceptivas. Parece ser que la valuación subjetiva es gobernada por una armadura que puede escalafonarse desde un punto cero de referencia. Con una armadura diferente, las percepciones del mismo objeto son juzgadas diferentemente. La constancia de percepción depende de la constancia de proporción entre el precepto y la armadura de referencia.

Al aplicar estos hallazgos al campo de la percepción interna, Spiegel se refirió al ser como a una armadura. Concluye que "el significado operacional del concepto 'ser', es su función como armadura. Este marco constante de referencia (el ser) actúa así como volante estabilizador para vencer la discontinuidad perturbadora de autorrepresentaciones intermitentes." La interrelación de autosentimiento y la constancia de percepción interna son significativas para el entendimiento de las oscilaciones adolescentes en el autosentimiento, y la estabilización final del autosentimiento al fin de la adoles-

cencia. Mientras que las autorrepresentaciones simples catectizadas con nuevas cantidades de energía narcisista o agresiva no sean "fusionadas por el yo para convertirse en parte del ser", no existe marco de referencia estable sobre el que pueda depender la estabilidad de autosentimiento. Cuando se fija finalmente un nuevo nivel catéctico del ser, "se reestablece una proporción estable entre la autorrepresentación simple y el ser. Esto ocurre en especial hacia el fin de la adolescencia, cuando principia a surgir un autosentimiento relativamente balanceado". Así se hace aparente la hipótesis de Spiegel en relación al concepto de Jacobson sobre los cambios catécticos entre los elementos constitutivos del ser.

La naturaleza y función del ser han sido presentadas aquí porque parece que el concepto del ser es un instrumento conceptual y de investigación en el estudio de la adolescencia. La exploración extensiva de las defensas durante el periodo adolescente ha dado lugar a la investigación del ser en sus aspectos genéticos y patológicos, y al estudio de organización y reestructuración psíquica que complementa la concentración del conflicto instintivo como rasgo preponderante del proceso adolescente.

VI. DETERMINANTES DEL MEDIO AMBIENTE

Ha sido siempre una proposición básica de la teoría psicoanalítica el hecho de que la estructura psíquica tiene su origen en la conciencia del niño de la separación del "yo" y el "no yo", del ser y el objeto, del yo y la realidad externa. "Los rudimentos del yo, según surgen gradualmente en la primera mitad del primer año de vida, toman su patrón de las condiciones del medio ambiente que han impreso su huella en la mente del infante por medio de sus experiencias tempranas de placer y dolor, condiciones que se internalizan por sí mismas en la estructura del yo" (A. Freud, 1954).

La dependencia del niño del cuidado materno, en la alimentación, y en la estimulación de los sentidos para su maduración normal, son todas condiciones que dan al mundo objetal un aspecto intrínseco de existencia infantil. Se entiende que una situación social es la condición para el desarrollo psicológico. El desarrollo psicosexual del niño que ciertamente sigue un plan de maduración física puede efectuar sólo aquellas transformaciones que aseguren el crecimiento emocional del niño, si el medio ambiente provee oportunidades concomitantes para la elaboración psíquica de impulsos instintivos. Hablar del "hombre instintivo" es tan incorrecto como hablar del hombre social, a menos que tenga uno en mente el que ambos son sólo abstracciones parciales y recíprocas del "hombre total".

El medio ambiente del niño está representado siempre y doquiera por las prácticas y las actitudes específicas con las cuales algunas personas significativas responden a sus necesidades físicas y emocionales. El mundo externo es modelado inicialmente en congruencia con el esquema corporal, cuya representación mental es el yo corporal. Esta orientación espacial y sensorial básica se fija permanentemente en la analogía incons-

ciente del esquema corporal con el mundo externo y nunca pierde su arcaica similitud asociativa. Son interesantes las indicaciones de Peto (1959) a este respecto: "El simbolismo en los sueños y el folklore indica que el hallazgo y la valuación de la realidad externa está determinada, en gran parte, por el reencuentro del propio cuerpo en el medio ambiente. Por lo tanto, la imagen corporal es de importancia decisiva en la comprensión del mundo a nuestro alrededor. Las peculiaridades en la imagen corporal propia pueden causar la concepción de un mundo que es diferente al visualizado por el ser humano promedio."

La realidad reside en las representaciones mentales del mundo externo —el medio ambiente— que contiene objetos, valores e ideas significativas que se vuelven familiares al niño. Estas representaciones mentales, debido a su variada catexis, se convierten en base para el juicio, la motivación y el conflicto. Al describir los procesos psíquicos en el hombre, siempre se implica una referencia social, pues sin ella no existe la vida psíquica. El hecho de que la vida psíquica brote de la interacción entre especímenes biológicos, incluyendo la dotación instintiva, y la intervención del mundo externo, no deja duda sobre su función complementaria. Existen grados de complejidad, mas no existen alternativas en cuanto a la prioridad. La internalización del mundo externo, la creciente independencia del medio ambiente, la desplegante dependencia de instituciones mentales, de complejas funciones mentales tales como el fantasear, la formación simbólica (habla), y el pensamiento: todos estos procesos en sus vicisitudes genéticas, dinámicas y estructurales, han sido motivo especial de investigación psicoanalítica.

Las primeras reacciones del infante al medio ambiente son únicamente reflexivas. Con el desarrollo de las huellas de memoria a la par de la maduración del sistema sensorial se establece una distinción entre los mundos interno y externo, entre el "yo" y el "no yo". Los

procesos de maduración tales como la creciente coordinación muscular, por ejemplo, el caminar, estimulan el reconocimiento del mundo externo, y la conciencia selectiva del mismo. La realidad externa es siempre diferente en lo que concierne a una especificidad señalada o significativa para los diferentes individuos, y esta distinción persiste a lo largo de la vida a pesar del hecho de que los individuos participan en similitudes consensuales de comportamiento y actitudes que constituyen una unión empática entre miembros de la misma cultura. Las semejanzas primitivas por las cuales los individuos ven el medio ambiente se basan en el hecho ambivalente de que, por un lado, comparten una estructura y funcionamiento corporal, y por el otro, ejercitan los mismos impulsos instintivos en relación con su medio ambiente básico. Esta unión genética se hace cada vez más borrosa a medida que las instituciones mentales adquieren un estado de autonomía progresiva, pero se puede hallar la huella de esta unión en los sueños, el habla (metáfora, símil) y la fantasía. Los procesos psíquicos, al igual que las estructuras psíquicas, son los mismos más o menos para todos los individuos de una cierta sociedad; sin embargo, las emociones asociadas y el contenido psíquico difieren enormemente, y sus variaciones y manifestaciones son sin duda ilimitadas.

A estas alturas deseo hacer mención de cómo "embona" el organismo humano en su medio ambiente social, un proceso al que Hartmann (1950, a) llamó "el medio ambiente promedio esperado" al cual el organismo se ha preadaptado; un medio ambiente que es precondición para la supervivencia. El medio ambiente promedio esperado está en consonancia con el equipo físico y mental del niño. Sin duda, la interacción entre ambos, apoyada y dirigida por la maduración y el desarrollo, efectúa procesos de diferenciación cuya complejidad es creciente. Hartmann (1950, a) se refiere a este fenómeno como "acatamiento social". De cualquier modo, la interpretación del medio ambiente en términos de

la conciencia selectiva y los recuerdos obligatorios constituyen los rudimentos del aprendizaje, y es vigilado por las personas significativas en el mundo del niño. Estas figuras significativas proveen el contenido yoico y efectúan su estructuración; son responsables de la selección de los preceptos que se catectizan y de las representaciones mentales del mundo externo, de las cuales hace el niño conocimiento especial y hacia las cuales no puede menos que reaccionar. El principio de realidad recibe una dimensión adicional después del establecimiento del ser rudimentario sobre la base de la valuación compartida e idéntica (estudiada) de eventos, objetos y sentimientos. La identificación con las figuras parentales establece una creciente experiencia de la constancia del mundo externo, proceso que es estimulado y estabilizado por la formación de símbolos, en especial por el uso del lenguaje. Sólo después de la renunciación a la ambivalencia primitiva puede el niño tomar en cuenta los sentimientos y motivos de los demás. Sólo entonces podemos ver aquello que Fenichel (1945, a) llamó el "componente racional del temor social". Continúa diciendo que "el juicio objetivo de las reacciones probables del medio ambiente, debe suplantar, en las personas normales, a las reacciones rígidas y automatizadas del superyo en el periodo de latencia y en la adolescencia. El desarrollo total del principio de realidad incluye cierta reproyección razonable de partes del superyo al mundo externo.

Cada niño conoce la conducta que el medio ambiente espera de él, y usa este conocimiento para lograr la gratificación máxima. La postergación, por ejemplo, de la tolerancia de tensión, y la habilidad de anticiparse al futuro juegan también parte esencial en este proceso. Los estímulos inaceptables de fuentes internas o externas se ven bloqueados para una descarga directa y efectúan cambios internos, por ejemplo, formaciones reactivas. Por otro lado, también contribuyen al mundo privado del pensamiento, la fantasía y el sentimiento, que

presta calidad individual a cada experiencia. Las modificaciones que sufren las actitudes del yo y el superyo por las condiciones sociales han sido ampliamente demostradas por estudios clínicos y antropológicos.

Podemos decir que los aspectos componentes del medio ambiente son experimentados de modo diferente por los diferentes individuos, de lo cual concluimos que el ambiente es lo que se percibe, mientras que la realidad es lo que se catectiza. Se puede añadir que en el primer caso se catectiza el órgano sensorial y en el segundo el precepto. Consecuentemente la realidad, en el sentido psicológico, es sólo un fragmento del medio ambiente; este último, como está supraordinado, es infinito teóricamente. Sin embargo, la dicotomía entre la percepción interna y la externa permanece inalterable. La capacidad de comprobación de la realidad al igual que el sentido de realidad, se originan en la fijación de esta separación. Cada cultura posee una imagen idiosincrásica, de patrón del mundo externo, que transmite al niño. La relatividad de la realidad en términos de descripción, valuación, conocimiento, y aspectos emocionales ha sido demostrada por el psicoanálisis, la psicología, la antropología y la sociología. La congruencia consensual de la realidad sigue siendo un asunto estadístico. Lo que frecuentemente parece un comportamiento social racional e idéntico —como el conformarse a la ley—, tiene muchas y muy variadas motivaciones si lo vemos en relación a la personalidad social. El uso uniforme de la lógica y la causalidad establece a la realidad objetiva en su sentido científico y definitivo.

El psicoanálisis ha estudiado las formas en que el organismo psíquico se desarrolla para poderse adaptar en un medio ambiente social dado y mantenerse en él. La explicación teórica que relaciona la conducta media individual a las instituciones sociales y que describe los efectos que tienen entre sí, es la contribución de la sociología. Parsons (1950) claramente expresa esta idea: "Lo que es mencionado por estructura social es un sis-

tema de expectaciones modeladas del comportamiento de individuos quienes ocupan status particulares en el sistema social. Tal sistema de expectaciones legítimas modeladas es llamado por los sociólogos sistema de roles. Desde el momento en que tal conjunto de roles es de significado estratégico para el sistema social, el complejo de modelos que definen la conducta esperada en ellos puede ser considerado como una institución." Parsons enfatiza el hecho de que no existe una correspondencia directa entre la estructura de la personalidad y la estructura social; sin embargo, no cabe duda de que "la conducta de los individuos es motivada para conformarse a las expectaciones institucionales, aunque la estructura personal como tal no da una base adecuada y efectiva para ello". Cualquier elaboración de una teoría que explica tales mecanismos postulados de conducta social entra en el dominio de la sociología. Se nos hace creer que las constantes condiciones sociales cambiantes ejercen una influencia decisiva sobre la organización psíquica, como, por ejemplo, la figura cambiante de la neurosis prevalente de un tiempo dado. Sin embargo, el proceso psíquico permanece igual.

Las necesidades biológicas son gratificadas o frustradas por el medio ambiente, representado consecutivamente por personas, objetos e instituciones sociales. La respuesta del medio ambiente a las necesidades del niño está específicamente modelada en el interés por la preservación de las instituciones sociales, tales como los sistemas de parentesco (familia, monogamia), las costumbres dietéticas, el tipo de indumentaria, el sistema económico, etc. El modelado cultural está anclado en las reacciones emocionales, las actitudes consistentes, y los códigos de valores del medio ambiente. Estas especificidades aprendidas son el resultado de las prácticas particulares empleadas por la sociedad para transformar los impulsos instintivos infantiles en convencionalismos y costumbres sociales. Lo que principia modelando el impulso instintivo a través de experiencias de placer y

dolor, se extiende pronto hasta el sistema del yo y el superyo. A este respecto podemos hablar del progreso de un nivel somático a un nivel de aculturación simbólico.

Erikson (1950) ha puesto particular atención en los métodos específicos de educación infantil que utilizan la plasticidad del organismo infantil para interés de la sociedad. Ha demostrado este proceso con material antropológico y clínico, describiendo el "desarrollo psicosocial" del niño en términos de una mutualidad intrínseca entre el niño y la sociedad. La sociedad usa las dotes biológicas para desarrollar las actitudes, las sensibilidades, los intereses —tanto positivos como negativos— que sirven para su conservación por el establecimiento de la congruencia del yo entre sus miembros, y por la continuidad yoica dentro de cada uno de ellos.

Al igual que la antiguamente confiable dicotomía de cuerpo y alma cayó en el olvido bajo la influencia de la investigación psicoanalítica, no parece ser conveniente ahora, por la misma razón, el contemplar como antitéticas las determinantes sociales y biológicas en la conducta del hombre. Las necesidades biológicas y las condiciones sociales deben ser vistas como complementarias: las primeras permanecen estáticas y conservadoras; las últimas aparecen cambiantes y fluidas. Teóricamente, no existe límite para las variaciones sociales por medio de las cuales el hombre expresa sus necesidades instintivas. Grinker (1955) dio a conocer ideas similares: "Aunque el crecimiento físico es autolimitado, no se han observado hasta ahora límites para el crecimiento psicológico, con excepción de aquéllos que fija el envejecimiento de los órganos somáticos, ni se conocen límites para el cambio social y cultural. Los individuos humanos y sus sociedades colectivas buscan nuevas experiencias, nuevos retos y nuevos conceptos. Parecen estar todos tan ocupados con el crecimiento, el desarrollo y el cambio independiente de la autopreservación, aun cuando nuevos dispositivos para la regulación interna y

la homeostasis estén muy cercanos." Estas indicaciones son claramente ilustradas por el fenómeno social de la adolescencia en la cultura occidental.

Frecuentemente se ha dicho que la sociedad occidental, demócrata y capitalista, difícilmente provee procesos o técnicas uniformes para definir el rol adolescente, y que esta sociedad no reconoce ritualmente el cambio de status del adolescente. En muchas sociedades primitivas, al igual que en los sistemas políticos de estructura nacionalista o totalitaria, el adolescente es reconocido e inducido a los privilegios y responsabilidades pertenecientes a su rango o status en la cultura o sistema respectivo. Los procedimientos rituales frecuentemente simbolizan la etapa del crecimiento. La antropología nos ha proporcionado amplias descripciones de los ritos de pasaje. "Cambios en el modo de vida, inscripción en sociedades juveniles, ordalías, pruebas de habilidad y resistencia personal, la adquisición de un espíritu guardián, la importancia concedida a los sueños y visiones adolescentes, la separación del grupo familiar, el desaparecer de la casa para irse al bosque o al desierto, la iniciación a la vida sexual, la libertad de las restricciones infantiles, el uso de adornos, mutilaciones, sirven como símbolos de este status mayor" (Van Waters, 1930).

Podemos ver las instituciones sociales de la cultura occidental, y la forma en que influyen en la adolescencia, bajo un aspecto teleológico similar a los métodos empleados en la educación de los niños. El modo particular en que la sociedad reconoce al niño púber es significativamente relevante en términos de la estructura de carácter que una cierta sociedad, en este caso la cultura occidental, requiere para su preservación intrínseca. No es un mero accidente el que los principios educativos sufran cambios, ni que la dirección de estos cambios sea efectuada superficialmente. Durante la adolescencia, en violento contraste con la temprana infancia, es notable la falta de patrones institucionalizados. La

sociedad, por así decirlo, abandona a la juventud y la deja valerse por sí misma.

Las instituciones sociales, en su efecto sobre el individuo, están dirigidas hacia la elaboración de actitudes y rasgos de carácter, hacia la responsabilidad selectiva de los estímulos sociales y el sistema de valores que restringe las reacciones a un área circunscrita. La ansiedad social es una señal que advierte al individuo cuando éste traspasa los límites y pisa terreno peligroso. Parece de significado intrínseco el que la sociedad democrática capitalista moderna no ofrece a la juventud confirmación alguna de status, ni ritos de iniciación o consagración. Los adolescentes abandonados a sus propios artificios formarán espontáneamente organizaciones competitivas dentro de sus propias filas. Las pandillas, camarillas, grupos para toda clase de propósitos, unificados por toda clase de principios, se encaran unos a los otros: su énfasis está puesto en la dominación agresiva, la superioridad competitiva y la exclusividad hostil. En la estructura de estos grupos adolescentes opera un principio de valor dual, de acuerdo al cual las actitudes (éticas) aplicadas para los del grupo, pero no para los que están fuera de él, no son experimentadas como contradicciones morales.

El vacío de la adolescencia no institucionalizada en la sociedad occidental permite así, por un lado, un alto grado de diferenciación de personalidad e individualización, puesto que no hay modelos obligatorios, pero por el otro lado, la discontinuidad en el patrón social y la carga de la autodeterminación facilitan el desarrollo desviado y patológico. Frecuentemente lo que en la superficie parece ser un comportamiento racional y adaptativo, al ser observado más de cerca, comprueba que sirve a las gratificaciones instintivas del individuo en áreas tales como la competencia, adquisitividad y venganza: gratificación que la sociedad condona y aun incrementa. Cada sociedad favorece ciertas racionalizaciones, formaciones reactivas, y sexualización del compor-

tamiento; y la hipocresía de la sociedad inherente en su organización es expuesta, caricaturizada y retada por el comportamiento asocial y antisocial de la juventud. El comportamiento competitivo y agresivo de las organizaciones sociales adolescentes refleja simplemente el patrón social de la cultura de la cual son parte. La reciprocidad entre la necesidad del individuo y las condiciones sociales puede ser considerada como el determinismo social de la conducta humana. Esta sumisión social permite, por un lado, la satisfacción del impulso modelado y, por el otro, iguala las funciones defensivas del yo al atar o controlar la ansiedad.

Lo que despierta interés en conexión a esto, es el límite crítico más allá de las instituciones sociales que las necesidades biológicas del hombre ya no pueden por más tiempo considerar adecuadas, por ejemplo, la expresión adaptativa; en este punto crítico la salud física y emocional manifiesta signos de derrumbamiento. Estas consideraciones son de especial significación en relación a esos periodos del desarrollo humano, como la adolescencia, en que la transformación de los impulsos se solidifica en pautas permanentes de reacción; en otras palabras, cuando se está formando el carácter. El medio ambiente representado por las instituciones sociales y la designación del rol puede ser visto como proveedor tanto de los estímulos benéficos como nocivos. Sus influencias nocivas son sobreexcitaciones del organismo, somáticas y psíquicas, resultando normales en reacciones de protección, adaptativas y patológicas. Un estímulo óptimo y un nivel de descarga existe para el individuo en todas las áreas de funcionamiento. Cada fase de desarrollo requiere una experiencia específica en clase y en alcance; además, cada fase de desarrollo requiere protección en relación a puntos específicos de vulnerabilidad que, de una forma u otra, son perpetuados a lo largo de la vida. Hemos seguido este resurgimiento propio de la adolescencia y su integración dentro de la personalidad al fin de la adolescencia. Normalmente,

entonces, una barrera de estímulos protege al niño en contra de influencias nocivas del medio ambiente. En una forma análoga, el yo adolescente protege su integridad en contra de influencias desorganizantes y nocivas que emanan del ello, el superyo y el mundo externo por medio de procesos psíquicos que fueron descritos anteriormente. Los estímulos o las experiencias benéficas tienen que estar en consonancia con las necesidades específicas de la fase; algunas de tales experiencias en la adolescencia pueden ser observadas en la afiliación de compañeros, la identificación extrafamiliar, las oportunidades para la experimentación y la igualdad razonable con los adultos, por ejemplo, en el empleo. Hay la tendencia a definir el medio ambiente promedio esperado de la adolescencia, pero el problema pronto llega a un estado de complejidad abrumador y, además, está fuera del ámbito de esta discusión. Sin embargo, el llegar a una definición operacional de este concepto representaría un paso metodológico decisivo hacia un programa de salud mental positivo para la adolescencia. Hartmann (1947) resumió el problema subyacente en términos abstractos: "No olvidaremos que las instituciones sociales y un desarrollo del clima psicológico evolucionan, o se crean, en tal forma que cuando la acción tiene lugar de acuerdo con las actitudes cambiadas hacia los impulsos instintivos y el superyo, cuidara de gratificar los intereses del yo para el status social, la influencia, la riqueza, y demás, al mismo tiempo."

El registro de la fenomenología de la adolescencia requeriría de un inventario muy extenso que sólo debería ser rectificado cada día que pasase. Consideremos solamente un detalle del comportamiento de la adolescencia, la indumentaria, que caracteriza y distingue ciertos grupos, pandillas, camarillas y grupos de cohesión más o menos definible. Muchos estilos han desfilado como indumentaria de quinceañeros. Estos estilos de vestuario autoelegidos dan expresión al cuerpo cambian-

te y a la autoimagen del adolescente, además de servir al propósito social de establecer una identidad de grupo en nuestra sociedad. Desde luego el atavío adolescente es sólo un aspecto seleccionado al azar, que llama la atención a la infinita variedad encontrada en cualquier aspecto del comportamiento adolescente. Otras áreas de igual interés son la jerga adolescente, los estilos de baile, el comportamiento ritualista, la etiqueta de las fiestas, las prerrogativas codificadas de hombre y mujer y las obligaciones en conducta heterosexual.

La conducta adolescente típica podría ser descrita indefinidamente, puesto que no sólo hay constantes cambios e innovaciones, sino que también aparecen matices del barrio, modificaciones de clase y casta y, desde luego, mutación geográfica —influenciada, sin duda, por el clima, la historia local (por ejemplo, el Oeste de Texas), por ocupaciones glamorosas o dominantes (por ejemplo, cines y los vaqueros), y por el prevaleciente carácter de un país o región particular. Uno podría visualizar una ecología de comportamiento adolescente; su estudio sistemático añadiría información valiosa a la ciencia del comportamiento. Estamos acostumbrados a ver en el comportamiento patrón de la infancia el carácter prevaleciente de una sociedad y sus instituciones; es igualmente interesante investigar la influencia de este mismo carácter sobre las modas adolescentes, los trajes, los rituales etc. La juventud norteamericana, por ejemplo, refleja claramente los rasgos dominantes de su sociedad: extroversión, camaradería, hambre de popularidad, estar "en movimiento", tener "buenas relaciones", y "no meterse en lo que no le importa a uno".

Los sociólogos han estudiado regiones y comunidades donde la influencia del medio ambiente sobre las formas prevalecientes de comportamiento adolescente están bien documentadas. Sin embargo, la fenomenología de la adolescencia no es el propósito de esta investigación, sino que debemos concentrarnos en unificar las variaciones de comportamiento manifiesto, subordinán-

dolas a los principios de desarrollo; es decir, reconociendo en ellos un proceso adaptativo penetrante que ha sido iniciado por la pubertad y que adquiere innumerables formas. Tan universales como la pubertad misma son las tareas inherentes a las que hay que enfrentarse para poder crecer en la cultura occidental. El proceso adolescente tiene múltiples facetas porque se ve afectado por la suma total de condiciones —sociales, económicas, políticas, religiosas, históricas, educacionales— que constituyen la matriz de la vida individual y colectiva. El adolescente debe elaborar sus tareas en términos de su articulación con un medio ambiente dado. Consecuentemente las características adolescentes varían mucho, pero podemos creer que los procesos implicados reflejan similitudes teleológicas.

Bernfeld fue el primero en estudiar este problema ampliamente y en investigar las influencias de las condiciones sociales sobre el proceso adolescente. Describió las similitudes y diferencias de desarrollo típicas de los diferentes medios ambientales sociales, tales como las denotadas por casta o clase dentro del mismo sistema social, y concluyó que el desarrollo psicológico no es totalmente inteligible sin tener datos sobre el medio ambiente social, como variable independiente. Bernfeld (1929) indicó: "Las vicisitudes de los impulsos instintivos en una cierta época reciben —aparte de lo correcto de todos los mecanismos y dinamismos freudianos— su única huella del medio ambiente en que ocurren... Sugerimos que la cuestión del aspecto histórico y del impacto del medio ambiente en un proceso psíquico dado sea delineada y resumida como el aspecto del 'locus social' (*sozialer Ort* en el sentido de 'medio ambiente social')."

Bernfeld concluyó que tanto un aspecto histórico como el medio ambiente pueden ser delineados en todos los procesos normales y patológicos, y aplicó este concepto a la descripción de la "pubertad simple del hombre" (1935) que está relacionada con el medio am-

biente y sigue el camino más corto posible para la organización sexual adulta. Este desarrollo típico para la adolescencia abreviada siempre resulta en cierta primitivización de la personalidad. Como hice notar con anterioridad, la adolescencia requiere un lapso de tiempo óptimo, desde luego de tipo cultural, porque sólo bajo tales condiciones las variadas organizaciones de impulso específicas de la fase producirán los correspondientes intereses y actitudes yoicas que generalmente prestan a la personalidad un aspecto complejo. La influencia del medio ambiente es así reconocible en la relativa primitivización y complejidad de la personalidad que se deben a una meta y a un tiempo adjudicados por el medio ambiente social para el completamiento del proceso adolescente.

Volviendo al hecho de que las manifestaciones del proceso adolescente permiten variaciones sin fin, veremos esto aquí como epifenómeno. Por otro lado, el proceso adolescente como una reacción psicológica hacia la pubertad, produce cambios intrapsíquicos que veremos como fenómenos centrales. Para describir cualquier segmento del proceso adolescente, se vuelve necesario abstraer un cierto fenómeno al nivel del fenómeno central correspondiente; sólo entonces seremos capaces de reconocer las referencias dinámicas y estructurales dentro de la organización psíquica. Estas correlaciones son ayudas esenciales en la descripción psicológica y el diagnóstico del comportamiento adolescente.

Una ilustración puede aclarar las observaciones anteriores. Dos niños adolescentes cuyo comportamiento y actitud son antitéticas tienen en común el hecho de que pelean con un idéntico problema psicológico, especialmente el desligamiento de tempranas ligas de objeto. Uno de ellos acepta el sistema de valores y las normas de la clase de su familia; él concentra su "rebeldía" en usurpar, tan pronto como sea posible, los privilegios placenteros de los adultos. En contraste está el joven que enfoca su "rebeldía" hacia el sistema de va-

lores de sus padres y el medio ambiente al que pertenece. No desea sus privilegios; sólo quiere ser diferente de ellos. Todo lo que está alejado de su medio ambiente se vuelve deseable y digno de hacerse, pensarse y sentirse. Esta clase de adolescente puede crecer hasta hacerse un artista, un reformador, un delincuente, un rebelde social o un curandero extravagante de toda clase de enfermedades; tiene la tendencia de casarse fuera de su clase, religión y grupo étnico.

¿Cuál es la situación cuando la sociedad o, más bien, el Estado, usa la rebeldía de la juventud para su propia ventaja? Cuando esto sucede, los canales de la rebelión con los que estamos familiarizados en una sociedad demócrata y capitalista necesariamente se secan y se presenta un panorama completamente diferente de la adolescencia. Un reporte en el status del adolescente en un Estado totalitario ilustrará esto:

> Las juventudes comunistas son responsabilizadas en la República Democrática Alemana de que sus mayores se comporten debidamente al comerciar... miembros de la Federación Juvenil Comunista germana son instalados como supervisores del comercio y de las transacciones de negocios. Puestos de control juvenil serán instalados en todas las tiendas del Estado y cooperativas. Deberán registrar las debilidades y descuidos en las empresas comerciales. Deberán ser "despiadados en el trato con el mal uso, la burocracia y la operación deficiente"... Las brigadas de la juventud trabajan checando las industrias para ver que las normas del primer plan quinquenal, ahora en su año final, sean llevadas a cabo... los miembros de la Federación Juvenil Comunista comprueban la enseñanza dada en las escuelas. Cualquier variación del plan establecido por el régimen es inmediatamente reportada a las autoridades. Los maestros que no son comunistas renombrados son reportados para tratar con deferencia y respeto a los estudiantes de sus clases que tengan algún rango en la organización juvenil... La juventud se está volviendo muy rápido una casta gobernante con un interés revestido en el régimen, que es considerado por la generación adulta

como una imposición ajena. El conflicto entre la iglesia y el régimen comunista volvió a un primer plano la semana pasada, esta vez a causa de la ceremonia de "consagración de la juventud", por medio de la cual los jóvenes asumen solemnemente sus obligaciones con la sociedad comunista.*

Se puede esperar que la juventud que es así engrandecida, a la que se le da un status de casta por parte de los líderes del gobierno, será impedida de usar su rebelión en contra del orden social y la política existentes. Esos herederos del régimen crecerán para volverse conservadores y vivir en identificación rígida con el orden pasado. Pero si de algún modo o alguna vez los poderes que "consagraron" a esta juventud fuesen derrotados, entonces un desengaño narcisista y una pérdida de identidad (devaluación de identificación narcisista) movilizará medidas restitutivas. Varios escritores italianos han tratado este problema y la trágica condición de la juventud después del colapso del fascismo: Berto (1948), Pratolini (1951) y otros, han demostrado en sus novelas cómo la juventud desilusionada, la *giovinezza* (organización juvenil) engrandecida por Mussolini, se volvió ya sea hacia nuevas ideologías políticas, casi siempre radicales; hacia la autodecepción (negación); hacia la autodegradación, o hacia el cinismo, la delincuencia y la criminalidad.

Las realidades sociales con las que se encuentra el individuo adolescente le permiten encontrar caminos para la gratificación y modificación de los impulsos dentro de un limitado orden de patrones de comportamiento y canales de descarga. Para ser adaptativa, la persecución de estos canales abiertos debe ser igualada por posiciones yoicas apropiadas. La interrelación entre el impulso, el yo y el medio ambiente no es ni estática ni lineal, pero como mejor se la puede describir es

* Reporte por Albion Ross desde Berlín, *New York Times,* 21 de febrero de 1955.

como una respuesta circular. Consideremos lo siguiente: antes de que un deseo conflictivo sea ejecutado en el mundo externo, pasa a través de varias etapas preparatorias, tales como la mentalización preconsciente, la acción de prueba en el pensamiento y en la fantasía, la experimentación (aún no yosintónica), y eventualmente se vuelve acción yosintónica sin conflicto ni ansiedad. Cada paso hacia la expresión de un impulso conflictivo, aunque específico de la fase, se vuelve menos productor de ansiedad por la realización, derivada de la experiencia, de que el temido peligro es exagerado e imaginario. Este proceso de prueba de la realidad incrementa el dominio del yo sobre el medio ambiente, logro que el individuo experimenta como un incremento en la autoestima o en la autoseguridad, y como un sentido de identidad más firme.

Una razón para la propensión adolescente hacia la experimentación social reside en la oportunidad que tales experiencias le brindan de separar el hecho de la fantasía; es decir, de extender la soberanía del principio de realidad. Un niño pequeño frecuentemente atribuye a ciertas de sus acciones consecuencias muy deformadas y exageradas; la severidad es debida a la agresión proyectada del niño. Este factor juega un rol decisivo en la formación del superyo y es parcialmente responsable de la intensidad de los sentimientos de culpa. La severidad del superyo es así parcialmente independiente de la realidad. La observación ha indicado que muchos adolescentes criados por padres benignos y permisivos exhiben los problemas más severos del superyo; éstos son, de hecho, problemas ambivalentes no resueltos. La agresión adolescente que no es dirigida en contra de los padres o el superyo, o en contra del ser, es proyectada sobre las imágenes paternas en el medio ambiente social: policía, maestros, patrones.

"Durante la pubertad el complejo de Edipo es revivido y declina por figuras autoritarias no incestuosas tomando el lugar de los padres... se establecen series

postambivalentes en las que objetos de amor y odio son representados por diferentes personas y, consecuentemente, el amor y el odio acontecen relativamente independientes uno del otro." (Landauer, 1935.) La sociedad provee de objetos para el odio compartido (agresión), una condición que sostiene la cohesión del grupo. Los objetos de amor compartido residen más firmemente en valores e ideas que son representadas frecuentemente por una "persona central" (Redl, 1942). Esta dicotomía es paulatinamente llevada a cabo. El adolescente emprende una batalla en contra de las figuras autoritarias con el apoyo colaborador del grupo, la influencia del cual mitiga al superyo así como la ansiedad social. Mediante una identificación transitoria con la persona central del grupo o con los yos de sus miembros, el individuo es ayudado a separar los componentes proyectivos del hecho objetivo. Este proceso se puede extender por años; demuestra cuán importante es la vida del grupo adolescente y demuestra la influencia convencionalizante que el grupo ejerce en el individuo; el medio ambiente es visto en idénticos términos por todos los miembros del grupo. La transformación a través del proceso psicológico del grupo frecuentemente envuelve la así llamada conducta delincuente del tipo de la que Glover (1956) designó como "delincuencia funcional"; esta conducta es la expresión de un agudo problema de crecimiento más bien que la consecuencia de una fijación patogénica infantil.

La contribución de Redl (1942) al problema de los procesos formativos de grupo en la adolescencia debería ser mencionada aquí. Estudió los tipos de formación de grupo correspondientes a los niveles de desarrollo respectivos del niño. El niño acepta durante la latencia un "patrón de grupo de tipo soberano patriarcal o matriarcal", pero el preadolescente es "intensamente atraído por la relación del grupo de tipo pandilla... Aun las personas muy egoístas y consentidas pueden pasar por una fase de intensa lealtad a una pandilla.

Esto trae prestigio... Un considerable grado de seguridad se deriva de este tipo de relación de grupo. Ellos (los preadolescentes) tiene desesperadamente la necesidad de expresar impulsos y urgencias reprimidos. Muchos de ellos necesitan la protección del impulso más que su sublimación... El adolescente demuestra una preferencia creciente por una formación de grupo más sublimada. Las necesidades de la juventud buscan salida en el grupo que también los protege de los sentimientos de culpa y ansiedades, y los lleva hacia patrones de vida más maduros... El joven delincuente, comoquiera que sea, retiene sus necesidades para la protección del impulso preadolescente en contra del proceso educativo. Ésa es la causa por la que las así llamadas pandillas se fijan obviamente durante el nivel preadolescente de la formación del grupo."

Qué experiencias o qué contenido mental en la vida de un adolescente son los que adquieren cualidades imaginarias y distorsionadas, son preguntas que difícilmente se pueden responder en términos generales; pero la forma en la que la distorsión de la realidad es corregida sigue líneas típicas. La terapia de los adolescentes nos ha enseñado que el conocimiento selectivo del individuo respecto al medio ambiente cambia con, por ejemplo, la solución de un conflicto o una fijación y también con un cambio en las defensas. Los mismos procesos que han sido explorados en el análisis de los adolescentes están generalmente funcionando en el grupo de esta edad. De cualquier modo, lo que nos interesa aquí es el uso activo que el adolescente hace o deja de hacer de su medio ambiente. Sus experiencias son el aspecto subjetivo de este proceso y varían de acuerdo con su habilidad. En muchos casos he tenido ocasión de observar, por ejemplo, que el enviar a un adolescente a un internado puede evitar el desarrollo desviado causado por la sobreestimulación continua y nociva de uno o ambos padres.

Redl (1942) se refirió a un problema poco explorado

diciendo "que muchos niños que tienen problemas para ajustarse a un grupo, necesitan un cambio en sus patrones de impulso personal antes de poderse adaptar efectivamente, aunque es igualmente cierto que muchos niños sólo son ayudados a efectuar un desarrollo de su personalidad bajo ciertas condiciones psicológicas de grupo". Normalmente el adolescente crea para sí mismo un medio ambiente que es conducente para su fase de desarrollo. Los mecanismos estabilizadores que emplea fueron descritos con anterioridad; aquí añadiremos la identificación con un medio ambiente ajeno al familiar. Al hacer este movimiento el adolescente desplaza necesidades y ligas de dependencia libidinosa ya que no puede hallar una gratificación mayor en la familia original. Este intento por resolver un conflicto interno mediante la acción social, que puede ser o conformante o rebelde, frecuentemente representa una actuación más que una conducta adaptable. Esto es especialmente cierto para los adolescentes cuya oposición social permanente es determinada por un conflicto ambivalente con la familia. Sin embargo, la huida a medios ambientes subculturales alejados de la familia pueden también servir al desarrollo progresivo. Una identificación transitoria con un grupo adolescente de una cultura igual específica, o con grupos de adultos de una específica tendencia ideológica o social, permite a la joven persona tratar de probarse a sí misma en varios roles, y así saber si son deseables. Tales huidas son frecuentemente usadas como acciones de retención. El removimiento de estímulos paternos nocivos y el exponerse a un medio ambiente con un potencial de identificación positivo frecuentemente moviliza un desarrollo progresivo después de que casi había llegado a una detención. La utilidad del medio ambiente como factor estimulante depende de la receptividad selectiva del adolescente. Esta receptividad depende grandemente de su autoimagen y sin duda se amplía y modifica con las sanciones sociales

que prevalecen en su grupo, así como con los modelos accesibles para identificación y contraidentificación.

Redl (1942) estudió el efecto particular del grupo en situaciones conflictivas individuales; se refirió a ello como "el efecto mitigador de culpa y miedo del acto de iniciación". Redondea: "He notado que los niños son obviamente ayudados en sus decisiones, ya sea en favor de los impulsos o de las demandas del superyo, por su asociación con otros niños, quienes definitivamente representan una u otra solución... encontré, como una condición para este efecto (que) la primera persona debe estar al borde de tener que hacer ya sea una u otra decisión. Es más, la persona que influye debe tener definitivamente resuelto su propio conflicto." Esto es lo que es mencionado cuando hablamos coloquialmente de buena o mala compañía y de su influencia en la gente joven.

A los dos principios adaptativos de conducta aloplástica y autoplástica, Hartmann (1965) añadió un tercero, "en el que ni el mundo exterior ni el individuo cambian realmente; en vez de esto su relación cambia: pienso en la búsqueda y el encuentro de un medio ambiente más apropiado". ¡Cuantos individuos en su adolescencia tardía han cambiado exitosamente su medio ambiente, no estando contentos con la clase y el campo de oportunidad para la autorrealización que el medio ambiente original les ofreció! Las huidas temporales de relaciones familiares conflictivas frecuentemente ayudarán a aflojar los ligas infantiles de objeto y permitirán una vuelta menos conflictiva para vivir con la familia.

El aspecto patognómico del cambio de un medio ambiente social a otro fue descrito por Bernfeld (1929). Este cambio de locus social requiere nuestra atención como un tipo especial de desplazamiento de gratificación instintiva. Conocemos bien este proceso... no es poco frecuente en los adolescentes de un medio ambiente social de clase media que muestran variados síntomas de delincuencia. Encontramos entre estos adolescentes

intentos exitosos o no tan exitosos para cambiar el locus social con la aspiración de evitar los esfuerzos de represión o sublimación. La mayoría de los adolescentes, sin embargo, no pueden llevar a cabo este cambio realistamente. La liga libidinosa o social a su medio ambiente original sigue siendo demasiado fuerte."

Un caso para ilustrar este problema particular es aquel de Frank, quien a la edad de 19 años falló en el colegio y había caído en un estado de indecisión y letargo. Era el hijo adoptivo de padres altamente intelectuales. En el curso de la psicoterapia, Frank decidió volverse obrero y empezó a trabajar en una fábrica. Se sentía feliz y tranquilo con sus compañeros de trabajo y pronto decidió irse a vivir con una de sus familias. Gozaba intensamente de los simples placeres e intereses de su medio ambiente. Al hacer este cambio en su medio ambiente Frank siguió el tirón implacable de la liga de objeto infantil a sus padres adoptivos. Había vivido en una familia de personas no educadas antes de ser adoptado, cuando tenía tres años de edad. En cuanto Frank fue capaz de recordar los momentos de su infancia, así como el amor que había sentido para sus padres adoptivos, ocurrió un proceso de desligamiento gradual. La actuación como una forma especial de recuerdo fue traducida de las memorias concretas de su pasado. Cuando pudo evitar revivir este pasado, Frank volvió a su familia adoptiva. Liberado de su tirón regresivo a su medio ambiente original, cuya separación había sido traumática, Frank volvió al colegio, estudió con éxito un doctorado y se volvió tan distinguido como sus padres.

Fenichel (1945, a) indicó: "Ciertamente no sólo las frustraciones y las reacciones a ellas son determinadas socialmente; lo que un ser humano desea está determinado también por su medio ambiente cultural." La prevalencia y el tipo de disturbios mentales están profundamente influidos por las condiciones sociales. La histeria clásica del fin del siglo se ha vuelto rara ahora

en que la atmósfera de la educación ha dado lugar a actitudes menos prohibitivas y rígidas en la crianza del niño. El prerrequisito para el desarrollo de la histeria –una severa represión sexual debido a prohibiciones estrictas– ha desaparecido considerablemente. No hay duda de que el progreso iluminado se puso en marcha gracias a los descubrimientos del psicoanálisis, pero no debemos pasar por alto el que estas ideas funcionan simultáneamente en el deseo del hombre para alcanzar la omnipotencia. Las esperanzas ambiciosas de los padres para con sus hijos parecen realizables científicamente una vez que las limitaciones encadenadas de una herencia fuera de moda se abandonaran para siempre. No es sorprendente que las perturbaciones que prevalecen en estos tiempos reflejen en su estructura el tenor prevaleciente de principios educacionales más elevados y sus ya conspicuos pero aún presentes motivos irracionales. "La inconsistencia de la personalidad neurótica moderna corresponde a la inconsistencia de la educación sexual. El cambio en la neurosis refleja el cambio en la moralidad. Diferentes sociedades, dando fuerza a valores diferentes y aplicando medidas de educación diferentes, crean diferentes anomalías." (Fenichel 1945, b.)

El análisis de niñas adolescentes y mujeres mayores, ha hecho aparente que el cambio del standard doble al singular no haya afectado la fantasiosa vida de la niña (Deutsch, 1944). Las mujeres han adquirido un lugar igual al hombre en la sociedad, pero el standard doble nunca ha sido realmente abandonado; ciertamente no por los hombres. El miedo moderno del hombre a la pasividad o a la mujer activa prueba ser tan eterno como la lucha moderna de la mujer por ponerse de acuerdo con su feminidad. El conservatismo de las fantasías infantiles es aún más fuerte que la influencia de la educación ilustrada. Helene Deutsch (1944) nota que "es increíble ver cuántas niñas modernas aún se imaginan durante la adolescencia que las aberturas

de sus cuerpos sirven solamente para propósitos 'sucios' y no tienen nada que ver con el amor". La concepción de la cloaca continúa persitiendo en el inconsciente. El conflicto sexual persiste a pesar de una expresión de instinto de mayor tolerancia y alumbramiento sexual, y la nueva situación así creada ha traído un incremento en la formación neurótica del carácter.

La aguzada mentalidad del niño descubre pronto la discrepancia entre la permisividad paterna y las sanciones institucionales. Este dilema del niño moderno en un hogar progresivo es ilustrada por la siguiente anécdota. Una madre culta que descubrió que su niño de ocho años y su compañero de juego se habían desvestido secretamente decidió tratar ligeramente el incidente. En una forma superficial le explicó que un pene no es realmente nada tan especial; después de todo, "es solamente otra parte de tu cuerpo como tu brazo, tu nariz o tu pie." El niño se volvió hacia la madre y dijo: "Hay una diferencia, mamá. La maestra nos enseñó cómo deletrear brazo, nariz y pie; nunca nos enseñó cómo escribir pene."

La imposición de la conducta adolescente siempre se complica por el hecho de que el "principio de funcionamiento múltiple" (Waelder, 1936) opera en toda la conducta. Una multitud de tendencias operan en cada evento psíquico; la función sintética del yo permite que emerja una acción propositiva. El comportamiento adolescente es siempre complejo y sobredeterminado: no habla por sí mismo, requiere interpretación. Las determinantes confluentes de la conducta que se originan dentro o fuera del organismo adquieren una unidad psicológica hasta donde el yo es capaz de integrarlas al servicio del desarrollo progresivo.

Siempre que la cohesión del yo sea debilitada y siempre que las motivaciones aisladas se vuelvan exuberantes, como sucede en los disturbios emocionales, el observador clínico gana una mayor percepción del curso de los procesos adaptativos por este fracaso. Es un hecho

aceptado que aprendemos acerca de la progresión normal del desarrollo observando las perturbaciones del desarrollo y su influencia destructora en los controles homeostáticos de la personalidad.

En esta discusión de determinantes sociales, he hecho resaltar áreas relevantes que pueden ser vistas bajo el aspecto de un principio uniformante. El concepto que dio origen al determinismo psicosocial de la conducta humana se originó en la confluencia de tres tributarios, a decir: el equipo constitucional, la secuencia de impulsos y organización yoica, y el medio ambiente. Ninguno de los tres posee prioridad en la determinación de la conducta humana: cada uno ejerce una influencia en el otro. El equipo constitucional no puede ser cambiado por las influencias del medio ambiente; estamos acostumbrados a definir las variaciones congénitas en términos de tipos de actividad (Fries), temperamento, inteligencia, o barrera en contra de los estímulos (Escalona). Freud (1937) estaba convencido de que el ello y el yo poseen un *Anlage* constitucional que influye en las propensiones individuales a las zonas necesitadas específicas del cuerpo, a los grados de bisexualidad y, generalmente, a formas preferentes de estabilización efectuadas por el yo. Este factor constitucional hace que una adaptación individual en una cultura dada se logre con mayor o menor dificultad, dependiendo de la tendencia dominante de sus instituciones, su preferencia y la recomendación de ciertas características de personalidad. Por ejemplo, la sociedad norteamericana favorece al niño que es activo, extrovertido, vivaz y que consigue lo que quiere.

El hecho de que la pubertad es antes que nada biológica se ha subrayado frecuentemente para no perder de vista su significancia básica. Siguiendo el modelo del desarrollo psicosexual y yoico de la temprana infancia, podemos concluir que la maduración sexual de la pubertad también implica una tarea adaptativa similar a las condiciones sociales, la continuación de un pro-

ceso que ha estado activo desde que empezó la vida. La adaptación a la realidad social durante la adolescencia adquiere una fijación y estabilidad que la infancia nunca poseyó. Un determinado grado de continuidad, constancia, e igualdad en el medio ambiente tiene un significado funcional para la estabilidad de la estructura y el funcionamiento psíquico. La creación de un medio ambiente idiosincrásico es la tarea de la fase final de la adolescencia; en el grado en que este esfuerzo tiene éxito se puede medir el potencial aloplástico del individuo. El punto crítico de desequilibrio, así como la cantidad de cambios ambientales que pueden ser variables toleradas e integradas varía de individuo a individuo.

Las tareas adaptativas de la adolescencia siempre serán completadas en términos de la realidad interna que ha sido formada por experiencias anteriores; por haber sido un niño en una familia dada, en un lugar dado, durante una época dada de la historia, con un *Anlage* dado. La articulación particular en el medio ambiente de las necesidades del adolescente prosigue dentro de estas condiciones fijadas, y determina el curso manifiesto que tomará el paso por la adolescencia de cada individuo.

VII. DOS EJEMPLOS DE DESARROLLO ADOLESCENTE DESVIADO

Conforme delineaba las fases de la adolescencia, hice repetidas referencias a las tareas psicológicas específicas de cada fase. Estos pasos en el desarrollo progresivo eran definidos en términos de impulso y organización yoica; se pensaba de ellos como puntos críticos en la epigénesis del desarrollo adolescente, porque una falla en la obtención de transformaciones esenciales en un periodo crucial necesariamente lleva a desviar la formación de la personalidad.

Es obvio que nunca ocurren desviaciones de un desarrollo normal sin eventos antecedentes que ejercen una influencia significante. Lo que observamos clínicamente es simplemente un quiebro definitivo en el desarrollo progresivo. Nos referimos a estas fallas como fijaciones en una de las varias fases ya de la temprana infancia o de la adolescencia. Esta falla puede ocurrir en cualquier ocasión crítica del desarrollo de la adolescencia que definimos anteriormente. De hecho, frecuentemente se vuelve aparente sólo en el nivel adolescente, cuando el desarrollo progresivo se ha detenido, dependiendo del grado de persistencia en que permanece una fijación de la temprana infancia, y en qué nivel no disminuido se establece. Aunque el niño pudiera salir adelante hasta la adolescencia, frecuentemente se vuelve evidente en este periodo, ya sea que los cambios transformatorios efectúan soluciones de compromiso en la forma de "reparaciones adaptativas" (ver el caso de John), o bien sea que el desarrollo progresivo llegue a una detención. El desarrollo patológico generalmente se enmascara debido a que el yo y el impulso progresan parcialmente su continuada subordinación a las fijaciones tempranas. Si consideramos un desarrollo que sufrió una derrota en la fase preadolescente, no debemos engañarnos por el hecho de que un grado de adap-

tación social y orientación heterosexual se manifiesten. Podemos reconocer en los derivados de impulso y modalidades yoicas específicas de la fase preadolescente, en una organización pobre de arreglo jerárquico de componentes de impulso e intereses yoicos, y en especial en el —con frecuencia sobrecompensado— miedo de la mujer fálica castrante, la irrefutable marca de una fijación de la fase preadolescente. Un análisis de la descripción clínica revela qué primitivas son, por ejemplo, las modalidades yoicas y de impulso y ajenas a la fase, y se aseguran en un nivel somático y mental que ha sido causado por la función del crecimiento. El crecimiento de la pubertad, después de todo, procede independientemente del crecimiento emocional, aunque bajo circunstancias normales, seguramente existe una correspondencia óptima entre ambos. El concepto de fijación adolescente se ilustra en el material clínico que expondremos más adelante.

Parece oportuno ahora repetir el hecho de que ningún curso natural de la adolescencia puede ser delimitado con la precisión y predictibilidad que el crecimiento de la pubertad puede demandar. Todo lo que podemos decir es que la adolescencia permite infinitas elaboraciones de sus transformaciones psíquicas progresivas dentro de los confines de un patrón de secuencia y dentro de ciertos límites de tolerancia individual.

Hay varias direcciones específicas que el proceso adolescente puede tomar. El esbozo esquemático que sigue es ofrecido como un intento de clasificar las observaciones a lo largo de líneas típicas de variaciones clínicas. 1) *Adolescencia típica*: una modificación progresiva de la personalidad en consonancia con el crecimiento de la pubertad y un papel social cambiante; 2) *Adolescencia demorada*: una prolongación culturalmente determinada del estado adolescente; 3) *Adolescencia abreviada*: una búsqueda de la ruta más corta posible hacia el funcionamiento adulto a expensas de la diferenciación de la personalidad; 4) *Adolescencia simulada*: un

periodo de latencia abortivo hace a la pubertad manifestarse a sí misma en una simple intensificación de uno de una de las organizaciones de impulso prelatente; 5) *Adolescencia traumática*: la actuación regresiva, un ejemplo de lo que se puede encontrar en la delincuencia femenina; 6) *Adolescencia prolongada*: una perseveración en el proceso adolescente causado por la libidinización de los estados adolescentes del yo; 7) *Adolescencia abortiva*: la rendición psicótica con pérdida de contacto con la realidad y quiebra del aprendizaje diferencial. Las primeras tres de estas categorías están en la clasificación de adolescencia normal; las últimas cuatro representan desarrollos desviados. Se espera que la formulación de fases será de utilidad, ya que aparta perspectivas para el estudio de la dinámica y la etiología de las fallas de desarrollo.

Los dos ejemplos de desarrollo desviado que se presentan más adelante ilustran la teoría del desarrollo adolescente en términos de quiebres específicos del proceso adolescente. El significado de ciertos procesos como los definidos en el yo de la fase específica y las alteraciones de impulso pueden ser confirmadas y refinadas mediante el estudio de la adolescencia desviada. El desarrollo desviado, a su vez, indicará la extensión que el desarrollo específico de la fase puede tolerar y detallará las consecuencias patogénicas de una salida de requerimientos esenciales del desarrollo. Este material clínico, pues, ilustrará primariamente el desarrollo normal: el título y la descripción de lo que ha sido mi mayor propósito a lo largo de este libro. Las dos ilustraciones clínicas no intentan iluminar la psicopatología adolescente en general. Sin embargo demuestran un camino típico que puede tomar el desarrollo adolescente después de haber llegado a un atolladero crítico; y en este sentido desde luego, los casos sí representan la psicopatología típica y restringida del periodo adolescente.

Puesto que el niño y la niña siguen trayectorias diferentes de desarrollo emocional, es razonable que el des-

arrollo desviado sea representado por un síndrome masculino y otro femenino.

1. *Adolescencia prolongada en el hombre* *

El término "adolescencia prolongada" fue introducido por Bernfeld (1923). El objeto de su investigación era la adolescencia masculina prolongada como un fenómeno social observado en los movimientos juveniles europeos después de la primera Guerra Mundial. Los miembros de estos grupos mostraban una fuerte predilección a la intelectualización y la represión sexual, demorando así la consolidación del conflicto adolescente. A través de los años la designación de adolescencia prolongada ha adquirido connotaciones más amplias y, como resultado de esto, se ha perdido la especificidad psicológica del término. Así, debemos decir que la "adolescencia prolongada" es un término descriptivo y colectivo que comprende condiciones de constelaciones dinámicas heterogéneas, de las cuales he seleccionado una para discutirla más detalladamente.

Mis observaciones fueron efectuadas en hombres jóvenes norteamericanos de la clase media, entre los 18 y los 22 años, que generalmente asisten a la universidad o que tienen aspiraciones profesionales; casi siempre este hecho los hace depender económicamente de sus familias durante estos años. La descripción clínica que esbozaré en seguida ha sido observada con bastante frecuencia como para permitir una sinopsis.

El término adolescencia prolongada como lo usaremos aquí, se refiere a la preservación estática de la posición adolescente que, bajo circunstancias normales, es de naturaleza transitoria. Una fase de maduración que

* Esta sección está basada en un artículo que apareció en forma algo diferente en *The American Journal of Orthopsychiatry*, octubre 1954.

debe dejarse atrás después de completar su tarea se convierte en un modo de vida. En lugar del impulso progresivo que normalmente lleva al adolescente a la madurez, la adolescencia prolongada reduce este movimiento hacia adelante con el resultado de que la crisis adolescente no es abandonada, sino que se mantiene abierta indefinidamente. De hecho, el adolescente se adhiere a esta crisis con persistencia, desesperación y ansiedad. Nunca falta una mezcla de satisfacción en este estado agitado. El observador de tales individuos percibe rápidamente la seguridad superficial que se deriva de una condición que mantiene abierta la crisis adolescente. La ferviente adhesión a la inestabilidad adolescente en todos los aspectos de la vida evita cualquier progreso hacia la edad adulta, logro que no vale su precio. Este dilema lleva a inventar métodos ingeniosos para combinar las gratificaciones de la infancia con las prerrogativas del adulto. El adolescente desea evitar la finalidad de elecciones que deben hacerse al fin de la adolescencia.

Vivir en el ocaso de una transición detenida torna al adolescente avergonzado y consciente de sí mismo. Cuando trata de permanecer solitario se vuelve inquieto y confuso. Esta incapacidad para estar solo lo fuerza a unirse a grupos. La compañía le rescata de los sueños diurnos y de la preocupación autoerótica. La amistad con otros jóvenes es transitoria e inestable. El envolvimiento homosexual es una constante amenaza. Cuando se siente atraído por una joven se adhiere a ella con confianza devota y dependiente. Aparentemente es capaz de intimidar y encuentra satisfacción en las relaciones sexuales; en un examen más detallado las así llamadas "relaciones sexuales" resultan ser de las del tipo de placer previo tales como beso, caricias, cercanía corporal, placer en desnudarse y masturbación mutua. Esta relación amorosa no es sólo de carácter sexual; también juega un papel importante el compartir intereses, ideas e ideales. Esta intensa necesidad de com-

partir implica un egocentrismo extremado y también mucha demanda, lo que revela la naturaleza infantil de esta relación. La joven escogida es siempre un reto adecuado para la unión incestuosa del compañero, porque ofrece rasgos que son marcadamente diferentes o similares a los del miembro significante de la familia, ya sea la madre o la hermana. El tipo de joven elegida es generalmente condenado por la familia del adolescente. Parece ser que el adolescente, mediante la elección de su objeto de amor, efectúa un esfuerzo convulsivo para librarse de una liga infantil. Esta batalla por la emancipación se lleva a cabo usando a su joven amiga como camarada de armas, y frecuentemente se prolonga por un largo periodo de tiempo; también he visto una relación de este tipo desarrollarse en un matrimonio que congenia, en casos en que intervino la terapia en el momento de la lucha por separarse de la familia.

En la vida de estos hombres jovenes dominan las autoexpectaciones exaltadas. De un modo u otro dieron muestras en la infancia de algún talento prometedor; la mayoría son inteligentes y dotados. Bajo la influencia de la ambición paterna y la sobreevaluación narcisista estos niños esperaron logros fabulosos de sí mismos. La fama, la grandeza, la pasión y la riqueza, la aventura y la excitación figuran vívidamente en sus fantasías. Los primeros fracasos en una carrera que debía haber sido sin tropiezos, llegan como golpes demoledores. En ningún momento pierde el hombre joven la noción del hecho de que el fracaso le mira a la cara. Está molesto, irritado y ansioso, pero no trata de mantener una fantasmagoría sin vida, ni regresa a sus posiciones infantiles; no busca alivio en el acting out asocial ni en la pasividad vengativa. No pierde la iniciativa de tomar acción propositiva; de hecho, el peligro inminente de rendición moviliza todos los recursos internos existentes para cuidar las etapas finales y decisivas de la lucha. Las vidas de estos adolescentes nunca parecen completamente vacías o estériles; sólo al examinarlas

más detalladamente se da uno cuenta de cuán perdidos están en un vacío de incertidumbre y autoduda. Para escapar al empobrecimiento narcisista se lanzan desesperadamente a intentos continuados de "tener éxito" nuevamente, bajo un detallado escrutinio. Estos esfuerzos parecen huecos y de falsa utilidad. En todo este torbellino nunca se pierde por completo la facultad crítica de autobservación; por el contrario, ésta es fácilmente despertada si se encuentra la pista apropiada en la terapia. El conocido estado de la adolescencia de tipo esquizofrénico no es parte de esta descripción clínica.

Si ignoramos por un momento las muchas similitudes que el cuadro sinóptico anterior comparte con la descripción general de la adolescencia, veremos más claramente la diferencia esencial que separa a estos casos de otras formas de reacción adolescente. La diferencia es una notoria resistencia contra el tirón regresivo en conjunción con la evasión persistente de cualquier consolidación del proceso adolescente. En suma, podemos decir que la adolescencia prolongada es la expresión de la necesidad interna de mantener abierta la crisis adolescente.

La sinopsis clínica anterior debe ser complementada en este punto por consideraciones dinámicas. En la "Transformación de la pubertad" Freud (1905, b) nos enseña que, con el advenimiento de la madurez sexual en la pubertad, se introduce una nueva distribución de énfasis en la experiencia sexual, la cual permite la diferenciación entre el placer previo y el final, y estimula un reacomodamiento de metas instintivas. La innovación biológica en la pubertad necesita de un reacomodamiento jerárquico de la multitud de posiciones infantiles —formas de gratificación y de resolución de tensión al igual que identificaciones— que, por diversos motivos, han sido indispensables para el funcionamiento de la personalidad y demandan una expresión continua. Es bien sabido que los impulsos pregenitales se manifiestan nuevamente con la primera aparición de la pu-

bertad. La urgencia de una organización de impulsos jerárquica y definitiva adquiere fuerza con el avance de la adolescencia y provee el impulso de maduración que no permite respiro en el cambio a la madurez. Sin embargo, la organización jerárquica no está restringida a los impulsos sexuales; también es aplicable a las funciones yoicas. Esto puede ser ilustrado con el pensamiento mágico, una arcaica función del yo; si el pensamiento mágico adquiere dominio en la adolescencia, rompe la unidad del yo y, consecuentemente, desorganiza su capacidad para probar la realidad. Pero, si el pensamiento mágico se subordina al reino de la fantasía y encuentra un escape en la experiencia creativa, entonces el yo puede retener su unidad; en este caso podemos decir que la ideación orientada a la fantasía y dirigida a la realidad, se vuelve precisa y mutuamente exclusiva. Este proceso de diferenciación amplía el área libre de conflictos del yo.

Se puede considerar que el proceso adolescente ha terminado cuando una organización jerárquica y relativamente inflexible de impulsos genitales y pregenitales ha sido establecida, y cuando las funciones yoicas han adquirido una resistencia significativa a la regresión. Obviamente la sublimación y las defensas tienen su parte en este proceso. Si consideramos a la adolescencia prolongada como una detención indefinida en el camino a la edad adulta, resulta en una deformación de atributos de la personalidad, como toda perseveración excesiva en una etapa de desarrollo. En marcado contraste con los procesos de diferenciación que son esenciales para la síntesis yoica adolescente, parece ser que la adolescencia prolongada se caracteriza por el fracaso de la organización jerárquica de impulsos y funciones yoicas.

Durante la adolescencia prolongada, las funciones yoicas —pensamiento, memoria, juicio, concentración, observación— reciben daños de dos fuentes; de la inundación de impulsos sexuales y agresivos, y del ascendien-

te de funciones yoicas arcaicas y de las defensas primitivas. El adolescente recae en las formas más tempranas de manejo de tensión; esto revela que el periodo latente ha efectuado sólo un pobre progreso en el desarrollo del yo. Permítaseme ilustrar esta situación con un ejemplo típico: el estudio creará en el adolescente una tensión que puede ser aliviada sólo recurriendo a formas autoeróticas de descarga —masturbación, alimentación, sueño—, o el estudio o se asociará habitualmente con fantasías absorbentes; de este modo, la etapa de tensión indispensable para la comprensión y el dominio de un problema no puede sostenerse, y cualquier esfuerzo de estudiar resultará en un fracaso. En la adolescencia normal, estos *modi operandi* son transitorios y abandonados eventualmente; pero en la adolescencia prolongada este abandono no solamente se busca, sino que se evita y contrarresta.

La cuestión que se presenta ahora es la de los factores económicos que evitan que el hombre joven en la adolescencia prolongada recurra a cualquier arreglo, aun abortivo, de la crisis adolescente. En el estudio de este grupo de hombres jóvenes adolescentes se hizo aparente que tenían en común una típica constelación de la infancia. Todos habían sido considerados por sus padres, o más enfáticamente por la madre, como destinados a llevar a cabo grandes cosas en la vida. Por razones relacionadas con su propia formación de personalidad, sus madres eran propensas a otorgar a sus hijos fantasías de éxito, sin tomar en cuenta el sexo, la capacidad y los intereses del niño. Esta situación se resume en la actitud de la mujer embarazada que orgullosamente responde a una amiga que comenta sobre su condición: "Sí, estoy embarazada de mi hijo el doctor." Los niños que tienden a vivir la fantasía de sus padres esperan que la vida se desarrolle de acuerdo con las promesas de papá o mamá. La adolescencia prolongada trata de evitar una crisis que debe terminar en la aplastante realización de que el mundo ajeno a la

familia no reconoce el papel que el hijo ha tratado de hacer durante las dos primeras décadas de su vida. Siempre que las fuentes de identidad son abrumadoramente externas, el individuo pierde su sentido de identidad si se le aparta de su medio ambiente; doquiera que esté, sigue el esquema de mantenimiento de identidad infantil que dice, "soy lo que los otros creen que soy". Esto es precisamente lo que sucede cuando estos adolescentes intentan la ruptura de sus ligas emocionales. Súbitamente se dan cuenta de que esta acción está acompañada de un empobrecimiento narcisista que no son capaces de tolerar. Por lo tanto continúan viviendo en la autoimagen que sus madres, padres, o hermanas, han creado para ellos.

Podría decirse de estos hombres jóvenes que han dejado atrás su gran futuro cuando llegan al umbral de la masculinidad; nada que la realidad pueda ofrecerles puede competir con el suave sentimiento de exaltación y singularidad que el niño experimentó cuando era abrumado con la admiración y la confianza maternas. Tanto la madre como el hijo, por motivos propios, pasaron por alto persistentemente los fracasos tempranos del niño, las inhibiciones, los hábitos nerviosos o los rasgos femeninos exhibicionistas. La sanción de los padres nulifica la importancia del fracaso; el niño llega a sustituir el dominio de la realidad con la grandiosidad narcisista. La fantasía nunca se separa marcadamente del pensamiento dirigido a la realidad. El sentido del tiempo del adolescente es afectado por la constante sustitución del pasado por el futuro, además de su vaga creencia de que un golpe de suerte puede lograr lo que un hombre ordinariamente tarda años en conseguir.

No nos sorprende encontrar en las vidas tempranas de estos hombres jóvenes sorprendentes desviaciones del proceso típico de identificación. Como niños les falta afirmación y autocrítica; aceptan plácidamente la exaltada posición en que los colocan sus madres. Consecuentemente, desarrollan una autosuficiencia sumisa, feme-

nina y narcisista que frecuentemente los hace jóvenes encantadores y atractivos. Como hombres jóvenes, éstos adolescentes se sienten a gusto en compañía de mujeres, pero temerosos, a disgusto e inhibidos en sus tratos con hombres. Al identificarse con la madre estos jóvenes abandonan pronto la competencia con el padre y, consecuentemente, las tendencias pasivas están siempre a punto de surgir. Como adolescentes, tratan a sus padres ya sea con admiración afectiva o con lástima y desprecio; también ahora piden prestadas las actitudes de sus madres. No es sorprendente que la rebeldía adolescente, al aparecer, esté dirigida exclusivamente contra la madre. Bernfeld (1923) enfatizó el rol de la identificación femenina en un tipo de adolescencia prolongada que llamó "adolescencia de tipo genial" (*Genialische Pubertat*). Un ejemplo del síndrome aquí descrito, pero originado y articulado en un medio ambiente cultural diferente, el de la sociedad soviética, se encuentra en "Oleg: miembro de la 'Dorada Juventud' del Soviet" (Beier y Bauer, 1955). La búsqueda de este adolescente soviético de una "seguridad dual" atrasó su desarrollo adolescente; los factores etiológicos parecen ser similares a los de la adolescencia prolongada.

La identificación básica con la madre crea una crisis para el joven que está creciendo, cuando la pubertad lo confronta con el urgente problema de la identidad sexual. Este dilema fue expresado por un joven adolescente mayor, quien dijo: "Hay algo que debe uno saber y de lo cual debe estar seguro, esto es, si es uno hombre o mujer." Cuando el conflicto de la bisexualidad, que es parte normal de la adolescencia, presiona para un arreglo final, para la adolescencia misma, la adolescencia prolongada evade este conflicto perseverando en la posición bisexual. De hecho, esta posición se libidiniza y más bien se resiste a ser abandonada. Las gratificaciones así obtenibles entran en juego en las necesidades de posibilidades sin límites en la vida, y simultáneamente mitigan la ansiedad de castración al perpe-

tuar la ambigüedad de la identidad sexual. Esta ambigüedad es significativamente reflejada en los fracasos, inefectividad o dudas educacionales o vocacionales del adolescente; y así se bloquea el progreso hacia la adolescencia tardía.

El niño narcisista siempre tiene a la mano un escape fácilmente accesible para la tensión conflictiva; evita el conflicto por negación y o autograndiosidad. De hecho el niño no experimenta la naturaleza del conflicto, sino más bien enojo y furia debido a un descuido narcisista. Cuando un niño que ha usado exclusivamente defensas narcisistas se acerca a la adolescencia, no es sorprendente que los conflictos típicos de esta edad estén completamente fuera del reino de su experiencia consciente. Un adolescente de este tipo se vuelve aprensivo cuando se da cuenta que no llena sus exageradas autoexpectaciones; busca ávidamente estímulos ante los cuales reacciona con exaltación en términos de su acostumbrada evasión de tensión conflictiva. La adolescencia prolongada presenta un cuadro paradójico: no hay conflicto que tratar porque no se experimenta ningún conflicto. Debe ayudarse a estos adolescentes para alcanzar el conflicto de la adolescencia misma, antes de que puedan entrar en la fase de consolidación de la adolescencia tardía.

Para estos jóvenes la adolescencia es un nuevo desarrollo lleno de esperanzas. Anna Freud (1936) indicó que la maduración sexual en la pubertad introduce un aumento de masculinidad en el joven pasivamente femenino, que temporalmente empuja las tendencias pasivas hacia el fondo; por tanto, se crea una condición que es más favorable para un desarrollo potencialmente progresivo. El impulso hacia la disociación emocional de las ligas familiares opresoras lleva entonces la voz cantante y el adolescente se siente esperanzado mientras continúa existiendo la crisis adolescente. La incapacidad de abandonar las posiciones infantiles, en conjunción con el deseo de independencia y autoafirmación varonil

fuera de los confines de la familia, se combinan para hacer de la prolongación de la adolescencia la única solución a su alcance. Hemos llegado a entender que la necesidad de mantener la crisis adolescente abierta es una medida protectora contra dos alternativas fatales: la regresión y ruptura con la realidad (solución psicótica) o la represión y formación de síntomas (solución neurótica). En este dilema el yo adolescente trata de evadir estas alternativas, y procura cambiar su propia naturaleza; de este modo se crea una forma de vida con una fase de maduración transitoria. "Es siempre posible para el yo evitar la ruptura en cualquiera de sus relaciones deformándose a sí mismo, sometiéndose a la pérdida de parte de su unidad, o a la larga a ser aún rasgado o mutilado" (Freud 1924, a).

La regresión y restricción del yo ponen al adolescente en discordia con las demandas de la sociedad, e impiden las funciones ejecutivas del yo. Las frustraciones resultantes son neutralizadas por sobrecompensaciones narcisistas, tales como un optimismo inflado y una fantasía gratificadora; un poderoso recurso para el mantenimiento del balance narcisista se deriva del pensamiento mágico que no ha sido abandonado y que nunca ha sido firmemente reemplazado por el principio de realidad. Las intenciones y potencialidades desplazan fácilmente a los logros y dominios. Una corriente subterránea de ansiedad siempre presente es reprimida sólo en parte por la interferencia de medidas defensivas; el exceso sirve para estimular pseudoacciones intensificadas, esfuerzos abortivos de transformar las fantasías infantiles en actividades adultas. Para ilustrar: un estudiante universitario que debía prepararse para un examen de biología elemental derivó apasionadamente al estudio de los más eruditos artículos en la materia, dejando de estudiar su libro de texto o sus apuntes.

La ansiedad conflictiva, que durante la adolescencia normalmente reactiva la organización libidinal y la represión, tiene un poder de motivación insignificante en

la adolescencia prolongada para activar los procesos sintetizantes. Por las acomodaciones yoicas descritas, la crisis adolescente se mantiene abierta. Podemos decir que la estructura de la adolescencia prolongada es parecida a la del desorden de carácter: en ambas, las actitudes restrictivas del yo no se experimentan como ajenas al yo. Sin embargo, la rigidez de un desorden de carácter nunca se presenta en la adolescencia prolongada; de hecho, el proceso adolescente se mantiene fluido y es accesible a la intervención terapéutica. No debe ser olvidado que la perseveración en la posición adolescente es factible sólo dentro de ciertos límites de edad. Eventualmente —a principios o mediados de los veintes— la adolescencia prolongada cede ante un arreglo más organizado y rígido; el desorden de carácter narcisista describe bien la tendencia general del desarrollo patológico que finalmente tendrá la adolescencia prolongada.

La intervención terapéutica es oportuna en las condiciones dinámicas y económicas de la adolescencia prolongada. El desarrollo de la personalidad es aún fluido y posee un alto grado de plasticidad; además, la posición de resistencia que mantiene el yo en dos frentes, es decir, en contra del progreso y en contra de la regresión, revela una fortaleza considerable que puede ser utilizada en el trabajo terapéutico. Es cierto que cuando los hombres jóvenes de este tipo buscan ayuda, lo hacen con la esperanza de restaurar una existencia narcisista y relativamente libre de tensión, así como para facilitar, como por magia, la satisfacción de sus impulsos contradictorios, por ejemplo, la autoafirmación y la sumisión. Sin embargo, lo que finalmente les impulsa a buscar la terapia es la frustración narcisista causada por la decepción recurrente o el fracaso en sus metas vocacionales, educacionales o sociales. Descuella prominentemente en este cuadro la decepción ante la evidente incompatibilidad entre la autoimagen y el logro real, y la busqueda rápida de una salida del intolerable estado

de desesperación narcisista. En vano buscaremos la ansiedad conflictiva como indicadora de una lucha intrapsíquica. Esta constelación implica la búsqueda de una solución esencialmente externa; de ahí que en el tratamiento se hagan demandas constantes de interpretaciones rápidas; la revelación de la experiencia patogénica de la infancia, sugestión o consejo, una fórmula o un truco. Siempre que se satisfaga esta petición el adolescente se siente momentáneamente mejor, tiene más esperanzas y es más feliz. Esta reacción es de conformidad con el acostumbrado mantenimiento de la autoestima, según se estableció en la infancia.

El hecho de que la tensión no está estructurada y organizada en términos de conflicto psíquico nos indica en qué dirección debe moverse la terapia inicial, es decir, para sacar a flote la experiencia de conflictos; en otras palabras, la terapia debe ayudar al hombre joven a alcanzar el conflicto de la adolescencia misma. Con este fin prevalecen dos intenciones terapéuticas: 1) aumentar la tolerancia de tensión; 2) exponer las defensas narcisistas. Es necesario que en esta empresa terapéutica el terapeuta se abstenga de cualquiera de las así llamadas "interpretaciones profundas" o instintivas, debido a que esta actividad del terapeuta sería utilizada para aumentar el sistema de defensas narcisistas; la reacción del adolescente podría parafrasearse diciendo: "Ah, ahora que sé por qué el problema está resuelto:" Es indispensable que el terapeuta se despoje de cualquier forma de omniscencia imputable y de poderes mágicos que son tan reaseguradores para este tipo de adolescente. Al llevar a cabo esto, el terapeuta se opone directamente a la figura materna que proveyó gratificación narcisista al dejar que el niño compartiera su grandeza. El adolescente se irrita mucho cuando el terapeuta responde a su interrogatorio ansioso con un "no lo sé"; pero, por el otro lado, respeta su valor, honestidad e incorruptibilidad. No debemos olvidar que el adolescente siempre está listo para identificarse con

el adulto que posea aquellos atributos de personalidad que él desea compartir. La meta del terapeuta es reemplazar participación y fusión infantil por la identificación; o, en otras palabras, reemplazar la búsqueda de fuentes externas de autoestima (fantasía de rescate) con el descubrimiento de los propios recursos. De hecho, el explotar y probar, validar y diferenciar estos recursos en la vida diaria constituye una gran parte de la empresa terapéutica.

Es evidente que durante esta etapa del tratamiento, al adolescente le agrada el que el terapeuta mire a través de la fachada de su presunción y arrogancia. Por ejemplo: un hombre de veinte años que había asistido a una conferencia, relató todas las preguntas estúpidas que había hecho la gente al conferenciante. Cuando el terapeuta le preguntó qué pregunta había hecho él mismo, le replicó tranquilamente: "Ninguna. ¿Pero qué tiene esto que ver?" Cuando el terapeuta insistió en la pertinencia de su pregunta, en vista de la crítica contra los otros asistentes, el paciente se sonrojó y confesó su total ignorancia sobre el tema de la conferencia que supuestamente era de especial interés para él. Confesó también que sus conversaciones sofisticadas y cultas estaban totalmente basadas en ideas que había tomado de otras personas. No había leído un libro desde su primer año de secundaria, pero logró hábilmente ganarse la reputación de un estudiante muy leído. Este caso ilustra la exposición de una defensa narcisista; a esta altura de la terapia no nos interesaba saber si el abandono de la lectura estaba relacionado con un conflicto de la infancia, ya que el punto vital era la destrucción del sistema de defensa narcisista y la exposición del yo a la tensión del conflicto.

Siempre que se abandonan las actitudes yoicas estereotipadas, se prueban nuevos intentos de dominio que pueden resumirse bajo el término general de experimentación. La experimentación implica el probar la realidad, probar el ser y la interacción de ambos. En este

sentido, la experimentación y la diferenciación progresiva de la autoimagen van de la mano y producen un funcionamiento más efectivo. El dominio más adecuado y constante se convierte en una nueva fuente —podría decirse que legítima— de gratificación narcisista. El mantenimiento del equilibrio narcisista está determinado progresivamente por procesos autorreguladores, en vez de conservarse totalmente dependiente de las influencias externas. Durante esta fase de la terapia, la experiencia de vida del adolescente generalmente se enriquece por la experimentación propositiva; el área de funciones yoicas autónomas se agranda, mientras que las tendencias infantiles adquieren gradualmente una calidad yodistónica y se aíslan del resto del yo. El logro de la realidad y una mayor tolerancia de la tensión hacen posible este progreso. Concomitantemente, las determinantes patogénicas se enfocan más y toma forma una perturbación neurótica organizada; el paciente experimenta conflicto y ansiedad. La decisión de descontinuar la terapia depende del equilibrio entre la movilidad afectiva ganada por la primera fase de la terapia y la fuerza inquebrantable de las fijaciones no afectadas por ella. Si es evidente que las fuerzas que originalmente causaron la condición de adolescencia prolongada continúan afirmándose implacablemente, entonces, a pesar de una impresionante y frecuente mejoría en el funcionamiento, el progreso a la madurez no dejará de ser una esperanza ilusoria, y el psicoanálista deberá completar la labor terapéutica. En otros casos, en la primera fase de la terapia se efectúa el abandono de las defensas narcisistas de la adolescencia prolongada, se movilizan y canalizan los recursos afectivos del adolescente hasta un punto desde el cual éste pueda proseguir el proceso adolescente para llevarlo a buen fin sin ayuda.

2. *Pseudoheterosexualidad en la joven delicuente* *

El estudio de la psicodinámica de la delincuencia siempre ha sido víctima de fórmulas generalizadas. Las ideas prevalentes en el campo de la conducta humana y su motivación tienen la tendencia de ser empleadas para su solución. De hecho, las determinantes etiológicas cambian con las investigaciones psicoanalíticas recientes; la teoría de la gratificación instintiva, así como la teoría del superyo ausente, han sido dejadas muy atrás, y las consideraciones de patología yoica han llegado al primer término.

Lo que más nos confunde en el delincuente es su incapacidad de internalizar conflictos, o más bien la forma ingeniosa en que evita la formación de síntomas experimentando una tensión endopsíquica como un conflicto con el mundo exterior. El uso exclusivo de soluciones aloplásticas antisociales, es un rasgo de delincuencia que lo aparte de otras formas de fracasos adaptativos, lo que contrasta claramente con la solución psiconeurótica o psicótica; la primera representa una adaptación autoplástica y la segunda una adaptación autista.

La delincuencia, por definición, se refiere a un disturbio de la personalidad que se manifiesta a sí misma en un conflicto abierto con la sociedad. Este hecho sólo ha colocado el aspecto social del problema en un primer plano y ha estimulado la investigación sociológica que, a su vez, ha iluminado las condiciones del medio ambiente que están relacionadas significativamente con la conducta delincuente. El estudio de la delincuencia ha sido siempre por necesidad multidisciplinario, y ninguna disciplina puede abordar el problema por sí sola. De cualquier modo, me restringiré aquí a la discusión de algunos factores psicodinámicos predisponentes que pueden reconstruirse a partir de la conducta

* Este material apareció en forma diferente en: *Psychoanalitic Study of the Child.* Vol. XII, 1957.

delincuente manifiesta y basarse en los datos históricos del caso.

Mi opinión siempre ha sido que la delincuencia masculina y femenina siguen patrones separados; y son, desde luego, esencialmente diferentes. Los casos de delincuencia femenina y masculina dan la impresión de que la delincuencia femenina está muy próxima a las perversiones; no puede decirse lo mismo sobre la delincuencia masculina. El repertorio de la niña delincuente es mucho más limitado en alcance y variedad que el del niño; además, carece significativamente de actos de agresión en contra de personas y propiedades y tampoco demuestra las aventuras de tipo impostor del niño. La conducta descarriada de la niña se limita al robo de tipo cleptomaniaco, a la vagancia, a la conducta provocativa e impúdica en público, y a la franca indocilidad sexual. Desde luego, estas ofensas son compartidas por los niños delincuentes; ellas constituyen, sin embargo, sólo una fracción de sus transgresiones. Parece ser que en la niña la delincuencia es un acto sexual abierto; o, para ser más exacto, es una actuación sexual (acting out).

Esta disparidad se desarrolla porque, en la delincuencia femenina, la organización infantil instintiva que nunca había sido abandonada se rompe con el comienzo de la pubertad y encuentra una salida corporal en la actividad genital. La modalidad instintiva pregenital que domina el comportamiento delincuente de la joven, aproximan su delincuencia a las perversiones. Un joven adolescente que es atrapado en un conflicto ambivalente con su padre, se puede defender del miedo a la castración y el deseo de castración emborrachándose, destruyendo propiedades o robando un coche y destrozándolo; con frecuencia sus acciones son un intento hacia un desarrollo progresivo, aunque sea abortivo (Neauks y Winokur, 1957). Las actividades delincuentes típicas de de los niños contienen elementos de un agudo interés en la realidad; además el niño está fascinado con la lucha sostenida entre él y la demás gente, con las instituciones

sociales y el mundo de la naturaleza. En contraste con esto, una joven adolescente que posea una propensión igual a la actuación tomará venganza de su madre, de quien ella se siente rechazada, buscando relaciones sexuales. Niñas de este tipo me han relatado fantasías persistentes durante el juego sexual o coito, tales como: "Si mamá lo supiese, esto la mataría"; o "Tú ves (mamá), yo también tengo a alguien". Aichhorn (1949), en un escrito sobre niñas delincuentes sexuales considera que la condición predisponente pesa más que cualquier factor del medio ambiente. Con referencia a la excesiva prostitución juvenil en Viena después de la segunda Guerra Mundial, establece que sus observaciones le llevaron a "creer que una de las causas del comportamiento de las jóvenes prostitutas era una cierta constelación emocional. El medio ambiente y la depravación eran sólo factores secundarios". Quizás las niñas delincuentes que han sido clasificadas como psicópatas puedan ser vistas como casos de perversión. Schmideberg (1956) tiene opiniones semejantes. Hace un contrase entre la reacción de síntomas neuróticos y síntomas perversos, y enfatiza el hecho de que el primero representa una adaptación autoplástica y el último una aloplástica. Continúa: "En cierto sentido, el síntoma neurótico es de tipo más social, mientras que el perverso es más antisocial, por lo que hay una conexión bastante cercana entre las perversiones sexuales y la conducta delincuente, que es por definición antisocial." Es bien sabido que la impulsividad es igualmente fuerte en la conducta de actuación (acting out) y en las perversiones sexuales. Sin generalizar acerca de la delincuencia en sí, yo enfatizaría que la semejanza entre la delincuencia y la perversión corresponde con la descripción clínica de la delincuencia femenina, mientras que constituye sólo una variante especial en la etiología diversa y mucho más heterogénea de la delincuencia masculina.

¿Por qué está estructurada la delincuencia femenina y masculina en forma diferente? Podría contestar esto

mejor, discutiendo ciertos aspectos del plan de desarrollo de la temprana infancia. Los núcleos de desarrollo seleccionados representan también puntos de fijación potenciales que pueden llevar al adolescente niño o niña a situaciones de crisis totalmente diferentes.

1. Todos los infantes perciben a la madre al principio de la vida como la "madre activa". La antítesis característica en este periodo de la vida es "activa" y "pasiva" (Mack-Brunswick, 1940). La madre arcaica es siempre activa, el niño es pasivo y receptivo en relación a ella. Normalmente, una identificación con la madre activa lleva a su fin la etapa temprana de pasividad primordial. En este trance se perfila una bifurcación en el desarrollo psicosexual del niño y la niña. La niña se dirige gradualmente hacia la pasividad, mientras que el primer intento del niño hacia la actividad se absorbe después, en la identificación que el niño normalmente hace con su padre.

La identificación temprana con la madre activa lleva a la niña por la fase fálica hasta una posición edípica inicial activa (negativa) como un paso típico en su desarrollo. Cuando la niña dirige sus necesidades de amor al padre, siempre existe el peligro de que sus deseos pasivos hacia él vuelvan a despertar una temprana dependencia oral: una vuelta hacia esta pasividad principal impedirá el avance exitoso de la femineidad. Siempre que la unión con un padre indebidamente enérgico marca la situación edípica de la niña, podemos sospechar que existe detrás de esto el precursor de una unión indebidamente profunda y duradera, la madre preedípica. Sólo cuando es posible para la niña abandonar su liga pasiva a la madre y avanzar a una posición edípica pasiva (positiva) puede evitársele la regresión fatal a la madre preedípica.

2. El primer objeto de amor de todo niño es la madre. La niña abandona eventualmente este primer objeto de amor, y busca su sentido de integridad, así como de realización en su femineidad volviéndose hacia el padre; a

esta vuelta siempre sigue una decepción en la madre. El sexo del objeto de amor del niño nunca cambia; por esta razón su desarrollo es más directo y menos complicado que el de la niña.

En contraste con el niño, la situación edípica de la niña nunca llega a una declinación abrupta. Las siguientes palabras de Freud (1933) son relevantes: "La niña permanece en la situación edípica por un periodo indefinido; sólo lo abandona tarde en la vida, y aún entonces no por completo." Por consiguiente el superyó femenino no es tan rígido y áspero como el masculino; se consolida sólo gradualmente y es menos tiránico y menos absoluto. En la niña la situación edípica continúa siendo parte de su vida emocional a lo largo del periodo de latencia. ¿Es este hecho posiblemente responsable para su vuelta preparada a la heterosexualidad temprana en la pubertad? De todos modos, observamos en la adolescencia femenina un tirón regresivo que ejerce su influencia en la dirección de un retorno a la madre preedípica. Este tirón regresivo, determinado en su fuerza por la fijación existente es reactivado en contra por el ejercicio de una excesiva independencia, hiperactividad, y una violenta vuelta hacia el otro sexo. Este atolladero se despliega dramáticamente en la adolescencia en la unión frenética de la niña a los niños como un intento de resistir la regresión. Una regresión resultará semejante para el niño y la niña en una dependencia pasiva con una sobreevaluación irracional de la madre o de la representante de la madre.

3. Con frecuencia nos hemos preguntado por qué la preadolescencia en el niño y la niña es tan marcadamente diferente; por qué el niño se acerca a su heterosexualidad, que es introducida por la pubertad, a través de una perseverancia prolongada en la preadolescencia con una larga y frecuentemente elaborada recapitulación de impulsos pregenitales. Nada de un alcance comparable se puede observar en la joven preadolescente. No hay duda de que el medio ambiente social tiene

una influencia aceleradora o retardante en el desarrollo adolescente, y en consecuencia sólo se puede hacer una comparación significante de patrones de desarrollo entre niños y niñas de un medio ambiente similar.

La preadolescencia como una fase marcada por direcciones libidinales heterogéneas en el niño y la niña causa severas tensiones en niños de esta edad. La niña se aproxima a la heterosexualidad más directa y velozmente que el niño. El valor relativo de la masturbación, como un escape corporal de la tensión sexual para el niño y la niña, puede jugar un rol en el viraje ya preparado de la niña hacia la heterosexualidad. De cualquier modo, pienso que los sucesos anteriores en la vida de la niña pesan mucho más que cualquiera de tales consideraciones. La diferencia observable en la conducta preadolescente es anunciada por la represión masiva de la pregenitalidad que la niña tiene que establecer antes de entrar en la fase edípica; de hecho, esta represión es un prerrequisito para el desarrollo normal de la feminidad. La niña se aleja de la madre o, para ser más preciso, se aleja de ella la libido narcisista que era la base para su confortante evaluación, y transfiere esta sobrevaluación al padre. Todo esto es bien sabido. Por lo tanto, yo me apresuro a hacer hincapié en que la niña, al alejarse de la madre, reprime esos impulsos instintivos que estaban íntimamente relacionados a su cargo y servicio corporal; a saber, el campo total de la pregenitalidad. El retorno a estas formas de gratificación en la pubertad constituye la base para correlacionar la delincuencia femenina y la perversión; la regresión y la fijación siempre aparecen como condiciones necesarias y complementarias.

Parece, entonces, que la joven que en su adolescencia no puede mantener la represión de su pregenitalidad encontrará dificultades en su desarrollo progresivo. Una fijación en la madre preedípica y el retorno a las gratificaciones de este periodo frecuentemente resultan ser una conducta de actuación (acting out) que tiene como

tema central el "bebé y madre" y la recreación de una unión en la que madre y niña son confundidas. Las madres solteras adolescentes y sus actitudes hacia sus bebés ofrecen una amplia oportunidad para estudiar este problema.

En contraste con las niñas, la situación de los niños es totalmente diferente. Puesto que el niño preserva el mismo objeto de amor a lo largo de toda su infancia, no se enfrenta a la necesidad de reprimir la pregenitalidad, tan avasalladora en él como en la niña. Mack Brunswick (1940) en su escrito clásico sobre "La fase preedípica del desarrollo de la libido", establece: "Una de las diferencias más grandes entre los sexos es la enorme extensión con que se reprime la sexualidad infantil en la niña. Excepto en los estados neuróticos profundos ningún hombre recurre a represión similar de su sexualidad infantil."

El joven adolescente que vuelve a las satisfacciones de impulso pregenital durante los episodios regresivos transitorios está aún en relativa consonancia con su desarrollo progresivo sexual adecuado: ciertamente no está en ninguna posición fatal para él. Los disturbios de conducta causados por estos movimientos regresivos no son necesariamente tan perjudiciales para su desarrollo emocional como lo son para la niña. "Paradójicamente, la relación materna de la niña es más persistente, y con frecuencia más intensa y peligrosa, que la del niño. La inhibición que ella encuentra cuando se vuelve hacia la realidad la trae de regreso a la madre durante un periodo marcado por demandas de amor escondidas y más infantiles" (Deutsch, 1944).

4. En consecuencia, hay básicamente dos tipos de delincuentes femeninos: una ha regresado a la madre preedípica, y la otra se adhiere desesperadamente a una posición establecida en la etapa edípica. El centro del problema de relación es la madre. Estos dos tipos de delincuentes adolescentes cometen ofensas que se parecen y son iguales ante la ley, pero que son esencialmente

diferentes en dinámica y estructura. En un caso tenemos una solución regresiva; mientras que en el otro prevalece una lucha edípica que nunca ha alcanzado ningún grado de internalización o establecimiento.

Las consideraciones teoréticas tienden a sostener la tesis de que la delincuencia femenina es frecuentemente precipitada por el fuerte tirón regresivo a la madre preedípica y el pánico que implica la rendición. Como podemos fácilmente ver hay dos soluciones accesibles a la niña que se encara con un fracaso o una decepción edípicos y que es incapaz de vencer. Ella, o regresa en su relación de objeto a la madre, o mantiene una situación edípica ilusoria con la sola intención de resistir la regresión. Esta lucha defensiva se manifiesta en la necesidad compulsiva por crear en la realidad una relación en la que ella es necesitada y querida por un compañero sexual. Estas constelaciones representan las precondiciones ejemplares para la delincuencia femenil.

5. Me parece que este segundo tipo de niña delincuente no sólo ha experimentado una derrota edípica a manos de un padre —literal o figuradamente— distante, cruel o ausente, sino que además ha presenciado la insatisfacción de su madre con su esposo; madre e hija comparten su decepción, y un vínculo fuerte y altamente ambivalente continúa existiendo entre ellas. Bajo estas circunstancias no se puede llevar a cabo ninguna identificación satisfactoria con la madre; en vez de ello, una identificación hostil o negativa forja una relación destructiva e indestructible entre madre e hija. Las adolescentes jóvenes de este tipo fantasean completamente conscientes de que si ellas pudiesen estar en el lugar de su madre, su padre enseñaría su auténtica forma de ser, que él se transfiguraría por su amor en el hombre de sus deseos edípicos. En la vida real tales niñas delincuentes promiscuamente escogen compañeros sexuales que poseen evidentes defectos de personalidad, que son negados o tolerados con sumisión masoquista.

En términos más generales podemos decir que su con-

ducta delincuente es motivada por la necesidad de la joven para la constante posesión de un compañero que le sirva para sobreponerse en la fantasía a un atolladero edípico; pero, lo que es más importante que esto, para vengarse de la madre que ha odiado, rechazado o ridiculizado al padre. Es más, observamos el deseo de la joven delincuente de ser sexualmente necesitada, deseada y usada. Abundan las fantasías rencorosas y vengativas acerca de la madre; de hecho, el acto sexual en sí es dominado por tales fantasías, con el resultado de que nunca es obtenido un placer sexual. Buscamos en vano que estas jóvenes deseen un bebé; si se embarazan es un acto de venganza o competencia que se refleja en su actitud respecto al infante: "Lo mismo me da regalarlo."

6. La delincuencia femenina basada en la regresión a la madre preedípica presenta una descripción dinámica enteramente diferente. Helene Deutsch (1944) llamó nuestra atención hacia la disolución de la dependencia pasiva de la niña en la madre como una precondición para el desarrollo normal de la feminidad; estas "acciones separatorias" son típicas para la adolescencia temprana. Deutsch continúa: "Un intento prepuberal de liberación de la madre que ha fallado o que era demasiado débil, puede inhibir el futuro crecimiento psicológico y dejar una impresión infantil definitiva en la pesonalidad total de la mujer."

La niña delincuente ha fallado en su liberación de la madre y se protege en contra de la regresión por un despliegue salvaje de pseudoheterosexualidad. Ella no tiene relación ni interés en su compañero sexual; de hecho, su hostilidad hacia el hombre es severa. Esto fue ilustrado por el sueño de una niña de trece años que acusaba a su madre de no amarla, y quien rencorosamente se comprometía en relaciones sexuales con jóvenes de trece a veinte años; en el sueño relata que tenía 365 bebés, uno por cada día del año, de un solo joven, a quien ella mataba después de que esto era completado. El

hombre sólo le servía para gratificar sus necesidades orales insaciables. Conscientemente estaba casi obsesionada por el deseo de un bebé que, en su fantasiosa infantilidad era la reminiscencia del deseo de una niña pequeña por un muñeca.

La conducta que a primera vista parece representar el recrudecimiento de los deseos edípicos prueba así, en un escrutinio cuidadoso, estar relacionada a puntos de fijación más tempranos en la fase pregenital del desarrollo libidinal, donde la severa deprivación o la sobreestimación han sido experimentadas, ya sea en forma separada o al mismo tiempo.

La pseudoheterosexualidad de este tipo de niña delincuente sirve como una defensa en contra del tirón regresivo de la madre preedípica, es decir, en contra de la homosexualidad. Una niña de catorce años, cuando se le preguntó por qué necesitaba diez novios a la vez, contestó con virtuosa indignación: "Tengo que hacer esto, si no tuviera tantos novios dirían que soy una lesbiana." Esta misma niña estaba preocupada con la idea de casarse. Relató estas fantasías a la trabajadora social para su interferencia protectora. Cuando la trabajadora demostró indiferencia hacia sus planes de matrimonio, estalló en llanto y la acusó: "¡Tú me empujas! ¡Yo no me quiero casar!" Podemos ver aquí claramente cómo la actuación heterosexual recibe su urgencia o su tirón definitivo de la frustrada necesidad de ser amada por la madre. La preocupación de esta niña por el matrimonio ocultaba su anhelo por la madre preedípica y encontró su gratificación sustitutiva bajo el disfraz de pseudoamor heterosexual.

Una aguda decepción de la madre es frecuentemente el factor decisivo precipitante en la ilegitimidad. Por su proximidad se reestablece la unión madre-hijo, pero bajo las más proféticas circunstancias para el hijo. Las madres solteras de este tipo podrán encontrar satisfacción en la maternidad mientras el hijo dependa de ellas; se vuelven contra él tan pronto como se presentan las tenden-

cias independientes en él. El resultado es la infantilización del hijo.

7. Existe una posibilidad más para la niña que está fijada a su madre, y es la identificación con el padre. Esta resolución del conflicto edípico es frecuentemente causada por el doloroso rechazo del padre. La niña que asume así el rol masculino vigila celosamente a su madre y desafía a cualquier hombre que quiera poseerla. Generalmente nos referimos a esta constelación como la envidia del pene; este factor no merece la abrumadora importancia que alguna vez se le otorgó en la etiología de la delincuencia femenina. Por supuesto, no se puede negar su papel en la cleptomanía y la preponderancia de este síntoma en la mujer, habla en favor de su significado etiológico; sin embargo, el factor dinámico de la envidia del pene no se puede separar de la acusación fundamental de la madre de que su retención, aparentemente voluntaria de gratificación esperada, ha evitado que el niño venza su voracidad oral. "...de acuerdo con el origen oral de la regulación de la autoestima por medios externos, el pene, o símbolo focal que se obtuvo robando, asaltando o haciendo trampas... en un análisis final se considera que todas estas formas han sido adquiridas oralmente tragando" (Fenichel, 1939).

Estas consideraciones teóricas se ilustran con el siguiente caso abstracto que concierne a Nancy, una joven adolescente. El aspecto del tratamiento del caso no será examinado aquí; a lo que debemos prestar atención es al récord clínico, o al lenguaje de la conducta, para verificar las ideas expuestas con anterioridad.

Cuando Nancy tenía trece años confrontó a su familia, a las autoridades escolares y a las judiciales con un problema de delincuencia sexual; sólo su madre sabía acerca de sus robos. En su casa Nancy era incontrolable y grosera; usaba un lenguaje obsceno, maldecía a sus padres, y tenía su propia manera de sacudirse cualquier interferencia adulta. "Los nombres que Nancy me pone son tan sexuales",

era la repetida queja de su madre. A pesar de esta aparente independencia, Nancy le contaba siempre sus explosiones sexuales a su madre o, al menos, se refería a ellas veladamente hasta despertar la curiosidad, el enojo, la culpa y la preocupación de su madre. Con júbilo malicioso enseñaba a su madre las historias que escribía, principalmente de lenguaje obsceno. Nancy era una ávida lectora de "libros sexuales pornográficos"; para comprarlos robaba dinero a su madre. La madre de Nancy estaba de acuerdo en proporcionarle el dinero pero, según explicó Nancy a la trabajadora social, esto no era lo que ella quería: "Yo quería tomar el dinero y no que me lo diera."

Nancy culpaba con enojo a su madre de no haber sido firme con ella cuando era una niña pequeña: "Mamá debería haber sabido que yo actuaba para llamar su atención y para tener a los adultos alborotados conmigo." Nunca se casaría con un marido que sólo dijese: "Queridita, queridita", sino con un hombre que le pegase cuando ella estuviera equivocada. La crítica implícita en esta aseveración se dirigía obviamente contra su débil padre. Ella no le culpaba por ser un hombre sin educación, cuyo ingreso como carnicero era modesto, sino por su indiferencia y su rol ineficaz en la familia. Nancy creció en un pequeño apartamento de una populosa vecindad en una ciudad. Su familia quería para ella las "mejores cosas en la vida" y encontró medios y razones para pagarlas; así, Nancy tuvo lecciones de danza, acrobacia y declamación; con la pubertad todas estas actividades llegaron a su fin.

Nancy fantaseaba mucho; las fantasías se referían al matrimonio y se consumía por el deseo de un bebé. Tenía miedo de no ser atractiva a los muchachos y nunca poderse casar. Físicamente, Nancy estaba bien desarrollada para su edad, pero estaba insatisfecha con su propio cuerpo, especialmente con su piel, su pelo, su estatura, sus ojos (usaba anteojos) y sus orejas (cuyos lóbulos estaban unidos a los lados de su cara). En casa era extremadamente recatada y nunca permitió a su madre que la viese desnuda. Nancy sólo podía pensar en una razón de todos sus problemas, desengaños y ansiedades: su madre, quien estaba para ser "culpada". Acusaba a la madre de haberle quitado sus amistades —niños y niñas—, de envidiarle la felicidad que encontró

teniendo amistades, de poner un candado en el teléfono para separarla del mundo. Nancy decía que necesitaba amigas, amigas cercanas que se convertirían en sus hermanas de sangre; ella y Sally grabaron sus iniciales una en el brazo de la otra con una navaja de rasurar como prueba de su eterna amistad. La madre reprendió a Nancy cuando le enseñó las cicatrices; para la hija ésta era una demostración más de que la madre no quería que tuviese amigas íntimas. En su decepción trató de huir de la casa, pero la liga a la madre siempre demostró ser demasiado fuerte; pronto regresó.

No obstante su vehemente rechazo de la madre, Nancy necesitaba su presencia en todo momento. Por ejemplo, insistía en que su madre la acompañara en sus visitas a la trabajadora social. Dudando qué hacer respecto a un trabajo para el verano, Nancy pensó que su madre debería tomar un trabajo como consejera de un campo de vacaciones y ella la asistiría como consejera joven. Nancy no era inconsciente de la ineptitud de su madre para tal trabajo, ni era capaz de evaluar razonablemente sus propias habilidades.

Nancy se preocupaba por el sexo con exclusión de casi todo lo demás. Este interés llegó a proporciones anormales un poco después de la menarca a la edad de once años. Ella se vanagloriaba de sus muchos novios, de tener relaciones sexuales, y de pedir a sus compañeros de escuela que la aceptasen en su "club sexual". A Nancy sólo le gustaban los "jóvenes malos" que robaban, mentían, y tenían un récord criminal, los niños que "sabían conquistar a una chica". Ella misma quería robar y fumar, pero no acompañaba a los niños en sus excursiones delincuentes porque ella "podría ser atrapada". Nancy se intrigaba de que siempre podía conseguir un muchacho si otra muchacha andaba tras de él, pero no de otra forma. Había establecido una posición de respeto entre las muchachas porque las desafiaba rápidamente a una pelea a puñetazos: "Tengo que demostrarles que no les tengo miedo."

Admitió a la trabajadora social que deseaba relaciones sexuales pero negó haber satisfecho su deseo; sin embargo, había sido observada en intimidad con varios jóvenes arriba de una azotea y fue encontrada allí "ofuscada, desarreglada

y mojada". En este tiempo el caso se llevó a la corte y Nancy fue puesta a prueba bajo la condición de que recibiera tratamiento. Bajo la luz de la evidencia Nancy ya no negó más a la trabajadora social que tenía relaciones sexuales, pero ahora expresaba su esperanza de tener un bebé. Explicó que se comprometía en las relaciones sexuales para tomar venganza de su madre. Ella, Nancy, se quedaría con el bebé y se casaría con el chico. Estaba convencida de que su madre no la quería y, de hecho, nunca la había querido. En este tiempo Nancy tuvo un sueño en el que tenía relaciones sexuales con jovenes de trece a veinte años; en el sueño ella tenía 365 bebés, uno por día, durante un año, de un joven al que mataba después de que esto se completaba.

Si su madre, continuaban sus acusaciones, siquiera hubiese tenido más bebés, no sólo uno y, para colmo, niña, Nancy estaba segura de que su vida hubiese tomado un camino diferente. Durante la primera entrevista con la trabajadora social, que le preguntó benévolamente por qué quería verla, Nancy guardó un silencio arisco y de repente empezó a llorar. En sus primeras palabras expresó su agobiante necesidad de ser amada; ella dijo: "Como hija única he estado siempre tan sola." Siempre había deseado un bebé hermana o hermano y rogado a su madre que lo tuviese. Había soñado que cuidaba bebés; en realidad eran los bebés de sus amigas. En el sueño, la madre de Nancy decía: "Es una lástima que unos niños tan encantadores no tengan una madre adecuada que les cuide; vamos a adoptarlos." En el sueño Nancy estaba sobreexcitada y corría a ver a la trabajadora social para decirle que estaban adoptando bebés. La trabajadora respondía que eso costaría mucho dinero, a lo que Nancy replicaba: "¿Pues que no sabe usted que somos muy ricos?" Al despertar de este sueño Nancy rogó a su madre que tomase un hijo adoptivo. Nancy decía: "El bebé deberá ser niño, pues solamente sé ponerle pañales a los niños." Se imaginaba que tendría un trabajo para el verano cuidando a los niños de una familia lejana, en el campo. Cuando creció, a los catorce años, realmente tomó un trabajo durante el verano como ayudante en una guardería infantil de un centro comunal. Entre todos los niños ella era una más, una hermana ma-

yor que ayudaba a los pequeños en sus juegos. A Nancy siempre le gustaba cuidar niños; le encantaba cargar a un bebé en sus brazos, especialmente si era muy pequeño. Cuando su prima se embarazó, Nancy se ofreció a cuidar del bebé, pero añadió: "Cuidaré al bebé gratis durante tres meses, es divertido; pero más adelante cobraré por ello."

Nancy se apegó durante estos años de preocupación sexual a una joven embarazada de veinte años que había contraido matrimonio a los dieciséis, había tenido tres hijos y vivía una vida errática y promiscua. Nancy compartía sustitutivamente la vida sexual y la maternidad de esta mujer; cuidaba de los niños durante las ausencias de la madre. Esto requería que pernoctara en su casa cuando la mujer no regresaba por uno o dos días; en consecuencia Nancy se convirtió en guardián. En cierta ocasión en que Nancy llevó a los niños a su propia casa para cuidarles mientras su amiga tenía una escapada sexual y no había aparecido en tres días, Nancy se puso enfáticamente de parte de su amiga en contra del marido, del cual, según dijo, había estado enamorada alguna vez. También negó violentamente las acusaciones de su madre en contra de su amiga diciéndole a la trabajadora social: "Mi madre tiene una mentalidad de cloaca." Nancy sabía que entendía a su amiga; sabía que era infeliz porque había perdido a su padre cuando era aún muy pequeña y nunca había amado a su madre. Nancy decía: "No vale la pena discutir con mamá", y concluía: "Mi madre y yo simplemente no nos entendemos." Después de estas peleas, Nancy temía repentinamente que las penas que le causaba a su madre pudiesen matarla, pues sufría de presión alta.

Nancy encontró un refugio temporal, si bien peligroso, en el hogar de esta amiga casada. Se sentía segura en la cercana amistad con esta madre embarazada que sabía atraer a los hombres y tener muchos bebés; Nancy gozaba con la ira celosa de su propia madre, quien no aprobaba esta amistad. Nancy sentía que poseía una amiga-madre con quien podía compartirlo todo. Durante esta época Nancy se alejó de todas las jóvenes de su propia edad, sintiendo que no tenía nada en común con ellas. Un penoso testimonio del hecho de que había dejado atrás a sus

antiguas compañeras, fue en una ocasión en que un grupo de jóvenes discutía sobre ropa y le preguntaron: "¿Qué tipo de ropa te gusta más?" Nancy respondió abruptamente: "La ropa de maternidad." Incidentes como el anterior envolvían a Nancy profundamente en la vida familiar "de fantasía" con su amiga. Nancy amaba a esta mujer y decía a la trabajadora social: "No puedo alejarla de mi mente." En su relación con la trabajadora social Nancy fluctuaba entre la intimidad y el alejamiento; esta inestabilidad la expresó en sus propias palabras: "Cuando pienso en venir a esta oficina no deseo venir; pero cuando estoy aquí me alegro y deseo hablar." Finalmente admitió que deseaba confiarse a la trabajadora social, pero hizo una advertencia al confesar que realmente era una "mentirosa compulsiva". Sugirió a la trabajadora que se revelasen mutuamente los secretos de sus vidas, así podrían saber la una de la otra. La necesidad de intimar que ejercía su deseo emocional hacia la trabajadora social era a su vez responsable de sus constantes huidas de ella.

Nancy finalmente vino a repudiar la "cruda y burda manera de ser del adolescente" y su fantasía se volvió en dirección a la actuación. Con ello explotó sus intereses y actividades juguetonas de sus años de latencia: sueños diurnos alocados e infantiles de conocer a actores del cine, desmayarse al verlos, y ser a su vez descubierta como una nueva estrella, eventualmente cedieron a un panorama más sobrio del estudio de la actuación. Actuando, Nancy esperaba "convertirse en una dama"; esto es, sería gentil, hablaría suavemente, actuaría amablemente; estaba segura de que entonces la gente la querría.

Nancy se aferró a la actuación a lo largo de toda su adolescencia; a los dieciséis años adquirió una modesta fama en las producciones teatrales de verano. La escena se había convertido en el territorio legítimo donde se permitía a su impulsividad expresarse en muchas direcciones y donde sus necesidades exhibicionistas fueron domadas lentamente por el código estético de la actuación misma. A estas alturas Nancy se había vuelto un poco mojigata; se mezclaba bien con sus iguales, pero sólo para promover sus propios intereses en las producciones dramáticas. Tan buena manipuladora como lo había sido siempre su madre, Nancy

se relacionó narcisistamente con su medio ambiente y aprendió a explotar a los demás. El interés por la actuación se convirtió en la identidad de Nancy, alrededor del cual tomó forma la integración de su personalidad. El centro de esta identidad se origina en las "mejores cosas de la vida" que la madre de Nancy había deseado siempre para su hija. Durante la adolescencia Nancy retornó a estas aspiraciones impuestas que habían sido imbuidas en la niña por medio de lecciones en las Bellas Artes durante los años de latencia, y fue precisamente este empeño artístico el que sirvió en la adolescencia como un camino para la sublimación de la fijación no resuelta hacia la madre. La identidad vocacional rescató a Nancy de la regresión y la delincuencia, pero también evitó un progreso para el encuentro maduro de objeto; después de todo, todavía eran los deseos de la madre los que se veían gratificados por su actividad artística. Cuando se le recordó una vez, a los dieciséis años, sus deseos de tener bebés, respondió disgustada: "Eso es cosa de niños."

Difícilmente es necesario subrayar aquellos aspectos de este caso que ilustran la importancia etiológica de la fijación preedípica a la madre en la conducta delincuente de Nancy. Su pseudoheterosexualidad era claramente una defensa contra el regreso a la madre preedípica y contra la homosexualidad. La única relación segura que Nancy encontró fue un *folie à deux* con una amiga-madre embarazada; ésta unión e identificación transitoria motivó la actuación (acting out) sexual temporalmente disponible. Sin embargo, un avance en su desarrollo emocional no fue posible sino hasta el giro hacia una ocupación sublimada, la de convertirse en actriz que se había posesionado de ella firmemente. Este ideal yoico —adolescente y probablemente transitorio— resultó en una autorrepresentación relativamente más estable, y abrió el camino a la experimentación adolescente y a los procesos integrativos del yo.

La conducta delincuente de Nancy puede ser comprendida sólo en conjunción con la perturbación de

personalidad de su madre. Al inspeccionar detalladamente la patología familiar reconocemos —citando a Johnson y Szurek (1952)—: "El empleo inconsciente del niño para actuar ante su padre o madre sus propios impulsos, pobremente integrados y prohibidos."

Del análisis de los adultos que también son padres aprendemos sobre sus fantasías inconscientes, delincuentes, perversas y desviadas, y sabemos también cuán frecuentemente se identifica el padre con su hijo y con la vida instintiva del hijo en sus varias edades. A pesar de esto, muchos hijos de tales padres no muestran una tendencia para actuar las inclinaciones inconscientes, delincuentes, perversas y desviadas de sus padres; de hecho, muchos muestran a este respecto una resistencia que le faltaba totalmente a Nancy. Normalmente los niños buscan en su medio ambiente experiencias compensatorias que equilibren, en cierto grado, las deficiencias que existen en la vida emocional de la familia. Esto es especialmente cierto para los niños en el periodo de latencia, pero también es cierto para los niños más chicos que establecen relaciones significativos con sus hermanos mayores, los vecinos, los familiares, los amigos de la familia, los maestros, y otra gente. En contraste, los niños como Nancy son totalmente incapaces de complementar sus experiencias emocionales en un medio ambiente más amplio, y continúan viviendo su pobre vida social en los limitados confines de su familia.

Pensamos, entonces, que un tipo especial de interacción entre padre e hijo (a) debe funcionar con el objeto de prevenir al niño (a) de establecer progresivamente su desarrollo yoico. La ambivalencia principal especial de la relación padre-hijo reside en un patrón sadomasoquista que ha permitido no sólo la vida instintiva del niño, sino que también ha afectado adversamente su desarrollo yóico. La ambivalencia principal que tiene sus raíces en la etapa voraz de organización oral constituye un núcleo para un patrón duradero de interacción entre madre e hijo (a); esto es llevado como

un *leit motiv* a través de todas las etapas de desarrollo psicosexual. Las polaridades de amor-odio, dar-tomar, sumisión-dominación continúan existiendo en una dependencia recíproca ambivalente de madre e hijo (a). La modalidad sadomasoquista gradualmente inunda toda interacción entre niño (a) y medio ambiente; eventualmente influye en el desarrollo yoico por la introyección de un objeto ambivalente. Como consecuencia las funciones inhibidoras se desarrollan pobremente y la tolerancia a la tensión es baja. El hambre de estímulos de estos niños representa la duradera expresión de su voracidad oral. ¿Es, quizá, la conducta impulsiva de Nancy un aspecto esencial de una organización de impulso sadomasoquista? Szurek (1954) hizo notar que "dos factores, la fijación libidinosa y la internalización de las actitudes paternas, determinan cuales impulsos del niño (a) se volvieron yosintónicos y cuales están reprimidos. Al grado de que estos factores interfieren con la experiencia satisfactoria del niño en cualquier fase de desarrollo, las actitudes internalizadas son vengativas (por ejemplo, sádicamente), caricaturizadas y los impulsos libidinales son distorsionados masoquistamente, por ejemplo, la energía libidinal tanto del ello como del superyo es fundida con la ira y ansiedad consecuente al repetido impedimento." El caso de Nancy es de interés a la luz de estas consideraciones. Por lo tanto, volveremos ahora a su temprana vida en busca de aquellas experiencias que juegan un rol primario y predisponente en términos de la fijación sadomasoquista en la madre preedípica y de la eventual falla adaptativa en la pubertad.

Nancy era hija única, nacida dos años después del matrimonio. Era deseada por su madre, quien quería tener muchos hijos. El marido pensaba esperar diez años; su esposa, incapaz de aguantar esta demora, solicitó un hijo adoptivo pero le fue negado. Pronto quedó embarazada.

Nancy fue amamantada durante seis meses; a los

cuatro meses el bebé empezó a morder el pezón, causándole a la madre considerable dolor. A pesar de las protestas de la madre el doctor insistió en que siguiera amamantando; dos meses más tarde, cuando el amamantamiento se había vuelto una prueba, se le permitió quitar al bebé del pecho. Por dos meses la madre y la hija se enzarzaron en una batalla sobre chupar y morder, sobre ofrecer y rehusar el pezón. Un efecto duradero puede ser reconocido en el rechazo persistente de Nancy para tomar leche. Empezó a chuparse el dedo a los tres meses y se trató de evitar que lo hiciera forzándola a usar guantes. Podemos suponer que la niña obtenía una insuficiente estimulación y gratificación del amamantamiento en cualquier edad temprana. La niña empezó a hablar como al año y caminó bien a los dieciséis meses. Cuando Nancy entró al kindergarten vomitaba diariamente antes de ir a la escuela; este síntoma desapareció después de varias semanas de asistencia forzada. La maestra notó entonces que la niña ignoraba su presencia en una forma que sugería una audición defectuosa. Las pruebas indicaron que esta suposición era incorrecta. Cuando Nancy empezó el primer año de primaria hacía fuertes berrinches en la escuela y trataba de huir. Su madre la espiaba y la hacía volver forzadamente a la clase; después de unas semanas cesaron sus huidas para siempre. A partir de esta etapa su conducta en la escuela era una constante causa de quejas. Durante todos sus años de latencia Nancy fue "terca, fácilmente irritable, remolona y quejosa" durmió en la recámara de sus padres hasta los ocho años. Sólo entonces le asignaron su propio cuarto. Principió a tener pesadillas y a irse a la recámara de sus padres. Ninguna acción disciplinaria evitaba que Nancy perturbara el sueño de sus padres; cuando rehusaba regresar a su cuarto la madre la obligaba a sentarse toda la noche en una silla en la recámara de sus padres. Después de este "tratamiento" la niña se rindió, permaneció en su propio cuarto y no volvió a quejarse de tener pesadillas.

Nancy conocía pocos niños y rara vez jugaba con ellos; prefería estar en compañía de su madre. Tuvo "compañeros imaginarios" durante toda su infancia temprana y muy posiblemente durante sus años de latencia; en su adolescencia temprana aún se hablaba a sí misma en la cama y prohibía a su madre que la escuchase. La madre tenía tanta curiosidad sobre la vida privada de su hija como Nancy sobre la de su madre. Refiriéndose a la falta de amigos de Nancy su madre comentó: "Nancy quiere demasiado amor."

Dos factores complementarios en la temprana interacción madre-hija parecen haber predispuesto a Nancy, a su madre a una duradera unión ambivalente. La madre esperaba tener bebés para gratificar sus propias necesidades infantiles, mientras que Nancy, dotada quizá de un raro y fuerte impulso oral, hacía demandas a su madre que no era capaz de satisfacer. Esta batalla de autointereses que no eran recíprocamente tolerados continuó sin descanso y sin arreglo hasta la pubertad de Nancy. Su sumisión a la cruel disciplina de su madre, y su rendición de síntomas al costo de su gratificación masoquista, revelan la integración progresiva de una relación de objeto sadomasoquista que obstruyó el desarrollo de individuación exitosa; por el contrario, resultó en la unión simbiótica y estrecha entre la niña y la madre arcaica.

Los intentos de separación de Nancy en la temprana infancia y pubertad se hacen aparentes en su creación de "compañeros imaginarios" y en su unión con la amiga-madre, a la edad de trece años. Estos intentos de liberación no tuvieron éxito; la pseudoheterosexualidad era el único camino de esta joven impulsiva para gratificar su voluntad oral, para vengarse de su madre "egoísta", y para protegerse a sí misma de la homosexualidad. Por lo tanto, la conducta delincuente de Nancy tiene su origen en los antecedentes predisponentes que residen en la segunda fase oral (sádica), con lo que el círculo se cierra.

APÉNDICE
Bibliografía cronológica de la literatura psicoanalítica sobre la adolescencia

1905

Freud, S., "Fragment of an Analysis of a Case of Histeria", *Standard Edition,* Vol. VII, The Hogarth Press, Londres, 1953. (Hay traducción española: *Análisis fragmentario de una histeria.)*

——, "The Transformations of Puberty", tercer ensayo en "Three Essays on the Theory of Sexuality", *Standard Edition,* Vol. VII, The Hogarth Press, Londres, 1953. (Hay traducción española: *Una teoría sexual.)*

1912

Die Onanie, 14 Beiträge zu einer Diskussion der Wiener Psychoanalytischen Vereinigung, J. F. Bergmann, Wiesbaden, 1912. "Introduction" y "Concluding Remarks", por S. Freud, *Standard Edition,* Vol. XII, The Hogarth Press, Londres, 1958; "On Masturbation", por V. Tausk, en *Psychoanalytic Study of the Child,* Vol. VI, International Universities Press, Nueva York, 1951.

1914

Freud, S., "Some Reflections on Schoolboy Psychology", *Standard Edition,* Vol. XIII, The Hogarth Press, Londres, 1955.

1919

Hug-Hellmuth, H. von, *A Young Girl's Diary,* Seltzer, Nueva York, 1921; "Prefacio", por S. Freud, *Standard Edition,* Vol. XIV, The Hogarth Press, Londres, 1957.

1922

Bernfeld, S., *Vom Gemeinschaftsleben der Jugend,* Internationaler Psychoanalytischer Verlag, Viena, 1922.

Jones, S., "Some Problems of Adolescence", en *Papers on Psychoanalysis,* The William & Wilkins Co., Baltimore, 1948.

1923

Bernsfeld, S., "Über eine typische Form der männlichen Pubertät", *Imago,* Vol. IX.

1924

Bernfeld, S., *Vom dichterischen Schaffen der Jugend,* Internationaler Psychoanalytischer Verlag, Viena, 1924.
Harnik, J., "The Various Developments Undergone by Narcissism in Men and Women", *International Journal of Psychoanalysis,* Vol. V.

1925

Aichorn, A., *Wayward Youth,* The Viking Press, Nueva York, 1948. (Hay traducción española: *Juventud descarriada.)*

1927

Bernfeld, S., "Die heutige Psychologie der Pubertät", *Imago,* Vol. XIII.

1928

Federn, P., "Die Wiener Diskussion aus dem Jahre 1912", *Zeitschrift für psychoanalytische Pädagogik,* Vol. II.
"Onanie" Sonderheft, *Zeitschrift für psychoanalytische Pädagogik,* Vol. II.
Read, C. S., *The Struggle of Male Adolescence,* Allen & Unwin, Londres, 1928.

1929

Bernfeld, S., "Der soziale Ort und seine Bedeutung für Neurose, Verwahrlosung und Pädagogik, *Imago,* Vol. XV.
Williams, F. E., *Adolescence,* Farrar and Rinehart, Nueva York, 1930.

1931

Bernfeld, S., *Trieb und Tradition im Jugendalter; kulturpsychologische Studien an Tagebüchern,* J. A. Barth, Leipzig, 1931.
"Menstruation" Sonderheft, *Zeitschrift für psychoanalytische Pädagogik,* Vol. V.

1932

Chadwick, M., *The Psychological Effects of Menstruation,* Nervous and Mental Disease Publishing Co., Nueva York y Washington, 1932.

——, *Adolescent Girlhood,* Allen & Unwin, Londres, 1932.
Klein, M., "The Technique of Analysis in Puberty", en *The Psycho-analysis of Children,* Cap. 5, The Hogarth Press, Londres, 1949.
Meng, H., "Über Pubertät und Pubertätsaufklärung", *Zeitschrift für psychoanalytische Pädagogik,* Vol. VI.

1933

Buxbaum, E., "Angstäusserungen von Schulmädchen im Pubertätsalter", *Zeitschrift für psychoanalytische Pädagogik,* Vol. VII.

1934

Balint, M., "Der Onanie-Abgewöhnungskampf in der Pubertät", *Zeitschrift für psychoanalytische Pädagogik,* Vol. VIII.

1935

Bernfeld, S., "Über die einfache männliche Pubertät", *Zeitschritf für psychoanalytische Pädagogik,* Vol. IX.
Horney, K., "Personality Changes in Female Adolescents", *American Journal of Orthopsychiatry,* Vol. XIX.
Landauer, K., "Die Ichorganisation in der Pubertät", *Zeitschrift für psychoanalytische Pädagogik,* Vol. IX.
"Psychoanalyse und Pubertät" Sonderheft, *Zeitschrift für psychoanalytische Pädagogik,* Vol. IX.
Redl, F., "'Pansexualismus' und Pubertät", *Zeitschrift für psychoanalytische Pädagogik,* Vol. IX.
"Verzeichnis der psychoanalytischen Literatur über Pubertät", *Zeitschrift für psychoanalytische Pädagogik,* Vol. IX.
Zulliger, H., "Über Hochstapler und Verwahrloste", *Zeitschrift für psychoanalytische Pädagogik,* Vol. IX.

1936

Freud, A., "The Ego and the Id at Puberty" y "Instinctual Anxiety during Puberty" en *The Ego and the Mechanisms of Defence,* Caps. XI y XII, The Hogarth Press, Londres, 1950. (Hay traducción española: *El yo y los mecanismos de defensa.*)
Freud, S., "A Disturbance of memory on the Acropolis", *Standard Edition,* Vol. V, The Hogarth Press, Londres, 1950.

1937

Katan, A., "The Role of 'Displacement' in Agoraphobia", *International Journal of Psycho-analysis,* Vol. XXXII (1951).

1938

Bernfeld, S., "Types of Adolescence", *Psychoanalytic Quarterly,* Vol. VII.

1939

Hartmann, H., *Ego Psychology and the Problem of Adaptation,* International Universities Press, Nueva York, 1958. (Hay traducción española: *La psicología del yo y el problema de adaptación.)*

Zachry, C., "Contributions of Psychoanalysis to the Education of the Adolescent", *Psychoanalytic Quarterly,* Vol. VIII.

1941

Friedlander, K., "Children's Books and Their Function in Latency and Puberty", *American Imago,* Vol. III (1942).

1942

Gitelson, M., "Direct Psychotherapy in Adolescence", *American Journal of Orthopsychiatry,* Vol. XII.

Lander, J., "The Pubertal Struggle against the Instincts", *American Journal of Orthopsychiatry,* Vol. XII.

1944

Deutsch, H., *Psychology of Women,* Vol. I, Grune & Stratton, Nueva York, 1944.

Johnson, A. M., y Fishback, D., "Analysis of a Disturbed Adolescent Girl and Collaborative Psychiatric Treatment of the Mother", *American Journal of Orthopsychiatry,* Vol. XIV.

1945

Buxbaum, E., "Transference and Group Formation in Children and Adolescents", *Psychoanalytic Study of the Child,* Vol I, International Universities Press, Nueva York, 1945.

Fenichel, O., *The Psychoanalytic Theory of Neurosis,* W. W. Norton and Company, Nueva York, 1945.

Hacker, F. J., y Geleerd, E. R., "Freedom and Authority in Adolescence", *American Journal of Orthopsychiatry,* Vol. XV.

Redl, F., "The Psychology of Gang Formation and the Treatment of Juvenile Delinquents", *Psychoanalytic Study of the Child,* Vol. I. *Loc. cit.*

1946

Blos, P., "Psychological Counseling of College Students", *American Journal of Orthopsychiatry,* Vol. XVI.

Erikson, E. H., "Ego Development and Historical Change", *Psychoanalytic Study of the Child,* Vol. II, *loc. cit.,* 1946.

Hartmann, H., Kris, E., y Leowenstein, R. M., "Comments on the Formation of Psychic Structure", *Psychoanalytic Study of the Child,* Vol. II, *Loc. cit.*

Hoffer, W., "Diaries of Adolescent Schizophrenics", *Psychoanalytic Study of the Child,* Vol. II, *loc. cit.*

Maenchen, A., "A Case of Superego Disintegration", *Psychoanalytic Study of the Child,* Vol. II, *loc. cit.*

1947

Friedlander, K., *The Psycho-analytical Approach to Juvenile Delinquency,* International Universities Press, Nueva York, 1947. (Hay traducción española: *Psicoandlisis de la delincuencia juvenil.)*

1948

Gitelson, M., "Character Synthesis: The Psychotherapeutic Problem of Adolescence", *American Journal of Orthopsychiatry,* Vol. XVIII.

1949

Aichorn, A., "Some Remarks on the Psychic Structure and Social Care of a Certain Type of Female Juvenile Delinquent", *Psychoanalytic Study of the Child,* Vol. III-IV, *loc. cit.,* 1949.

Eissler K. R., "Some Problems of Delinquency", en *Searchlights on Delinquency,* ed. Eissler, K. R., International Universities Press, Nueva York, 1949.

Johnson, A. M., "Sanctions for Superego Lacunae of Adolescents", *ibid.*

Wittels, F., "The Ego of the Adolescent", *ibid.*

1950

Beres D., y Obers, S. J., "The Effects of Extreme Deprivation in Infancy on Psychic Structure in Adolescence: A Study in Ego Development", *Psychoanalytic Study of the Child,* Vol. V, *loc. cit.,* 1950.

Eissler, K. R., "Ego-Psychological Implications of the Psychoana-

lytic Treatment of Delinquents", *Psychoanalytic Study of the Child,* Vol. V, *loc. cit.*
Erikson, E. H., *Childhood and Society,* W. W. Norton and Company, Nueva York, 1950.
Greenacre, P., "The Prepuberty Trauma in Girls", *Psychoanalytic Quarterly,* Vol. XIX. (Reimpreso en *Trauma, Growth and Personality,* W. W. Norton, Nueva York, 1952; hay traducción española: *Trauma, desarrollo y personalidad.)*
Lample-de Groot, J., "On Masturbation and Its Influence on General Development", *Psychoanalytic Study of the Child,* Vol. V, *loc. cit.*
Reich, A., "On the Termination of Analysis", *International Journal of Psycho-analysis,* Vol. XXXI.

1951

Arlow, J. A., "A Psychoanalytic Study of a Religious Initiation Rite, Bar Mitzvah", *Psychoanalytic Study of the Child,* Vol. VI, *loc. cit.,* 1951.
Erikson, E. H., "Sex Differences in the Play Configurations of Preadolescents", *American Journal of Orthopsychiatry,* Vol. XXI.
Reich, A., "The Discussion of 1912 on Masturbation and our Present-Day Views", *Psychoanalytic Study of the Child, loc. cit.*
Spiegel, L. A., "A Review of Contributions to a Psychoanalytic Theory of Adolescence: Individual Aspects", *Psychoanalytic Study of the Child, loc. cit.*

1953

Blos, P., "The Contribution of Psychoanalysis to the Treatment of Adolescents", en *Psychoanalysis and Social Work,* ed. Heiman, M., International Universities Press, Nueva York, 1953.
Keiser, S., "A Manifest Oedipus Complex in an Adolescent Girl", *Psychoanalytic Study of the Child,* Vol. VIII, *loc. cit.,* 1953.

1954

Bettelheim, B., *Symbolic Wounds,* The Free Press, Glencoe, 1954.
Blos, P., "Prolonged Adolescence: The Formulation of a Syndrome and Its Therapeutic Implications", *American Journal of Orthopsychiatry,* Vol. XXIV.
Joselyn, I., "The Ego in Adolescence", *American Journal of Orthopsychiatry,* Vol. XXIV.

1955

Fraiberg, S., "Some Considerations in the Introduction to The-

rapy in Puberty", *Psychoanalytic Study of the Child,* Vol. X, *loc. cit.,* 1955.

1956

Erikson, E. H., "The Problem of Ego Identity", *Journal of the American Psychoanalytic Association,* Vol. IV (1956). (Reimpreso en *Identity and the Life Cycle,* International Universities Press, Nueva York, 1959.)

Male, P., "Etude Psychanalytique de l'Adolescence", en *La Psychanalyse d'Aujourd'hui,* ed. Nacht, S., Vol. I, Presses Universitaires, París, 1956.

Wolfenstein, M., "Analysis of a Juvenile Poem", *Psychoanalytic Study of the Child,* Vol. XI, *loc. cit.,* 1956.

1957

Blos, P., "Preoedipal Factors in the Etiology of Female Delinquency", *Psychoanalytic Study of the Child,* Vol. XII, *loc. cit.,* 1957.

Geleerd, E. R., "Some Aspects of Psychoanalytic Technique in Adolescents", *ibid.*

Lample-de Groot, J., "On Defense and Development: Normal and Pathological", *ibid.*

Noshpitz, J. D., "Opening Phase in the Psychotherapy of Adolescents with Character Disorders", *Bulletin of the Menninger Clinic,* Vol. XXI, 1957.

Root, N., "A Neurosis in Adolescence", *Psychoanalytic Study of the Child,* Vol. XII, *loc. cit.,* 1957.

1958

Adatto, C. P., "Ego Reintegration Observed in Analysis of Late Adolescents", *International Journal of Psycho-analysis,* Vol. XXXIX (1958).

Blos, P., "Preadolescent Drive Organization", *Journal of the American Psychoanalytic Association,* Vol. VI, 1958.

Buxbaum, E., "The Psychology of Adolescence" (panel report), *Journal of the American Psychoanalytic Association,* Vol. VI.

Erikson, E. H., *Young Man Luther,* W. W. Norton, Nueva York, 1958.

Freud, A., "Adolescence", *Psychoanalityc Study of the Child,* Vol. XIII, *loc. cit.,* 1958.

Loomie, L. S., Rosen, V. H., y Stein, M. H., "Ernst Kris and the Gifted Adolescent Project", *ibid.*

Pearson, G. H. J., *Adolescence and the Conflict of Generations,* W. W. Norton, Nueva York, 1958.

Spiegel, L. A., "Comments on the Psychoanalytic Psychology of Adolescence", *Psychoanalytic Study of the Child,* Vol. XIII, *loc. cit.,* 1958.

1959

Gardner, G. E., "Psychiatric Problems of Adolescence", en *American Handbook of Psychiatry,* ed. Areti, S., Basic Books, Nueva York, 1959.

Solnit, A. J., "The Vicissitudes of Ego Development in Adolescence" (panel report), *Journal of the American Psychoanalytic Association,* Vol. VII, 1959.

1960

Lample-de Groot, J., "On Adolescence", *Psychoanalytic Study of the Child,* Vol. XV, *loc. cit.,* 1960.

Levy, K., "Simultaneous Analysis of a Mother and Her Adolescent Daughter: The Mother's Contribution to the Loosening of the Infantile Object Tie", con una introducción de Anna Freud, *ibid.*

1961

Fountain, G., "Adolescent into Adult: An Inquiry", *Journal of the American Psychoanalytic Association,* Vol. IX, 1961.

Geleerd, E. R., "Some Aspects of Ego Vicissitudes in Adolescence", *ibid.*

Harley, M., "Some Observations on the Relationship between Genitality and Structural Development at Adolescence", *ibid.*

Lorand, S., y Schneer, H. I., eds., *Adolescents, Psychoanalytic Approach to Problems and Therapy,* Paul B. Heober, Nueva York, 1961.

Spiegel, L. A., "Disorder and Consolidation", *Journal of the American Psychoanalytic Association,* Vol. IX, 1961.

REFERENCIAS

Abegg, W. (1954), *Aus Tagebüchern und Briefen jungen Menschen,* Ernest Reinhard, Basilea.

Adatto, C. P. (1958), "Ego Reintegration Observed in Analysis of Late Adolescents", *International Journal of Psycho-analysis,* Vol. XXXIX.

Aichorn, A. (1949), "Some Remarks on the Psychic Structure and Social Care of a Certain Type of Female Juvenile Delinquent", *Psychoanalytic Study of the Child,* Vol. III-IV, International Universities Press, Nueva York.

Aiken, Conrad (1952), *Ushant,* Duell, Sloan & Pearce, Nueva York.

Alexander, F. (1929), "The Psychoanalysis of the Total Personality", *Nervous and Mental Disease Monographs,* No. 52, Nueva York.

Alpert, A. (1941), "The Latency Period", *American Journal of Orthopsychiatry,* Vol. XI.

Anderson, Sherwood (1919), *Winesburg, Ohio,* The Viking Press.

Arlow, J. A. (1953), "Masturbation and Symptom Formation", *Journal of the American Psychoanalytic Association,* Vol. I.

Balint, A. (1939), "Love for the Mother and Mother Love", reimpreso en Balint, M., *Primary Love and Psycho-analytic Technique,* Liveright, Nueva York, 1953.

Barker, George (1951), *The Dead Seagull,* Farrar, Straus & Young, Nueva York.

Beier, H., y Bauer, R. A. (1955), "Oleg: A Member of the Soviet Golden Youth", *Journal of Abnormal and Social Psychology,* Vol. 51, No. 1.

Benedek, T. (1956, a), "Toward the Biology of the Depressive Constellation", *Journal of the American Psychoanalytic Association,* Vol. IV.

Benedek, T. (1956, b), "Psychological Aspects of Mothering", *American Journal of Orthopsychiatry,* Vol. XXVI.

Benedek, T. (1959, a), "Sexual Functions in Women and Their Disturbance", en *American Handbook of Psychiatry,* ed. Avieto, S., Vol. I. Basic Books, Nueva York.

Benedek, T. (1959, b), "Parenthood as a Developmental Phase, *Journal of the American Psychoanalytic Association,* Vol. VII.

Beres, D., y Obers, S. J. (1950), "The Effects of Extreme Deprivation in Infancy on Psychic Structure in Adolescence: A Study in Ego Development", *Psychoanalytic Study of the Child,* Vol. V, *loc. cit.*

Bernfeld, S. (1923), "Über eine typische Form der männlichen Pubertät", *Imago,* Vol. IX.

Bernfeld, S. (1924), *Vom dichterischen Schaffen der Jugend,* Internationaler Psychoanalytischer Verlag, Viena.
Bernfeld, S. (1927), "Die heutige Psychologie der Pubertät", *Imago,* Vol. XIII.
Bernfeld, S. (1929), "Der soziale Ort und seine Bedeutung für Neurose, Verwahrlosung und Pädagogik", *Imago,* Vol. XV.
Bernfeld, S. (1931), "Trieb und Tradition im Jugendalter; kulturpsychologische Studien an Tagebüchern", T. A. Barth, Leipzig.
Bernfeld, S. (1935), "Über die einfache männliche Pubertät", *Zeitschrift für psychonalytische Pädagogik,* Vol. IX.
Berto, G. (1948), *The Sky is Red,* New Directions, Nueva York.
Bettelheim, B. (1954), *Symbolic Wounds,* The Free Press, Glencoe.
Bibring, G. (1953), "On the Passing of the Oedipus Complex in a Matriarchal Family Setting", en *Drives, Affects and Behavior,* ed. Lowenstein, R. M., International Universities Press, Nueva York.
Blos, P. (1941), *The Adolescent Personality,* Appleton-Century-Crofts, Nueva York.
Blos, P. (1954), "Prolonged Adolescence: The Formulation of a Syndrome and Its Therapeutic Implications", *American Journal of Orthopsychiatry,* Vol. XXIV.
Blos, P. (1960), "Comments on the Psychological Consequences of Cryptorchism: A Clinical Study": *Psychoanalytic Study of the Child,* Vol. XV, *loc. cit.*
Bornstein, B. (1951), "On Latency", *ibid,* Vol. VI.
Bornstein, B. (1953), "Masturbation in the Latency Period", *ibid,* Vol. VIII.
Braatöy, T. (1934), *Männer zwischen 15 und 25 Jahren,* Fabritius and Sonner, Oslo.
Brierley, M. (1951), *Trends in Psychoanalysis,* The Hogarth Press, Londres.
Buxbaum, E. (1951), "A Contribution to the Psychoanalytic Knowledge of the Latency Period", *American Journal of Orthopsychiatry,* Vol. XXI.
Conrad, Joseph (1900), *Lord Jim,* Doubleday, Nueva York, 1923. (Hay versión española con el mismo título.)
Church, Richard (1956), *Over the Bridge,* E. P. Dutton & Co., Nueva York.
Deutsch, H. (1944), *Psychology of Women,* Vol. I, Grune & Stratton, Nueva York. (Hay traducción española: *La psicología de la mujer.*)
Deutsch, H. (1954), "The Imposter", *Psychoanalytic Quarterly,* Vol. XXIII.
Dostoievsky, F. (1879-80), *Los hermanos Karamazov.*
Erikson, E. H. (1946), "Ego Development and Historical Change", *Psychoanalytic Study of the Child,* Vol. II, *loc. cit.*

Erikson, E. H. (1950), *Childhood and Society,* W. W. Norton, Nueva York. (Hay traducción española: *Infancia y sociedad.)*
Erikson, E. H. (1951), "Sex Differences in the Play Configurations of Preadolescents", *American Journal of Orthopsychiatry,* Vol. XXI.
Erikson, E. H. (1956), "The Problem of Ego Identity", *Journal of the American Psychoanalytic Association,* Vol. IV.
Erikson, E. H. (1958), *Young Man Luther,* W. W. Norton, Nueva York.
Federn, P. (1929), "Ego as Subject and Object in Narcisism", en *Ego Psychology and the Psychoses,* Basic Books, Nueva York, 1952.
Fenichel, O. (1939), "Trophy and Triumph", *Collected Papers,* Vol. II, W. W. Norton, Nueva York, 1954.
Fenichel, O. (1945, a), "Neurotic Acting Out", *ibid.*
Fenichel, O. (1945, b), *The Psychoanalytic Theory of Neurosis,* W. W. Norton, Nueva York.
Frank, Anna (1947), *El diario de Anna Frank.*
Freud, A. (1936), *The Ego and the Mechanisms of Defence,* international Universities Press, Nueva York, 1946. (Hay traducción española: *El yo y los mecanismos de defensa.)*
Freud, A. (1949); "Certain Types and Stages of Social Maladjustment", en *Searchlights on Delincuency,* ed. Eissler, K. R., International Universities Press, Nueva York.
Freud, A. (1951), "A Connection between the States of Negativism and of Emotional Surrender *(Hörigkeit)",* (leído en el Congreso Psicoanalítico Internacional, Amsterdam, agosto de 1951), resumen en *International Journal of Psychoanalysis,* Vol. XXXIII, 1952, p. 265.
Freud, A. (1952), "Mutual Influences in the Development of Ego and Id", *Psychoanalytic Study of the Child,* Vol. VII, *loc. cit.*
Freud, A. (1954), "Psychoanalysis and Education", *ibid.,* Vol. IX.
Freud, A. (1958, a), "Adolescence", *ibid.,* Vol. XIII.
Freud, A. (1958, b), "Child Observation and Prediction", *ibid.*
Freud, S. (1898), "Sexuality in the Aetiology of the Neuroses", *Collected Papers,* Vol. I, The Hogarth Press, Londres, 1949. (Hay traducción española: "La sexualidad en la etiología de las neurosis".)
Freud, S. (1905, a),"Fragment of an Analysis of a case of Histeria", *Standard Edition,* The Hogarth Press, Londres, 1953. (Hay traducción española: "Análisis fragmentario de una histeria".)
Freud, S. (1905, b), "Three Essays on the Theory of Sexuality", *Standard Edition,* Vol. VII, *loc. cit.,* 1953. (Hay traducción española: *Una teoría sexual.)*
Freud, S. (1908), "Hysterical Phantasies and Their Relation to Bisexuality", *Standard Edition,* Vol. IX, *loc. cit.,* 1959. (Hay

traducción española: "Fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad".)
Freud, S. (1909, a), "A Case of Obsessional Neurosis", *Standard Edition,* Vol. X, *loc. cit.,* 1955. (Hay traducción española: "Análisis de un caso de neurosis obsesiva".)
Freud, S. (1909, b), "Family Romances", *Standard Edition,* Vol. IX, *loc. cit.,* 1959.
Freud, S. (1910), "Contributions to the Psychology of Love", *Collected Papers,* Vol. IV, *loc. cit.,* 1949.
Freud, S. (1914), "On Narcissism: An Introduction", *Standard Edition,* Vol. XIV, *loc. cit.,* 1957. (Hay traducción española: *Introducción al narcisismo.)*
Freud, S. (1951), "Instincts and Their Vicissitudes", *Collected Papers,* Vol. IV, *loc. cit.* (Hay traducción española: "Los instintos y sus destinos".)
Freud, S. (1920), "The Psychogenesis of a case of Homosexuality in a Woman", *Standard Edition,* Vol. XVIII, *loc. cit.,* 1955. (Hay traducción española: "Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina".)
Freud, S. (1921), "Mass Psychology and the Psychoanalysis of the Ego", *Standard Edition,* Vol. XVIII, *loc. cit.,* 1955. (Hay traducción española: *Psicología de las masas.)*
Freud, S. (1923, a), "The Ego and the Id", *Standard Edition,* Vol. XIX, *loc. cit.,* 1961. (Hay traducción española: *El yo y el ello.)*
Freud, S. (1923, b), "The Infantile Genital Organization of the Libido", *Collected Papers,* Vol. II, *loc. cit.,* 1949. (Hay traducción española: *La organización genital infantil.)*
Freud, S. (1924, a), "Neurosis and Psychosis", *Collected Papers,* Vol. II, *loc. cit.,* 1949. (Hay traducción española: "Neurosis y psicosis".)
Freud, S. (1924, b), "The Passing of the Oedipus-Complex", *Collected Papers,* Vol. II, *loc. cit.,* 1949. (Hay traducción española: "El final del complejo de Edipo".)
Freud, S. (1925), "Some Psychological Consequences of the Anatomical Distinction Between the Sexes", *Collected Papers,* Vol. V, *loc. cit.,* 1950.
Freud, S. (1926), "Inhibition, Symptoms and Anxiety", *Standard Edition,* Vol. XX, *loc. cit.,* 1959. (Hay traducción española: *Inhibición, síntoma y angustia.)*
Freud, S. (1928), "Dostoievsky and Parricide", *Collected Papers,* Vol. V, *loc. cit.,* 1950. (Hay traducción española: "Dostoievsky y el parricidio".)
Freud, S. (1930), "Civilization and Its Discontents", *Standard Edition,* Vol. XXI, *loc. cit.,* 1961. (Hay traducción española: *El malestar de la civilización.)*

Freud, S. (1931), "Female Sexuality", *Collected Papers,* Vol. V, *loc. cit.,* 1950.
Freud, S. (1933), *New Introductory Lectures on Psychoanalysis,* W. W. Norton, Nueva York, 1933. (Hay traducción española: *Nuevas aportaciones al psicoanálisis.)*
Freud, S. (1936), "A Disturbance of Memory on the Acropolis", *Collected Papers,* Vol. V, *loc. cit.,* 1950.
Freud, S. (1937), "Analysis, Terminable and Interminable", *Collected Papers,* Vol. V, *loc. cit.,* 1950 (Hay traducción española: "Análisis terminable e interminable".)
Freud, S. (1938), *An Outline of Psychoanalysis,* W. W. Norton, Nueva York, 1949. (Hay traducción española: *Esquema del psicoanálisis.)*
Freud, S. (1939), "Moses, His People and Monotheistic Religion", en *Moses and Monotheism,* Alfred A. Knopf, Nueva York, 1939. (Hay traducción española: *Moisés y el Monoteísmo.)*
Friedlander, K. (1942), "Children's Books and Their Function in Latency and Puberty", *American Imago,* Vol. III.
Fries, M. E. (1958), "Review of the Literature on the Latency Period", *Journal of the Hillside Hospital,* Vol. VII.
Gallagher, J. R. (1960), "General Principles in Clinical Care of Adolescent Patients", *Pediatric Clinics of North America,* Vol. VII, No. 1.
Gesell, A., Ilg, F. L., y Ames, L. B. (1956), *Youth,* Harper and Brothers, Nueva York.
Gitelson, M. (1948), "Character Synthesis: The Psychotherapeutic Problem of Adolescence", *American Journal of Orthopsychiatry,* Vol. XVIII.
Glover, E. (1956), "Psycho-analysis and Criminology: A Political Survey", *International Journal of Psycho-analysis,* Vol. XXXVII.
Golan, J., ed. (1954), *The Diary of a Boy,* The Kibuts Artsi, Hashomer Hazair, Merhavia (en hebreo).
Greenacre, P. (1948), "Anatomical Structure and Super-ego", en *Trauma, Growth and Personality,* W. W. Norton, Nueva York, 1952. (Hay traducción española: *Trauma, desarrollo y personalidad.)*
Greenacre, P. (1950, a), "Special Problems of Early Female Sexual Development", *ibid.*
Greenacre, P. (1950, b), "The Prepuberty Trauma in Girls", *ibid.*
Greenacre, P. (1954), "Problems of Infantile Neurosis, A Discussion", *Psychoanalytic Study of the Child,* Vol. IX, *loc. cit.*
Greenacre, P. (1958), "Early Physical Determinants in the Development of the Sense of Identity", *Journal of the American Psychoanalytic Association,* Vol. VI.
Greenson, R. (1954), "The Struggle againt Identification", *Journal of the American Psychoanalytic Association,* Vol. II.

Greulich, W. W., et al. (1942), "Somatic and Endocrine Studies of Pubertal and Adolescent Boys", *Society for Research in Child Development*, Vol. VIII, No. 3.
Grinker, R. R. (1955), "Growth, Inertia and Shame", *International Journal of Psycho-analysis*, Vol. XXXVI.
Grinker, R. R. (1957), "On Identification", *ibid.*, Vol. XXXVIII.
Harnik, J. (1924), "The Various Developments Undergone by Narcissism in Men and Women"; *ibid.*, Vol. V.
Hartmann, H. (1939, a), *Ego Psychology and the Problem of Adaptation*, International Universities Press, Nueva York, 1959. (Hay traducción española: *La psicología del yo y el problema de adaptación.)*
Hartmann, H. (1939, b), "Psychoanalysis and the Concept of Health", *International Journal of Psycho-analysis*, Vol. XX.
Hartmann, H. (1944), "Psychoanalysis and Sociology", en *Psychoanalysis Today*, ed. Lorand, S., International Universities Press, Nueva York.
Hartmann, H., Kris, E., y Loewenstein, R. M. (1946), "Comments on the Formation of Psychic Structure", *Psychoanalytic Study of the Child*, Vol. II, *loc. cit.*
Hartmann, H. (1947), "Rational and Irrational Action", en *Psychoanalysis and the Social Sciences*, ed. Roheim, G., Vol. I, International Universities Press, Nueva York.
Hartmann, H. (1950, a), "Psychoanalysis and Developmental Psychology", *Psychoanalityc, Study of the Child*, Vol. V, *loc. cit.*
Hartmann, H. (1950, b), "Psychoanalytic Theory of the Ego", *ibid.*
Hoffer, W. (1954), "Defensive Process and Defensive Organization: Their Place in Psycho-analytic Technique", *International Journal of Psycho-analysis*, Vol. XXXV.
Horney, K. (1935), "Personality Changes in Female Adolescents", *American Journal of Orthopsychiatry*, Vol. V.
Hug-Hellmuth, H. von (1919), *A Young Girl's Diary*, "Prefacio", por S. Freud, Seltzer, Nueva York, 1921.
Inhelder, B. y Piaget, J. (1958), *The Growth of Logical Thinking*, Basic Books, Nueva York.
Jacobson, E. (1950), "The Wish for a Child in Boys", *Psychoanalytic Study of the Child*, Vol. V, *loc. cit.*
Jacobson, E. (1953), "Contribution to the Metapsychology of Cyclothymic Depression", en *Affective Disorders*, ed. Greenacre, P., International Universities Press, Nueva York.
Jacobson, E. (1954), "The Self and the Object World", *Psychoanalytic Study of the Child*, Vol. IX, *loc. cit.*
Jacobson, E. (1957), "On normal and Pathological Moods", *ibid.*, Vol. XII.
Johnson, A. M., y Szurek, S. A. (1952), "The Genesis of Antisocial

Acting Out in Children and Adults", *Psychoanalytic Quarterly,* Vol. XXI.

Jones, E. (1913), "The Phantasy of the Reversal of Generations", *Papers on Psychoanalysis,* William and Wilkins, Baltimore, 1948.

Jones, E. (1955), *The Life and Work of Sigmund Freud,* Vol. II, Basic Books, Nueva York. (Hay traducción española: *Vida y obra de Sigmund Freud.)*

Josselyn, I. (1954), "The Ego in Adolescence", *American Journal of Orthopsychiatry,* Vol. XXIV.

Joyce, James (1916), *A Portrait of the Artist as a Young Man,* The Viking Press. (Hay traducción española: *El artista adolescente.)*

Katan, A. (1937), "The Role of 'Displacement' in Agoraphobia", *International Journal of Psycho-analysis,* Vol. XXXII, 1951.

Kinsey, A. C., et al. (1948), *Sexual Behavior in the Human Male,* W. B. Saunders, Filadelfia.

Kris, E. (1939), "Laughter as an Expressive Process", *Psychoanalytic Explorations in Art,* International Universities Press, Nueva York, 1952.

Kris, E. (1950), "On Preconscious Mental Processes, *ibid.*

Kris, M. (1957), "The Use of Prediction in a Longitudinal Study", *Psychoanalytic Study of the Child,* Vol. XII, *loc. cit.*

Lampl-de Groot, J. (1950), "On Masturbation and Its Influence on General Development", *ibid.,* Vol. V.

Lampl-de Groot, J. (1957), "On Defense and Development: Normal and Pathological", *ibid.,* Vol. XII.

Landauer, K. (1935), "Die Ichorganisation in der Pubertät", *Zeitschrift für psychoanalytische Pädagogik,* Vol. IX.

Loomie, L. S., Rosen, V. H., y Stein, M. H. (1958), "Ernst Kris and the Gifted Adolescent Project", *Psychoanalytic Study of the Child,* Vol. XIII, *loc. cit.*

Mack Brunswick, R. (1940), "The Preoedipal Phase of the Libido Development", en *The Psychoanalytic Reader,* ed. Fleiss, R., International Universities Press, Nueva York, 1948.

Mann, Thomas (1914), *Tonio Kröger.*

Mead, M. (1959), "Cultural Contexts of Puberty and Adolescence", *Bulletin of the Philadelphia Association for Psychoanalysis,* Vol. 9.

More, D. M. (1953), "Developmental Concordance and Discordance During Puberty and early Adolescence", Monografía, Society for Research in Child Development, Vol. XVIII, No, 1, National Research Council, Washington, D. C.

Neauks, J. C., y Winokur, G. (1957), "The Hot-Rod Driver", *Bulletin of the Menninger Clinic,* Vol. XXI.

Parsons, T. (1950), "Psychoanalysis and the Social Structure", *Psychoanalytic Quarterly,* Vol. XIX.

Pearson, G. H. J. (1958), *Adolescence and The Conflict of Generations,* W. W. Norton, Nueva York.
Peller, L. (1954), "Libidinal Phases, Ego Development, and Play", *Psychoanalytic Study of the Child,* Vol. IX, *loc. cit.*
Peller, L. (1958), "Reading and Daydreaming in Latency", *Journal of the American Psychoanalytic Association,* Vol. VI.
Peto, A. (1959), "Body Image and Archaic Thinking", *International Journal of Psyco-analysis,* Vol. XL.
Pratolini, V. (1951), *Un héroe de nuestro tiempo.*
Redl, Fritz (1942), "Group Emotion and Leadership", *Psychiatry,* Vol. V.
Reich, A. (1951), "The Discussion of 1912 on Masturbation and our Present-Day Views". *Psychoanalytic Study of the Child,* Vol. VI, *loc. cit.*
Root, N. (1957), "A Neurosis in Adolescence", *ibid.,* Vol. XII.
Sachs, Hanns (1929), "One of the Motive Factors in the Formation of the Superego in Women", *International Journal of Psycho-analysis,* Vol. X.
Schilder, P. (1935), *The Image and Appearance of the Human Body,* International Universities Press, Nueva York, 1950. (Hay traducción española: *Imagen y apariencia del cuerpo humano.)*
Schmideberg, M. (1956), "Delinquent Acts as Perversions and Fetishes", *International Journal of Psycho-analysis,* Vol. XXXVII.
Sharpe, E. F. (1950), "An Examination of Metaphor", *The Psychoanalytic Reader,* ed. Fliess, R., International Universities Press, Nueva York, 1948.
Shuttleworth, F. K. (1938), "The Adolescent Period: A Graphic and Picturial Atlas", Monografía, Society for Research in Child Development, Vol. III, No, 3, National Research Council, Washington, D. C.
Solnit, A. J. (1959), "The Vicissitudes of Ego Development in Adolescence", panel report, *Journal of the American Psychoanalytic Association,* Vol. VII.
Spiegel, L. A. (1958), "Comments on the Psychoanalytic Psychology of Adolescence", *Psychoanalytic Study of the Child,* Vol. XIII, *loc. cit.*
Spiegel, L. A. (1959), "The Self and Perception", *ibid.,* Vol. XIV.
Spitz, R. (1957), *No and Yes,* International Universities Press, Nueva York. (Hay traducción española: *No y sí.)*
Stolz, H. R., y Stolz, L. M. (1951), *Somatic Development of Adolescent Boys,* Macmillan, Nueva York.
Stone, C. P., y Baker, R. G. (1939), "The Attitudes and Interests of Premenarchial and Postmenarchial Girls", *Journal of Genetic Psychology,* Vol. 54.
Stuart, H. (1946), "Normal Growth and Development During

Adolescence", *New England Journal of Medicine,* mayo de 1946.
Szurek, S. A. (1954), "Concerning the Sexual Disorders of Parents and Their Children", *Journal of Nervous and Mental Diseases,* Vol. CXX.
Tausk, V. (1912), "On Masturbation", *Psychoanalytic Study of the Child,* Vol. VI, *loc. cit.,* 1951.
Van der Leeuw, P. J. (1958), "On the Preoedipal Phase of the Male", *International Journal of Psycho-analysis,* Vol. XXXIX.
Van Waters, M. (1930), "Adolescence", *Encyclopaediae of the Social Sciences,* Vol. I, Nueva York.
Waelder, R. (1936), "The Principle of Multiple Function", *Psychoanalytic Quarterly,* Vol. V.
Warren, A. (1945), *Gerald Manley Hopkins,* New Directions, Nueva York.
Weiss, E. (1950), *Principles of Psychodynamics,* Grune and Stratton, Nueva York.
Werner, H. (1940), *Comparative Psychology of Mental Development,* Follet, Chicago, 1948. (Hay traducción española: *Psicología comparada del desarrollo mental.)*
Winnicott, D. W. (1953), "Transitional Objects and Transitional Phenomena", *International Journal of Psycho-analysis,* Vol. XXXIV.
Wittels, F. (1949), "The Ego of the Adolescent", en *Searchlights on Delinquency,* ed. Eissler, K. R. International Universities Press, Nueva York.
Wolf, K. M. (1945), "Edouard Pichon: Le Development de l'enfant et de l'adolescent", *Psychoanalytic Study of the Child,* Vol. I, *loc. cit.*
Wolfenstein, M. (1955), "Mad Laughter in a six Year Old", *ibid.,* Vol. X.
Wolfenstein, M. (1956), "Analysis of a Juvenile Poem", *ibid.,* Vol. XI.
Woolf, Virginia (1928), *Orlando.*

ÍNDICE

Prólogo a la edición española 9
Prefacio 10

I. Introducción: pubertad y adolescencia 15
II. Consideraciones genéticas 33
III. Fases de la adolescencia 82
IV. Masturbación 234
V. El yo en la adolescencia 248
VI. Determinantes del medio ambiente 286
VII. Dos ejemplos de desarrollo adolescente desviado 312

Apéndice: bibliografía cronológica de la literatura psicoanalítica sobre la adolescencia 350
Referencias 358

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico
Talleres de Litoarte, S. de R.L.
Ferrocarril de Cuernavaca 683,
México 17; D.F.
Edición de 4,000 ejemplares
y sobrantes para reposición
18-VI-1980